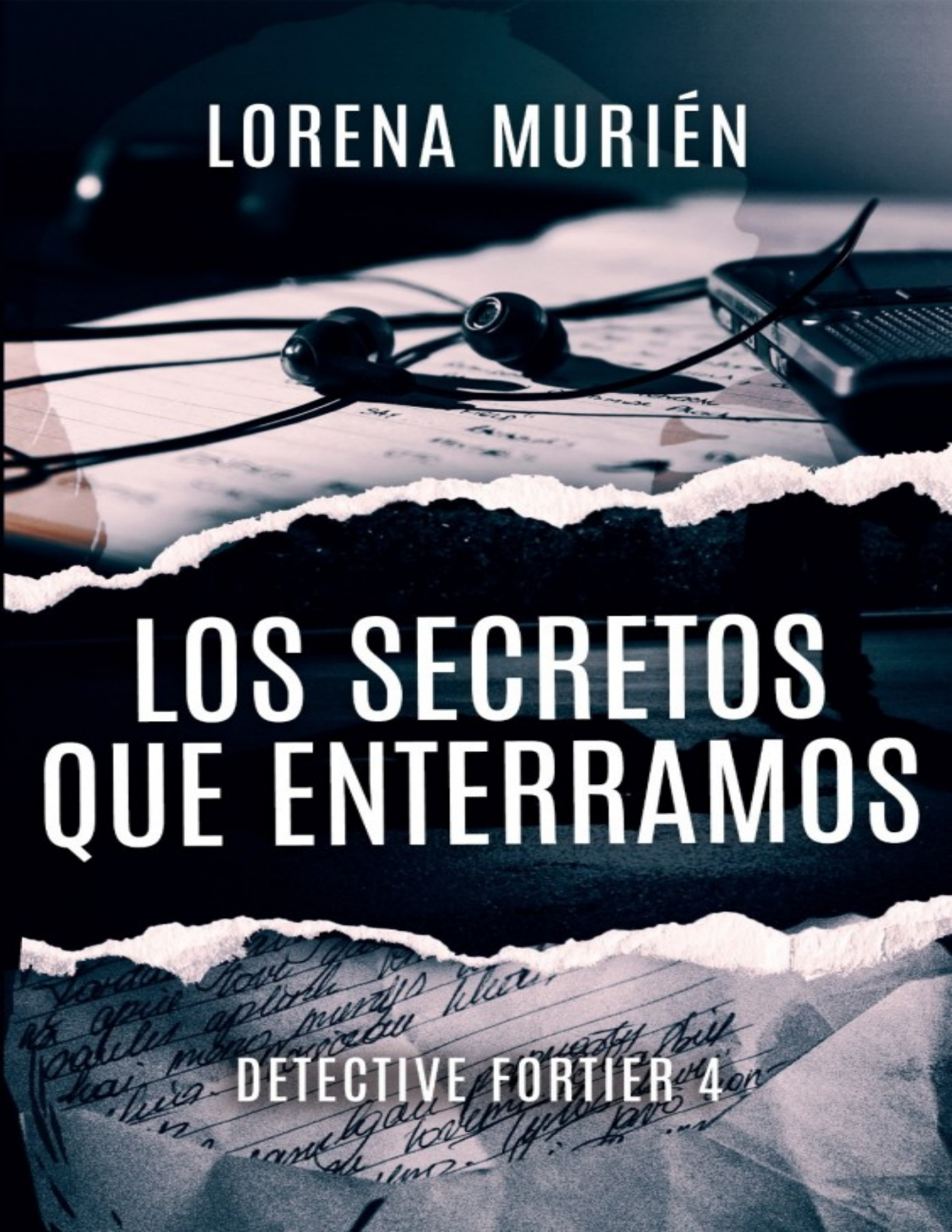

LORENA MURIÉN
LOS SECRETOS QUE ENTERRAMOS
DETECTIVE FORTIER 4

© 2026 Lorena Murién
SafeCreative © **2605045529592**
instagram.com/lorenamurien_
twitter.com/lorenamurien_
Diseño de cubierta y maquetación:
Verónica Espinosa

Quedan prohibidos (sin la autorización por escrito de los titulares del copyright) bajo las sanciones establecidas por la ley, la reproducción total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía, reproducción y tratamiento informático, junto a la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos. No obstante, está permitida la reproducción parcial de esta obra con fines promocionales, publicitarios, reseñas del contenido de la misma en cualquier medio escrito o digital, inspiracionales, con la única obligación de mencionar al titular de copyright**.**

Quiero agradecer a Verónica Espinosa León
por su aportación en la revisión de esta novela,
sin su ayuda y consejos el resultado no
habría sido el mismo.

"*La gente de al lado no tenía ni idea.*
Pero es que la mayoría de la gente no tiene ni idea."

—David Baldacci*, Los inocentes.*

PRÓLOGO

«La villa está en silencio, contiene el aliento.»
Maggie O'Farrell, *Hamnet*

Nadie supo en qué segundo exacto cruzó la frontera con la muerte. Tal vez cuando las rodillas le fallaron. Tal vez cuando las manos que la sujetaban, comprendieron que ya no hacía falta seguir golpeando. O quizá mucho antes, años atrás, cuando la verdad enterrada en el olvido de Nueva Orleans decidió que ya era suficiente y eligió una nueva voz para hablar, aunque esa voz también tuviera que apagarse para siempre.

Ya no sentía dolor, pues el dolor es solo privilegio de los vivos. Sin embargo, sentía el peso de su alma, un alma que se adhería al polvo, al moho, a las raíces retorcidas que se hundían en la tierra como dedos muertos que se niegan a soltar el ataúd. Sorteando el tiempo a la espera de que alguien encontrará la verdad.

Su cuerpo mantenía lo que quedaba de ella suspendido entre dos mundos. Y también, la voz de los secretos que estaban por ser descubiertos.

Con ella yacía el cuaderno que tenía las páginas hinchadas por la humedad, y cientos de palabras garabateadas: nombres, fechas, mentiras que la ciudad se había creído y llevaba años repitiendo. Recordaba la voz que la llamó por su nombre en mitad de un sueño, y el instante preciso en que cometió el error fatal de creer que

podría averiguar la verdad. El murmullo subterráneo se había movido por aquellas calles, rincones que ella misma recorrió con tal de descubrir qué se escondía tras su desaparición. Desde la casa abandonada en la calle Dauphine hasta el río donde muchos testigos dijeron verla por última vez.

Pero todo era mentira.

No supo cuándo dejó de ser un caso frío para convertirse en otra promesa más que al final, no pudo llegar a cumplir.

Quizá fue el día que encontró la fotografía; una sonrisa llena de tristeza, como si Valerie ya supiera que la olvidarían. Puede que cuando leyó los informes, o escuchó la voz de unos padres desesperados. Tal vez cuando comprendió que esa chica no había huido. Que alguien había decidido que era peligrosa. Un peligro para la sociedad.

Valerie se volvió más real que los vivos. Se sentaba junto a ella en los tranvías vacíos, le susurraba al oído en las noches de tormenta, le dejaba huellas en el suelo del apartamento aunque nadie hubiera caminado por allí. A veces, en el espejo empañado del baño, veía dos rostros superpuestos: el suyo y el de una chica que la miraba con urgencia, como diciendo «encuéntrame».

Y lo intentó. Intentó encontrarla. Gritar lo que nadie quiso oír.

«Escucha cómo Nueva Orleans respira culpable en la niebla.»

«Y espera.»

«Espera a que alguien abra los ojos.»

«Espera a que el primer hueso asome entre la tierra removida.»

«Espera a que su silencio, por fin, tenga sentido.»

Espera a que Valerie vuelva a la memoria de los vivos.

Hasta entonces, la ciudad soñó con ella. Y ella soñó con la ciudad.

Un sueño pesado, interminable, con la música grave y lejana de un cuerno que resuena bajo el agua, como si el mismo río llorara en notas bajas que nunca terminan.

Un sueño que le pedía rescate, encontrar la luz en mitad de la oscuridad.

Un sueño que también se llevó por delante su vida.

1

«La cuestión es no bajar nunca la guardia.
No creer nunca que se está a salvo.»
Maggie O'Farrell*, Hamnet*

17 de febrero de 2027.

—Fuiste tú. Cómo… cómo he podido estar tan ciega.

—Sigues haciendo las preguntas equivocadas. —En cuanto se acerca doy un paso atrás. Mis pies se arrastran por la gravilla; de pronto me siento acorralada, como si a mi espalda se hubiera alzado un muro invisible que me impide retroceder más. Cuando en realidad, no hay absolutamente nada—. ¿Por qué te empeñaste en remover toda esa mierda? ¡¿Por qué no podías dejarla en paz de una maldita vez?!

—Porque Nueva Orleans merece conocer la verdad. Y los que la querían también.

—¡Esa gente no vale nada! Igual que tú. —Su mirada se endurece hasta volverse puro hielo; un frío tan cortante que me paraliza donde estoy. El aire me quema al entrar en los pulmones. Acabo de convertirme en su nueva presa y lo sé por el leve temblor que le sacude la barbilla—. Nadie va a saber la verdad. ¡Jamás!

—Aléjate o… —No consigo terminar la amenaza. No me da tiempo a sacar el móvil del bolsillo de la chaqueta. Se lanza sobre mí y, en un instante, siento cómo mi cuerpo se precipita hacia atrás.

El impacto contra el suelo es brutal. Noto una brecha que se abre en la nuca y se comunica con la herida que ya sangraba en la frente. El dolor se instala dentro de mí con una rapidez aterradora, y apenas consigo llenar los pulmones de aire. O tal vez sea porque sus manos ya me rodean el cuello en este juego desigual por la supervivencia, un juego en el que sé que no voy a ganar mientras hurga en mis entrañas con una furia ciega.

No. Ya no voy a ganar.

—Nunca debiste hacer tantas preguntas —escupe entre dientes. Sus ojos se inyectan de rabia; en ellos se enredan el odio y el miedo, la mezcla perfecta para sepultar a quien se atreve a buscar justicia.

—Suél… suéltame… —logro balbucear, pero las palabras salen débiles, insuficientes para detener este acto.

Sus dedos se cierran con energía, con una fuerza que quizá nunca había tenido hasta este momento. El corazón me martillea desbocado en el pecho, anticipando el colapso antes de que mi cuerpo empiece a temblar sin control. Siento cómo se coloca a horcajadas sobre mí, cómo atrapa mi cintura con las piernas, su aliento caliente pegado a mi piel, el olor intenso de ese perfume que se aplica religiosamente en el cuello. Pero lo que de verdad me aterra es mirarme reflejada en sus pupilas: caer en ese pozo negro sin rastro de humanidad. Y por eso, me agarro a sus antebrazos, me retuerzo en un último intento desesperado por recuperar el control, por liberarme y salir corriendo.

¿Por qué? ¿Por qué acudí sola a su mensaje? ¿Por qué lo mantuve fuera de mis sospechas durante tanto tiempo cuando ahora todo resulta tan evidente? Una sonrisa lenta y cruel se dibuja en sus labios. Lo sabe. Sabe que ha ganado, que ya no quedará nadie capaz de dar voz a la verdad, que el alma de Valerie se hundirá en un abismo aún más profundo que el que me espera a mí. Nadie sabrá lo que realmente ocurrió. El resto del mundo tendrá que seguir adelante con otra promesa rota, hasta que la muerte los

alcance también a ellos y, con ellos, muera definitivamente la chica que esta ciudad se empeñó en olvidar año tras año, la que se fue desvaneciendo en la memoria de unas calles construidas para acoger el caos; calles que siguen latiendo a pesar de quienes se esconden tras máscaras de apoyo, de amistad, de amor.

—Espero que estés contenta… —murmura con una calma escalofriante.

Hago un último esfuerzo por soltarme, pero mis brazos ya no responden. El cuerpo empieza a convulsionar mientras el aire se me acaba.

Nunca he calculado cuánto tiempo se puede aguantar sin respirar. Jamás lo pensé más allá de unas brazadas largas en la piscina o de esas inmersiones caprichosas buscando el fondo del mar. Siempre imaginé que sería una sensación distinta, no esta tortura lenta que me congela los músculos poco a poco, que me aprieta la garganta y me quema… joder, cómo quema.

—Tú… te… te van a… —«Te van a encontrar», pienso, y el agarre de mis dedos se afloja por completo.

Siento el peso de mis brazos caer inertes contra el suelo; el polvo se levanta en una nube fina. En vez de contemplar la muerte en sus ojos, decido mirar hacia arriba, hacia el cielo. Allí vislumbro un par de estrellas que brillan con fuerza, titilando como luciérnagas preciosas que se mueven veloces a través de un bosque espeso, sorteando árboles y enredaderas. Quiero creer que voy tras su estela, que atravieso ese mismo bosque hasta alcanzar un claro dónde por fin pueda zambullirme y respirar.

Pero, contra todo deseo, un manto de oscuridad desciende sobre mí. Lo siento: otra vez esa quemazón feroz en el pecho justo antes del último aliento, y después el silencio que se cuela dentro de mí, que acompaña cada latido final de mi corazón hasta que ya no queda nada.

Hasta que afloja la presión, se incorpora, me observa por última vez y sonríe.

Porque ha vuelto a acallar otra voz en Nueva Orleans.

. . .

KATHERINE

Cinco horas después.

Soy como el oro que no se puede destruir, el que perdura más allá de lo que la vida ha querido permitir. He jugado la misma partida un millón de veces, casi siempre con finales distintos; como si las piezas del tablero se moviesen a escondidas, unas veces a la deriva, otras con una certeza perturbadora de hacia dónde quieren conducirme. En ocasiones he perdido. He sentido miradas clavadas en mí mientras dormía y, al despertar, todo estaba en un lugar diferente, guiándome por laberintos en los que estuve a punto de quedarme atrapada para siempre. Fuego que convertía el mundo en cenizas. Oscuridad que, de pronto, se volvía una clase extraña de luz.

Pero esa partida ha cambiado con los años. Se han perdido jugadores, hemos ganado otros nuevos. Las casillas ya no son las mismas; incluso las calles parecen distintas. Aunque conserven las mismas esquinas, los mismos rincones donde nuestras huellas siguen marcadas en las paredes, hablando de amores, de historias rotas y, a veces, de un poco de jazz. Lugares donde la memoria aún da la mano a la desventura de quienes dejaron de luchar esta batalla, no porque quisieran, sino porque las piezas oscuras se multiplican sin descanso, aunque luchemos cada día, aunque las posibilidades sean mínimas. Viven enquistadas en nuestro ADN, en la memoria colectiva, en un presente que alguna vez tuvo un pasado que importaba de verdad.

Él sigue ahí. Cada noche, conmigo. Me persigue incluso en los momentos buenos.

Supongo que, por mucho que pase el tiempo y por mucho que amanezca otro día radiante, habrá cosas que no pueda evitar, que

no pueda —o no quiera— cambiar, que recorran el mismo tablero y repitan la misma jugada. Probando suerte o buscando repetir el golpe en un escenario distinto; porque enfundarnos en justicia y en protección no significa que vayamos a ganar todas las batallas.

Es un hecho: *perdemos más de lo que conseguimos*.

Aunque al final del día me conforme con que, al menos, la verdad salga a la luz.

—Kat, que voy a llegar tarde. Otra vez. —La voz de River se cuela por los pasillos hasta la cocina, donde estoy apoyada en la isla, con la taza entre las manos y los pensamientos flotando sobre el color oscuro del café—. ¿Me estás escuchando?

—Como todos los días —respondo, y ella alza una ceja con esa mezcla de exasperación y cariño que tan bien conozco—. ¿Tan nerviosa estás que quieres llegar media hora antes?

Apenas ha amanecido y ya habla con las manecillas del reloj como si pudiera doblegar el tiempo a su voluntad.

Doy un sorbo tranquilo al café y espero a que consulte su reloj de muñeca. Pasan tres segundos exactos y ahí está: el cambio en su expresión, cómo se le relajan los músculos de la cara, cómo los hombros se le bajan de golpe. Niego con la cabeza, me acerco y le dejo un beso rápido en los labios. Igual que cada día, cuando tengo que arrancarle los nervios mientras la mejor agente que he conocido se pone su mejor traje para recibir a novatos —y no tan novatos— de todos los departamentos de Luisiana y seguir formando a la siguiente generación en perfiles criminales.

—Bébete el café, vas con tiempo de sobra. —Ahora soy yo quien echa un vistazo a su reloj—. No eres tú la que tiene que llegar pronto. Clyde me matará si no preparo con él la reunión del departamento.

—Lamento que las cosas no estén yendo bien. Si pudiera…

—Lo sé —la interrumpo antes de que siga—. Si pudieras saldrías ahí fuera y recorrerías estas calles con la misma pasión que

pones en todo lo que haces. Pero por ahora no te necesito patrullando Nueva Orleans. Te necesito apoyando a esa nueva generación que tomará el relevo cuando seamos demasiado mayores para correr detrás de nadie.

«Aunque sí que lo quiero». River alza una ceja y deja la taza suspendida en el aire. Estoy segura de que no me imagina retirada ni de broma.

—Al menos nuestra familia no ha cambiado tanto —suspira, y ahora sí da un sorbo largo al café—. Y espero que siga siendo así.

—Los jefazos terminarán por darse cuenta de que no podemos permitirnos perder más gente si queremos que esta ciudad siga siendo mínimamente segura.

—Corren tiempos difíciles —murmura, y sé que está pensando en la marcha de Jeremy.

Se termina el café, se acerca y apoya ambas manos en mi cuello. Me pierdo un instante en sus ojos y, como siempre que lo hago, pienso que ojalá pudiera quedarme ahí un segundo eterno sin tener que pensar en muertes sin resolver ni en asesinos a los que aún no hemos alcanzado.

—¿Me informas cuando salgas de la reunión? —pregunta en voz baja.

—Serás la primera en saber cómo ha ido todo. Y tranquila… —murmuro, con los labios rozando los suyos—. Vas a hacerlo de puta madre.

—Deja de provocarme, que al final sí voy a llegar tarde, y no va a ser precisamente por mi culpa.

Me echo a reír y encojo los hombros con todo el descaro del mundo.

—No tengo la culpa de ser tan irresistible. —Le acaricio el pelo, coloco un mechón rebelde detrás de su oreja y dejo que mis dedos

recorran apenas la zona visible de la cicatriz que se escapa por el cuello de su camisa—. Nos vemos luego. Ten un buen día.

—Y tú.

No me da miedo avanzar, ni cerrar la puerta de casa. Tampoco subir al Ford —después de años negándome a cambiar de coche— y arrancar el motor. Porque, quizá, a pesar de todos los cambios que ocurren a nuestro alrededor, después de tanto tiempo sigo conservando los pilares esenciales que me permiten vivir —vivir de verdad, y no solo sobrevivir— en un mundo que continúa envuelto en oscuridad, a merced de quienes se esconden entre las sombras y no se atreven a dar la cara, a enfrentarse al diablo de verdad.

A la fortaleza que sigue latiendo dentro de mí, por mucho que hayan intentado destruirla. A la familia que continúa trabajando codo con codo en el departamento.

Cruzo las calles sin despegar el pie del acelerador. Estoy a punto de encender la radio cuando el teléfono suena. Descuelgo y hablo por el altavoz.

—Fortier.

—Sargento, cambio de planes —informa Anthony con voz tensa. Estoy a punto de frenar, aunque el semáforo esté en verde—. Han encontrado un cuerpo sin vida cerca del puente de Crescent Park. Según los agentes en la escena, se trata de Amelia Trahan, la periodista de investigación.

La sangre se me hiela en las venas. Recuerdo perfectamente haber visto su canal alguna vez; todas las semanas subía actualizaciones de las investigaciones que llevaba entre manos. Una mujer de armas tomar todo hay que decir, con más enemigos declarados de los que cualquiera querría tener.

«No tenía ni idea de que estuviera en Nueva Orleans», pienso, aunque niego de inmediato para mis adentros.

—Muy bien. Te quiero cuanto antes en la escena —ordeno mientras giro el volante hacia el nuevo destino—. Que Alexander y

Claudia se encarguen de rastrear los últimos pasos de Amelia y averiguar por qué demonios estaba en la ciudad.

—De acuerdo. Nos vemos allí en veinte minutos.

Cuelgo, me aparto un mechón de la cara y detengo el coche en el siguiente semáforo en rojo. Miro a mi alrededor, respiro hondo y vuelvo a girar el volante hacia otra calle que ya me sé de memoria.

Porque he perseguido decenas de demonios entre estos edificios, en una ciudad donde, está claro, la muerte nunca descansa.

2

«Ella está vacía, sus límites son borrosos, insustanciales.»
Maggie O'Farrell, *Hamnet*

KATHERINE

La escena del crimen aparece abarrotada de gente incluso a esta hora de la mañana. Varios agentes uniformados se esfuerzan por contener a los curiosos y a los transeúntes que caminan por la zona impidiendo que crucen un perímetro de seguridad que, como casi siempre ocurre, queda demasiado cerca del cuerpo para mi gusto. Apago el motor del Ford, me inclino ligeramente hacia delante y observo cómo el sol permanece oculto tras un manto de nubes densas y grises que hoy envuelven el cielo de Nueva Orleans. Me aferro al volante durante unos segundos, inspiro profundamente, desabrocho el primer botón de la camisa para aliviar la presión en el cuello y salgo del coche con decisión.

Conforme avanzo entre el gentío, el ruido ambiental se va diluyendo poco a poco: ya no percibo las voces, ni los pasos sobre el asfalto, ni el trajín metódico de los técnicos de criminalística que recogen pruebas y disparan fotografías desde todos los ángulos. No hace falta que sea de noche para sumergirme de lleno en esa oscuridad que solo la muerte sabe proporcionar. Me basta con fijar la vista al frente, traspasar la frontera invisible que separa la vida cotidiana de lo irremediable y unirme en silencio a la mujer que yace en el suelo. Un charco de sangre se extiende alrededor de su cabeza; tiene la mejilla izquierda apoyada contra el pavimento frío,

los ojos abiertos de par en par y clavados en mí mientras me acerco despacio. Distingo con claridad las marcas violáceas que rodean su cuello, la herida abierta en la frente, los labios amoratados, la ropa sucia, algún desgarro irregular en la tela que habla de una lucha desesperada…

—«Sargento Fortier, es un placer conocerla» —pronuncia con una voz que, en realidad, no debería existir para mí ni para nadie más.

Para nadie.

—Katherine, ¿estás bien? —Abro los ojos de golpe y me topo con Dennise, que sostiene su eterna libreta donde ya garabatea notas.

—Sí —miento sin dudar, porque llevo años mintiendo a todo el departamento. Les aseguro que he dejado atrás las heridas, el dolor, el miedo constante a la pérdida y a la incertidumbre; todo lo que una guerra interminable puede provocar cuando te niegas a abandonar el tablero sin plantar batalla—. ¿Qué tenemos hasta ahora?

—Como ya te habrá adelantado Anthony, el cuerpo es el de Amelia Trahan. —Dirijo la mirada hacia donde está él, charlando en voz baja con uno de los técnicos de criminalística—. La hora estimada de la muerte se sitúa entre cinco y seis horas atrás. Falleció asfixiada. Presenta equimosis irregulares alrededor de la tráquea, asimétricas, lo que indica que el agresor —o agresora— empleó ambas manos, aunque aplicó mayor presión con la derecha.

Dennise me hace un gesto con la cabeza para que la siga. Nos acuclillamos junto al cadáver y tengo que tragar saliva con fuerza cuando siento la mirada fija de Amelia mucho más cerca, tan cerca que casi puedo percibir cómo me juzga sin necesidad de palabras.

—Mira aquí, ¿lo ves? —prosigue ella, y señala con la punta del bolígrafo un hematoma particularmente profundo—. Seguramente este lo causó el pulgar. —Nos miramos un instante—. Se resistió con todas sus fuerzas, eso está claro. Hay surcos profundos a ambos

lados del cuello, y por las uñas rotas, las abrasiones en la ropa y las piernas, estoy convencida de que intentó desesperadamente apartar esas manos. La golpearon primero en la frente para desorientarla y luego la derribaron; la herida en la nuca y el desorden de la ropa lo confirman. Aunque, por supuesto, tendré todos los datos cuando complete la autopsia.

—¿Y sus objetos personales? —pregunto al comprobar que no hay nada alrededor del cuerpo.

Dennise esboza una media sonrisa y, con cuidado, aparta un poco la ropa del cuello de la víctima con el extremo del bolígrafo, revelando una pequeña marca que desciende hacia la clavícula y que contrasta brutalmente con la violencia general de la escena.

—Se lo llevó consigo, sin duda.

—En otras palabras, y conociendo su profesión, Amelia descubrió algo que no podía permitirse que saliera a la luz —concluyo en voz baja. No suelo equivocarme en estas apreciaciones y ambas lo sabemos. Las dos nos incorporamos al mismo tiempo. Me llevo las manos a la cintura y recorro la zona con la vista—. Este sitio no es precisamente discreto.

—Eso refuerza mi teoría: creo que conocía al asesino. Quizá quedaron aquí para hablar de algo en apariencia inocuo y la conversación se torció hasta volverse letal.

—Supongo que lo averiguaremos tarde o temprano —respondo, y coloco una mano en su hombro con un gesto de reconocimiento—. Buen trabajo, como siempre, Dennise.

—Nunca mejor que el tuyo, sargento —replica ella con un guiño rápido.

Llevo más de tres años con el cargo y todavía me cuesta acostumbrarme a que mis propios compañeros me llamen así, sobre todo porque, «gracias» a los recortes presupuestarios, he tenido que delegar buena parte del trabajo de oficina y seguir metida en el barro de la calle —aunque tampoco es que me queje, la verdad—.

Me agacho de nuevo junto a la víctima. Un par de mechones se le pegan al cuello empapado de sangre; otros muchos están teñidos de rojo oscuro. Sus ojos, de un bonito tono miel cuando estaban vivos, ahora permanecen apagados bajo ese velo opaco que deja la muerte, igual que el carmín que casi ha desaparecido de sus labios en una batalla que nada tiene que ver con el placer.

Su voz se cuela de pronto en mi cabeza, ronca, con ese timbre de vieja estrella del rock curtida por demasiadas noches.

«Muchas veces la verdad está delante de nuestras narices, pero el miedo nos quita la opción de ver esa realidad».

—¿Qué era lo que querías contarnos? —pregunto al aire.

—Claudia acaba de llamarme. —Levanto la vista y me encuentro con la sonrisa de Anthony. Sin barba parece haber rejuvenecido al menos diez años; siempre se burla de mi hermano Alexander por lo mismo—. La señal de su teléfono se perdió hace unas tres horas, cerca del río.

—El asesino habrá querido deshacerse del móvil. Que envíen una unidad a buscarlo de inmediato. —Anthony asiente con gesto serio. Yo suspiro, agotada, y me pongo a su altura, aunque no consigo apartar la atención de Amelia por mucho que lo intente. Como si en cualquier momento fuera a abrir la boca y desvelarnos toda la verdad—. ¿Ya han averiguado dónde se alojaba?

—Sí. —Pasa las hojas de su libreta y me muestra la dirección anotada—. Llevaba un par de meses en la ciudad, investigando la desaparición de Valerie Benoit.

En cuanto pronuncia el nombre, las imágenes irrumpen en mi mente de golpe.

—¿La chica que se marchó hace veintidós años?

—Amelia manejaba otra teoría: que alguien la hizo desaparecer.

Alzo una ceja. Recuerdo perfectamente cómo aquel caso conmocionó las calles de Nueva Orleans. Una joven incomprendida

por casi todos, con una familia muy religiosa, harta de ser señalada y juzgada, en busca desesperada de libertad. La nota de despedida que dejó a su familia apareció en todos los telediarios, pero sus padres nunca dejaron de repetir que su hija no era de esas que se van sin más, que jamás los abandonaría con una simple nota y sin dar explicaciones.

—Si el asesino sabía lo que estaba investigando…

—Puede que ya haya estado en su casa —sentencia Anthony antes de que yo termine la frase—. ¿Quieres que vayamos a echar un vistazo mientras tu hermano y Claudia recopilan el resto de pruebas?

Se da cuenta al instante de que ha dicho «tu hermano» con toda naturalidad, como lleva haciendo los últimos tres años, y tampoco debería avergonzarse por ello.

—Tranquilo, a ti no te voy a echar la bronca. Eso solo lo hago con los novatos —bromeo, le guiño un ojo y por primera vez desde que he llegado soy capaz de esbozar una sonrisa.

Pero enseguida recupero la seriedad, porque se lo debo a la memoria de la mujer que yace sin vida a nuestros pies y a la que ya preparan para introducir en la bolsa forense. Como si sus huesos no fueran más que eso: un montón de restos fríos, de huecos vacíos.

—Tenemos trabajo por delante y muy poco margen de maniobra —le recuerdo—. No quiero que esto se convierta en carnaza para la prensa, ¿entendido? Lo único que nos faltaba es que los haters se desaten. Hay que vigilar la zona y ampliar el perímetro de seguridad. Que sea bastante más amplio que este, por favor. No sé cuántas veces tendré que repetirlo.

—En realidad, creo que ya es demasiado tarde para eso —se lamenta Anthony con gesto resignado—. Según he visto, las redes sociales ya se han hecho eco de la muerte de Amelia y están inundadas de mensajes. Algunos no son precisamente de condolencias.

Me muerdo el interior de las mejillas, pongo los brazos en jarras y vuelvo a mirarla fijamente.

—No puedo asignar otra unidad solo para controlar esos mensajes… —murmuro, más para mí misma que para él.

—Tranquila. Claudia, Alexander y yo nos ocupamos de eso cuando regresemos. Aunque les diré que empiecen por el canal de Amelia —añade mientras anota algo más en la libreta—. A lo mejor tenemos suerte y el asesino está entre sus haters más virulentos.

—Ojalá, pero me temo que no vamos a tener tanta suerte —respondo mientras oigo el roce característico de la bolsa al desplegarse. Enseguida dos agentes de criminalística la colocan en la camilla, cierran la cremallera y las ruedas echan a rodar hacia el vehículo. Me quedo mirando el bulto inerte y siento un nudo que me aprieta la garganta, una presión que me acompaña desde que… Sacudo la cabeza para alejar el pensamiento—. En fin, tenemos mucho que hacer y poco tiempo. Da las órdenes pertinentes para que la prensa no meta las narices. Quiero el secreto de sumario activado ya.

—Hecho. ¿Vamos en tu coche? —pregunta Anthony, y ambos dirigimos la mirada hacia el Ford.

—Claro.

. . .

La situación no mejora en absoluto cuando llegamos a Jackson Avenue. De hecho, las noticias han corrido tan deprisa que ya hay un grupo de personas gritando frente a la casa donde se alojaba Amelia Trahan. Reduzco la velocidad y echo un vistazo por la ventanilla mientras busco un hueco para aparcar. La mayoría son jóvenes; por mucho que un par de carteles proclamen «tienes lo que te mereces», no creo que entre ellos se encuentre nuestro sospechoso o sospechosa. Mi mente analítica revive de inmediato las

marcas en el cuello de la víctima y observo en silencio a cada uno de esos chicos, evaluando gestos, posturas, miradas…

—Sí que se había ganado enemigos… —comenta Anthony, sacándome del trance.

—Como si ahora mismo nos pudiéramos permitir este circo, joder. Clyde va a estar que trina cuando salga en las noticias.

—Pues… creo que no va a tardar mucho —añade mi compañero, y mientras maniobro para estacionar me muestra su teléfono. Clyde le está llamando.

—Mierda, querrá hablar conmigo —digo al ver que también tengo varias llamadas perdidas. Le quito el móvil a Anthony mientras me desabrocho el cinturón con la otra mano y abro la puerta del coche—. Dime.

—¿Se puede saber por qué coño no contestas?

—Buenos días a ti también, capi —intento bromear, aunque el ambiente no esté para risas—. Íbamos de camino a la casa donde se alojaba la víctima. Tenemos que darnos prisa si no queremos que esto se nos vaya completamente de las manos.

—Eso es exactamente lo que ha pasado —maldice Clyde, y me quedo plantada en mitad de la calle. Un claxon me sobresalta y noto las manos de Anthony apartándome con cuidado de la calzada—. En dos horas llega al departamento la detective Marion Delacroix, asignada desde Baton Rouge. Será el refuerzo de la unidad que revisa casos archivados. La muerte de Amelia ha provocado un efecto dominó y se va a reabrir el caso de la desaparición de Valerie Benoit. Y tú tienes que estar aquí.

—¿Me estás diciendo que…?

—¿Qué pasa? —pregunta Anthony en voz baja, y levanto una mano para que espere.

Me giro un poco para evitar que las cámaras que ya merodean por la zona capten lo que digo.

—No pienso hacer de niñera otra vez, Clyde.

—Técnicamente, la última vez que lo hiciste… no salió tan mal —aclara él, y al no recibir respuesta más que silencio carraspea—. Mira, sé que no es precisamente lo que pedimos cuando solicitamos más personal, pero puede ser una oportunidad para quitarnos algo de carga de encima.

—¿Quitarnos trabajo? ¿Cómo coño nos vamos a quitar trabajo si se abre otra investigación paralela? ¡No me jodas!

Echo la cabeza hacia atrás y me aprieto el puente de la nariz con fuerza. Estoy a punto de replicar cuando, por el rabillo del ojo, veo que algo vuela en dirección hacia mí. El impacto me deja aturdida y el teléfono se me escapa de las manos.

—¡Mierda, Katherine! —grita Anthony.

—¡¡Policía corrupta!! ¡¡Estamos hartos de que defendáis a mentirosos y criminales!!

Lo siguiente que percibo es a un grupo de agentes corriendo hacia el grupo que se reúne en la calle mientras mi compañero me lleva casi en volandas y la voz de Clyde se pierde en la distancia. Veo un velo rojizo en el ojo izquierdo y, aunque al principio me resisto, no tardo en dejar de caminar por mi propio pie y, sobre todo, en comprender que este caso va a ser uno de los más difíciles a los que me haya enfrentado en toda mi carrera.

3

«Los párpados se han teñido de un delicado gris violáceo,
como los pétalos de las primeras flores de primavera.»
Maggie O'Farrell, *Hamnet*

MILANO

—Te he dicho que no hacía falta que vinieras. Estoy bien.

—¿Podrías, por una vez en tu vida, dejar de hacerte la valiente? No eres un muro de piedra capaz de resistir cualquier golpe sin inmutarte.

—Y tú estás exagerando las cosas solo porque… —Me giro hacia ella y Katherine se muerde el labio inferior antes de negar con la cabeza—. Perdona, sé que no es agradable que te llamen para decirte que han herido a la tía buena de tu jefa.

—Ja, ja, ja. Te crees muy graciosa, ¿verdad?

—No, solo quiero que te cambie esa cara de pánico. Solo han sido tres puntos. —Katherine se baja de la camilla con cuidado, se acerca a mí y me muestra la herida que ya asoma debajo del apósito recién colocado—. ¿Ves? En unos días será una simple cicatriz, nada más.

—Me preocupa lo expuesta que puedas quedar con este caso. Se supone que, como sargento, deberías ocuparte de otras cosas, no de meterte en el barro. Este departamento se está yendo a la mierda.

—No será peor que cuando tuve que meter entre rejas a mi mejor amigo —recuerda ella, y la mirada se le ensombrece de golpe, como si el recuerdo aún le produjese un dolor muy profundo en el pecho.

Lo que vino después fue un cúmulo de recuerdos amargos, malas decisiones y lágrimas que, poco a poco, se transformaron en una vida más o menos normal, en algo que se espera en silencio al otro lado del teléfono. Ahora hemos construido un presente nuevo, sólido, y no quiero que nada ni nadie nos quite lo que tanto esfuerzo nos ha costado conseguir.

—En fin, ¿Clyde te ha contado algo más de esa tal Marion?

Katherine se pone la chaqueta del traje y trata de alisar las arrugas de la camisa de seda, aunque no consigue gran cosa.

—Solo que está convencida de que Amelia tenía información importante sobre la desaparición de Valerie. Y que cuenta con una amplia experiencia analizando y resolviendo este tipo de casos antiguos. Es una especialista, pero, sinceramente, aquí va a ser como una novata y no tengo ningunas ganas de ocuparme de otra persona más.

—Si pudimos con Alexander…

—Ya, podremos con cualquiera —añade ella, y las dos nos echamos a reír al mismo tiempo. Katherine niega con la cabeza y se asegura de que el apósito quede bien adherido a la piel. A su alrededor, el hematoma ya empieza a teñirse de un color violáceo que me revuelve el estómago y trae recuerdos que preferiría no revivir—. En fin, ¿cómo ha ido la charla?

—De maravilla —respondo con una sonrisa sincera. En cuanto está lista, camino a su lado para dejar atrás la sala de enfermería que Dennise improvisó en la estación—. Hay un par de agentes que van a tener mucho futuro en esto. Si hiciéramos las cosas bien, incluso se les podría reclutar directamente en nuestras filas. Pero eso sería pedir demasiado, claro.

Nos metemos en el ascensor y Katherine pulsa el botón del menos dos con el dedo índice.

—Quién sabe, a lo mejor te hacen más caso a ti que a mí —comenta mientras apoya la espalda contra la pared y consulta el reloj de muñeca—. Tenemos media hora hasta que esa mujer llegue y ponga todo el departamento patas arriba, así que vamos a ver qué tiene Dennise.

No tengo ni idea de por qué sigo sus pasos sin dudar, cuando ni siquiera debería estar aquí. Este ya no es mi trabajo. No tengo a un asesino al que atrapar, ni un patrón de comportamiento que diseccionar, al menos no de forma oficial. Hace mucho tiempo que decidí dedicarme solo a formar a los nuevos agentes y apartarme de la línea de fuego, dejar de meterme en la mente de asesinos que me llevaban una y otra vez al incendio, a mi propio silencio, a las cicatrices que llevaré conmigo para siempre. Pero al mirar a Katherine, no puedo evitar querer estar a su lado, saber si hay algo que pueda hacer para mantenerla alejada del peligro —aunque sé que es imposible—, porque esto no ha sido un caso aislado. Los que generan tanta atención mediática nunca lo son.

«Seguro que no pasa nada. Lo tiene todo controlado. Como siempre», me repito esas tres frases mientras la dejo caminar unos pasos por delante de mí. Cuando entramos en el pasillo que conduce directo a la sala de autopsias, siento que el aire se me atasca en la garganta y me cuesta respirar.

Recuerdo con absoluta claridad la primera vez que estuve aquí. Por aquel entonces no tenía ni idea de que el trabajo y la agencia en la que tanto creía también se convertirían en mi propia condena.

—¡River, qué alegría tenerte por aquí! —saluda Dennise con entusiasmo. Se quita los guantes, se acerca a mí y me envuelve en un abrazo fuerte y cálido—. ¿Qué tal te va con los novatos? ¿Alguno que valga la pena para darle un poco de vidilla al departamento?

—No todos son novatos —aclaro—. Y la verdad es que sí. De hecho… creo que Katherine me ha convencido para cursar una

petición formal, a ver si los jefazos me hacen caso por fin —añado, y miro a mi chica con complicidad.

Su mano sube instintivamente al apósito al segundo siguiente. Sus ojos cambian de expresión mientras observa a la víctima tendida sobre la mesa: las abrasiones, las marcas dispersas por varias partes del cuerpo… Se detiene especialmente en el costado derecho, donde una contusión extensa, de al menos dos palmos, camina desde la espalda hasta el vientre.

—También tiene fisuras en un par de costillas —informa Dennise, siguiendo su mirada—. Pero según su historial médico no acudió a ningún hospital ni centro de urgencias.

—Debió pensar que el silencio era mejor que llamar la atención —apunta Katherine en voz baja. Las tres nos acercamos al cuerpo y Dennise deja a un lado los preámbulos para ir al grano.

Busca la carpeta que descansa sobre una mesa auxiliar y se la entrega a Katherine.

—No he encontrado huellas ni restos de ADN en el cuerpo de la víctima —explica mientras ella hojea el informe inicial—. Está claro que el asesino o la asesina llevaba guantes. Quizá ya tuviera decidido acabar con ella desde el principio, pero tampoco he encontrado ninguna fibra, partícula o residuo que nos permita identificar el material de esos guantes. —Dennise se acerca de nuevo a Amelia y la examina con detenimiento, sin perder en ningún momento esa barrera profesional ni el respeto profundo por quien ya no puede defenderse—. El hematoma en el costado muestra una evolución cromática compatible con cinco a siete días de antigüedad. La bilirrubina empieza a predominar sobre la biliverdina, así que podemos fechar la agresión en torno a una semana atrás.

—Tendremos que analizar sus movimientos durante la última semana —concluye Katherine.

—¿Habéis encontrado algo útil en el lugar donde se alojaba? —pregunta Dennise.

—No me ha dado tiempo a hacer ni una inspección inicial. —Katherine se señala el apósito y se encoge de hombros con resignación—. Por suerte no ha ido a más y una unidad ha conseguido contener a los manifestantes que estaban apostados delante de su casa. Todavía no entiendo por qué tenían tanto interés en…

—Desenterrar el pasado puede reabrir heridas dolorosas para muchas personas —interrumpo yo, y las dos se giran hacia mí—. Las desapariciones y los casos archivados son un tema muy delicado, sobre todo cuando tocan fibras sensibles de la comunidad.

—Desde luego, este mundo está loco —niega Dennise con un suspiro, y apunta con el bolígrafo a otra sección del informe—. Pero bueno… como te comenté en la escena del crimen, recibió un primer golpe en la frente con un objeto no muy contundente, quizá un teléfono o algo similar. Y la brecha en la región occipital se la produjo al caer contra el suelo, lo que probablemente le impidió defenderse con más eficacia. Creo que incluso se golpeó en la misma zona varias veces.

—Está claro que su muerte fue impulsada por el miedo. Incluso diría que, a pesar de parecer premeditado, nuestro sospechoso no tenía del todo claro que fuera a llegar tan lejos. Fue su último recurso —comento mientras me acerco a Amelia. Contemplo sus párpados cerrados, la línea recta y pálida de su boca, los hematomas que se reparten por su cuerpo y su cuello: torpes, irregulares, descontrolados—. Quien le propinó esa paliza no es la misma persona que acabó con su vida.

—¿Cómo estás tan segura? —me pregunta Dennise con curiosidad.

Levanto la vista y Katherine asiente, animándome a seguir.

—¿Ves la marca que hay justo debajo del primer hematoma grande? A pesar de que la víctima ya estaba limitada por el golpe inicial, tuvo que ejercer mucha más fuerza de lo normal con las piernas para intentar tomar el control. Le pudieron los nervios y el

patrón del resto de las marcas es totalmente irregular. Alguien que tiene muy claro que va a matar no se muestra tan… torpe. Y ya sabemos que la adrenalina es un ingrediente muy potente para llegar a matar.

—De hecho, la habría matado el mismo día de la paliza si hubiera querido. Eso fue un aviso, tal vez de alguien conocido por el asesino. Lo que mató a Amelia Trahan no fue exactamente lo que descubrió, sino su negativa rotunda a mantenerlo en secreto —asegura Katherine. Mira de nuevo su reloj, esconde un mechón rebelde detrás de la oreja izquierda y suspira—. Tengo que dejarte, la nueva agente está a punto de llegar y, si no la recibo yo, Clyde me va a montar el numerito del siglo. Ya tiene a los jefazos encima.

—¿Te tomas un café conmigo y hablamos un rato? —le propongo a Dennise. Ella asiente sin dudarlo ni un segundo. Me giro hacia Katherine y arreglo con cuidado las solapas de su chaqueta—. Y tú no te pongas en modo borde como hiciste conmigo al principio. Cuanto antes te lleves bien con esa mujer, mejor para todos.

—Yo no fui una… —Me ve alzar una ceja y levanta las manos en rendición—. Vale, vale, tienes razón. Lo intentaré. Reclutaré a mi hermano para que me cubra las espaldas.

Sé leer entre líneas que sigue echándome de menos ahí arriba, en el día a día del caso. Pero no respondo nada. Es mucho mejor no indagar en nuestros deseos más profundos, no repetir patrones viejos, no preguntarnos qué habría sido de nuestra vida si hubiéramos tomado otras decisiones. Porque en este instante, más que nada, eso me lleva a pensar y a preguntarme si de verdad podría proteger a la detective Katherine Fortier si nos quedamos cara a cara frente a un asesino.

4

«Cuando eres pequeña, nadie te dice que vas a morir.
Tienes que averiguarlo por ti misma.»
Maggie O'Farrell, *Sigo aquí*

KATHERINE

El equipo al completo se encuentra reunido en una de las salas de investigación, pero un silencio denso y pesado reina en cada rincón. Claudia y Anthony examinan con atención las fotografías que el equipo de científica ha tomado del lugar donde Amelia se alojaba temporalmente, mientras Alexander garabatea anotaciones rápidas en su libreta después de haber mantenido una conversación tensa con la compañía telefónica de la víctima —seguro que ha discutido por lo desordenado que lleva el pelo, como siempre—. Clyde está sentado en el borde de la mesa, con los brazos cruzados sobre el pecho y la mirada fija al frente, como si estuviera esperando a recibir a un alto cargo en vez de a una nueva agente incorporada.

—¿Por qué estás tan serio? Tú mismo me has dicho esta mañana que esa mujer podría quitarnos mucho trabajo de encima. Y que es muy buena —comento sin perder el tono juguetón, intentando aligerar el ambiente.

—Solo tengo la impresión de que este caso va a ser más complicado de lo que parece a simple vista. Aunque la muerte en sí haya sido aparentemente sencilla.

—No hay muertes sencillas cuando alguien decide acabar con la vida de otra persona —le recuerdo.

Los chicos levantan la vista de lo que están haciendo al instante. Siempre he sido bastante insolente, lo sé perfectamente. Un grano en el culo para Clyde desde el primer día. Pero esta vez, en lugar de enfadarse, me dedica una sonrisa cansada y sincera.

—Lo de ser sargento no te queda tan mal después de todo. Ya verás cuando tengas que sustituirme.

—Ni de coña —respondo al tiempo que levanto las manos y niego con la cabeza—. Eso se lo dejo a otro. No pienso comerme los marrones del departamento yo sola.

—Yo tampoco te veo capaz. Mandarías a todos a la mierda y te quedarías sola —interviene mi hermano con una media sonrisa en los labios, y Claudia le da un codazo discreto en las costillas.

—En realidad tiene toda la razón —aseguro, y esbozo una sonrisa amplia que rompe un poco más la tensión.

La puerta que comunica con la sala principal se abre de golpe y varias cabezas se giran al unísono para recibir a la mujer que entra con paso firme y decidido. No tengo el gusto de conocer a Marion Delacroix en persona, pero al instante sé que es ella. La placa brilla en el lado derecho de su cinturón, su camisa negra se ajusta al cuerpo y queda perfectamente metida en unos pantalones de corte recto y gris oscuro. Encima lleva una chaqueta del mismo tono que resalta el color carbón intenso de su pelo y el maletín que cuelga de su hombro como si fuera una extensión natural de su cuerpo.

A pesar de su expresión dura y concentrada, saluda a varios agentes con un apretón de manos firme y enérgico, y después pregunta en voz alta dónde estamos reunidos. Cuando el novato señala hacia nuestra sala, Clyde pone una mueca de resignación, suspira profundamente y termina esbozando una sonrisa forzada. Esta noche tendrá dos canas nuevas, seguro. Miro a los chicos para que dejen lo que tienen entre manos, nos ponemos todos de pie casi al mismo tiempo y Clyde abre la puerta para dejarla pasar.

Marion estira una sonrisa de oreja a oreja que ilumina su rostro.

—Qué recibimiento tan caluroso, ni que fuera la estrella de los Mets.

«No puede gustarle el béisbol. Joder.»

Clyde la saluda primero con un apretón formal y luego siguen las presentaciones en cadena. Mi hermano es quien se muestra más nervioso —o tal vez encantado, no estoy del todo segura— al darle la mano. Y, por último, Marion se planta delante de mí y extiende su amabilidad como si fuera un chicle.

—Sargento Fortier, encantada de conocerte por fin. En Baton Rouge llevamos siguiendo tu carrera desde hace mucho tiempo. Eres toda una leyenda.

—Solo hago mi trabajo —respondo mientras estrecho su mano con firmeza. Nunca me ha gustado que me consideren una heroína cuando esto es exactamente lo que juré hacer—. Y por lo que he oído, también tiene una carrera impecable.

—Se podría mejorar, pero por favor, tutéame. Después de todo, vamos a pasar mucho tiempo trabajando juntas —aclara con naturalidad. Echa un vistazo rápido a la sala y camina hasta una mesa donde deja el maletín y saca varias carpetas que lleva ordenadas en su interior. Desde luego, no ha venido a perder el tiempo. Mi mirada se cruza con la de Alexander, que se encoge de hombros como si todo esto no tuviera mayor importancia. Si Nick estuviera aquí, ya me habría ofrecido dar unos cuantos golpes para descargar la tensión.

«Odio la condescendencia».

—Habéis hecho un buen trabajo conteniendo a la prensa desde el primer momento —continúa Marion como si nada—. Pero me temo que no os va a servir de mucho cuando las redes sociales de la víctima son un hervidero de comentarios. Esta mañana me he

puesto en contacto con las diferentes plataformas para impedir que la gente siga inundando de odio sus publicaciones.

—¿Y por qué lo has hecho exactamente? —La mujer levanta la vista al instante. El resto del grupo guarda un silencio absoluto.

Ya puedo ver cómo a Anthony le tiembla ligeramente la barbilla, y aunque Clyde está a punto de intervenir, prefiere quedarse callado y observar.

—Para eso he venido, ¿no?

—No. Tú has venido por el caso reabierto que está relacionado con la víctima. Pero somos nosotros quienes estamos a cargo de esta investigación, y todo lo que quieras hacer o la mínima idea que tengas debe pasar por mí primero. ¿Está claro?

—Bueno, será mejor que prepare unos cuantos cafés —interviene mi hermano con rapidez para cortar la tensión—. Seguro que nos lleva horas revisar toda la información que tenemos hasta ahora.

—Sargento, ¿viene conmigo un momento? —me pide Clyde en voz baja. Lo miro y estoy a punto de soltarle alguna fresca, pero sé que no voy a sacar nada bueno enfrentándome a él delante de todos.

Salimos de la sala y caminamos hasta el que solía ser su despacho y que ahora es el mío, donde he continuado con mi carrera en los últimos tres años. Cierro la puerta con cuidado y, antes de que se gire del todo, ya estoy hablando.

—Si vas a pegarme la bronca como si fuera una puta novata, mejor te lo ahorras.

—De verdad… ¿algún día vas a dejar de tener esta mala leche? Siempre te pones a la defensiva, Kat —protesta Clyde. Se sienta en el borde de mi escritorio, se cruza de brazos y esboza una sonrisa amplia—. Lo que te iba a decir es que tienes toda la razón. No dejes que Delacroix meta las narices en el caso sin tu supervisión. No

quiero filtraciones que puedan perjudicar al departamento, ni mucho menos que otras unidades sepan cómo avanza nuestra investigación.

Abro la boca, porque a veces no sé cuándo está de broma y cuándo habla en serio.

—Lo único que puedo decir a su favor es que estoy convencido de que los dos casos están muy relacionados. No sé si esa chica desapareció por voluntad propia o si alguien la mató de verdad, pero eso nos dará pistas sólidas para empezar a interrogar a posibles sospechosos. Y deberíais ir por ahí: por las últimas personas con las que haya tenido contacto. —Esta vez sí me lo ordena con claridad—. La cronología de la última semana debería estar lista cuanto antes. ¿Estamos de acuerdo?

Entrecierro los ojos un instante.

—Estamos de acuerdo.

—Y procura no alterarte tanto, sabes que en las siguientes semanas no voy a estar por aquí y las arrugas de más van a empezar a quedarte bien —bromea mientras se pone en pie. Le enseño el dedo corazón con toda la naturalidad del mundo.

Clyde se marcha de mi despacho entre risas y yo me quedo un rato más aquí dentro, disfrutando de este silencio breve, de lo que me rodea y sé que aún puedo controlar. Porque, desgraciadamente, cuando se trata de atrapar a un asesino, hay muchas cosas que se nos escapan de las manos por más que lo intentemos evitar con todas nuestras fuerzas. Y tener que investigar dos casos entrelazados en uno solo va a complicar las cosas, aunque no lo queramos admitir.

Me paso las manos por la camisa para alisarla otra vez, arreglo la chaqueta con un gesto rápido, guardo un mechón rebelde detrás de la oreja, y respiro hondo hinchando los pulmones al máximo antes de apoyar la mano en el pomo de la puerta. Un segundo después ya estoy de camino de vuelta a la sala de investigación. Marion levanta la mirada nada más verme entrar y mi hermano me dedica una sonrisa cómplice.

—El café está listo.

—Y los informes preliminares también —añade Claudia.

Los cinco nos sentamos alrededor de la mesa, con nuestras tazas humeantes delante.

—Lamento mi intromisión —comienza Marion con tono sereno —. Sé que no es sencillo llegar de nuevas a un equipo que ya tiene tanta experiencia trabajando en conjunto, pero para mí esto tampoco va a ser fácil. Solo quiero regresar a Baton Rouge con otro caso resuelto y un cuerpo que vuelva a casa para que su familia pueda encontrar algo de consuelo.

—Estás muy segura de que esta chica murió —señalo sin rodeos.

—Hubo mucho silencio institucional alrededor de este caso y, según he podido saber, nadie supo realmente dónde se marchó. Valerie no dio señales de vida, y mi intuición me dice que su familia tiene razón: no se fue dejando atrás una simple nota —comenta mientras desliza una carpeta por la mesa hacia mí.

Dentro veo varias fotografías en las que Valerie aparece sonriente junto a sus padres y su hermano mayor, la viva imagen de una familia perfecta y feliz. El corazón me da un vuelco doloroso, porque yo también sé lo que es formar parte de algo así y que alguien te arranque el alma de cuajo sin previo aviso.

La sonrisa de Mila aparece de pronto en mi cabeza y me corta la respiración por completo. Han pasado años, pero su presencia sigue tan viva dentro de mí que, a veces, siento cómo se me estruja el corazón como si acabara de morir otra vez.

—¿Te has puesto ya en contacto con alguien durante este tiempo? —concedo, y le devuelvo la carpeta.

—Con sus padres, por supuesto, y también con Lucas Perillo —informa ella. Me pasa otra fotografía y la observo con detenimiento. Al instante caigo en quién se trata—. Es dueño de un bar en Poydras Street, muy famoso por lo visto.

—Sí, lo conozco. He estado por allí alguna vez. ¿Algo importante que te haya contado?

Marion niega con la cabeza y golpea con la punta del bolígrafo los informes que guarda dentro de la carpeta.

—Sí y no. Me dijo que Valerie le llamó la noche antes de desaparecer, pero que al final no concretó en nada con él.

—De hecho, Amelia Trahan estuvo en contacto con él varias veces durante la última semana antes de su muerte —interviene Alexander—. Hay llamadas registradas en su teléfono y unos cuantos mensajes que la compañía todavía no nos ha enviado.

Todos levantamos la vista y nos quedamos mirando en silencio. Me echo hacia atrás en la silla, tamborileo los dedos sobre la mesa y le doy un sorbo al café con toda la calma del mundo antes de hablar.

—Ya tenemos por dónde empezar.

5

«Cada árbol responde a las atenciones del viento a su propio ritmo.»
Maggie O'Farrell, *Hamnet*

KATHERINE

—No tendrías que haberla castigado. Se nota que está interesada en echar una mano de verdad.

Alexander desenvuelve su segunda chocolatina desde que salimos del departamento y se mete la mitad en la boca de un solo bocado, masticando como un niño pequeño.

—Y tú deberías dejar de defenderla a capa y espada. ¿O es que ya estás pensando en tirártela? —le reprocho con tono seco—. Ya deberías saber qué tipo de complicaciones trae eso en el trabajo…

—Uy, uy, no vayas por ahí, hermanita. Que tú eres la criminal número uno en esto de enrollarte con compañeros de trabajo. Además, mira a Claudia y Anthony. Se llevan de puta madre y nadie dice nada —replica con la boca aún llena. Se pasa el dorso de la mano por los labios para limpiarse el chocolate y, al hacerlo, deja a la vista una de las pequeñas cicatrices que trajo del ejército, un recordatorio permanente de tiempos que prefiere no mencionar—. Yo creo que, dentro de nada, nos anuncian que se casan. Y tú y River deberíais hacer lo mismo de una vez.

Pego un frenazo brusco y los dos nos vamos hacia delante por la inercia.

—¡Oye, que nos matas! —protesta Alexander mientras se agarra al salpicadero.

—Se ha puesto en rojo de repente —balbuceo, y echo un vistazo rápido al semáforo que efectivamente acaba de cambiar—. ¿A ti qué te ha dado ahora por querer casar a todo el mundo?

—Venga, lleváis casi cinco años juntas. Yo creo que ya va siendo hora de dar el paso.

—No llevamos cinco años. ¿Te tengo que recordar que estuvo más de un año…? —Sacudo la cabeza con fuerza y fijo la vista en la carretera delante de mí. El solo recuerdo me atraviesa el pecho sin piedad—. No quiero hablar de esto ahora. Tenemos que pillar a Lucas entre bandas y que abra la boca de una vez. El tiempo corre en nuestra contra.

El semáforo se pone en verde y piso el acelerador con decisión. Alexander se queda en silencio unos segundos largos. Sabe perfectamente que ha tocado un tema que me duele y apuesto a que intentará no abrir la boca durante el resto del trayecto.

—Todavía no puedo creer que haya gente así… —murmura, rompiendo su propia promesa de callarse. Era mucho pedir un poco de silencio—. Desear la muerte gratuitamente a una persona solo por hacer su trabajo. El mundo se va a la mierda a pasos agigantados.

—Hermanito, no puedes querer controlar ni proteger a todo el mundo —le digo, y coloco la mano en su mejilla durante un instante. Sus ojos se han vuelto de un azul más oscuro, como si hubiera entrado en un trance repleto de recuerdos que nunca ha querido compartir con el resto—. Pero ahora estás aquí y eres un poli de la hostia. Tu primer año fue… duro, pero mírate en este momento. Has crecido muchísimo.

—¿Duro? Me hiciste la vida imposible, joder —protesta, y se cruza de brazos..

Después pone esa misma cara de niño desvalido que solía usar de pequeño cuando quería que le hiciera caso o le diera alguna galleta de más. Levanto una ceja, y aprovecho un stop para inclinarme hacia él y darle un beso rápido en la mejilla.

—Estoy orgullosa de ti, y Nick también —aclaro con una sonrisa cargada de orgullo—. Me alegra muchísimo que trabajes conmigo. Eres una de las razones por las que me levanto cada día y sigo amando este trabajo a pesar de todo.

Alexander abre la boca para responder, veo un brillo sospechoso en sus ojos que intenta disimular frunciendo el ceño. Después vuelve la atención a la carretera y cambia de tema con rapidez.

—Te haces mayor, sargento Fortier —bromea, y se gana un codazo en las costillas. El bar está a dos manzanas, y al ser consciente de ello endereza la postura y fija la mirada al frente—. Lo único que sé de todo esto es que tengo un mal presentimiento. ¿No deberías haber dejado que Marion viniera contigo?

—Prefiero que primero se habitúe al ritmo del departamento antes de salir a patrullar con ella. Además, quiero que seas tú quien tome la iniciativa con Lucas. Estoy segura de que se sentirá más cómodo hablando con alguien de su edad y con tu rollo relajado —añado sin apartar la vista de la carretera—. Y ya sabes que no me fío de todo el mundo a la primera. Tú necesitabas un compañero con el que hacer estas cosas sin presiones.

—Entonces, nadie más perfecto que mi hermana mayor.

Los siguientes minutos nos sirven para echar un vistazo atento a los alrededores. Poydras Street —como es habitual a estas horas— está repleta de gente que disfruta de la noche de Nueva Orleans. La música se escapa de muchos locales y de varias casas particulares, y el movimiento constante de coches y peatones llena el aire de vida. Busco un hueco donde aparcar y, poco después, Alexander y yo dejamos el Ford atrás para dirigirnos directos al Ballands, un bar

donde se respira el mismo ambiente cálido y bullicioso que en la calle.

Al entrar las luces se mueven por el pequeño escenario al ritmo de la canción que suena por los altavoces, las mesas están repletas de gente que charla y ríe, y la barra parece un hervidero. Eso no nos detiene. Alexander es el primero que se apoya en la madera desgastada y yo me coloco a su derecha con naturalidad.

Lucas está terminando de preparar un cóctel, lo vierte en la copa, se seca las manos en el trapo que lleva atado a la cintura y se acerca hacia donde estamos.

—¿Qué les sirvo? —pregunta en un tono cansado y rasposo, con la voz gastada por el humo y las noches largas.

Tiene grandes ojeras marcadas, la barba desaliñada y lo que más llama mi atención es una herida reciente en la ceja derecha, aún enrojecida. Mi hermano y yo nos miramos un segundo en silencio.

—En realidad veníamos a hacerle unas preguntas —comento con calma, y le muestro la placa discretamente.

Lucas se queda blanco al instante y apoya ambas manos en la barra.

—Si es por la pelea del otro día, ya dije que no iba a presentar ninguna denuncia. Son cosas que pasan en este oficio —dispara sin darse tiempo casi a respirar.

«No está al tanto de lo que ha pasado», pienso de inmediato.

—Me temo que no estamos aquí por eso —aclaro mientras me guardo la placa. Alexander coloca las manos sobre la barra y entrelaza los dedos en un gesto relajado y poco amenazante—. Parece que no le han puesto al día, señor Perillo. —Traga saliva con dificultad y noto que ya le cuesta respirar con normalidad. Intuye lo que le voy a decir a continuación—. Esta mañana se ha encontrado el cuerpo sin vida de Amelia Trahan, y estamos al tanto de que

mantenían contacto por una vieja desaparición que ella estaba investigando.

—Tiene que ser una broma… —murmura, y se lleva una mano a la frente, rozándose justo el lugar donde tiene la herida—. ¡Joder! —grita, aunque su voz no llega más allá de donde estamos—. Le dije que no metiera las narices donde no la llamaban, coño.

—¿Qué averiguó exactamente? —pregunta mi hermano.

Lucas aprieta los labios con fuerza y echa un vistazo rápido por encima de nuestras cabezas, temiendo que alguien escuche la conversación. Niega con la cabeza y vuelve a limpiarse las manos con el trapo de la cintura, un gesto nervioso que repite para ganar tiempo y disimular el temblor.

—No sé… Desde que llegó a la ciudad estuvimos hablando sobre Valerie, viejas batallas de adolescentes, ya saben cómo son esas cosas… Pero no me llegó a comentar nada en concreto. Solo que sospechaba que no había desaparecido de verdad. Tampoco estuvo muchas veces por el bar. El tema de Valerie es algo delicado en esta ciudad…

«Miente», me digo mientras le sostengo la mirada sin pestañear.

Asiento despacio y me tomo unos segundos para sacar la libreta que llevo en el bolsillo interior de la chaqueta. Abro el bolígrafo y enderezo la postura.

—¿Puede decirnos dónde se encontraba anoche entre las doce y la una de la madrugada?

—En casa de mi prometida. Estuvimos viendo una película y después preparamos juntos algunos detalles de la boda. Pueden comprobarlo si quieren —aclara rápido, como si ya supiera exactamente qué le íbamos a preguntar a continuación.

Lo anoto en la libreta con letra clara y levanto la mirada hacia él.

—Si Amelia no le reveló nada concreto de su investigación, ¿por qué compartieron más de una conversación? —pregunto sin preámbulos. Las mentiras se pillan mejor cuando la presión es inmediata—. En el historial de la víctima aparece su número en repetidas ocasiones, incluso sabemos que intercambiaron varios mensajes.

Lucas aprieta los labios otra vez, agacha la vista y busca algo en el bolsillo de su pantalón. Cinco segundos después desbloquea la pantalla del teléfono, abre la conversación de WhatsApp y nos lo muestra sin soltar el aparato.

Lucas: Creo que mover la mierda no te va a llevar a ningún sitio.

Amelia: ¿Mover la mierda? Se trata de contar la verdad. Y cuando te diga lo que sé, hasta me lo vas a agredecer.

Le pido permiso con un gesto para sujetar el teléfono y él asiente. Subo la conversación con el dedo.

Amelia: Tenías razón, no es tan fácil hacer amigos por aquí. ¿Hay hueco para cenar en el bar?

Lucas: Siempre serás bien recibida cada vez que necesites venir, pero no hagas preguntas incómodas.

Amelia: No te preocupes, solo me dedicaré a observar.

—Como ven, les digo la verdad. Yo no tengo nada que ver con su muerte. En todo caso, solo le advertí que era mejor dejar el pasado atrás —insiste.

—¿Usted también cree que Valerie se marchó por voluntad propia? —interviene Alexander con naturalidad.

Agacho la mirada un instante para ocultar la pequeña sonrisa que se me escapa. Me encanta cuando mi hermano toma la iniciativa con tanto acierto, porque la expresión de Lucas cambia por completo y vuelve a acariciarse la herida de la ceja con los dedos.

—¿Quién cree que no?

—Lo que nosotros pensemos ahora mismo no es relevante —le aclaro en calma—. No estamos a cargo de esa investigación —añado, jugando con las palabras para dejarle claro que no solo

Amelia estaba en ello, aunque eso ya lo intuya—. Responda a la pregunta.

—Valerie fue muy clara, y tampoco era una chica fácil, por mucho que la familia se haya empeñado en decir lo contrario. Tenía mucho carácter y no aceptaba que le dijeran lo que tenía que hacer. No me extrañaría nada que cogiera el portante y se largara de aquí sin mirar atrás —dice con un matiz de aspereza que no logra disimular—. Aquella noche me llamó a casa y dijo que quería contarme algo importante, pero nunca llegó a hacerlo. Horas después, desapareció sin dejar rastro. La policía ya lo investigó y no encontraron nada concluyente. —Mira a su alrededor con inquietud y encara de nuevo nuestra mirada—. Y si me lo permiten, ahora mismo tengo mucho trabajo.

—De acuerdo —concedo. Busco en el interior de la chaqueta mi tarjetero, saco una y se la paso a Lucas—. Si recuerda algo relevante, tanto de Amelia como de Valerie, no dude en llamarme.

Golpeo suavemente la tarjeta que he dejado sobre la barra y le hago un gesto a Alexander para que nos marchemos. Varias miradas nos siguen hasta que salimos del bar. Una vez fuera, me guardo la libreta y camino hacia el coche.

—Habrá que comprobar la coartada con su prometida y revisar el historial del teléfono —comenta mi hermano mientras se ajusta la chaqueta.

—Eso no nos ayudará a confirmar al cien por cien que estuvo realmente con ella, pero por ahora vamos a dejarle pensar que nos lo creemos —respondo. Alexander frunce el ceño.

—No te ha convencido ni un poco.

—No, y vamos a esperar a que cierre el bar para comprobarlo de cerca —aclaro mientras quito la alarma del coche—. ¿Tenías algo que hacer esta noche?

—Para nada. Además, eso debería preguntártelo yo a ti. Tú eres la que tiene a alguien esperando en casa.

—No te preocupes, ella ya sabe lo que hay —aclaro, y me meto de lleno en el coche—. Tenemos cosas más importantes que hacer ahora mismo.

. . .

Una hora y media después, Lucas sale del bar, se ajusta la chaqueta al cuello para protegerse del fresco nocturno y se enciende un cigarrillo que lo acompaña mientras camina hacia el coche aparcado en la acera de enfrente. Al cruzar la calle mira a izquierda y derecha con disimulo, ignorando por completo que Alexander y yo seguimos dentro del Ford, a la espera de que arranque y tome rumbo… a donde sea que vaya.

Aunque no va a ir directamente a casa, lo sé con seguridad. Nunca lo hacen.

Dejo que se interpongan dos vehículos más entre nosotros y recorro las calles de Nueva Orleans con calma, manteniendo la distancia justa hasta que el propio Lucas nos lleva hasta la zona cercana de Audubon Park.

—Tu intuición nunca falla, ¿eh? —Mi hermano me da un codazo y sonríe.

—Esta vez la curiosidad no va a matar al gato —respondo, y avanzo despacio hasta encontrar un lugar libre donde aparcar sin llamar demasiado la atención.

Lucas se enciende otro cigarrillo a unos cien metros de nosotros. Da dos caladas largas y profundas, se mira el reloj de muñeca una y otra vez, aunque apenas han pasado segundos, y repite el gesto con impaciencia evidente. Cinco minutos después, un grupo de cuatro personas llega a su encuentro: dos mujeres y dos hombres que lo abrazan con calidez. Él ofrece un cigarrillo a una de las mujeres, más o menos de su edad.

—Son Camille, James, Zacharia y Helena, el grupo de amigos de siempre —explico en voz baja—. Estaban en los informes que nos

pasó Marion. Todos tenían una relación muy cercana con Valerie. Tengo entendido que Zacharia, el del pelo largo, y Helena fueron los primeros en acudir a la policía para denunciar la desaparición antes de que los padres encontraran la supuesta nota que había dejado.

—Pero después no le dieron mayor importancia a ese hecho, ¿no? —comenta Alexander, trayendo a su mente parte de las declaraciones que leímos esta mañana.

—Exacto, pusieron la excusa de que se habían pasado con las cervezas. Eran menores en aquel entonces, así que la policía dio por hecho que solo estaban asustados y exagerando.

—Así que Lucas habló con Valerie pocas horas antes de que desapareciera y parte de sus amigos creyeron que le había pasado algo antes de que todo quedara en una simple marcha voluntaria. Aquí hay algo que no me cuadra. —Pego la espalda al respaldo del asiento y observo al grupo mientras hablan. No parecen contentos de verse; más bien preocupados, tensos.

—¿Les hacemos una visita ahora? —sugiere Alexander, y ya se está quitando el cinturón de seguridad.

—No —respondo, y coloco una mano en su brazo para detenerlo. Entrecierro los ojos y me doy cuenta de que Lucas les está enseñando la tarjeta que le di hace un rato—. Mira —pido a mi hermano, y hago una señal con la barbilla.

Alexander dirige la mirada hacia dónde están y esboza una sonrisa de oreja a oreja.

—Vaya. Lo hemos cagado vivo —comenta, y vuelve a abrocharse el cinturón—. Estos saben algo. ¿Crees que alguno de ellos es el asesino de Amelia? Porque las heridas de Lucas…

—Precipitarnos no nos va a servir de mucho —respondo mientras me guardo un mechón rebelde detrás de la oreja—. Vamos a dejar que la cosa se enfríe un par de días. Tenemos que interrogar a vecinos, a la familia de Valerie y cruzar más datos. Desviaremos un poco el foco de ellos por ahora.

—Muy bien, que piensen que no tenemos sospechas —añade mi hermano con complicidad.

Aprieto el acelerador con suavidad y tomo velocidad hacia donde ellos caminan por la acera, ajenos a nuestra presencia. Espero a que estén a punto de doblar la esquina para aminorar la marcha y pasar despacio a su lado.

Al girar la esquina los observo con detenimiento a través del retrovisor.

—Al parecer Lucas no es el único que últimamente ha tenido una pelea —comenta Alexander en voz baja.

A pesar de la oscuridad, los faros del Ford nos han permitido ver con claridad las heridas frescas en los nudillos de Zacharia, y eso nos asegura que tenemos mucho más que investigar de lo que parecía al principio.

6

«Existe la tierra y existe el cuerpo y al final no son nada.»
Maggie O'Farrell*, Tiene que ser aquí*

Veintidós años atrás.

La primera nota del saxofón me atraviesa el pecho como si alguien hubiera encontrado el tono exacto de la rabia que yace dentro de mí. Estamos en Frenchmen Street y la acera se convierte en un río vivo de gente, de cuerpos que se rozan, vasos de plástico alzados en brindis, risas que estallan por encima de la música y se pierden en el aire húmedo de la noche. El grupo callejero ha montado su pequeño altar al caos a unos metros de distancia, justo donde la luz amarilla de las farolas se funde con las sombras alargadas de los edificios viejos.

Yo debería estar allí, sentada al piano o con una guitarra entre las manos, no con los dedos hundidos en los bolsillos de una chaqueta demasiado correcta, encima de un vestido demasiado correcto, mirando cómo otros viven la vida que a mí me siguen prohibiendo día tras día, como si fuera un pecado incluso desearla.

—Se nota que te encanta este sitio —me dice, quedándose a mi lado tan cerca que su perfume se mezcla con el humo denso del tabaco ajeno.

Me giro y me pierdo un instante en sus ojos, tragándome la respuesta que ya me quema la lengua. Su piel queda iluminada a

medias por el neón rojo de un bar cercano, resaltando esas pequeñas imperfecciones que han inspirado tantas de mis canciones secretas.

—Será porque aquí no puede verme mi madre —bufo, y dejo escapar una risa que está cargada de tristeza y de ese vacío que se abre dentro de mí cada vez que pienso en casa—. Ni mi padre. Ni el pastor. Ni ninguna de esas viejas que me miran los domingos como si pudiera contagiarles todos mis pecados con solo respirarles cerca.

Su cuerpo se tensa a mi lado de forma casi imperceptible.

—No hables así —murmura—. Sabes que, a pesar de ser como son, te quieren.

—¿Que me quieren? —Un grupo de turistas pasa a nuestro lado riendo a carcajadas; uno de ellos tropieza con la funda de mi guitarra, que cuelga a mi espalda, y ni siquiera se molesta en disculparse—. Si me quisieran de verdad, me dejarían ser algo más que la niña que canta en el coro y pone cara de santa durante la misa. Me dejarían respirar.

Sus labios se aprietan en una línea fina. Veo cómo desvía la mirada hacia el escenario, como si buscara refugio en cualquier cosa que no sea mi cara. Es doloroso sentir esta conexión tan fuerte y, al mismo tiempo, notar que nos separa un abismo, que estamos a kilómetros de distancia.

—Las cosas no son blancas o negras, Val.

—Siempre dices lo mismo —replico, y siento cómo la rabia recorre de nuevo mis venas—. Que hay que pensar en el resto, que tenemos que aguantar unos años más, que hay que tener paciencia… ¿Sabes cuánta paciencia me queda ya? Nada. Estoy vacía por completo. Se me han acabado las sonrisas amables, los «sí, mamá», los «por supuesto, papá», los «claro que iré a misa», los «te prometo que estaré en casa a las diez». Estoy harta y tú… deberías entenderlo mejor que nadie. No sabes cuánto envidio tu libertad.

El saxofonista cambia de tema y se lanza a un solo que arranca un montón de aplausos entusiastas. A mi espalda alguien grita de emoción y el murmullo del público sube como una ola que rompe contra la orilla. Yo, en cambio, siento que a mi alrededor el mundo se estrecha: la calle, el aire, el espacio mínimo que queda entre nuestros cuerpos.

—Baja la voz —me pide sin atreverse a tocarme—. Aquí hay mucha gente y no quiero que tengamos problemas.

—Ese es precisamente el punto —respondo entre dientes, conteniendo la voz—. Que hay demasiada gente y nadie me ve de verdad. Solo ven a la hija correcta, a la buena chica que no causa ningún puto problema. Si supieran lo que quiero de verdad, me quemarían en la plaza de la iglesia sin dudarlo.

Veo cómo traga saliva con dificultad y, por un instante, la sombra del miedo cruza esos ojos que me atraparon desde el primer momento que nos vimos.

—Lo que quieres es… peligroso —comenta en voz muy baja. Se acerca un poco más y se atreve a buscar mi mano mientras un grupo de gente nos rodea y nos empuja sin querer—. Y no puedo permitirlo.

—Pues lo que yo quiero es vivir de una vez —contesto segura de mí misma—. Quiero tocar mi música donde me dé la gana. Quedarme hasta tarde en sitios como este sin que nadie me mande mensajes para saber a qué hora voy a volver. Amar a quien me dé la gana. Mirarte sin tener que fingir que solo nos une una amistad, o lo que sea que inventemos para que nadie sospeche.

La palabra se me queda atascada en la garganta. Qué fácil resulta decir «amar» delante de los demás cuando no significa nada.

Soy yo quien acorta la distancia que nos separa. Mi mano roza su hombro y esa chispa que siempre intento ignorar me recorre la piel como una corriente eléctrica.

—Vámonos. Podríamos vivir lejos de aquí —susurro, casi pegando mis labios a su oído para que nadie más pueda escucharme entre el ruido.

Sus ojos se cierran unos segundos. Podría ser el volumen de la música, el gentío… pero no. Es mi propuesta. He visto con claridad lo que piensa, lo que le aterra.

—¿Estás loca?

La forma en que lo dice hace que por un momento crea que va a decir que sí. Que me tomará de la mano y correremos calle abajo, dejando atrás la iglesia, nuestro hogar, el apellido, todo lo que nos ata.

Pero en vez de eso solo veo oscuridad. Un «no» escrito en su mirada con letras mayúsculas.

Sonrío sin poder creérmelo. Me lanzo a su cuello y lo rodeo con los brazos mientras me pongo de puntillas.

—¿Y qué? —murmuro antes de separarme lo justo para verle los ojos—. Deberíamos importar tú y yo. Nuestra felicidad. Ellos ya han tenido la suya. Han vivido su vida, han elegido a quién amar, qué caminos tomar. ¿Por qué se supone que yo tengo que seguir el guion que escribieron para mí antes incluso de que naciera?

Su respiración se acelera visiblemente y veo cómo baja la mirada hacia mis manos, que ahora aprietan la correa del estuche de la guitarra con fuerza.

—Porque son tu familia —responde con una convicción que a mí termina por destrozarme—. Deberíamos tener en cuenta que ellos nos lo han dado todo.

—¿Todo? —La carcajada abandona mis labios sin ningún tipo de control—. Me han dado un futuro en el que no tengo cabida. Quieren que sea la esposa perfecta de alguien perfecto, que tenga hijos que no quiero tener, que cante los domingos con dulzura. Que jamás, jamás, diga lo que pienso de verdad. Eso no es «dármelo

todo», es meterme en una jaula que, en vez de barrotes, tiene espinas. Joder. ¿Por qué ahora eres tan cobarde?

Sus ojos vuelven a buscar los míos. En ellos hay amor, sí, pero también una tristeza profunda que me parte el corazón en dos.

—Porque yo también estoy en una situación complicada, Valerie. Deberías dejar de pensar solo en ti.

—No pienso solo en mí —replico sin que me tiemble la voz ni un segundo—. Porque en estos deseos se incluye el tacto de tus manos en mi espalda cuando nadie nos ve. Incluye tu risa cuando desafinas adrede una de mis canciones solo para que me enfade y luego me beses. Incluye todas las noches en las que he pensado en ti en lugar de rezar a ese Dios que no me comprende. Incluye que quiero tocar para ti en un bar pequeño en cualquier otra ciudad donde no seamos lo que somos aquí.

El saxofón da paso a una trompeta y la canción cambia de nuevo; el público ruge de entusiasmo. A nuestro alrededor la vida sigue su curso sin pausa. Nadie presta atención y, aun así, no deja de mirar a derecha e izquierda como si en cualquier momento fuera a salir alguien conocido entre la multitud.

—No podemos desaparecer así como así —replica con los nervios atenazándole—. No es como comprar dos billetes de autobús y ya está. ¿A dónde iríamos? ¿De qué viviríamos? ¿Qué harías cuando echaras de menos a tus padres? ¿A tu familia?

—No voy a echar de menos a quien no extrañaría lo que soy de verdad —suelto con desprecio.

Sé que es injusto, que una parte de mí miente para protegerse, pero en este momento necesito esa crueldad para no partirme en dos. Porque si admito que los quiero, si admito que me dolería dejarlos atrás, entonces no me atrevería a dar ni un solo paso.

—Valerie…

—Dime que no me quieres —hablo sin que importe nada más.

No sé de dónde saco el valor para decirlo. Quizá del ambiente que nos envuelve, quizá del ron barato que todavía me quema el estómago, quizá del miedo a seguir en el mismo lugar los próximos veinte años.

—Dímelo —insisto—. Mírame a los ojos y dime que no me quieres. Que me he inventado todo esto. Que he confundido las cosas. Si lo haces, me quedaré. Haré lo que esperan de mí. Sonreiré en las fotos familiares, me pondré los vestidos que les dé la gana. Pero tienes que decírmelo a la cara, sin excusas.

Sus labios se abren, pero no sale ningún sonido. Alguien rompe a reír muy cerca; otro derrama cerveza en el suelo. La trompeta sube una octava y rasga el aire con fuerza.

Veo cómo se le llenan los ojos de lágrimas.

—No puedo. Sabes que no puedo decir eso.

—Entonces vámonos.

Silencio otra vez. Y la ciudad entera respirando a nuestro alrededor como si nada importara lo más mínimo.

—No puedo… —balbucea al fin—. No puedo hacernos esto. Ni a ellos tampoco.

Y ahí está. El muro invisible. El que llevo años sintiendo entre mi pecho y cualquier lugar al que intente escapar. Solo que ahora tiene su voz.

—Eres tú quien nos está destrozando —contesto sin apartar la vista ni un segundo—. Porque yo ya no puedo volver a ser la que era antes. Me enseñaste que podía ser otra cosa. Que podía imaginar una vida diferente, una vida mía.

Alarga la mano como si quisiera tocar mi brazo, pero se detiene a mitad de camino y entonces la retira para esconderla en el bolsillo de su chaqueta.

—Lo siento —murmura—. No soy tan valiente como tú.

La frase me golpea con la fuerza de una bofetada inesperada. Quiero decirle que no es cuestión de valentía, que yo también tengo miedo, que también me tiemblan las rodillas cada vez que pienso en dar el paso. Quiero rogarle que lo intente conmigo. Que al menos caminemos un par de manzanas sin pensar en las consecuencias. Que compremos un billete de ida sin fecha de vuelta. Que nos sentemos en algún autobús mugriento y veamos cómo la ciudad se hace pequeña tras la ventana hasta desaparecer.

Pero entonces veo una imagen a lo lejos. A través de los huecos de la multitud, entre cabezas y hombros y vasos en alto, hay una figura que nos observa. Está estática, mirando directamente hacia aquí.

No distingo la cara. La luz de un farol le corta el rostro entre sombras densas. Pero el modo en que su cuerpo se orienta, la forma en que no se deja arrastrar por la corriente de gente, la inmovilidad, me hiela la sangre al instante. Y después siento cómo la garganta se me cierra de golpe. Por un segundo pienso que vuelvo a estar en la iglesia, con todas esas miradas clavadas en mi nuca mientras el pastor habla de cómo las mujeres somos unas pecaminosas, envenenadoras de almas.

No sé cuánto tiempo me quedo mirándole. Un par de segundos, quizá. Suficientes para notar cómo el corazón se me desboca y me grita en silencio: «corre».

—¿Estás bien? —escucho.

No le doy tiempo a encontrar lo que estoy viendo. Parpadeo y la figura ya no está allí, o tal vez se haya mezclado con los demás en un abrir y cerrar de ojos. El miedo, sin embargo, se queda clavado en mi esternón.

—Tengo que irme.

—Valerie, espera…

Pero no lo hago. Me ajusto la correa de la guitarra al hombro, aparto a un par de personas de un empujón y me lanzo calle abajo,

dejando que la marea humana me engulla. Alguien protesta cuando le piso sin querer; otro me lanza un insulto que ni siquiera escucho del todo.

Saco el teléfono del bolsillo con los dedos torpes. La pantalla me parece demasiado brillante mientras busco casi a ciegas el contacto de Lucas.

El tono suena una, dos, tres veces. Siento el latido de mi corazón en la lengua.

—¿Val? —Su voz me llega distorsionada por el ruido de la calle —. ¿Dónde estás? No se oye nada bien.

Abro la boca. Las palabras quieren salir todas a la vez: «Me voy a ir», «me he enamorado de alguien que no debo», «creo que alguien lo sabe», «no aguanto más», «ayúdame». Pero ninguna de esas frases se ordena en mi cabeza. Ni mucho menos toman forma coherente.

—¿Qué pasa? —pregunta él con insistencia.

Inspiro hondo.

Mantengo el silencio unos segundos eternos.

La música sigue sonando a lo lejos, una trompeta que araña con dulzura el cielo nocturno. Noto cómo la decisión que unos minutos antes me incendiaba por dentro empieza a deshacerse entre mis dedos, como si alguien hubiera abierto una compuerta y el resto del mundo se drenara por ella sin remedio.

—Nada grave… —miento—. No importa. Ya te lo cuento luego.

Cuelgo antes de que pueda insistir más. Apoyo la cabeza en la pared fría de un edificio, cierro los ojos con fuerza y dejo que el murmullo de la calle se mezcle con el zumbido sordo que me llena los oídos.

Quizá tenga que hacerlo sola.

Pero una parte de mí, ya ha empezado a correr.

7

«Percibir estos momentos te cambia.
Aunque intentes olvidarlos, darles la espalda.»
Maggie O'Farrell, *Sigo aquí*

KATHERINE

19 de febrero de 2027.

La nota que escribió Valerie nos observa desde el centro de la mesa como si tuviera vida propia. Las letras perfectamente alineadas al principio muestran a una chica segura de sí misma, a alguien que quería evitar a toda costa caminar entre la multitud a escondidas, que eligió su libertad por encima del control de sus padres, de la sociedad entera… Una chica que, por encima de muchas cosas, ansiaba ser ella misma y darse la oportunidad de volar sin ataduras. Pero cuanto más la leo, más me doy cuenta de que esa fuerza parece desvanecerse poco a poco: llegaron las dudas, las grietas, y hacia el final ya no se muestra como la Valerie que todo el mundo ha descrito en sus declaraciones.

«Tal vez lo que esté haciendo sea un error, o quizá sea lo único que me quedaba por hacer. Solo sé que aquí ya no puedo respirar, que cada día me siento más pequeña, más ajena al mundo, más… ausente. Como si mi cuerpo siguiera moviéndose por costumbre, pero quedándose cada vez sin alma.

No quiero herir a nadie, pero estoy harta de fingir. Cansada de ser la hija ejemplar, la chica correcta, la que no levanta la voz a nadie, la que se sienta en un banco de la iglesia todos los domingos como si esta sociedad no la estuviera

rompiendo por dentro. No puedo seguir interpretando un papel que nunca elegí.

He intentado encajar. He intentado ser lo que esperabais de mí. He intentado querer a quien debía querer, a alguien común a mí. Pero no puedo seguir viviendo una vida que no me pertenece. Necesito encontrar un lugar donde no tenga que esconder quien soy, la música que quiero tocar, el amor que crece dentro de mí.

Un lugar donde pueda mirar a alguien sin sentir… miedo…

Donde mi voz no tiemble cada vez que me muestro cómo soy de verdad. Yo…

No sé a dónde voy a ir… pero no puedo quedarme aquí… o me apagaré por completo. No quiero que… dios… no quiero que penséis que no os quiero. Es solo que ya no puedo estar en esta ciudad sin dejar de quererme en el proceso. Lo siento… De verdad… lo siento. No… tengo fuerzas… para explicarlo mejor.»

—Yo no veo nada raro —comenta Anthony, sorprendiéndome por su rotundidad—. Solo es una chica que estaba harta de soportar a su familia, a la sociedad y decidió marcharse.

La sala de investigación está llena de pilas de documentos desordenados, tazas de café recién hecho que aún humean y varias fotografías que descansan fuera de sus respectivas carpetas, como si esperaran que alguien les diera sentido. Anthony se encoge de hombros y le da un sorbo largo a su bebida mientras Marion lo observa en silencio y niega con la cabeza casi imperceptiblemente. Sé que quiere intervenir, pero lleva poco tiempo aquí y aún no se atreve a hacernos objeciones directas. Una objeción que, por cierto, a mí misma se me ha pasado por la cabeza y que estoy segura de que tanto Claudia como Alexander ya habrían rebatido con argumentos sólidos.

—¿No te parece extraño que tenga tan claro lo que quería hacer al principio y que hacia el final de la carta parezca… hasta deshecha? Como si su enfado hubiera cambiado de tono —pregunto con calma, sin apartar la vista del papel.

—Parece que la sargento Fortier opina como yo —comenta Marion, y esboza una sonrisa tranquila.

Anthony la observa con los ojos entrecerrados, pero ella no le presta la más mínima atención. Sabe que la odia y yo no puedo hacer nada al respecto, quizá por eso hasta se muestra reticente a la carta. Nunca nos han gustado mucho los intrusos en el equipo. Salvo que tengan de nombre River y de apellido Milano.

—¿Qué más opinas de esto? —me pregunta directamente.

Camino por la sala en silencio durante unos segundos, me apoyo de espaldas a la pared, cruzo los brazos sobre el pecho y observo las letras desde la distancia.

—A pesar de que no tenemos información real sobre esto todavía, la teoría de Marion no está tan desencaminada. Creo que la posibilidad de que alguien la forzara a terminar de escribirla puede ser muy real. Los trazos cambian de forma notable, se muestra nerviosa, como si quisiera dejar claro que algo la estaba alterando. Puede que escribiera la primera parte convencida de que iba a marcharse y que después, por la razón que fuera, cambiara de opinión.

—Y su asesino se aprovechó de la situación —confirma Marion. Se acerca a la mesa y busca uno de los informes—. Es más, tengo la teoría de que las dos partes de la carta están escritas en días distintos.

—Lo que confirmaría que su asesino era alguien cercano a Valerie, o que al menos sabía de la existencia de esta carta.

—Y de su diario —me recuerda Marion—. La página concuerda con el cuaderno que se encontró en su habitación.

—Yo creo que eso sigue siendo una teoría muy frágil. Y que no debemos hablar de asesinato tan pronto —interviene Anthony con tono seco—. ¿Por qué, si estaba tan convencida de que se iba a marchar, cambiaría de opinión de repente? Todos sus amigos y familiares coincidieron en que no era feliz, y que además lo dejaba muy claro.

—¿Y cómo justificas que no haya ni una sola cámara que la viera marcharse de Nueva Orleans? —replica Marion.

—Pudo hacer autoestop, incluso pedir a alguien que la llevara a algún lugar cercano sin que quedara registro.

—Tanto en Gretna, Kenner y Slidell como en capitales estatales como Baton Rouge no hay ni un solo registro de que Valerie Benoit se marchara bajo su nombre.

—Porque a lo mejor no lo hizo bajo ese nombre. Hace veintidós años era muy fácil falsificar un carnet de identidad; podría haber cogido cualquier otro para evitar que la buscaran.

—Eso sería como buscar una aguja en un pajar, Anthony —comento, y aunque mi gesto apenas es perceptible, niego con la cabeza—. No podemos ponernos a buscar a todas las chicas de su edad o de ese rango que ese día sacaran un billete para largarse de aquí.

—Yo podría ocuparme —reitera él. Se levanta para servirse otro café y se sienta de nuevo sin mirarme a la cara.

Sé de su reticencia, pero no pensaba que fuera a mostrarse con una actitud tan infantil. «Le tiene que pasar algo», confirmo para mis adentros. Pero este no es ni el momento ni el lugar para preguntárselo.

—Si quieres seguir esa pista, adelante —le responde Marion. Incluso le sonríe—. Pero ya te confirmo que será una pérdida de tiempo.

—Por muy buena detective que seas, no tienes ni idea de perfiles criminales de este tipo —le discute Anthony—. Así que deberías ser un poco más profesional y acudir a todas las vías posibles antes de desviar la atención del verdadero caso que aquí nos ocupa.

Abro la boca, estoy a punto de intervenir cuando mi hermano atraviesa la puerta como si fuera un elefante en una cacharrería.

—Tengo malas noticias —informa con gesto serio. «Genial, como si no tuviera bastante con estar en mitad de este fuego cruzado»—. El asesino se llevó todos los dispositivos de Amelia. No hay nada en su casa: ni ordenador, ni tablet, ni siquiera hay información física de lo que estaba investigando.

—Seguramente lo tendría todo en la mochila o el maletín que el asesino se llevó después de matarla. Mierda —digo, y doy un golpe seco en la mesa antes de poner los brazos en jarras—. ¿Qué os han dicho los vecinos? ¿Escucharon algo raro esa noche o las anteriores?

—Claudia está terminando de recopilar toda la información, pero no sabían mucho de ella. Solo que se iba muy temprano y que solía llegar a última hora de la noche. La vecina de al lado nos ha confirmado que los padres de Valerie estuvieron por ahí un par de veces, pero que no vio nada sospechoso. De hecho, no dejaron de agradecerle que estuviera investigando la desaparición de su hija.

—Muerte confirmada, al parecer —interrumpe Anthony con sarcasmo.

Mi hermano lo mira con el ceño fruncido y yo me giro hacia él antes de negar. Tengo que solucionar esto ya.

—Vale. Necesito que os pongáis de nuevo con el itinerario de la última semana que estuvo con vida. Cotejad los datos con la empresa telefónica y con las cámaras de los alrededores. Me da igual si tenéis que mover cielo y tierra para conseguir las órdenes judiciales. Hay que darse prisa. El asesino ya podría haberse deshecho de todo el material —suspiro y me aparto un mechón de la cara con gesto cansado.

—Hablando de eso, la unidad B todavía no ha conseguido dar con el teléfono. Puede que la corriente del río se lo haya llevado.

—Bueno, que sigan con ello —le pido, y echo un vistazo rápido a los documentos esparcidos—. Marion, coteja toda la información que tengas con lo que hay sobre la desaparición de Valerie. Yo iré a comprobar algo. Anthony, ¿vienes conmigo?

Él está a punto de protestar, pero en cuanto nuestras miradas se encuentran afirma con la cabeza sin decir palabra.

Deja lo que está haciendo, se termina el café de un trago y sale conmigo de la sala. Cuando estamos lo suficientemente alejados como para que Marion y Alexander no nos presten atención, me giro y me cruzo de brazos frente a él.

—¿Se puede saber qué te pasa? —le recrimino—. Con la cantidad de mierda que está pasando el departamento, lo único que me faltaba es que tú te comportases como un crío, y más con la experiencia que tienes.

Anthony pone los ojos en blanco y bufa con exasperación.

—¿No te has dado cuenta de los aires que se da? No puede venir a un lugar nuevo y pretender que todo el mundo nos pongamos a trabajar bajo sus órdenes como si fuera la jefa del departamento.

—No estamos trabajando bajo sus órdenes, Anthony, pero nos guste o no, el asesinato de Amelia está directamente relacionado con la posible muerte de Valerie y, desaparecida o no, no podemos cambiarlo. Sinceramente, me extraña que con la cantidad de experiencia que tienes no te hayas dado cuenta de que tiene mucha razón. No creo que esa chica desapareciera por voluntad propia. No sin dejar ningún tipo de rastro a sus espaldas. ¿De verdad piensas lo contrario?

El silencio que sigue me deja claro que está conmigo y, por consiguiente, con Marion. Le doy un poco de espacio, unos segundos más.

—Dime que te pasa de verdad. Si hay algo en lo que pueda ayudarte.

—Es que no necesito que me ayudes en nada —me aclara. Se pasa una mano por el pelo y después se rasca la barba incipiente de la mejilla—. Es por Milano, ¿vale?

Esperaba todo tipo de respuestas, excepto que estuviera…

—Que venga alguien con los mismos aires de grandeza cuando no le llega ni a la suela del zapato… no me termina de convencer. Puede que sea una tontería… —suspira y después llena los pulmones de aire—, y que me esté comportando como un puto novato de paso, pero siempre he creído que el espacio que faltaba en nuestro equipo lo volvería a ocupar ella.

La sonrisa aparece de inmediato en mi rostro. Niego con la cabeza y me acerco a él. Pongo las manos en sus hombros y le doy un cálido apretón.

—A veces me olvido que sois como hermanos pequeños para mí —comento con diversión.

—No tiene gracia, Kat… te lo estoy diciendo en serio. ¿No sientes que nos falta esa pieza?

—Claro que sí. Es la mejor perfiladora criminal que he conocido en toda mi carrera. Pero River ya tomó una decisión y no podemos hacer nada contra la voluntad de una persona. Ella está feliz con lo que hace ahora y debemos respetarlo —aclaro, encogiéndome de hombros—. ¿Por qué crees que no he sido capaz de meter a nadie en el equipo? Porque siento que no va a estar a su altura. Aunque creo que hay un par de candidatos de esta promoción que podrían estarlo con el tiempo.

—En fin, supongo que tendré que olvidarlo y hacerme a la idea de que tenemos que trabajar con esa mujer.

—Estará aquí hasta que se cierre el caso y después volverá al departamento de Baton Rouge. Ten un poco de paciencia —le pido. No, casi le ruego—. Además, hay que reconocer que tiene buena intuición; su visión podría venirnos muy bien.

—Seguro que si Milano viera esa carta sabría decirnos la verdad al cien por cien.

—Puede ser, pero no podemos hacer nada. ¿Qué te parece si mejor nos ponemos con los interrogatorios y vamos a hacer una visita a la familia? —propongo, y esbozo una sonrisa—. Por ahora

dejaremos que Lucas y sus amigos se relajen hasta que avancemos un poco más. Primero de manual: llevar la atención a otra parte.

—Vale. Pero solo si me dejas conducir a mí.

—Ni lo sueñes, colega. Eres lentísimo —bromeo, y los dos nos echamos a reír al mismo tiempo.

—Gracias por estar pendiente de nosotros.

Niego con la cabeza y echo un vistazo a mi espalda. La realidad es que este lugar sigue siendo mi vida entera y que haría lo que fuera para que ellos estuvieran bien. Pero también hay otra parte de mí que, inevitablemente, echa de menos a la agente Milano y que daría lo que fuera por tenerla de vuelta. Aunque eso pusiera en peligro todo lo que hemos construido a lo largo de los últimos años.

8

«Quiere rasgar el cielo,
quiere arrancar hasta la última flor de ese árbol.»
Maggie O'Farrell, *Hamnet*

MILANO

Al mismo tiempo.

Nunca sé exactamente en qué momento la sala deja de ser un lugar de formación para transformarse en otro espacio que habito como si el silencio fuera una fosa abierta, un abismo que podría succionarte hasta el fondo sin la menor piedad. Es como si el silencio y el eco de todos los casos que he desentrañado a lo largo de mi carrera se colaran por las rendijas de las paredes, impregnando el ambiente con ese olor curioso y persistente de la muerte. La sensación del miedo, algo que no se quita ni con el paso de los años.

Quizá sea porque el trauma tiene esa facultad perversa; la de filtrarse como el humo de un cigarrillo mal apagado adhiriéndose a la piel como una segunda capa invisible para respirar contigo, sincronizándose con el latido de tu corazón hasta que te preguntas si eres tú quien controla el entorno o si es él quien te maneja a ti sin que te des cuenta.

En mis noches de insomnio —todavía son demasiadas—, cuando el sueño se niega a llegar y observo a Katherine tranquila a mi lado, siento que el trauma repta por mi mente y revive escenas

que preferiría olvidar para siempre, pero que forman parte de mí como las cicatrices que veo todas las mañanas en el espejo.

Ahora, los reclutas y el resto de agentes me observan desde sus asientos. Algunos con curiosidad, otros con una aprensión que intentan disimular ante el nuevo mundo al que se están enfrentando. Sé que muchos fingen tener confianza; se cruzan de brazos como si eso pudiera erigir una barrera contra lo que voy a decirles. Y luego están los que esconden el temblor de sus manos, aferrándose a bolígrafos o al borde de la mesa como si el suelo pudiera abrirse bajo sus pies en cualquier momento. Me recuerdan a mí cuando era una novata, cuando observé mi primer cuerpo sin vida y el mundo se me vino encima sin previo aviso.

—Lo primero que tenéis que entender —empiezo, apoyándome en la mesa con los brazos cruzados mientras dejo que mi sombra se proyecte en el suelo—, es que nadie nace siendo un monstruo. Nadie despierta un día y decide estrangular a otra persona con las manos desnudas porque sí. Siempre hay un camino. Un camino tortuoso, lleno de desvíos y sombras, y lo que nosotros buscamos es esa huella invisible que el camino deja en la mente del asesino, como un mapa grabado en el subconsciente que solo se revela cuando sabemos dónde mirar.

Saboreo el silencio, porque si sabes escucharlo de verdad revela dudas, miedos que se agazapan en los rincones, pulsos que se aceleran en quien se enfrenta por primera vez a la oscuridad humana. En mi experiencia, un silencio prolongado en una sala como esta solo es el preludio de las máscaras que van a caer tarde o temprano.

Muchos no valdrán para esto, pero ya he reconocido a quienes tendrán un gran futuro en el departamento.

—Un asesino es, ante todo, un historiador —prosigo, modulando la voz para que resuene con autoridad—. Alguien que reescribe su propio pasado con sangre, borrando las páginas que le duelen y sustituyéndolas por un relato de poder, control, placer y

venganza. Un asesino es un arquitecto del dolor que organiza el caos que no pudo controlar cuando era niño, construyendo escenarios de horror donde cada detalle es una piedra angular de su psique fracturada. A veces lo sabemos al entrar en una escena: vemos la ira … o la ausencia total de emociones, ese vacío glacial que puede helarte la sangre.

Camino despacio entre las filas, calculando cada paso, aunque hay algo que nunca puedo controlar del todo: el peso invisible de los muertos que cargo sobre los hombros. Uno de los reclutas se endereza cuando paso a su lado, como si sintiera que puedo leer aquello que intenta esconder tras sus ojos evasivos.

—Cuando se perfila a un asesino —continúo, deteniéndome para mirarlos uno a uno—, se buscan tres cosas esenciales. Su firma —enumero con claridad—. El método, que es la acción mecánica, el cómo y el por qué lo hizo; y la herida que es el origen, la grieta primordial que ha iniciado todo el proceso.

Veo cómo toman anotaciones con prisa y solo en ese momento vuelvo a caminar para regresar a la mesa y ponerme en la postura inicial.

—El método os lo contará el cuerpo —informo—. La firma la conoceréis en cuanto entréis en su escenario. Pero la herida… —me detengo y dejo que la pausa se estire un poco más—. La herida solo la encontraréis si estáis dispuestos a mirar donde nadie quiere mirar, en los abismos del alma humana, en esos rincones donde el dolor va creciendo dentro del asesino hasta que ya no cabe más.

Un murmullo recorre la sala, un susurro colectivo que se apaga enseguida, como una ola que muere en la orilla. ¿Cuáles son mis heridas? A veces, en mitad de una investigación, me he sorprendido reconociendo fragmentos de mis propios traumas en diferentes sospechosos, y eso me aterra más que cualquier escena del crimen que haya visto.

—El trauma nunca desaparece —comento, y echo un vistazo a la pantalla que hay a mi espalda—. Se adapta a las circunstancias.

Se disfraza de normalidad, de rutinas, hasta que un detonante lo despierta. Y cuando la vida vuelve a golpear, regresa con furia. Lo vemos en ellos… y lo vemos en nosotros, en las noches en que el sueño nos elude y los recuerdos nos asaltan como ladrones en la oscuridad.

Mi cuello arde un instante, como si las cicatrices quisieran recordarme lo que cambió aquella noche para mí. Me ajusto el cuello de la camisa con un gesto rápido para intentar ocultar las marcas que el tiempo nunca va a borrar del todo.

—Mirad la pantalla —ordeno, pulsando el botón del mando. Entonces aparece la fotografía de un dormitorio totalmente destruido.

Hay sábanas arrancadas de la cama, una lámpara rota en el suelo y la sombra oscura de una vida arrancada con violencia, dejando un enorme vacío que parece absorber la luz misma. El aire en la sala parece espesarse de golpe, como si la imagen trajera consigo el hedor del escenario real.

—Esta escena pertenece a un caso real —explico, paseando la mirada por sus rostros para medir sus reacciones—. Hombre de treinta y cuatro años. Sin antecedentes visibles en su historial, un tipo aparentemente funcional, con un trabajo estable en una oficina gris y una vida que, a simple vista, parecía buena. Y un día, sin más, mata a su pareja. ¿Por qué? ¿Qué lo rompe? ¿Qué grieta se abre en su mente para que el monstruo salga a la luz?

Los presentes observan la imagen con atención. Algunos contienen la respiración; otros parpadean demasiado rápido, un tic nervioso que delata su incomodidad ante la crudeza visual de lo que están observando.

—Buscad la disonancia —les pido, señalando detalles en la pantalla con el puntero láser—. El espejo que sobrevive intacto en un escenario horroroso. El asesino no soportaba mirar su reflejo y, al mismo tiempo, no podía vivir sin él: un clásico signo de narcisismo patológico mezclado con un claro autodesprecio. Si el cuerpo quedó

en el centro exacto de la habitación, es porque necesitaba ese control, dominar el espacio como no pudo dominar su propio caos interior. Si no dejó huellas, es porque ya sabía cómo borrarlas, un indicio de planificación que apunta a un trastorno obsesivo-compulsivo subyacente.

Uno de ellos levanta la mano, un chico joven con el uniforme impecable.

—¿Y cómo sabemos exactamente si actuó por impulso o por planificación?

Me acerco hasta quedar frente a él, invadiendo su espacio personal lo justo para que sienta la intensidad de mi mirada. Nuestros ojos se encuentran. Su mirada tiembla primero y se desvía un poco hacia la pantalla.

—Porque un impulso contesta a una emoción inmediata —respondo, articulando cada palabra con cuidado—, un estallido de rabia que deja huellas caóticas e imprevisibles. Pero la planificación… contesta a un miedo antiguo, un terror enquistado en la infancia, quizás un abuso no resuelto, un abandono que se repite en su mente como un bucle infernal. Y los miedos antiguos dejan rastros que no podéis encontrar a simple vista ni investigando el escenario. Necesitáis… —Cierro un momento los ojos, escuchando mi propio latido en las sienes, ese tamborileo que me recuerda mis propias batallas—, …necesitáis entrar en su oscuridad sin dejar que os devore, como un buzo que desciende a las profundidades sin oxígeno suficiente.

La sala entera aguanta el aliento. Sigo caminando, sintiendo cómo la banda sonora de sus respiraciones se convierte en un zumbido. Afuera, el viento golpea la ventana con el mismo ritmo irregular que un corazón ansioso, como si la naturaleza misma conspirara para acentuar la tensión que reina aquí dentro.

—Os enseñarán balística, protocolos, análisis de escenarios… —continúo, gesticulando con las manos para enfatizar lo que digo—. Y todo eso importa, sin duda; os dará las herramientas técnicas para

reconstruir el qué y el cómo. Pero lo que importa de verdad es aprender a escuchar el eco que dejan los actos. El eco que vibra en las paredes donde alguien gritó hasta quedarse sin voz. El eco que queda en la piel de quien sobrevivió, marcado para siempre con tatuajes invisibles llenos de terror. El eco que se instala en el criminal que vuelve a casa y se mira al espejo sin reconocerse, preguntándose si el reflejo que ve es el verdadero monstruo.

Mi voz baja un tono, volviéndose casi un susurro confidencial.

—Si no aprendéis a escuchar ese eco, nunca entenderéis la violencia —sentencio, y veo cómo la mayoría asiente en silencio—. Solo la perseguiréis, corriendo tras sombras que se escabullen en la noche. Y llegará el día en que sentiréis que os persigue a vosotros, acechando vuestros propios sueños, vuestras relaciones, en cada decisión que toméis.

Siento el peso de todas las miradas clavadas en mí, como alfileres que pinchan mi piel. Algunos parecen inspirados, con un brillo en los ojos que habla de vocación verdadera; otros, aterrados, con el rostro pálido como si hubieran visto un fantasma. Me pregunto a cuál de los dos grupos pertenecí yo hace años, cuando entré en este mundo con ilusiones intactas. No llego a ninguna conclusión, porque el tiempo ha erosionado esas certezas.

—El trauma es una fractura —digo, apoyándome de nuevo en la mesa—. Una grieta que cruza la vida de alguien y que puede quedarse dormida durante décadas, latente. Pero bajo la presión adecuada… —Aprieto los dedos contra la mesa hasta que los nudillos se me ponen blancos—, …revienta, liberando una oleada de destrucción que arrasa todo a su paso. Lo que buscamos es esa línea invisible antes de que rompa, anticipándonos al desastre. Y cuando ya se haya hecho, tenemos que buscar las piezas que nos faltan, ocultas en el subconsciente.

La lluvia comienza a golpear el cristal, un tamborileo irregular que parece sincronizarse con mi pulso. Uno de los reclutas mira hacia la ventana; yo también, captando el reflejo borroso de mi

rostro superpuesto a la tormenta, un rostro marcado por líneas de fatiga. Me pregunto cuántos espectros habitan ya detrás de mis ojos, cuántos asesinos he internalizado en mi carrera como perfiladora.

Me aclaro la voz, rompiendo el hechizo.

—Hay algo más que debéis saber —añado, inclinándome hacia la clase como si les confiara un secreto—. Un perfilador criminal no es un adivino, no sacamos conejos de chisteras ni leemos el futuro en bolas de cristal. No leemos mentes, aunque a veces parezca lo contrario. Interpretamos las grietas en la psique, el dolor que se manifiesta en patrones repetitivos, en firmas que delatan el origen del mal. —Esbozo una sonrisa cansada—. Pero recordad: para entender al asesino, tenéis que caminar muy cerca de él. Tan cerca que, si no sois cuidadosos, un día podríais ver vuestro propio reflejo en sus ojos, y cuestionaros si la línea entre cazador y presa es tan clara como creíais.

. . .

La sala se vacía por completo y el silencio exterior vuelve a rodearme, porque dentro de mi cabeza las voces y los recuerdos siguen con su batalla personal, como si estuvieran agarrados de las dos manos y tirasen de mí en direcciones opuestas. Me aparto un mechón de la cara y guardo los informes de viejos casos en las carpetas antes de apagar el proyector. Las imágenes de las fotografías que he mostrado a los agentes se me han quedado grabadas en la retina: se mueven una y otra vez para dejarme con esa sensación persistente de no ser suficiente, de no tener idea de lo que estoy haciendo aquí, por más que ya haya elegido mi camino hace tiempo.

—Por la cara que tienen algunos, cualquiera diría que los has subido a una atracción de terror.

Escucho la voz de Katherine a mi espalda y al segundo la sonrisa aparece en mis labios. Me giro y veo cómo camina hacia mí con las manos en los bolsillos del pantalón y la chaqueta abierta, dejando ver la blusa blanca que ha elegido esta mañana.

—Algo así, ya sabes que no todos están hechos de nuestra pasta —comento, y me encojo de hombros. Apilo las carpetas una encima de otra y regreso la atención a ella—. ¿Y tú qué haces aquí? Creía que el caso te tenía sin respirar.

—Y así es, pero necesitaba un segundo para pensar, y para que Anthony se convenza de que Delacroix no te va a quitar el puesto.

Frunzo el ceño sin entender del todo.

—Él mismo ha admitido que se ha comportado como un crío y que la odia sin motivo alguno, pero en el fondo le entiendo —explica. Se acerca a mí y pone sus manos en mi cintura. Un segundo después ya está entre mis piernas: yo sentada en la mesa y con su cara tan cerca que puedo ver mi reflejo a la perfección en sus ojos —. Han pasado tres años, pero seguimos echándote de menos en el equipo, y Anthony siente que Marion está intentando ganarse nuestro favor para vete tú a saber qué.

Trago saliva, y no estoy segura de si lo hago por la sensación que me produce lo que dice o por su cercanía física.

—Dile que… yo también le echo de menos —balbuceo.

Nos quedamos unos segundos en silencio. Esto no es nada apropiado en el trabajo, pero si fuera por mí, ahora mismo cerraría esa puerta y dejaría que el mundo exterior se fuera a la mierda.

—Ya sabes que os puedo echar una mano si hace falta —añado, intentando romper la tensión, con ganas locas de besarla, de fundir mis manos en su piel y olvidarme del resto. Carraspeo y me obligo a regresar a la realidad—. Le he echado un vistazo al historial de un par de agentes que nos vendrían muy bien.

—Eso si nos permitieran ampliar la plantilla —responde con un suspiro.

La expresión de Katherine pasa de la picardía al cansancio en cuestión de un parpadeo. Se lleva un mechón tras la oreja, da un paso atrás y mira a su alrededor con gesto pensativo.

—¿Nos tomamos un café y te cuento cómo vamos?

En otras palabras, sí que necesita mi ayuda.

Sonrío y hago un enorme esfuerzo por recoger las carpetas y llevarlas a mi pecho. Cuando lo que quiero de verdad es sentir el peso de su cuerpo contra el mío.

—Claro. Tú eres la única que siempre me da un poco de acción —aclaro, y le guiño un ojo con complicidad.

9

«Casi puede imaginarse que es la misma mano de siempre,
que todavía está viva.»
Maggie O'Farrell, *Hamnet*

MILANO

—Y vuestra teoría ¿es…?

—Que Valerie Benoit no escribió toda la carta el mismo día —admite Katherine.

Se lleva la taza a los labios y me concede unos segundos para que mis ojos recorran los trazos, las líneas, las letras que al principio se mantienen firmes, perfectamente alineadas, y que hacia el final se desmadejan, se tambalean, como si los nervios la estuvieran atenazando poco a poco. Como si…

—Como si tuviera al asesino delante —pronuncio en voz alta. Al ver que ella esboza una sonrisa me doy cuenta de que no lo he dicho solo para mis adentros—. Supongo que Dennise también estará de acuerdo con esa lectura.

—El único que se resiste es Anthony. Está emperrado en que Marion se equivoca de cabo a rabo. Su teoría es que Valerie pudo falsificar su carnet y marcharse sin dejar rastro ni entregar su nombre a nadie, simplemente por miedo a que la siguieran.

—Bueno… —Me tomo un instante para volver a estudiar la escritura, dejando que el silencio haga su trabajo—. La verdad es

que hace veinte años resultaba bastante sencillo falsificar un carnet si sabías a quién acudir. Yo misma lo hice en un par de ocasiones.

Katherine se atraganta con el café y tose varias veces, intentando recomponerse.

—¿Per… perdón?

—¿Crees que siempre he sido la agente ejemplar del FBI o qué? —Estoy a punto de soltar una carcajada, pero pronunciar esas tres siglas me arrastra de golpe a recuerdos que queman, a sensaciones que todavía me abrasan la piel como lo hizo el fuego aquella noche—. Podría ser una teoría válida, sí, pero equivaldría a buscar una aguja en un pajar enorme. Y algo me dice que no vais desencaminados con vuestra hipótesis. Además, ¿por qué iban a acabar con Amelia si no? —Me encojo de hombros—. No tendría el menor sentido. Y por todo lo que me has contado, algo dentro de ese grupo tiene que estar conectado. Las heridas de Lucas, las de Zacharia… creo que intentaron asustarla de verdad. Está claro que el asesino de Amelia guarda relación con el pasado de Valerie. La verdadera pregunta es si todos los que hablaron en su día dijeron la verdad o si algunos se guardaron piezas esenciales.

—Eso mismo llevo rumiando yo desde ayer —murmura ella. Apura el café, deposita la taza sobre la mesa y, tras un leve titubeo, extiende la mano por encima de la madera hasta buscar la mía—. Sé que no tienes ningún interés en meterte de lleno en una investigación otra vez, pero…

—Os vendría muy bien mi ayuda —termino la frase por ella. Una nueva sonrisa, esta vez más amplia, ilumina su rostro.

Todas las veces que alguno de mis antiguos compañeros —incluido su hermano, aunque nunca coincidimos en un caso como tal— me ha pedido que vuelva a implicarme, me he negado, plenamente consciente de que mis demonios siguen agazapados muy dentro, esperando el menor descuido para recordarme que puedo volver a fallar, que puedo volver a traicionar a las personas que quiero. Sin embargo, las sensaciones que me invadieron en

aquella sala de conferencias regresan ahora con una nitidez que no consigo dominar; traen un mensaje tan claro que duele: echo esto de menos. Echo de menos ser River Milano, perfiladora criminal, la agente que durante muchos años logró, aunque fuera por pequeños fragmentos, que el mundo resultara un lugar algo menos peligroso.

—Puedo ser vuestra consultora externa para el caso —propongo, y la idea, al decirla en voz alta, no suena en absoluto mal —. Siempre y cuando Clyde no se oponga, claro.

—¿Oponerse? —Katherine suelta una risa breve—. Yo diría que hasta te organizaría una fiesta de bienvenida.

—Genial. Entonces… ¿por dónde empezamos?

. . .

La casa donde vivió Valerie respira como un cuerpo que lleva veintidós años conteniendo el aliento. Nada parece haberse movido desde entonces; el tiempo se detuvo en un instante eterno, congelado en la ausencia y puedo verlo frente a mí con claridad. Entro detrás de Katherine y, apenas cruzo el umbral del pasillo, la sensación me golpea. La madre de Valerie nos recibe con los ojos vidriosos, brillantes de un llanto antiguo que nunca termina de secarse. El padre permanece sentado en el sillón, rígido como una estatua, con las manos apoyadas sobre las rodillas y los nudillos blancos. No se tocan. No se miran. Hay ausencias que no solo devoran a los desaparecidos; también excavan fosos profundos entre los que se quedan.

Me limito a observar. Siempre comienzo así; dejo que el entorno hable antes de que las palabras lo estropeen todo. Las casas son testigos mudos, pero si sabes escucharlas, revelan más que cualquier confesión arrancada a la fuerza. Las paredes están impolutas, demasiado pulcras, como si alguien las hubiera frotado obsesivamente para arrancarles cualquier huella del pasado. En una estantería de madera oscura reconozco partituras apiladas con

mimo, alineadas como soldados en formación. Nadie necesita decirme que Valerie tocaba; la casa lo sabe, lo susurra en cada rincón vacío y, esos mismos rincones, la extrañan con una melancolía tan densa que se te adhiere a la piel.

Katherine se presenta rápido. Yo, en cambio, me quedo de pie a un lado, dejando que mi sombra forme parte del trabajo.

—Gracias por recibirnos —dice ella, y tiende la mano con naturalidad—. Sabemos que todo esto no debe de estar siendo fácil. De verdad, agradecemos muchísimo que nos dediquen un rato.

«Nunca es fácil. Nunca lo será». El dolor de una pérdida no caduca; se enquista como una herida mal cerrada que se abre de nuevo en los momentos más inesperados.

La madre asiente despacio. Sus ojos están agotados, pero no vacíos: aún brilla en ellos un hilo de esperanza. Hay personas que se consumen buscando respuestas, desgastando el alma en vano; otras se quiebran en pedazos irreparables. Ella parece haber hecho las dos cosas, sobre todo a juzgar por las arrugas que surcan su rostro, contando noches en vela y días interminables. Lleva un vestido sencillo de algodón descolorido, como si el luto se hubiera convertido en su uniforme cotidiano.

—Han pasado muchos años —responde con un temblor leve en los labios—. No sé qué más podemos contarles. Ya lo hemos explicado todo, una y otra vez: a la policía, a los periodistas, a esa mujer… Es como revivir el infierno cada vez que alguien pregunta.

Me siento frente a ellos en el sofá. Sin quererlo pienso que Valerie debió de ocupar ese mismo sitio infinidad de veces, con la espalda muy recta, fingiendo escuchar conversaciones de mayores que no la concernían, mientras su mente volaba hacia pentagramas y sueños que ya entonces le parecían prohibidos.

—Hay ocasiones en las que precisamente lo que no se dijo en su momento es lo que ahora necesitamos para cerrar el círculo —comento con calma. Adopto una postura relajada y dejo que una sonrisa suave me quite cualquier atisbo de amenaza—. La sargento

Fortier y yo estamos aquí para buscar la verdad que Valerie y Amelia merecen.

Mi voz resuena en el salón y la casa parece absorberla, exigiéndome discreción. El padre frunce el ceño; sus cejas pobladas forman una línea espesa de desconfianza, aunque no protesta. Es un hombre de pocas palabras, eso salta a la vista.

—Queremos que nos hablen de los últimos días —prosigue Katherine mientras saca su libreta—. De cómo estaba Valerie. De si notaron algo distinto en su comportamiento, cualquier detalle que les pareciera fuera de lo normal.

Se instala un silencio denso, como el humo que queda después de un incendio ya apagado, pero que aún quema al respirarlo.

—Estaba nerviosa —reconoce la madre, rompiendo la barrera con un suspiro largo—. Más de lo habitual. Siempre había sido… buena chica, responsable, de las que no dan problemas y van a la iglesia todos los domingos. Aunque fuera obligada —añade, y una pequeña sonrisa melancólica asoma antes de desvanecerse—. Pero durante el último mes discutíamos más. Me contestaba con malas formas, decía que necesitaba espacio, que la agobiábamos con tantas reglas.

«Espacio». Una palabra minada, sobre todo en boca de una adolescente.

—¿Espacio para qué? —pregunto, sosteniendo su mirada.

La mujer duda, lanza una ojeada rápida al marido como buscando permiso o auxilio. Él aprieta los labios; una vena late visible en su sien. No está cómodo, ni mucho menos. Sin embargo, es él quien toma la palabra.

—Para su música —responde, claramente molesto—. Decía que quería dedicarse a eso en serio. Que la iglesia ya no le bastaba, que quería tocar en bares, en locales de mala muerte. Viajar, ver mundo. Nosotros… bueno, pensábamos que no era más que una chiquillada pasajera.

Siento cómo algo encaja dentro de mí, como una pieza de puzle que hasta ese instante permanecía oculta. El mismo conflicto de siempre se abre ante mis ojos; identidad contra pertenencia, sueños juveniles contra expectativas familiares. Esos choques domésticos, aparentemente pequeños, a menudo esconden grietas mucho más profundas, secretos capaces de desembocar en tragedias.

—¿Y ustedes? —insisto, endureciendo un poco el tono para presionarlos—. ¿Qué pensaron de verdad? ¿La apoyaron o intentaron disuadirla?

—Que era una fase —contesta la madre, demasiado rápido, a la defensiva, como si necesitara justificarse—. Que se le pasaría con el tiempo. Éramos una familia modesta, no podíamos permitirnos que tirara su futuro por la borda. Le dijimos que estudiara algo útil, que la música no era un oficio serio.

Siempre se espera que esas «fases» se disuelvan solas, como si el deseo fuera una fiebre pasajera que se cura con disciplina. Katherine sigue anotando sin alzar la vista, mientras yo observo las manos de la madre, desgastadas por el trabajo y el paso del tiempo.

—¿Recuerdan la última vez que la vieron? —pregunta Katherine.

El padre asiente con lentitud, y sus ojos se nublan al traer el recuerdo.

—Fue por la tarde —murmura—. Salió diciendo que iba a ver a una amiga. Nos dio un beso rápido, como siempre, y se marchó. No volvió. Nunca más. Últimamente salía mucho en horas que no eran normales, se arreglaba más de lo habitual… Era su signo de rebeldía.

—¿Y se llevó algo consigo? —pregunto, inclinándome más hacia ellos, invadiendo su espacio personal para empujarles a hablar—. ¿Una mochila, dinero, su instrumento? Detalles pequeños que puedas ser importantes.

—Llevaba la guitarra —responde la madre y se frota las manos con nerviosismo—. Eso… eso fue precisamente lo que me hizo pensar que quizá… que quizá se había ido por su cuenta, que nos había dejado atrás voluntariamente… que…

«Que quizá eligió desaparecer, huyendo de una vida que la asfixiaba». Ese pensamiento ha vivido en esta casa como un huésped venenoso durante veintidós años, envenenando cada comida, cada noche en vela. Pero la casa no miente: aquí no hay rastro de alivio, solo miedo enquistado, culpa y un vacío que succiona la luz de las bombillas.

—Además de la nota que dejó… ¿hubo alguna señal de vida posterior? —inquiere Katherine, ahora con un tono más incisivo—. ¿Alguna llamada, un mensaje que indicara que estaba bien?

El padre niega con la cabeza, tajante.

—Nada. Absolutamente nada. Desapareció como si la tierra se la hubiera tragado.

Recorro la estancia con la mirada: fotos familiares en marcos donde Valerie sonríe con inocencia infantil; un reloj de pared que sigue marcando horas; cortinas descoloridas que filtran una luz mortecina. No hay señales de una fuga premeditada, solo el eco de una vida brutalmente interrumpida.

—Hace poco… —comento con cuidado, sabiendo que voy a meterme en un terreno algo peligroso—, …una periodista se puso en contacto con ustedes. Amelia Trahan. Supongo que ya sabrán que se ha encontrado su cuerpo sin vida en Crescent Park.

Los dos reaccionan al unísono: la madre se endereza como si la hubieran pinchado y el padre baja la mirada al suelo.

—Sí, nos llamó hará poco más de un mes —explica la señora Benoit con la voz entrecortada—. Dijo que estaba investigando el caso de Valerie, que no podía dejarlo estar.

—¿Qué les dijo exactamente? —Katherine aprieta la mandíbula; ambas sentimos la misma corriente de adrenalina.

—Que había encontrado inconsistencias… —responde el padre, rascándose la barbilla en un gesto nervioso y repetitivo—. Que la desaparición de Valerie no encajaba con una huida voluntaria. Dijo que tenía pruebas muy claras, que había testigos que mintieron.

—¿Les habló de alguien en concreto? —insisto, notando cómo el pulso se me acelera—. ¿De alguna persona cercana a Valerie que pudiera saber más? ¿De su grupo de amigos? ¿Mencionó a Lucas, a Camille… a alguno de ellos?

La madre vacila. Ese segundo de duda es una pequeña grieta en la armadura. Sus ojos se humedecen y, por un instante, creo que va a derrumbarse.

—Mencionó… —empieza, y traga saliva—, …que Valerie estaba enamorada. De alguien que nosotros nunca habríamos aprobado, alguien que hubiera provocado un escándalo entre familias.

—¿Enamorada de quién? —presiona Katherine, exigiendo precisión.

—No nos lo quiso decir —responde la madre. Las lágrimas empiezan a rodar por sus mejillas, y se las limpia con manos temblorosas—. Solo insistía en que estaba claro que Valerie no se marchó por voluntad propia. Que alguien sabía mucho más de lo que había declarado, que quizá la habían…

El padre la abraza con fuerza cuando ella rompe a llorar.

—Sabíamos que era imposible que se hubiera marchado así, sin decirnos nada. Pero imaginar que alguien la mató…

—Nos preguntó por una noche específica —interrumpe el marido—. Por una discusión fuerte que Valerie tuvo con alguien. Dijo que había testigos de que esa noche nuestra hija estaba muy alterada, asustada, como si huyera de algo.

Mi estómago se contrae.

—¿Asustada de qué? —insito.

—De que alguien la estuviera vigilando —responde él—. Pensamos que exageraba, que Amelia solo intentaba darle color a su investigación para vender la historia. Pero ahora… con lo que le ha pasado…

La madre solloza abiertamente, cubriéndose la boca con una mano temblorosa. El padre se pone de pie de golpe y comienza a pasear por la habitación, agitado.

—¿Creen que la mataron por esto? —exclama de pronto, y noto cómo los labios le tiemblan—. ¿Por remover nuestra mierda? ¡Joder, si lo hubiéramos sabido…!

Katherine alza una mano con tranquilidad.

—Señor, por favor, siéntese. Estamos aquí para averiguarlo. ¿Amelia volvió a ponerse en contacto con ustedes después?

—Sí —contesta la madre entre hipidos, secándose las lágrimas con un pañuelo arrugado—. Dos días antes de que la mataran. Estaba convencida de que se encontraba muy cerca de algo grande. Me pidió perdón de nuevo, pero dijo que ya no podía parar. Que Valerie no se había ido, que la habían asesinado solo por no seguir las normas.

Demasiado cerca. El asesino de Amelia debió de oler el peligro y actuó con brutalidad: un crimen calculado para cerrarle la boca para siempre.

Miro a Katherine; nuestros ojos se encuentran en un entendimiento silencioso. Ahora lo tenemos más que claro, estoy segura; Valerie no se marchó voluntariamente y la teoría de la nota es cierta. Estaba atrapada en una red de secretos, y alguien se aseguró de que pareciera que había cumplido su amenaza de abandonarlo todo porque estaba harta.

—¿Hay algo más? —inquiero, sintiendo que la conversación ha alcanzado su punto más alto—. Algo que nunca le contaran a la policía, ya fuera por miedo o por vergüenza.

La madre se lleva la mano al pecho, que sube y baja con rapidez. Tarda varios segundos en responder.

—La noche antes de desaparecer… —murmura y me mira fijamente—, escuché a Valerie llorar en su habitación. Nunca la había oído así, como si se estuviera despidiendo de algo esencial. Entré y me abrazó con mucha fuerza. Me dijo que me quería, que pasara lo que pasara nunca dejaría de quererme.

Un escalofrío me recorre la espalda y me hiela hasta los huesos. Esas palabras suenan exactamente a alguien que intuye que no volverá.

El padre se derrumba, cubriéndose el rostro con ambas manos.

—¡Maldita sea! —gruñe—. Si no la hubiéramos presionado tanto…

La atmósfera se satura de culpa, de un arrepentimiento que flota a nuestro alrededor. Me levanto despacio, con cuidado de no romper el equilibrio frágil de la habitación.

—Gracias por contarnos todo esto —dice Katherine mientras cierra la libreta y se la vuelve a guardar—. Sé que duele muchísimo, pero nos ayuda a acercarnos a la verdad que ellas merecen.

«El trauma es un parásito que se alimenta de los vivos.»

Poco después y tras despedirnos, salimos de la casa en silencio, y camino unos pasos por la acera antes de hablar.

—Valerie no se marchó —afirmo totalmente segura—. Estaba atrapada en algo muy oscuro. Y alguien se encargó de que pareciera que eligió desaparecer, borrando todas las pistas posibles.

Katherine asiente; su mandíbula está tensa y los ojos le brillan.

—Y Amelia lo averiguó —responde, mirándome esta vez—. Lo olió, lo persiguió sin descanso. Por eso la mataron: para enterrar el secreto de Valerie junto con ella.

Miro la fachada de la casa una última vez. Sus ventanas parecen ojos oscuros que nos siguen. Veintidós años después, sigue

esperando, atrapada en un limbo de dolor infinito.

El trauma no se limita a los cuerpos que aparecen sin vida, a cadáveres fríos. Se infiltra en los lugares, en las piedras, en el aire que se respira. Y esta casa… todavía escucha los pasos de una hija que nunca volvió, regodeándose en la eternidad de qué le pudo pasar.

10

«Venimos a este mundo como anagramas de nuestros antecesores.»
Maggie O'Farrell,
La extraña desaparición de Esme Lennox

KATHERINE

20 de febrero.

—¡Alto, policía!

Mi voz retumba en el aire fresco de la mañana como un trueno repentino, cortando de raíz el bullicio habitual del Crescent Park. Durante una fracción de segundo, todo el parque parece congelarse en ese filo, como si hasta el sol, todavía bajo en el horizonte, dudara en seguir su ascenso. Nos encontramos a escasos metros del Mississippi, cuyas aguas discurren perezosas y turbias, testigos de la intensa búsqueda que ha ocupado los últimos días. Pero entonces, el hombre se vuelve lentamente y sus ojos se clavan en nosotras antes de echar a correr.

Joder, ¿por qué siempre tienen que correr?

Su primer paso resulta torpe y vacilante, como si su mente aún sopesara la posibilidad de fingir que no nos ha visto y que todo se trata de un simple malentendido en una mañana cualquiera de Nueva Orleans. Sin embargo, el segundo paso ya se da por puro instinto; un arrebato animal que lo impulsa hacia delante y lo aleja varios metros de nosotras en un abrir y cerrar de ojos. Salgo disparada sin pensármelo dos veces, con la silueta recortada contra

el brillo cegador del sol naciente que tiñe el paseo fluvial de tonos dorados y anaranjados. River corre justo detrás de mí, apretando los dientes por el esfuerzo.

El río ruge a nuestra izquierda como el latido de una bestia antigua, completamente indiferente a los dramas humanos que se desarrollan en sus orillas. El parque bulle de vida mientras el hombre zigzaguea entre los caminantes como un zorro herido, derribando al pasar un carrito de vendedores ambulantes cargado de beignets recién hechos. El aroma dulce del azúcar glas y el café se mezcla con el olor salobre del río, creando una atmósfera surrealista y casi irónica en medio de la persecución.

—¡Policía! —vuelvo a gritar, con la voz ya quebrada por el esfuerzo—. ¡Detente, coño!

Como era de esperar, no lo hace. Siento cómo el aire me quema los pulmones mientras esquivo a un corredor que se aparta soltando un grito ahogado; la botella de agua que llevaba en la mano rueda por el suelo. Alguien me roza el brazo en el tumulto, pero no registro quién ha sido. El sonido de nuestros pasos se multiplica y se superpone en una sinfonía caótica: mis botas golpeando contra el pavimento, las de River a mi espalda, las del fugitivo irregulares y desesperadas a unos metros delante de mí. Es como la banda sonora descompuesta de una serie policiaca, donde el sur profundo se traga a los personajes en su humedad.

El hombre embiste una papelera metálica con violencia y la salto por encima con una agilidad que a veces temo haber perdido con los años. River no tiene tanta suerte: oigo su resbalón y el impacto sordo de su cuerpo contra el suelo. Mi corazón da un vuelco. Giro la cabeza apenas un instante y la veo en el suelo, jadeando, con la rodilla sangrando a través del pantalón.

—Me cago en la puta. ¡River!

—¡Síguele tú! —grita ella.

Asiento con la cabeza y continúo la carrera por el sendero que se estrecha al adentrarse en la zona más frondosa del parque,

flanqueada por robles centenarios cuyas ramas forman un dosel verde. El hombre mira hacia atrás, se percata de que River se ha quedado rezagada y en sus ojos brilla el cálculo de creer que se ha librado de las dos. Pero este tío no me conoce.

A pesar del esfuerzo, me giro un segundo y busco la mirada de mi chica.

—¡Cúbreme la retaguardia! —le pido, y le hago gestos exagerados con la mano por si el ruido del parque le impide oírme con claridad.

La respiración me quema y tira de los costados como si quisiera recordarme que soy mortal. Aun así, no reduzco el ritmo. No puede tratarse de una puta coincidencia que alguien tenga el teléfono de Amelia después de días de búsqueda. En mi experiencia, las coincidencias siempre acaban siendo mentiras bien disfrazadas.

El hombre gira bruscamente hacia una zona más concurrida, cerca de un grupo de músicos callejeros que tocan jazz bajo un pabellón de hierro. Embisto sin dudarlo, apartando a un turista que casi deja caer su cámara al suelo. El fugitivo tropieza con una pareja; la mujer cae al suelo soltando un grito agudo y su bolso se abre, desparramando monedas. Los gritos estallan a nuestro alrededor:

—¡Qué pasa!

—¡Llamad a la policía!

Pues vaya ironía. Noto cómo mis piernas comienzan a flaquear y el mundo se reduce a varios puntos focales: la espalda sudorosa del hombre, el sol cegador que me da de frente, las sombras danzantes de los árboles. Lo único que sigue ahí es el río, siempre presente, imperturbable.

De pronto, el hombre se queda sin escapatoria. Lo alcanzo en una curva del paseo donde el terreno desciende ligeramente hacia el agua. Resbala y cae de rodillas. Intenta levantarse, pero me lanzo sobre él sin pensarlo dos veces. El impacto envía una onda de dolor

a través de mi cuerpo, aunque la ignoro por completo. River llega unos segundos después, todavía jadeando, y al instante le paso mi arma para que la mantenga encañonada.

—No… no he hecho nada —balbucea el hombre, con los ojos desorbitados por el pánico—. ¡Lo juro por Dios! ¡No he hecho nada!

Me apoyo con fuerza sobre su espalda para mantenerlo inmóvil, sintiendo cómo su corazón late desbocado bajo mi rodilla. River se agacha a mi lado mientras yo le coloco las esposas.

—Entonces explícame… —digo con una calma gélida que contrasta con el fuego que aún corre por mis venas—, por qué cojones corres como si te persiguiera el mismísimo diablo.

El hombre traga saliva con dificultad. Su sudor se mezcla con el rocío del suelo y desprende un olor acre a miedo, a noches sin dormir y a secretos que pudren el alma desde dentro.

—Me asusté, ¿vale? ¡Me asusté, joder! —responde entre balbuceos—. No sabía quiénes erais. Pensé que ibais a hacerme algo.

River se acerca más y se agacha frente a él. Sus ojos, siempre tan penetrantes, buscan la verdad en ese rostro demacrado y sudoroso. Tengo claro lo que percibe al instante. Está desesperado, pero en nuestra profesión, la desesperación suele caminar de la mano con la culpa.

—¿De dónde lo has sacado? —pregunta ella sin titubear, a pesar del agotamiento—. ¿Quién te ha dicho dónde estaba el teléfono de Amelia Trahan?

La mención del nombre hace que el hombre se tense visiblemente bajo mi agarre. Sus ojos se mueven frenéticos, buscando una salida imaginaria en el paisaje: el río, los árboles, los curiosos que comienzan a arremolinarse a distancia prudente mientras sacan los móviles para grabar el espectáculo.

—¡Me lo encontré! —grita, y deja de resistirse de golpe—. ¡Lo juro por mi madre! Estaba ahí, cerca del río, entre unas piedras

junto a la orilla. Pensé en venderlo para sacarme unos cuantos billetes, pero estaba apagado… Yo no sabía de quién era. ¡Por favor, tenéis que creerme!

—¿Dónde estaba exactamente? —insisto, apretando un poco más su brazo.

—Aquí abajo —responde, señalando con la cabeza hacia la zona más baja del paseo donde el agua lame las rocas—. Entre esos matorrales. Nadie me dijo nada. Nadie. Solo pasaba por aquí esta mañana, buscando… no sé, algo de paz.

River y yo cruzamos una mirada y llegamos a la misma conclusión sin necesidad de palabras. Está claro que alguien movió el teléfono del lugar original para que no lo encontráramos nosotros y sí lo hiciera este desgraciado.

El río parece rugir con más fuerza, como si escuchara nuestra conversación. Si este hombre estuviera mintiendo, podría convertirse en cómplice de asesinato, y por cómo se comporta, dudo mucho que fuera consciente de ello. Pienso en los detalles de la investigación y me incorporo despacio, notando el temblor en mis piernas después del esfuerzo. El hombre empieza a sollozar con fuerza.

—Por favor… yo no he matado a nadie —gime en un lamento patético pero sincero—. Solo… solo me lo encontré. Tengo familia, joder. No soy un monstruo.

El eco de sus palabras se pierde en el murmullo constante del parque. Pienso en Amelia, en cómo su muerte ha abierto otra grieta más en esta ciudad ya rota por dentro. Pienso también en Valerie. Pero el trauma, como bien sé por experiencia propia, no corre. El trauma espera, acecha en las sombras, y esta mañana, junto al Mississippi, acaba de asomar la cabeza una vez más.

Llamamos a Anthony y a Claudia para que acudan de inmediato. Mientras esperamos, River y yo revisamos el teléfono: está completamente muerto, aunque estoy convencida de que Dennise logrará revivirlo. Quizá contenga mensajes, fotos o algún dato que nos acerque al asesino de Amelia. El hombre sigue

balbuceando excusas entre sollozos, pero yo ya no le presto atención. Mi mente viaja de nuevo a la escena del crimen, al cuerpo de Amelia sobre el asfalto, con la sangre rodeando su cabeza y con los moretones en su piel.

—Así que habéis tenido fiesta nada más empezar el día, ¿eh? —se burla Anthony en cuanto él y Claudia llegan a donde estamos.

—Nada que no sea habitual en Nueva Orleans —respondo con un encogimiento de hombros, y después, le entrego al sospechoso.

Cuando lo meten en el coche patrulla, el hombre nos mira a través de la ventanilla con ojos suplicantes. «No fui yo. No he hecho nada», murmura una última vez antes de que el vehículo arranque. River y yo nos quedamos exhaustas, mientras el sol ya se eleva más alto en el cielo.

—Buen trabajo —murmura ella, palmeándome el hombro con una sonrisa cansada—. Ya echaba de menos estos momentos —añade, y se mira la rodilla ensangrentada con gesto resignado—. Será mejor que volvamos. Si este tío miente…

—Significa que el asesino está más cerca de lo que creíamos —suspiro, y pongo los brazos en jarras—. Vamos. Amelia y Valerie merecen respuestas.

. . .

Caminamos de vuelta por el parque y nos metemos directamente en el Ford para regresar al departamento, pero lo que nos espera allí no mejora la mañana en absoluto.

—Me cago en… ¿qué coño hacen aquí? —mascullo al ver el cúmulo de periodistas apostados frente a la puerta de comisaría.

Apago el motor y me quedo observando el bullicio con incredulidad.

—El caso debe de haber adquirido mucho más interés —comenta River a mi lado.

—Eso no les da derecho a venir aquí e invadir nuestro espacio como si fuera una puta feria —protesto. Quito las llaves del contacto, me desabrocho el cinturón y abro la puerta sin pensármelo dos veces.

Estoy a punto de salir cuando una mano firme me detiene.

—¿Qué haces?

—Tómatelo con calma, Kat. Si te encaras con los periodistas solo vas a empeorar las cosas. Ya sabes cómo funciona esta ciudad. Van a desangrarnos si les damos la menor oportunidad.

—Pero no…

River levanta las cejas y, aunque apenas esboza una sonrisa, el gesto es suficiente para que vuelva al interior del coche, eche la cabeza hacia atrás contra el reposacabezas y respire hondo varias veces.

—Está bien, los echaré con educación —prometo, aunque no tengo muy claro cómo se hace eso exactamente. Observo su gesto de dolor y le acaricio el cuello con ternura—. Ve a curarte esa rodilla. No quiero que Clyde se suba por las paredes cuando te vea.

—Tranquila, que todavía soy dura —responde ella, y me guiña un ojo.

Las dos salimos del coche y, en cuanto los periodistas se percatan de nuestra presencia, la marabunta gira hacia nosotras como un solo ente y empieza a disparar flashes. Las voces suben de volumen y, cuando se encuentran a apenas un metro de distancia, comienzan a lanzar sus preguntas.

—Sargento Fortier, ¿cree que la policía fue negligente con la desaparición de Valerie?

—¿Amelia hizo mejor su trabajo? ¿Murió porque encontró algo turbio?

Estoy a punto de gritarles, pero River consigue que esboce una sonrisa tranquila y profesional.

—No haré ninguna declaración. El caso se encuentra bajo sumario y, por el momento, no revelaremos ningún dato de la investigación. Será mejor que nos dejen trabajar y no perdamos más tiempo. Buenos días.

Nada más girarme, escucho una pregunta que me deja paralizada.

—¿Es cierto que esta mañana han encontrado el teléfono de Amelia?

Me quedo quieta un instante, aunque evito girarme. Sigo adelante y entro en el edificio del departamento con una determinación puesta en la cabeza: encontrar al hijo de puta que está filtrando información a la prensa.

11

«Es preciso esperar lo inesperado, aceptarlo.»
Maggie O'Farrell, *Sigo aquí*

KATHERINE

—Marion tiene razón. Creo que, por una vez, este foco de atención podría venirnos bien.

Abro la boca, completamente impactada ante la confesión de River. Miro primero a Alexander, después a Claudia y, por último, a Anthony. ¿Ya se lo ha ganado como para que ni mi propio hermano se ponga de mi parte? «Tiene que ser una broma».

—¿Y en qué creéis exactamente que nos va a beneficiar tener esta puta diana en la espalda?

Mi hermano se gira hacia la encimera y prepara varias tazas de café como método de distracción, sin duda para no tener que enfrentarse directamente a mí.

«Ya me las pagarás.»

Marion esboza una sonrisa y deja el bolígrafo sobre la mesa. Después entrelaza los dedos y me observa con suma tranquilidad.

—Estos casos mediáticos suelen inflar el ego de los asesinos. Si la prensa nos pinta como un equipo incompetente y empieza a dar al caso la atención que merece, es probable que el culpable acabe delatándose ante nosotros. Ya lo he visto en otras ocasiones.

—¿De verdad le crees tan ingenuo o ingenua como para cometer semejante estupidez?

—No, pero eso no significa que no podamos aprovechar esa ventaja —responde ella.

—Ventaja… Claro, no sé dónde demonios veis la ventaja en todo esto. Porque os recuerdo que, apenas media hora después de encontrar el teléfono, la prensa ya estaba enterada.

—Katherine… —River carraspea y respira hondo. Estoy segura de que preferiría no contradecirme en mi propio espacio, pero lo hace de todos modos—. No le hemos sacado nada a Oliver porque decía la verdad. El asesino ha tenido que jugar con esa carta; dejar el teléfono a su alcance y después filtrar la noticia a la prensa. Tengo la sensación de que no lo tiró para deshacerse de él, sino a propósito, para que seamos conscientes de que está jugando con nosotros —añade, y se coloca un mechón rebelde detrás de la oreja —. Si Dennise no encuentra nada útil cuando lo analice, eso me dará la razón.

—Hay que estar atentos a los foros y analizar cualquier comentario que pueda llevarnos hasta el asesino —señala Marion. Anthony toma nota con diligencia, como si lo que le dije hace unos días se le hubiera borrado por completo de la memoria.

Me apoyo contra la pared y cruzo los brazos con fuerza.

—Tendréis que explicarme por qué ha estado callado durante veintidós años y ahora, de repente, le interesa llamar la atención de esta manera.

—Porque quiere demostrar que tiene el control de la narrativa —explica River con convicción—. Puede que esos periodistas tengan razón y que, por aquel entonces, el departamento fuera realmente incompetente. Muchas veces los juegos de poder se pierden en movimientos silenciosos, en jugadas de las que ni siquiera somos conscientes —prosigue. Se acerca los documentos y les echa un nuevo vistazo con detenimiento—. Si no, ¿por qué dieron el caso por cerrado tan pronto? La familia nunca tuvo noticias de Valerie, sus

amigos tampoco, y eso es muy extraño. Una persona tan joven que desaparece y que, según la nota, quería a su familia, como mínimo…

—Muestra arrepentimiento —concluye Marion. Se echa hacia atrás en la silla y se cruza de brazos. Después mira a River y no me gusta en absoluto la sonrisa cómplice que le dedica—. Recuerdo la conferencia que diste hace unos diez años en Vancouver. Hablaste de un caso parecido, de cómo el asesino fue capaz de manipular a la policía hasta el punto de entregarse «para evitar que el sistema siguiera gastando recursos en vano». —Se encoge de hombros y vuelve a mirarme—. Si dejamos que la prensa siga haciéndose eco de la noticia, tal vez las opiniones en los foros aumenten y notemos la presencia del asesino entre los comentarios.

—¿Por qué no jugamos con eso? —propone mi hermano. Va entregando las tazas de café una a una a cada miembro del equipo —. ¿Por qué no nos registramos en uno de los foros de opinión y metemos un poco de cizaña?

—¿Porque es peligroso? —replico con ironía.

—Pero útil —concede Marion. «Va a estar todo el mundo de su parte, ¿o qué?»—. ¿Te ofreces voluntario?

—Claro. De hecho… —Alexander abre la pantalla de su móvil y nos lo enseña con gesto triunfal—. La cacería ya ha empezado. Hace unas horas que se abrieron varias conversaciones relacionadas con el asesinato de Amelia y la desaparición de Valerie. No dejan al departamento en buen lugar, aunque tampoco a ellas.

Se toma unos segundos para buscar algo concreto y nos lo muestra. Leo algunos de los mensajes en silencio:

> «Valerie no era más que una puta con relaciones indecorosas».
>
> «Siempre se creyó más de lo que era. Ojalá sí haya muerto de verdad. Su recuerdo todavía mancha la visión de la iglesia».
>
> «Esa Amelia no era más que otra oportunista para sacar pasta. Nunca buscó respuestas de verdad. El pobre Lucas debió de terminar harto de ella».

—Así que sí era clienta habitual en el bar… —comento después de leer unos cuantos mensajes más.

—Eso parece —confirma mi hermano—. Según he podido leer, se pasaba allí la mayoría de las noches, observando a la gente, tomando notas y cosas por el estilo…

—¿Alguien ha comentado algo sobre la paliza que le dieron?

—No.

Anthony aprieta los labios, visiblemente pensativo.

—¿Qué pasa? —le pregunto, inclinándome hacia él.

—El tiempo ha demostrado que ni la desaparición de Valerie rompió el grupo de amigos que mantenían por aquel entonces. De hecho, todos siguen viviendo en Nueva Orleans —explica mientras revisa sus notas—. Creo que no solo Lucas oculta algo. De hecho, creo que el grupo entero sabe algo que la policía desconocía en su momento, igual que los padres de Valerie. Algo que Amelia sí descubrió.

—Creo que ha llegado el momento de empezar a ejercer un poco de presión —declaro. Me aparto de la pared y me siento en mi silla habitual. Después doy un sorbo largo al café, dejando que el calor me reconforte—. Voy a hacerte caso, así que… Alexander, tú céntrate en el foro. Aprieta las tuercas si es necesario. Conviértete en uno de ellos.

—Buena elección, sargento —apunta Marion con una sonrisa satisfecha.

—Espero que tengas razón, porque el departamento no puede permitirse más errores.

—Tranquila, no soy solo yo la que piensa que tengo razón —recalca ella, y observa a River, pero esta no le presta la menor atención.

—Muy bien. Vamos a repasar lo que tenemos hasta ahora —carraspeo, y obligo a todos a que me miren—. Amelia aparece muerta después de averiguar qué le ocurrió a Valerie hace veintidós años, información que no poseemos porque todos sus dispositivos

desaparecieron y en el piso que tenía alquilado no había absolutamente nada.

—Lo cual resulta muy extraño —señala Claudia.

Asiento antes de continuar.

—Lucas Perillo afirma que Amelia estuvo en pocas ocasiones en el bar, pero que no sabía nada de lo que estaba investigando. Información que se contradice con lo que la gente ha escrito en los foros —añado, tomando notas de todo en mi libreta—. Y el teléfono de Amelia ha sido encontrado «casualmente» esta mañana por un hombre que no tiene nada que ver con el caso. Un pobre desgraciado que estaba en el lugar equivocado en el momento equivocado —puntualizo.

—Y luego están Lucas y Zacharia, con marcas visibles de una disputa que puede estar relacionada con los golpes que recibió Amelia días antes de morir —secunda mi hermano—. Lo que me lleva a pensar que tienes razón: ese grupo de amigos debe de saber algo más de lo que pasó por aquel entonces, y se están protegiendo los unos a los otros.

—Un caso complicado que ha llamado la atención de la prensa ante la posible negligencia del departamento de Nueva Orleans —afirma Marion, y se deja caer contra el respaldo de la silla antes de cruzarse de brazos—. Debemos aprovechar bien esa carta sin que se vea demasiado evidente.

—Deberíamos reunirnos con Clyde para ver cómo afrontarlo antes de filtrar alguna que otra noticia —propone Claudia.

—Estoy de acuerdo —les digo a todos. Después cierro la libreta y miro mi reloj de muñeca—. Pero antes de eso deberíamos tomarnos un pequeño descanso y aclarar las ideas. Desgraciadamente, el cuerpo de Amelia ya no va a regresar.

. . .

—¡Tía Kat!

Un torbellino de pelo rubio corre hacia mí nada más cruzar la puerta y se lanza a mis brazos sin calcular la fuerza que tiene.

—¿Vamos a entrenar hoy?

Nick me observa desde el arco que da paso a la cocina, con los brazos cruzados pero una sonrisa indulgente en los labios.

—No ha querido practicar en toda la semana. Dice que la única que le enseña bien el krav magá es su tía Katherine.

Ben se separa un poco y me mira a los ojos con cara de cachorrito abandonado.

—A lo mejor luego. Hoy estoy muy cansada —respondo, y le revuelvo el pelo con cariño—. Además, la tía River se ha hecho daño en una pierna y ya sabes que, si ella no está, tampoco mola tanto —añado—. ¿Qué tal los exámenes?

—Todo aprobado —responde con evidente orgullo—. ¿Qué le ha pasado a River?

—Que ya no estoy preparada para una buena persecución —dice ella en cuanto cruza la puerta de la nueva casa de mi hermano.

Ben corre a abrazarla y River trastabilla ligeramente, pero no se queja del dolor de la pierna.

—¿En serio habéis perseguido a alguien? —pregunta mi sobrino, y sus ojos se abren de pura emoción.

—Más bien lo ha hecho tu tía Kat. Yo solo he intentado seguirle el ritmo —aclara River con una sonrisa.

—No te quites mérito. Que hayas perdido fuerzas no significa que no estés de vuelta al ruedo —le agradezco, y le guiño un ojo.

—¿Cómo que has vuelto al ruedo?

Sorprendido, Nick deja de remover la salsa de sus famosos canelones de otoño —los hace en todas las estaciones— y se queda mirándonos con los ojos muy abiertos.

—Como consultora externa —aclara River, y se encoge de hombros con naturalidad—. Pero si en mitad de una investigación me toca correr, no puedo dejar a tu hermana atrás.

—Jo… yo también quiero. De mayor voy a ser poli, ¡lo tengo clarísimo!

—Para eso te queda mucho, enano —le digo a Ben, dándole un par de golpes en la cabeza. River y yo nos quitamos las chaquetas y las dejamos sobre el respaldo del sofá—. ¿Y Bethany?

—Todavía no ha salido, pero estará por llegar —responde Nick —. Por cierto, Brady quiere saber si vamos a ir todos al partido del domingo.

«Mierda, lo había olvidado por completo».

Antes de que pueda responder, ya tengo a Ben mirándome con los ojos muy abiertos y una enorme sonrisa en los labios. Si le digo que no, me va a odiar de por vida, y River parece estar de acuerdo porque asiente con disimulo. Así que respiro hondo y afirmo con la cabeza.

—Claro que sí.

12

«La vida de los corrales de comedias es muy inestable, muy frágil.»
Maggie O'Farrell, *Hamnet*

KATHERINE

22 de febrero.

El sol de la mañana se derrama con generosidad sobre el campo, iluminando el césped en un verde intenso que parece recién crecido. Es temprano y el aire aún conserva ese frescor del rocío que se evapora poco a poco bajo los primeros rayos. Me ajusto el guante con cuidado, sintiendo el cuero gastado contra la palma, un tacto familiar que me devuelve a aquellos partidos de la infancia en los que mis hermanos y yo corríamos por el barrio sin otra preocupación que atrapar la bola. El campo ya vibra con el murmullo de voces conocidas que se cruzan entre bromas y pullas mientras Nick ocupa la primera base, colocándose la gorra de los Saints con su típica sonrisa de ganador.

—Venga, sargento —grita desde su posición, con las manos en las caderas—. ¿Vas a quedarte ahí plantada todo el día? ¡Muévete, que la victoria no espera!

Le enseño el dedo corazón de la mano sin guante y el gesto arranca carcajadas a medio equipo. Alexander se planta en el montículo del lanzador, estira el brazo derecho con concentración y parece estar en un estadio profesional en vez de en este campo lleno de baches. Lleva semanas practicando en el patio de casa,

lanzando contra la pared, obsesionado con pulir su curva y su recta, convencido de que este año nadie le va a humillar.

Ben corre con el bate al hombro, salta obstáculos imaginarios y practica *swings* en el aire con un entusiasmo que me hace sonreír.

—¡Tía Kat! —me chilla desde lejos—. ¡Te dejaré en evidencia delante de todos! Pienso robarte la base.

—Ni lo sueñes, enano —le replico, guiñándole un ojo mientras me agacho para ajustarme las zapatillas—. Te tengo más que controlado. Un paso en falso y te pillo —bromeo.

Desde mi posición veo todo el diamante desplegado ante mí como si fuera un tablero de ajedrez.

El equipo rival se coloca listo para empezar. Son amigos del barrio, algún compañero de la comisaría que ha venido a desconectar y un par de novatos que miran el campo con ojos ansiosos. Nada profesional, repetimos siempre para quitarnos presión, pero en el fondo todos queremos luchar por esa victoria efímera que nos haga sentir un poco invencibles, aunque solo sea por un día.

De pronto, una voz familiar rompe el ritmo del calentamiento:

—¿Llegamos a tiempo o ya habéis empezado la fiesta sin nosotros?

Me giro hacia el lateral del campo. Claudia y Anthony aparecen desde el aparcamiento, con bolsas de deporte al hombro y caras de haber corrido para no llegar tarde. Claudia lleva el pelo recogido en una coleta práctica y evalúa el terreno con ojo profesional mientras Anthony se ajusta la gorra.

—Nunca es tarde para morder el polvo y besar el césped —suelta Nick, guiñándoles un ojo mientras estira las piernas con exageración.

Anthony suelta una carcajada y palmea su guante con energía.

—Espero que sí, porque no he tocado un bate desde hace meses. Si me ponéis en una posición complicada, os arrepentiréis.

Alexander lo evalúa desde el montículo, entrecerrando los ojos.

—Tranquilo, que irá de puta madre —le asegura.

Claudia observa su guante con una media sonrisa y lo gira entre las manos.

—Yo ya os aviso —comenta—, como me venga una bola a toda leche, me tiro al suelo y que sea lo que Dios quiera. No estoy para luxaciones un domingo por la mañana.

Por supuesto, todos estallamos en carcajadas.

Alexander inicia el juego. Se planta en el montículo, respira hondo y lanza la primera bola: una curva limpia que se rompe tarde y engaña al bateador rival, un tipo fornido del barrio. ¡Strike uno! El segundo lanzamiento es una recta alta que el bateador deja pasar. ¡Strike dos! En el tercero, el bateador conecta un golpe bajo y traicionero que viene directo hacia mí. Me tiro en plancha, y la bola impacta contra el cuero del guante. Me incorporo de un salto y lanzo con un giro preciso de muñeca hacia primera.

—¡Out! —brama Nick, alzando el puño y pisando la base.

Ben aplaude desde fuera, dando saltos exagerados como si hubiéramos ganado la liga.

—¡Toma ya, tía Kat! ¡Eres la caña!

El siguiente bateador es más paciente. Falla el primer strike con un swing torpe, pero en el segundo conecta un globo alto al jardín central. Nuestro defensor corre hacia delante y lo atrapa sin esfuerzo. Dos outs.

Sin embargo, el tercero consigue un buen golpe y el cuarto conecta un sencillo al jardín izquierdo que avanza al corredor a tercera. El quinto bateador suelta un golpe limpio que trae la primera carrera. 1-0 en contra. Alexander maldice por lo bajo y patea el montículo.

—Joder, eso ha sido pura potra —protesta, sacudiendo la cabeza.

—Claro, hermanito —le digo mientras corro hacia él para palmearle la espalda con afecto—. Respira, que aún quedan ocho entradas.

La primera entrada termina 1-0. Cuando nos toca batear, el ambiente cambia por completo. Nuestro primer bateador falla rápidamente: tres strikes y out. Después le sigue Claudia, que se estrena con los nervios lógicos del momento. El lanzador rival la prueba con bolas rápidas.

—Vamos, Claudia, ¡dale fuerte! —grita Anthony desde el jardín.

Ella conecta en la tercera bola un golpe hacia la segunda base y corre con todas sus fuerzas, pero la eliminan por poco. Después, Ben se coloca en el plato, con exceso de confianza, balanceando el bate como si fuera un profesional.

—En un periquete te mando a casa, tía Kat. Prepárate.

El primer lanzamiento es malo. En el segundo, Ben conecta un golpe limpio al jardín izquierdo: la pelota rebota una vez y rueda. Ben llega a primera sano y salvo y, en el siguiente lanzamiento distraído del receptor, roba la segunda con un arranque valiente que nadie esperaba.

—¡Eso es, Ben! ¡Corre como el viento! —grito yo desde el círculo de espera.

La segunda entrada trae más acción. Alexander abre con lanzamientos más agresivos. El primer bateador rival conecta un doble al hueco entre el jardín izquierdo y el central. Veo cómo la bola rueda hasta la valla y el corredor llega a segunda jadeando.

—Ojo, Alex, ¡no les des ventaja! —advierte Nick desde primera.

El siguiente batea un golpe que hace avanzar al corredor a tercera. Out. Sin embargo, el siguiente golpe va hacia mí; corro, recojo la bola y lanzo para forzar la eliminación en el plato. El

corredor se desliza dramáticamente, levantando una nube de polvo, pero el receptor lo toca a tiempo.

—¡Eliminado! —grita el árbitro.

El equipo estalla en vítores. Pero el siguiente bateador conecta un sencillo que trae la segunda carrera. 2-0.

Alexander maldice por lo bajo, pero se rehace y elimina al último rival con una curva devastadora.

En nuestra segunda al bate, Anthony se estrena. Nervioso, falla los dos primeros lanzamientos, pero en el tercero conecta un globo que el rival deja caer por error, y mi compañero llega a primera riendo con incredulidad.

—Esto cuenta como golpe, ¿no? —pregunta, todavía sorprendido.

Sigue Nick, que abre con un golpe potente al jardín central, y Anthony avanza a tercera. Después, Alexander fuerza la eliminación del bateador. Ben va hacia el plato de nuevo y conecta un golpe a la zona derecha con la que los dos anotan. ¡Empate a dos! Ben llega a segunda en la misma jugada.

—¡Vamos, equipo! —grito mientras me preparo.

La tercera entrada es un festival de defensa. Claudia brilla en el jardín izquierdo con una bola alta y profunda. Corre hacia atrás con el sol de cara, tropieza en un bache, pero salta y estira el guante al límite. La pelota cae dentro de este en un golpe perfecto.

—¿Habéis visto eso? —grita Claudia, incrédula, agitando el guante en alto—. ¡La he cogido de milagro!

Anthony aplaude con tanto entusiasmo desde el jardín derecho que casi se cae de bruces.

—¡Mi compañera del año! ¡Eso ha sido de película!

Alexander elimina a dos más con sus lanzamientos y cerramos la entrada sin carreras.

En la cuarta entrada el rival nos amenaza y las bases se llenan con dos eliminados tras varios golpes y un error nuestro. El bateador conecta un golpe duro hacia mí. Salto, guante en alto, y la atrapo en el aire. ¡Eliminado! El equipo corre hacia mí para chocar los guantes con entusiasmo.

—Kat, eres una máquina —dice Nick, revolviéndome el pelo con cariño.

La quinta trae la remontada. Yo abro con un sencillo al centro. Robo segunda en el primer lanzamiento distraído del receptor, y después, Claudia batea un golpe que me avanza a tercera.

Anthony conecta un elevado profundo: yo salgo y anoto tras atraparla. 3-2 arriba.

Nick sigue con un triple al jardín derecho que trae otra carrera. 4-2.

Pero el rival responde en la sexta, y Alexander se enfada consigo mismo mientras patea el montículo.

—Tranquilo, colega —le digo en el cambio de entrada—. Aún hay partido. Vamos a por ellos.

La séptima y la octava son un toma y daca de defensas sólidas y golpes oportunos. Ben atrapa un elevado en el jardín exterior y lanza a segunda para una doble eliminación que nos sabe a gloria. Un error del rival nos da ventaja. 5-4.

Entramos en la novena empatados a cinco tras un golpe sencillo tardío del rival en la parte alta. Dos eliminados. Ben está en segunda tras un doble afortunado, y yo en primera.

Nick va hacia el plato, con cara seria.

—No la líes ahora —le digo al pasar a su lado, con un guiño cómplice.

—Jamás, hermanita. Mira y aprende.

El lanzamiento sube alto. Nick lo engancha con un swing perfecto: la bola vuela en un arco majestuoso contra el cielo ahora

más alto. El rival corre hacia atrás desesperado, tropieza en una irregularidad del terreno, y la pelota cae limpia más allá de la valla.

—¡Corred! ¡Corred todo el mundo! —grita el equipo en un coro caótico.

Ben arranca desde segunda, pisa tercera y cruza deslizándose en un gesto épico que levanta una nube de polvo. Yo corro con las piernas ardiendo y llego justo detrás. Nick rodea las bases completamente, pisando la zona con los brazos en alto. ¡8-5!

El partido termina así, con una victoria que celebramos con los brazos arriba.

El estallido es ensordecedor. Ben corre hacia mí y me salta encima. Nick y Alexander se abrazan como cuando éramos niños, y Claudia y Anthony se chocan las manos sin poder creerse que hayamos ganado.

Nos dejamos caer exhaustos sobre el césped, compartiendo bebidas frías de la nevera portátil y bocadillos que hemos preparado antes de venir aquí. El sol ya calienta de verdad, pegando las camisetas a la piel, pero nadie se mueve; estoy segura de que todos querríamos estirar el tiempo un poco más. El aire está cargado de esa alegría que solo dan instantes como este.

Me tumbo boca arriba, con el césped fresco contra la espalda, y miro el cielo azul salpicado de nubes perezosas.

—Oye, Kat —dice Alexander a mi lado, todavía recuperándose del partido.

—¿Qué pasa?

—Gracias, por organizar los partidos, por juntarnos a todos… por recordarnos que hay vida más allá del departamento y de los casos que se nos ponen por delante.

Extiendo la mano y aprieto la suya con fuerza, sintiendo el pulso acelerado que compartimos.

Porque hay días en que ganar no tiene nada que ver con el marcador final, sino con estos momentos robados al caos, con la familia y los amigos que forman tu verdadero equipo. Y hoy, bajo este sol matutino que ya se eleva victorioso, sé que hemos ganado mucho más que un simple partido.

13

«Qué minúsculas las causas y qué devastadoras las consecuencias.»
Maggie O'Farrell, *Tiene que ser aquí*

MILANO

El Ford se detiene frente a nuestra casa en Decatur Street mientras observo cómo el sol ya se ha hundido detrás de los balcones, dejando el cielo teñido de un morado profundo que se funde con las luces distantes de Bourbon Street. Han pasado tres años desde que la vieja casa se convirtió en cenizas en una noche que todavía me despierta entre pesadillas. Esta nueva casa es moderna, de líneas limpias y ventanas altas que dejan entrar la brisa del Mississippi, pero a veces echo de menos la antigua, como se extraña una cicatriz que duele menos que el vacío que dejó.

Bajo del coche con las piernas aún pesadas del partido, con el sudor seco pegado a la camiseta y el guante olvidado en el asiento trasero. Kat cierra la puerta del conductor, y me dedico unos segundos a observarla mientras camina hacia la entrada con esa expresión de victoria que no se le ha quitado desde que dejamos el campo.

Yo, en cambio, me siento algo expuesta bajo la luz de la farola. Llevo la misma camiseta holgada que me prestó esta mañana y noto cómo la brisa me acaricia las cicatrices que, en ocasiones, me cuesta vestir. Al entrar, Kat deja las llaves en el cuenco de cerámica junto a

la puerta —un regalo de su hermano Nick— y se quita las zapatillas con un suspiro de alivio.

—Vaya día, ¿eh? —comenta, estirando los brazos por encima de la cabeza—. Me muero de hambre después de tanto correr. ¿Qué te parece si cocino algo rápido? Podría preparar esos gambones a la plancha con ajo y limón que tanto te gustan. O una pasta sencilla con tomate fresco y albahaca. Algo casero, para variar de las pizzas que pedimos casi siempre.

Me quedo en el umbral del salón, observándola mientras se dirige a la cocina abierta. El partido me ha dejado con una adrenalina residual que me recorre las venas, similar a la que solía sentir tras cerrar un caso complicado. Y verla así, relajada pero todavía vibrante por el esfuerzo, despierta en mí sensaciones que ya no puedo —ni quiero— controlar. Aunque estoy segura de que llevan todo el día caminando conmigo.

—Tengo una idea mejor —respondo.

Ella se detiene junto a la nevera, con una botella de agua mineral a medio camino de sus labios, y se gira hacia mí con una ceja arqueada.

—¿Mejor que mis gambones? Eso es mucho decir, Milano.

Me encanta cuando me llama así.

Avanzo por el pasillo, quitándome la camiseta sudada con un simple movimiento y dejándola caer al suelo. Llego hasta ella, apoyo las manos en el granito a ambos lados de su cuerpo y la atrapo sin rozarla todavía. El calor que irradia su piel contrasta con la superficie helada.

Me inclino hacia delante hasta que nuestros alientos se entremezclan y entonces susurro:

—Estás a punto de comprobarlo.

Katherine deja la botella con una sonrisa pícara en los labios y lleva las manos a mi cintura. Sus dedos firmes me acarician la piel

justo por encima de la cintura elástica del pantalón. Poco después, su boca reclama la mía en un beso profundo, intenso, mientras su lengua explora la mía con la misma pasión de siempre, pero con esa familiaridad que solo dan los años. Me basta morderle ligeramente el labio inferior para sentir cómo su aliento se acelera contra mi piel.

—Joder, River —murmura al separarse apenas un poco—. Has estado lanzándome esas miradas todo el partido. ¿Ya lo tenías planeado o qué?

—¿Qué clase de miradas? —pregunto, fingiendo una inocencia que no engaña a nadie, mientras mis manos bajan despacio por sus costados y desabrocho el botón de su pantalón.

Sonrío contra su cuello, recorriendo con la lengua una línea que me volvió loca desde el minuto que nos follamos en aquella habitación de hotel.

Me separo lo justo para observarla en silencio y, con un movimiento rápido, la levanto y la siento sobre la encimera de granito. Ella suelta un jadeo y sus piernas se abren de forma instintiva, permitiéndome colocarme entre ellas y presionar mi cuerpo contra el suyo. El beso se vuelve más urgente, más hambriento.

Sus manos recorren mi espalda, rozando las cicatrices con las yemas de los dedos, trazando las irregularidades que el fuego dejó. Siempre es cuidadosa, como si temiera revivir el dolor. Pero hoy no quiero que tenga cuidado. Sobre todo, porque ella siempre consigue que me olvide del dolor. De aquel maldito caos.

—No te frenes —le pido, con un susurro áspero contra su oreja mientras mordisqueo el lóbulo—. Quiero sentirte entera.

Sus dedos se afianzan entonces, presionando con más fuerza y explorando las texturas rugosas con una posesión que me enciende desde dentro. El tacto envía un escalofrío por mi espalda y acelera mi pulso.

Le quito su camiseta con impaciencia, tirando de ella por encima de su cabeza. Mis manos recorren su piel caliente, delineando los músculos definidos por el entrenamiento diario. Ella responde con el mismo ímpetu, bajando mis pantalones cortos y las bragas en un tirón decidido, arrancándonos un gemido compartido.

Se baja, me gira con rapidez y me empuja contra la superficie helada, haciendo ahora que mi espalda acaricie el granito. Sus manos recorren mi espalda con deliberación, presionando las cicatrices como si estuviera apartando el veneno que las creó y estuviera reclamando ese espacio como suyo. Su boca desciende por mi nuca, besando la línea irregular de una cicatriz con una lentitud que me hace temblar. Sus dedos trazan caminos invisibles a lo largo de mi columna, deteniéndose en cada relieve, en cada recuerdo que tengo grabado. El roce es firme, posesivo, pero también lleno de una ternura que solo ella sabe darme después de tanto tiempo.

Me separo ligeramente y me giro para mirarla a los ojos y, sin prisa, recorro con las palmas abiertas sus costados, subiendo por las costillas y bajando de nuevo hasta la curva de sus caderas. Mis dedos se deslizan una y otra vez, sintiendo cómo su respiración se vuelve más profunda, cómo su piel se eriza bajo mi tacto. La atraigo más cerca, pegando mi pecho al suyo, y dejo que el calor de nuestros cuerpos se funda en un contacto prolongado, casi inmóvil, solo respirando la una contra la otra. La tensión crece en mitad de este silencio, en la espera deliberada, en la forma en que nuestros cuerpos se reconocen y se desean al mismo tiempo.

Sus manos bajan por mi abdomen, explorando con paciencia, deteniéndose en los puntos donde sabe que mi pulso se acelera. Me acaricia el interior de los muslos con movimientos lentos y circulares, rozando la piel sensible, creando una anticipación que me hace arquear la espalda contra el granito. Cada caricia es un recordatorio de las noches en las que hemos aprendido a leer el cuerpo de la otra como un mapa conocido y, aun así, siempre nuevo. Mis dedos se entretienen con su piel, subiendo y bajando con deliberada lentitud, sintiendo cómo sus músculos se tensan y se relajan bajo mi toque.

Recorro la curva de su cintura, la línea de sus costillas, la suavidad de su vientre…

Cuando sus dedos finalmente encuentran mi sexo, lo hacen con una lentitud exquisita, deslizándose con suavidad al principio, explorando cada reacción, cada estremecimiento que solo me permito tener ante ella. El ritmo crece poco a poco, profundo y constante, mientras su otra mano recorre mi pecho, trazando círculos y presionando con la fuerza justa para que el placer se acumule en oleadas. Mi cuerpo responde por instinto, moviéndose contra ella, buscando más contacto, más profundidad. La beso con desesperación, mordiendo su labio, recorriendo su cuello con la lengua mientras mis propias manos buscan su piel, acariciándola con la misma devoción. Mis palmas se deslizan por su espalda, bajando hasta sus caderas y atrayéndola con más fuerza contra mí, como si quisiera fundirnos en un solo aliento. El roce de nuestros cuerpos se vuelve más insistente, más necesitado, prolongando esa dulce agonía en la que cada segundo parece eterno y al mismo tiempo insuficiente.

Me gira de nuevo y me sienta sobre la encimera. Se arrodilla entre mis piernas sin vacilar y su boca me encuentra con hambre y precisión, mientras su lengua empieza a trazar movimientos exactos y rítmicos volviendo a penetrarme con sus dedos, curvándose en mi interior. El placer se construye en capas, lento y abrumador, hasta que el orgasmo me atraviesa con fuerza, dejándome temblando y sin aliento. Mis manos se enredan en su pelo, sujetándola mientras las olas me recorren, y ella continúa provocando que el placer se extienda más allá de lo esperado, prolongando cada contracción, cada suspiro.

Cuando consigo recuperar el pulso, la atraigo hacia mí y la beso con desesperación, saboreándome en sus labios. Mis manos bajan entre sus piernas, encontrándola resbaladiza y ardiente. La penetro, mientras mi pulgar presiona su punto más sensible en círculos insistentes. Mis dedos libres recorren su espalda, clavándose ligeramente en la piel, atrayéndola más cerca mientras acelero el

movimiento. Sus caderas responden con urgencia, moviéndose contra mí en un ritmo cada vez más desesperado. El placer la recorre en espasmos, con su cuerpo tensándose y relajándose contra el mío hasta que se deja ir con un gemido largo y profundo, apretándose contra mí y clavando las uñas en mi espalda. Durante largos segundos permanecemos unidas, respirando agitadamente, con los cuerpos todavía temblando.

Sus dedos trazan perezosos patrones sobre mis cicatrices y yo beso las pequeñas marcas de su clavícula, sintiendo el latido calmado de su corazón contra el mío.

—Al final, los gambones pueden esperar hasta mañana —susurra contra mi pelo, con una risa baja y satisfecha.

Sonrío, aun temblando ligeramente.

—Sin duda. Esta ha sido la mejor cena posible.

Ni siquiera he terminado de abrazarme con más fuerza a su cuerpo cuando el teléfono de Katherine vibra sobre la encimera y leemos que es un mensaje de Clyde.

Clyde: Tenéis que venir. Ahora.

14

«Solo ella sabe que por dentro, justo debajo de la piel helada, lo que sucede es otra cosa.»
Maggie O'Farrell*, El retrato de casada*

KATHERINE

Apenas nos ha dado tiempo a darnos una ducha y ponernos decentes. El ambiente se enrarece en cuanto River y yo cruzamos la puerta principal hacia la sala de investigación, donde Clyde se mueve de un lado a otro como un perro enjaulado. «Esto no huele bien, no huele nada bien», pienso. Miro a River y ella me anima a continuar con un leve gesto de la cabeza, sin necesidad de palabras.

Al entrar en la sala, Clyde suelta el aire de los pulmones como si lo hubiera estado conteniendo una eternidad.

—Sabía que me iban a joder el domingo —masculla nada más vernos.

Sentada al fondo está Marion, con un portátil abierto y cara de pocos amigos.

—¿Qué ha pasado? ¿A qué venía tanta prisa?

Nadie responde de inmediato. Marion se limita a girar el portátil hacia nosotras y, en la pantalla, aparece la imagen congelada de una mujer atrapada contra la pared de un edificio. Delante de ella hay dos tipos con ropa oscura y pasamontañas.

—Son de seis días atrás a la muerte de Amelia, concuerdan con las abrasiones y las contusiones que presentaba —informa Marion. Pulsa la barra espaciadora y el vídeo continúa.

Uno de los hombres agarra a Amelia por la ropa y la estampa de nuevo contra la pared. No necesito ver más para saber que está furioso y que le está advirtiendo algo que no podemos escuchar. En la grabación, Amelia se encara con ellos, le pega una patada en los genitales al que la retiene y, cuando está a punto de escapar, el otro la hace tropezar. Cae al suelo y el primero le asesta dos patadas en el costado, dejándola sin respiración. Dolorido, se agacha, la apunta con el dedo y le indica a su compañero —que no ha dejado de mirar a todas partes— que se marchen de allí.

El vídeo termina con Amelia incorporándose un poco y buscando su teléfono.

—Quiero saber a quién llamó —exijo, con la rabia bullendo en la voz.

—Ya lo sabemos —responde Clyde—. Sus padres han cogido un vuelo a última hora; mañana por la mañana estarán aquí para prestar declaración.

—¿De dónde ha salido el vídeo?

Cuando el silencio se instala en la sala, sé exactamente lo que me van a decir. El plan que propusimos está surtiendo efecto. Si das carta blanca a la prensa y a los que odian en internet, alguien acaba metiendo la pata.

—El vídeo se publicó en el foro comunitario hace media hora —explica Marion mientras cierra la pantalla del portátil—. Pero no hemos podido detectar la dirección IP. Probablemente usaron algún cortafuegos o una VPN para desviarse del mapa. Lo que sí podemos averiguar es dónde se grabó este vídeo. Dennise ya lo está analizando y eso nos ayudará a cerrar puntos en el mapa.

—También hemos averiguado algo más —anuncia Clyde, cruzándose de brazos—. Después de que os marcharais recibí una

llamada de un compañero que afirma que el padre de Valerie y Lucas Perillo cruzaron algo más que palabras en los últimos días.

—No vi nada raro ni heridas defensivas cuando lo entrevistamos —añade River, a quien le ha costado apartar la atención de la pantalla.

—Ese hombre es un sabueso, así lo ha descrito mi colega —comenta nuestro capitán—. No me extrañaría que jodiera a Lucas sin darle ni un solo golpe. —Después se rasca la barbilla y pasea la mirada por toda la sala—. Sé que ya lleváis mucha carga de trabajo, pero no he podido conseguir que nos asignen a otra unidad como ayuda. Ya he llamado a Claudia para que vengan ella y Anthony. Tu hermano ya está con Dennise.

Suspiro y me aparto varios mechones de la cara con gesto cansado.

—Creo que ya no podemos retrasar más hablar con Lucas y el resto del grupo. Estoy segura de que ellos saben algo y estos días no ha habido movimientos sospechosos por su parte —declaro. Me quito la chaqueta de cuero y la dejo en el respaldo de una silla—. Deberíamos ir un paso adelante, conseguir las órdenes pertinentes para…

—Hay que pincharles los teléfonos o, al menos, vigilarlos más de cerca —completa River por mí.

—Estoy de acuerdo —coincide Marion, y se levanta de la silla—. Será la única forma de que podamos avanzar sin más apoyo del departamento.

Clyde no parece convencido, pero después de unos segundos levanta las manos y asiente con un gesto de cabeza.

—Yo me ocupo —confirma, esbozando una leve sonrisa—. Poneos con el resto. Va a ser una noche larga.

«¿Cuándo no lo son?», pienso para mis adentros. Suspiro y echo un vistazo al panel incompleto de información, pero ya con varios puntos unidos. A pesar de que llevamos unos días con la

investigación, no hemos obtenido nada certero, ni una sola pista que nos acerque a todo el material que Amelia había recopilado sobre la desaparición de Valerie o al asesino que acabó con ella. Me envuelvo en mis propios pensamientos y lleno de agua la máquina de café para preparar densas tazas que nos acompañen hasta que pidamos algo de comer.

Clyde se despide y nos deja a solas, metidas de lleno en la recopilación de datos y pruebas que nos sirvan para cerrar un poco más el círculo.

Media hora después veo a Alexander llegar con una sonrisa que se ensancha por toda su cara.

—Tengo buenas y malas noticias —anuncia mi hermano en cuanto atraviesa la puerta de la sala de investigación.

—Primero las malas —le pido.

—Efectivamente, en el móvil de Amelia no había ni un solo dato. Su asesino o asesina debió borrar toda la información antes de deshacerse de él.

—Qué raro —ironizo, y le doy un nuevo sorbo a mi segunda taza de café.

—La buena es que no era un experto en informática que digamos y se olvidó de borrar algunos de los mensajes —continúa Alexander. Mueve las cejas con gesto triunfal y deja las copias de la transcripción sobre la mesa—. Amelia les comentó a sus padres que tenía algo gordo y que ya tenía el borrador del artículo casi listo para publicarlo en su blog. Si conseguimos acceder a su cuenta…

—¿Cómo vamos a hacerlo si no tenemos los datos? —pregunto, enfadada por estar dando vueltas en círculos.

—Está claro que el asesino debió esconder toda la información, el portátil y las notas de Amelia en algún lugar —piensa River en voz alta—. Es una putada que no tuviera ningún rastreador instalado, pero he estado observando el vídeo en el que la atacan y creo que puedo tener algo… —anuncia, y ahora es ella quien esboza una

sonrisa—. Estoy segura de que estaban cerca del cementerio Lafayette; al fondo se ve la fachada del Commander's Palace.

Todos, al unísono, nos acercamos a la pantalla para observar mejor el escenario y, a los diez segundos, me doy cuenta de que tiene razón.

—Vaya, sabía que eras buena en tu trabajo, pero verlo en persona es muy distinto —comenta Marion—. Me alegro de haber tenido la oportunidad de trabajar contigo, aunque si quieres un consejo, deberías regresar a la línea de fuego; el departamento ganaría mucho contigo.

—Por ahora me va bien siendo consultora —responde River. Nadie más que yo percibe que se ha puesto nerviosa, que ha aparecido un leve temblor en sus labios y también en sus manos. «No está siendo sincera», me digo, aunque no me deja tiempo de verbalizarlo—. Y centrándonos en el caso, creo que esto os va a gustar. ¿Sabéis quién vive cerca de allí?

Alexander mira sus notas y estampa la palma derecha contra la mesa.

—Zacharia —confirma.

—Exacto —secunda River, y los dos se chocan la mano—. Creo que va siendo hora de que le hagamos una visita inesperada.

. . .

Freno el coche de golpe, muy cerca del bordillo. Alexander y Marion aparcan justo detrás de nosotras en un segundo vehículo, un sedán negro que parece fundirse con las sombras de la noche. Dos coches, dos trayectorias que convergen frente a la casa de Zacharia, a pocas manzanas del cementerio de Lafayette.

Bajo del coche con River a mi lado. El aire está cargado de una quietud opresiva que conozco muy bien, como un animal agazapado que intuye el peligro inminente. Las casas vecinas observan en

silencio, pero sé que detrás de esas cortinas entreabiertas hay ojos curiosos, testigos involuntarios de lo que está por venir. El jardín delantero permanece normal, demasiado normal.

—Vamos por detrás —murmura Alexander desde el otro coche.

Asiento con un gesto, sintiendo cómo la adrenalina sube por mis venas. Marion ya se está moviendo, bordeando la casa por el lateral izquierdo con pasos sigilosos; su silueta menuda pero decidida se funde con las sombras alargadas de los arbustos. Alexander hace lo mismo por el lado derecho, arma en mano. River y yo avanzamos juntas hacia el patio trasero, y ya noto cómo el pulso me retumba en los oídos, mezclándose con el lejano rumor del tráfico de Nueva Orleans.

El olor se vuelve más fuerte a cada paso: un hedor acre que se me clava en las fosas nasales. Metal, plástico quemado y algo orgánico que me revuelve el estómago y me hace tragar saliva para no vomitar. Es el aroma de la destrucción, de secretos que se consumen en las llamas. El patio se abre ante nosotras como un campo de batalla y ahí está Zacharia, alto, rubio, demasiado tranquilo para ser humano. Está de espaldas, inclinado sobre un bidón metálico circular, observando el fuego vivo que danza como lenguas demoníacas mientras remueve algo con una barra oxidada.

Doy un paso adelante y, por instinto policial, ya rozo con mi mano la culata de la pistola por encima de la funda.

—Policía, arri… —empiezo a decir.

No llego a terminar la frase. Una sombra se mueve a la derecha, rápida como un relámpago en mitad de una tormenta. Un hombre sale corriendo desde detrás de la casa, tan veloz que apenas tengo tiempo de girar la cabeza y ver quién es mientras se dirige hacia el fondo de la valla. Lleva algo en las manos, pero no tengo tiempo de discernirlo.

—¡Eh! ¡Policía! ¡Alto ahí, joder! —ruge Alexander, y su voz atraviesa el jardín como un disparo.

Lo veo arrancar tras él sin pensarlo dos veces, con Marion pegada a su espalda, arma en mano. Desaparecen por el lateral de la casa en cuestión de segundos. El barrio, que hasta ahora fingía dormir, parece despertar con un sobresalto; oigo un perro ladrar a lo lejos y el viento agita las hojas a nuestro alrededor.

River y yo nos quedamos solas en el patio, con el fuego crepitando ante nuestros ojos. Zacharia se gira despacio, demasiado despacio para ser alguien inocente, como un bateador estudiando al lanzador antes del primer lanzamiento. Nos mira y sonríe. No hay sorpresa en su cara, solo fastidio, como si fuéramos una interrupción molesta en esa maldita rutina diabólica.

—Llegan tarde, detectives —habla, totalmente calmado, casi burlón, con ese acento sureño que arrastra las palabras—. El partido ya ha empezado sin vosotras.

—Pon las manos donde pueda verlas. Ahora mismo —ordeno, y le apunto con la pistola.

Pero, como es habitual, no obedece. En lugar de eso, le pega una patada al bidón con una fuerza brutal. El metal rueda y el fuego se alza con violencia, rugiendo como una bestia liberada. El calor golpea mi cara como una bofetada y el humo empieza a picarme en los ojos.

Siento a River detenerse a mi lado, con la respiración entrecortada.

—River —ordeno sin mirarla—. Cubre la salida.

Zacharia da un paso hacia nosotras y veo la malicia brillando en sus ojos, nada que ver con las sonrisas que observé la otra noche. Me coloco delante de River, con mi cuerpo como escudo humano. El patio parece encogerse mientras el fuego, que ya está quemando algunos arbustos, se mueve como sombras danzantes que convierten la escena en un teatro de marionetas.

—¡Al suelo! —repito, y le apunto con más firmeza—. ¡Ya, hostia!

La sonrisa de Zacharia se ensancha y se lanza hacia mí como un perro rabioso. Mi cuerpo responde antes que mi cabeza. Chocamos con fuerza, hombro contra pecho, y el impacto reverbera en mis costillas y en la herida de la frente que todavía no sana. Es fuerte, más de lo que esperaba. Me agarra de la chaqueta y me empuja hacia la mesa del patio con una violencia salvaje. La madera se astilla bajo mi espalda, y el impacto me roba el aire durante un segundo antes de que el dolor estalle en mi espalda de inmediato. Pero eso no me detiene. El instinto de supervivencia me impulsa a reincorporarme de un salto, lista para golpear.

—Maldito cabrón… —mascullo.

Le devuelvo el empujón con toda mi fuerza y Zacharia retrocede un paso. Solo uno, pero suficiente para ganar terreno. Oigo el fuego detrás y mi propia respiración, jadeante.

—Venga, detective —se burla Zacharia, recuperando el equilibrio con suma agilidad—. ¿Eso es todo lo que tienes? Pensaba que la policía de Nueva Orleans era más dura.

Sus palabras encienden algo oscuro en mi pecho, una rabia primordial que nubla mi juicio por un instante. Zacharia vuelve a por mí y sus manos buscan mi cuello. Bloqueo el ataque con los antebrazos, giro sobre mis talones y le clavo el codo en las costillas con un golpe. Gruñe, pero no cae. En cambio, él responde con un puñetazo que roza mi mandíbula. A pesar del dolor, contraataco con un gancho al abdomen que lo hace doblarse ligeramente.

—Al suelo, Zacharia —gruño entre dientes—. No lo hagas más difícil.

Se ríe, una carcajada gutural que resuena en el espacio y alimenta mi furia. Retrocede hacia la puerta trasera de la casa, pero no le doy espacio; avanzo con él, forcejeando en el umbral. Golpeamos el marco de la puerta con violencia. Dentro, la casa huele a abandono y a humo de tabaco. La luz es pobre, filtrada por cortinas polvorientas, y las sombras se mueven con nosotros, alargadas y siniestras, como espectadores en un coliseo oscuro.

Zacharia me empuja contra la pared con una fuerza brutal y mi cabeza golpea el yeso. Siento el impacto de inmediato, un dolor sordo que se expande como ondas en un estanque, pero respondo con una rodilla al muslo, clavándola en sus músculos. Se desequilibra lo justo para que pueda soltarme, girando sobre mí misma para ganar distancia.

Un segundo después el brillo de un cuchillo aparece en su mano. No sé de dónde lo ha sacado, pero la hoja reluce bajo la luz tenue del salón.

—¡River! —grito sin apartar los ojos de él—. Venga… atrévete, hijo de puta —añado, y me pongo en posición de defensa.

Ataca con ferocidad, cortando el aire con el cuchillo. Bloqueo el primer movimiento con el antebrazo, desviando su muñeca en un movimiento entrenado, pero el segundo es más rápido, un tajo lateral que roza mi chaqueta y rasga la tela con un sonido escalofriante. Y el tercer intento va directo a mi costado, apuntando a mis costillas.

El tiempo se ralentiza y cada segundo se estira. Pienso en el ángulo, en la profundidad potencial de la herida, en lo mal que acabaría si entra dentro de mí, y me muevo rápido para rodar por el suelo. Mientras lo hago, veo a River por el rabillo del ojo, aún quieta en el jardín, con el rostro pálido y los ojos vidriosos como si estuviera luchando contra algo invisible, un demonio interno que la paraliza, atrapada en sus propios miedos.

—Vamos, perra —escupe Zacharia—. Acabemos con esto de una vez.

Vuelve a lanzarse contra mí. No llego a esquivarlo; siento el roce ardiente en mi brazo, un corte superficial que empieza a empapar la manga de la chaqueta. El dolor me nubla la vista por un instante, pero contraataco con un puñetazo al rostro. Mis nudillos conectan con su nariz y la sangre salpica, haciéndole retroceder maldiciendo en voz baja.

—El partido no ha terminado —gruño, avanzando hacia él pese al ardor en el brazo.

Zacharia se recupera rápido, embistiendo de nuevo como un toro enfurecido. Nos enredamos en un torbellino de golpes: yo bloqueándolo, él lanzando el cuchillo que pasa peligrosamente cerca de mí una y otra vez. Le clavo una patada en la rodilla, sintiendo el hueso ceder ligeramente, y él responde con un cabezazo que me hace ver estrellas. Caemos al suelo, rodando sobre este, y de repente veo el cuchillo muy cerca de mí. Mi mano busca su muñeca, apretando con fuerza para desarmarlo, mientras él me agarra del cuello con la otra mano.

—Suéltame… —siseo.

La pelea se intensifica. Le retuerzo el brazo, forzando el cuchillo a caer, pero él me empuja con una patada, enviándome contra la encimera. Me levanto, con el mundo girando a mi alrededor, y le propino un puñetazo de abajo a arriba que lo envía tambaleante contra la pared.

De repente escucho la voz de River.

—¡Katherine!

Pero antes de que pueda intervenir, Zacharia se lanza una vez más hacia mí y sus manos buscan mi garganta. Forcejeamos y, cuando estoy quedándome sin aire, escucho un golpe seco, brutal, que rompe el aire desde atrás. Veo cómo la cabeza de Zacharia se sacude violentamente hacia un lado, golpeada por algo. Sus ojos pierden foco y su cuerpo se desploma como un títere, inconsciente, con un charco de sangre formándose bajo su nariz rota.

River está aquí, arma en mano, con los ojos llenos de culpa.

—¿Estás bien? —pregunto, incorporándome con esfuerzo.

Ella asiente lentamente y se acerca para ayudarme a levantarme. El fuego sigue crepitando fuera, pero el silencio envuelve la casa antes de que Alexander y Marion aparezcan por la puerta.

—¡Joder, Kat! ¿Qué coño ha pasado? —Sus ojos van de mí hacia Zacharia y viceversa.

—¿Lo tenéis? —pregunto, pero él niega.

Aprieto los labios y echo un vistazo a mi espalda, donde el cuerpo de Zacharia yace inconsciente.

—Esposad a este hijo de puta.

15

«En el umbral hay un ser de pesadilla, del infierno, del demonio.»
Maggie O'Farrell, *Hamnet*

KATHERINE

23 de febrero.

La sala de interrogatorios es un agujero negro en el corazón de la comisaría, un espacio concebido para devorar almas y escupir confesiones. Las paredes absorben la luz como si fueran esponjas. Sobre nuestras cabezas, la luz parpadea sin piedad y proyecta sombras intermitentes que bailan sobre nuestras pupilas, volviendo todo más siniestro y dolorosamente real. Detrás del espejo sé que Alexander y Marion nos observan, dispuestos a analizar cada gesto, cada palabra del interrogatorio que está a punto de comenzar.

Entro cojeando, con el brazo derecho vendado desde el codo hasta la muñeca y notando cómo el dolor empieza a extenderse por mis costillas y uno de los costados. El corte que me hizo el cuchillo de Zacharia aún palpita bajo las gasas, una línea roja furiosa que me recuerda lo cerca que he estado, otra vez, de no contarlo. Y para colmo, el cuello me arde como si unas garras invisibles me hubieran marcado para siempre. Tengo el labio inferior hinchado, y la herida de la frente se me ha abierto durante la pelea, obligando a Dennise a darme puntos de nuevo. Me siento como una versión maltrecha y agotada de mí misma, pero el dolor no me frena. Al contrario, es mi combustible. Me mantiene en el presente, cabreada, dispuesta a romper a este hijo de puta.

River camina a mi lado, con la tensión marcada en la mandíbula. Sé que el fuego del patio la ha devuelto a sus demonios del pasado, esos que la paralizan cada vez que me ve en peligro. Y supongo que en algún momento liberará ese miedo.

Nos sentamos frente a Zacharia, que ya tiene las muñecas esposadas sobre la mesa. A pesar de la nariz hinchada y el ojo morado, mantiene una postura desafiante. En cuanto abro la carpeta, sus labios se curvan en una sonrisa lenta y provocadora.

Enciendo la grabadora y hablo con voz clara y profesional:

—Interrogatorio a Zacharia Thorne, sospechoso de destrucción de evidencias y posible conexión con el asesinato de Amelia Trahan. Presentes: la sargento Katherine Fortier y la consultora externa River Milano. Veintitrés de febrero de dos mil veintiséis. Hora: las cero y cuarenta y siete.

Zacharia se recuesta en la silla con aire de superioridad. Sus ojos, fríos como el acero, recorren mis heridas y juro que veo un destello de satisfacción en ellos. No dice nada al principio, solo sonríe, lo que hace que mis uñas se claven en las palmas de las manos bajo la mesa.

Mi hermano ha dicho que podía ocuparse él, pero la verdad es que quiero ser yo quien lo haga. Necesito mirarlo a la cara.

—Bien, Zacharia —empiezo mientras reviso las anotaciones—, vamos a empezar por lo obvio. ¿Qué coño estabas quemando en ese bidón en tu patio? ¿Documentos? ¿O solo basura para mantenerte caliente?

Suelta una carcajada gutural que llena la habitación y rebota contra las paredes desnudas. Es el tipo de risa que los criminales usan para desestabilizar al contrario, para convertir la sala en su propio escenario. Pero conmigo no le va a funcionar.

River se inclina hacia delante.

—No seas idiota, Zacharia. Sabemos que Amelia Trahan tenía información sensible: archivos, notas, un portátil que desapareció el

mismo día que la mataron… ¿Fuiste tú quien lo hizo? ¿Estabas quemando eso para cubrir tus huellas?

Los ojos de él se entrecierran, pero la sonrisa no desaparece. Se pasa la lengua por los labios como si saboreara el momento.

—No diré nada sin la presencia de mi abogado —responde con ese acento sureño que le da un tono casi bíblico, siniestro.

—¿Te crees que esto es un juego? —Golpeo la mesa con la palma de la mano. El dolor me sube por el brazo vendado como si fuera un latigazo, pero lo ignoro—. Has atacado a una policía. Te sientes muy valiente para eso, ¿verdad? Pero aquí, sentado como un cobarde con las manos esposadas, no eres más que un inútil. Un puto inútil que necesita esconderse detrás de un abogado.

Se ríe otra vez, más fuerte, echando la cabeza hacia atrás. Siento cómo el calor me sube por el cuello y se mezcla con el picor de las heridas. River me roza el brazo con suavidad, un toque discreto para recordarme que respire y de un giro al interrogatorio.

—¿Y qué me dices de tu coartada? —continúo sin concederle ni un segundo de respiro—. ¿Dónde estabas la noche en que asesinaron a Amelia? ¿En tu casa, quemando más mierda? ¿O acechando a una periodista que se acercó demasiado a tus secretos?

Silencio. Aparece un silencio y esa mirada cargada de desprecio, con sus ojos clavados en los míos como si me estuviera midiendo, como si disfrutara viéndome sangrar de nuevo.

—No vas a responder, ¿verdad? —insisto, y me echo hacia atrás en la silla—. Perfecto. Sigamos. Te lo voy a repetir una vez más: el portátil de Amelia desapareció el mismo día que la mataron y tenemos muy claro que lo llevaba encima. ¿Lo tienes tú?

Zacharia suspira de forma teatral, como si todo esto le aburriera soberanamente.

—He dicho que quiero a mi abogado —repite, arrastrando las palabras con lentitud.

River esboza una sonrisa maliciosa y se inclina un poco más.

—Vamos, Zacharia. ¿A quién encubres? Porque está muy claro que tú no eres el cerebro de esto, ¿verdad? Tienes el músculo, eres el idiota que hace el trabajo sucio. ¿Quién te dio la orden de quemar esas cosas? ¿Quién te dijo que te deshicieras de las pruebas?

Zacharia se encoge de hombros con indiferencia.

Me levanto de golpe y rodeo la mesa cojeando, el dolor de la pierna me obliga a apoyar el peso con cuidado, pero aun así, me acerco a él hasta invadir por completo su espacio personal, tan cerca que puedo oler el sudor y el miedo que intenta disimular.

—Mírame, cabrón. Mírame bien —le ordeno sin cortarme un pelo—. ¿Quién te crees que eres aquí dentro? Si no tienes nada. Dime qué estabas quemando. Dime si robaste el portátil de Amelia. ¿O vas a dejar que tu jefe se libre mientras tú te pudres en una celda?

Zacharia se inclina hacia delante y, sin apartar la mirada, escupe al suelo, muy cerca de mis botas.

—No sé de qué portátil habla, sargento. Y no quemaba nada importante. Solo basura. ¿Queréis registrar mi casa? Adelante. No encontraréis nada.

—Mentiroso de mierda —siseo entre dientes mientras regreso a mi asiento—. La científica ya ha hecho sus comprobaciones y en ese bidón había restos de plástico y papeles a medio quemar con varios nombres entre ellos. Y casualmente, uno de ellos era Valerie.

River se pone de pie también y lo flanquea por el otro lado. La habitación parece encogerse de repente, como si el oxígeno se estuviera agotando.

—¿Qué información encontró Amelia para que la condenarais a muerte? ¿Por qué le disteis una paliza?

Por primera vez, algo cambia en su rostro. La sonrisa vacila y es sustituida por un destello de ira. Se endereza y los músculos de

su cuello se tensan visiblemente.

—¡Esa perra se lo merecía! —explota, elevando la voz hasta convertirla en un rugido—. Nunca debió meter las narices donde no la llamaban. Deshonró la memoria de Valerie. Valerie era… Y esa zorra quería arrastrar su nombre por el barro con sus mentiras. No tenéis ni puta idea de lo duro que fue que ella se marchara de la ciudad.

—¿De verdad eres tan idiota como para creerte esa teoría? —ironizo, y dejo escapar una risa.

—¿Por qué no debería? Jamás encontraron ningún cadáver. Valerie no se llevaba bien con sus padres. Les dio un puto escarmiento, pero nunca hizo lo que esa zorra insinuaba.

—¿Eso es todo lo que tienes que decir? ¿Que Amelia descubrió algo sobre Valerie que no te gustó? ¿La mataste por eso? ¿Robaste sus archivos para enterrar la verdad de una vez por todas?

Zacharia se reclina, y recupera la compostura, aunque sus ojos siguen ardiendo.

—No maté a nadie, sargento. No soy un asesino. Y no estaba quemando pruebas. Eran solo… papeles viejos. Recuerdos. Nada que ver con esa periodista. Estoy harto de esta puta historia, de que la marcha de Valerie nos siga persiguiendo a todas partes.

—¿Recuerdos? —repito con sarcasmo, inclinándome tanto hacia él que noto el tirón en las heridas—. Eso cuéntaselo a otro. ¿Y el tipo que huyó de tu casa cuando llegamos? ¿Quién era? ¿Tu cómplice? ¿Qué sabía Amelia?

Zacharia desvia la mirada por primera vez y la fija en el espejo unidireccional.

—No sé de qué hablas. No había nadie en mi casa, quizá fuese un vecino y nada más —aclara, encogiéndose de hombros—. Y lo que esa mujer supiera, tampoco le importa a nadie.

River se acerca aún más y acerca los labios a su oído, bajando la voz hasta convertirla en un susurro amenazante.

—Mentiroso. Salió disparado en cuanto llegamos. ¿A quién proteges, Zacharia? ¿A un amigo? Dilo, y quizá podamos hacer un trato. Menos años en una condena que, de todos modos, no vas a poder evitar. Estás muy cerca de ser cómplice de asesinato.

Se ríe otra vez, pero ahora la risa suena forzada, como si el cansancio comenzara a filtrarse por cada poro de su piel.

—Quiero a mi abogado —repite Zacharia, aunque su sonrisa ya no es tan convincente.

El dolor es constante, un pulso que coincide con el zumbido de la luz sobre nosotros.

—Escucha, Zacharia. Sé lo que es perder a alguien. Valerie… —Me encojo de hombros—, debió de ser duro. Pero estoy segura de que Amelia no quiso deshonrarla; solo buscaba la verdad. Si no la mataste tú, ¿quién lo hizo? Ayúdanos a encontrar al verdadero culpable. Quizá así Valerie pueda descansar en paz, sea cual sea la verdad.

Sus ojos se suavizan durante un segundo, un parpadeo de vulnerabilidad que desaparece tan rápido como ha llegado.

—Valerie no merecía que la destriparan en los periódicos. Esa periodista… ella cavó donde no debía. Iba a publicar cosas que no eran ciertas.

—¿Cosas que no eran ciertas? —pregunto—. ¿O cosas que eran demasiado ciertas? ¿Sobre tu familia? ¿Sobre ti?

—No —gruñe Zacharia—. Y os lo repito: yo no maté a Amelia. Solo le advertí que nos dejara en paz. No soy un monstruo.

River aprovecha el instante de debilidad.

—Entonces, ¿qué quemabas exactamente? ¿Por qué atacaste a la sargento Fortier?

—Tengo que defenderme, ¿no? Entrasteis en mi casa como si fuera un criminal. ¿Qué esperabais que hiciera? ¿Que os invitara a tomar un café?

—Defenderte… —repito, soltando todo el aire de mis pulmones —. ¿Llamas defensa a intentar apuñalar a una agente? ¿A sacar un cuchillo cuando te pedimos que te rindieras? Eso no es defenderse, Zacharia. Eso es intento de asesinato.

Se encoge de hombros otra vez.

—Perspectivas.

Golpeo la mesa de nuevo, con tanta fuerza que la grabadora da un pequeño salto.

—¡Perspectivas y una mierda! Te estamos dando una oportunidad de oro que no deberías rechazar. Dime la verdad sobre el portátil. Dime quién mató a Amelia. O te juro que haré que cada día en prisión sea un infierno para ti.

—No diré más sin mi abogado.

—¿Sabes lo que pasa con los que encubren asesinatos, Zacharia? —interviene River mientras se pasea lentamente por la sala—. Que al final caen igual. O peor, porque el que te mandó hacer esto te dejará colgado. Es lo que siempre pasa.

Los ojos de Zacharia van del espejo a nosotras.

—¿Si hablo me dejaréis en paz? —pregunta.

—Quien sabe… —respondo de inmediato—. Antes tienes que demostrar que quieres colaborar con nosotros. Empieza por lo que estabas quemando en tu patio. ¿Qué había en esos papeles?

—Nada ilegal —insiste Zacharia—. Fotos viejas. Cartas de Valerie. Cosas personales que no quería que nadie viera.

—¿Y el plástico? —tercia River.

Zacharia se queda callado de nuevo.

Seguimos presionando durante lo que parecen horas. Las preguntas y las respuestas giran en círculos interminables, los silencios se alargan y yo intento romperlos con una empatía que me esfuerzo en fingir. La sala se vuelve cada vez más pequeña y el dolor de mis heridas se extiende por todo el cuerpo como si fuera un veneno lento. Este es un maratón psicológico que todavía no tiene ganador claro.

Al final, lo dejamos ahí, encadenado a su silencio. Salgo cojeando, con River a mi lado. El peso de la oscuridad nos sigue como una sombra pegada a los talones, pero Zacharia ha hablado lo suficiente: tenemos claro que no es el asesino, aunque sabe algo más.

Algo que todavía se nos escapa.

Una grieta que está ahí, que tenemos que presionar. Porque el juego siempre continúa.

16

«Está ahí en equilibrio, como una fuente repleta
que se sostiene en un solo dedo.»
Maggie O'Farrell, *Hamnet*

MILANO

—Los padres de Amelia ya están aquí —anuncia Claudia asomando apenas la cabeza por la puerta de la sala de investigación.

Katherine se levanta de golpe del sofá y se lleva las manos a la cabeza. Es tan terca que no ha querido marcharse a casa a descansar un rato, por mucho que todos hayamos insistido.

—Yo iré a hablar con ellos —dice, y se pasa las manos por el pelo enredado.

Sin embargo, antes de que pueda enderezarse del todo, las piernas le fallan y vuelve a caer sobre los cojines con un gesto de dolor.

—Tú no sales de aquí —le advierto, y mi mirada se dirige directamente a su hermano—. Ocúpate de ella. No quiero que haga nada hasta que se le pase el mareo.

—De acuerdo —responde Alexander con un leve asentimiento.

—Pero… —intenta protestar Katherine.

—Pero nada —la interrumpo—. Si quieres hacer algo útil, ayuda a tu hermano con ese infierno lleno de víboras dentro del foro. —

Después dirijo la mirada hacia Marion—. ¿Me acompañas tú?

—Claro, encantada —contesta ella. Cierra el portátil y se levanta.

En la mirada de Katherine veo que no le hace ninguna gracia la idea, pero decido ignorarla. Esta noche podría haber muerto por mi culpa, por mi falta de reacción, por mí… Sacudo la cabeza con fuerza y noto cómo el corazón me late a mil por hora. No quiero pensar en eso ahora, ni mucho menos presentarme ante unos padres en pleno duelo con la profesionalidad hecha trizas.

Dejamos la sala y cruzamos el espacio abierto de la comisaría hasta alcanzar el pasillo principal. Por el camino saludamos con un gesto breve a varios agentes que siguen trabajando en sus mesas a pesar de la hora.

—Su reputación era cierta… —comenta Marion a mi lado—. Es tan terca como había escuchado en Baton Rouge.

—Ni te lo imaginas —respondo con una media sonrisa—. Pero esa es precisamente una de las razones por las que es tan buena en su trabajo. Nunca deja ningún cabo suelto —añado mientras nos encaminamos hacia los ascensores—. Las calles perdieron a una excelente detective cuando la ascendieron a sargento.

El ascensor se abre ante nosotras y entramos en su interior. Pulso el botón del piso dos niveles más abajo, donde se encuentran las salas de reuniones más discretas. Marion se apoya contra la pared opuesta, cruza los brazos y mantiene una expresión serena, casi imperturbable. Yo, en cambio, siento el peso del duelo ajeno presionándome el pecho; para esos padres, Amelia era su mundo entero y ahora ese mundo se ha hecho pedazos.

—Recuerda —le digo a Marion mientras descendemos—: esto no es un interrogatorio. Solo una charla. Queremos que se sientan cómodos, que hablen de todo lo que sepan. Cualquier detalle, por pequeño que parezca, podría resultar clave.

—No te preocupes —responde ella con la seguridad puesta en su mirada—. He lidiado con familias en duelo desde que empecé mi carrera. Sé cómo navegar por el dolor sin ahogarme en él.

Salimos del ascensor y recorremos el pasillo iluminado por luces frías que proyectan sombras alargadas sobre las paredes de color beis. El aire aquí abajo está cargado de esa quietud institucional que amortigua los sonidos pero amplifica los pensamientos hasta hacerlos casi insoportables. Llegamos a la sala de reuniones, una habitación modesta con una mesa rectangular de madera, sillas acolchadas y un pequeño ventanuco que da a un patio interior donde Nueva Orleans sigue con su rutina habitual, ajena al drama que se desarrolla entre estas paredes.

Los padres de Amelia ya están sentados uno junto al otro, con las manos entrelazadas sobre la mesa como si se aferraran a un salvavidas en medio de un océano embravecido.

El señor Trahan, un hombre de unos sesenta y tantos años con el pelo gris peinado hacia atrás y profundas ojeras, levanta la vista al vernos entrar. Su esposa, la señora Trahan, una mujer menuda de rostro surcado por varias arrugas, aprieta los labios en un intento de sonrisa que nunca llega a iluminar sus ojos enrojecidos. Llevan ropa sencilla: él una camisa a cuadros descolorida, ella un jersey de lana que parece demasiado grande, como si el dolor les hubiera encogido el alma. El ambiente en la sala se impregna de esa tristeza palpable que se pega a la piel y se mete en los pulmones.

Una sensación a la que nunca llegaré a acostumbrarme.

—Señor Trahan, señora Trahan —saludo, extendiendo la mano —. Me llamo River Milano y esta es mi colega, la detective Marion Delacroix. Gracias por venir hasta aquí. Sé que no debe de resultar nada fácil.

El señor Trahan aprieta mi mano con fuerza y sus ojos vidriosos se pierden un instante entre las paredes y el techo de la sala.

—Muchas gracias por recibirnos —murmura con voz ronca.

Asiento y noto cómo se me forma un nudo en la garganta.

—Como sabrán, estamos aquí para encontrar respuestas y hacer justicia. ¿Les importa si hablamos un rato?

La señora Trahan asiente débilmente y se seca una lágrima con un pañuelo arrugado que saca del bolsillo. Marion y yo nos sentamos frente a ellos y cierro la puerta con cuidado, aislando la habitación del bullicio lejano de la comisaría.

—Queremos saber todo lo que puedan contarnos sobre los últimos días de Amelia —empiezo, manteniendo un tono empático que espero les sirva de puente—. ¿Hablaron con ella recientemente? ¿Les mencionó algo sobre su trabajo o su investigación?

El señor Trahan suspira y mira a su esposa antes de hablar.

—Sí, hablamos con ella hace unos días. El jueves pasado, creo. Llamó por la noche, como solía hacer. Estaba… excitada, algo nerviosa. Dijo que había avanzado mucho en su investigación, que acababa de confirmar algo realmente turbio, algo que cambiaría las cosas por completo.

Marion se inclina ligeramente hacia delante después de tomar algunas notas. Me gusta el brillo que se le forma en los ojos, la determinación que transmite.

—¿Les dio algún detalle? —pregunta con interés—. ¿Sobre qué era ese «algo turbio»?

La señora Trahan interviene. Las manos le tiemblan visiblemente y tiene que respirar hondo antes de pronunciar la primera palabra.

—No, no nos contó exactamente qué. Siempre era así, protectora con nosotros. Decía que no quería preocuparnos hasta tener pruebas sólidas, ni que sufriéramos las consecuencias. Pero… recuerdo sus palabras con claridad. Me dijo: «Mamá, nunca contaron la verdad. Eran cómplices de ese secreto». Le pregunté: «¿Quiénes? ¿De qué secreto hablas?». Pero no nos lo aclaró. Solo dijo que

pronto lo sabríamos todo, que le quedaba pulir los últimos detalles antes de hacérselo saber a la policía y publicarlo.

Marion y yo cruzamos una mirada rápida. Siento un escalofrío que me recorre la espalda y de inmediato conectamos con lo que ya sabemos de Zacharia y Valerie. El ambiente en la sala se tensa un poco más y la tristeza en los ojos de esos padres se acentúa. El señor Trahan aprieta la mano de su esposa con fuerza y una lágrima solitaria se desliza por su mejilla arrugada.

—¿Parecía asustada? —pregunta Marion, levantando apenas la vista de sus notas—. ¿Mencionó que la hubieran amenazado o a alguien en particular?

La señora Trahan sacude la cabeza y estruja el pañuelo entre los dedos.

—No directamente. Pero noté algo en su tono… Dijo que tenía que ser cuidadosa, que había varias personas involucradas. «No os preocupéis. Lo tengo controlado». Pero ahora… ahora pienso que no lo tenía. Mi niña… —Su voz se quiebra de repente y entierra el rostro entre las manos.

—Entonces, ¿no les comentó que la habían amenazado y le dieron una paliza? —insisto.

Su madre levanta la mirada sorprendida y se echa a llorar mientras niega con la cabeza.

—Sabía que irían a por ella —susurra entre sollozos—. Mi niña… sabía que irían a por ella.

El señor Trahan la rodea con un brazo protector y su expresión se arruga por el dolor.

—Amelia era valiente. Demasiado valiente. Siempre metiéndose en líos por la verdad. Esa investigación sobre Valerie Benoit… nos habló de ella hace meses. Decía que había algo podrido en esa historia, que la policía no había hecho bien su trabajo, que quería descubrir la verdad. Que una chica no podía irse de casa por propia

voluntad y no dar señales de vida durante veintidós años. Pero nunca imaginamos que pasaría esto.

Asiento, notando cómo la tensión se convierte en un zumbido, como si las palabras de Amelia flotaran todavía en el aire, acusadoras y misteriosas.

—Entiendo… ¿no les contó nada concreto sobre esos secretos?

—Como les he dicho, solo quería protegernos —responde el señor Trahan mientras se frota los ojos con cansancio—. Amelia estaba obsesionada. Decía que era su gran historia, la que la pondría en el mapa. Pero… Dios, ojalá la hubiéramos detenido. Si llego a saber que venir a Nueva Orleans iba a acabar con su vida…

Marion anota algo en su libreta con discreción, sin interrumpir el flujo de la conversación.

—Entendemos su dolor —dice con empatía—. Cualquier detalle nos ayudaría mucho. ¿Mencionó algo de su portátil? ¿O archivos que estuviera protegiendo y que pudiera haber escondido en alguna parte?

La señora Trahan levanta la vista, con los ojos hinchados y enrojecidos.

—Ella siempre nos comentó que allí tenía todo, pero Amelia solía imprimir parte de la información. Siempre llevaba consigo una libreta donde conectaba las pistas y tomaba notas, por si acaso ocurría algo. Quizá también puedan tener acceso a ellos a través de la nube, pero no tenemos idea de cómo acceder.

Siento cómo se me acelera el pulso; está claro que el portátil es la clave, el que Zacharia podría haber intentado destruir. Pero algo me dice que no han tenido acceso a esa libreta de la que hablan. O al menos, eso quiero creer. La habitación parece encogerse a nuestro alrededor. Los padres se miran, compartiendo un silencio cargado de recuerdos y arrepentimientos, con la tristeza y el dolor navegando entre ellos como una entidad viva que termina por envolvernos.

—Gracias por compartir esta información con nosotros —digo mirándolos directamente a los ojos—. Nos han ayudado mucho. Prometemos encontrar a quien le hizo esto a su hija.

Poco después nos despedimos de ellos y salimos de la sala, dejando a los Trahan con la promesa de mantenerles informados de cualquier avance del caso y un abrazo torpe que no aliviará en absoluto su dolor. Pronto podrán llevarse el cuerpo de su hija y eso, aunque sea poco, les dará un mínimo consuelo.

En el pasillo, Marion y yo caminamos en silencio al principio, procesando todo lo que acabamos de escuchar.

—Esos «cómplices»… podría referirse a cualquiera: sus amigos, vecinos, la misma policía… —murmura ella al cabo de unos segundos—. Cualquier persona, incluso su familia.

Asiento, con el corazón latiendo con fuerza contra mi pecho.

«Puede que sí nos ocultaran algo», me digo. Y el siguiente paso será averiguarlo.

17

«Toda vida tiene un núcleo, un epicentro del que todo sale y al que todo vuelve.»
Maggie O'Farrell, *Hamnet*

KATHERINE

24 de febrero.

—¿Cómo llevas el dolor de cabeza? —pregunta Alexander mientras revisa las notas en su carpeta y avanzamos por la carretera hacia la casa de los Benoit.

—Un par de golpes y rasguños no me van a dejar fuera de la investigación —respondo, aunque en mi rostro no aparece ni el más leve atisbo de sonrisa—. ¿Qué dice el informe?

—Que en el bidón no encontraron signos de que Zacharia hubiese quemado un ordenador. Estaba en lo cierto, al menos en ese punto, porque todavía no se ha analizado el resto. También estamos comprobando su coartada, pero parece sólida. Creo que el cabrón solo ha estado jugando con nosotros.

—¿Y los foros?

—Anthony los ha revisado hace un par de horas. Siguen publicando comentarios maliciosos sobre Amelia, así que no ha podido ser Zacharia. Qué cabrón… se va a librar sin darnos ni una sola pista.

—No te equivoques —replico sin apartar la mirada de la carretera—. Puede que no tenga nada que ver con la muerte de Amelia, pero sabemos que sí la amenazó, y no se va a librar de los cargos por agredir a una agente de policía. —Hago una breve pausa y añado—: Sigo pensando en lo que los padres de Amelia le contaron a River. ¿Qué secreto tenía como para que nadie quiera hablar de ello?

—Podría tener que ver con su supuesto enamoramiento. Recuerda que esa familia está muy arraigada a la iglesia; es una comunidad cerrada, chapada a la antigua. Todos los testigos han confirmado que Valerie estaba harta de tener que seguir normas tan estrictas, que quería ser libre con su música, con todo en general.

—Nunca podría ponerme en su piel… Sentir que no encajas en un sitio debe de ser horrible.

—¿Te acuerdas cuando Nick nos comentaba que a veces se sentía fuera de lugar a pesar de haber sido adoptado con pocos meses? —pregunta, y me quedo mirándolo unos segundos mientras el semáforo se pone en verde—. Por mucho que Valerie quisiera a sus padres, se sentía asfixiada por ellos, y yo sí que creo que se quiso marchar de verdad.

—No te sumarás a la teoría de que no la asesinaron solo por ir a favor de Anthony, ¿no?

—Eso ya está solucionado —responde él con una sonrisa pícara en los labios.

«Mejor no pregunto».

—Y no, no creo que Valerie desapareciera sin más, pero creo que quien lo supiera se aprovechó de ello. Tenemos que cerrar el círculo e interrogar a todos sus amigos. Y si me permites una sugerencia, deberíamos hacer un interrogatorio conjunto. Ponerlos contra las cuerdas a la vez.

Tomo la última curva con cuidado.

—Me parece una gran… —Las palabras se me quedan atascadas en la garganta.

—¿Qué coño está pasando? —exclama Alexander.

En el jardín delantero de la residencia Benoit, el padre de Valerie está enzarzado en una discusión acalorada con un tipo regordete y bajo, a punto de llegar a las manos.

Apago el motor, salgo del coche sin pensármelo dos veces y me meto de lleno entre los dos

—¡Eh, eh! —grito, y el padre de Valerie aprovecha la distracción para asestar un puñetazo en la cara al otro hombre—. ¡Ni se te ocurra volver a hacerlo! —le advierto.

El hombre me agarra del brazo donde tengo los puntos y la punzada de dolor que me recorre el antebrazo me arranca un grito ahogado.

—¡He dicho que paréis, joder! —grito, y me giro para sujetarle los brazos con firmeza.

Alexander hace lo mismo con el padre de Valerie.

—¿Se puede saber qué coño hacéis? —pregunta mi hermano, alzando la voz. Los vecinos empiezan a asomarse a las puertas de sus casas.

—¡Él tuvo la culpa de que mi hija se marchara! ¡Él tuvo la culpa! —grita el padre—. Y ahora… y ahora…

—Vamos dentro. ¡Ahora mismo! —ordena Alexander con autoridad.

Las aguas no parecen calmarse hasta que estamos dentro del salón de los Benoit y los obligamos a sentarse en el sofá. Jean me mira con cara de pocos amigos, pero antes de que pueda abrir la boca ya le advierto que no es buena idea intentarlo.

—¿Qué está pasando aquí? —insisto, plantándome con los brazos en jarras. Las punzadas en el brazo se vuelven más

constantes; estoy segura de que se me han abierto los puntos—. O habláis aquí o vais directamente a comisaría.

Alexander se cruza de brazos y adopta una postura imponente.

—¿Qué querías decir con que tuvo la culpa de la desaparición de tu hija? —insiste mi hermano.

—Val… Valerie y yo… —El otro hombre balbucea, agacha la mirada un segundo, se acaricia las manos con nerviosismo y después nos mira—. Valerie y yo teníamos una relación por aquel entonces. ¡Y sé que estuvo mal, pero…!

—¡Hijo de puta, era una cría! ¡Te voy a matar! —Jean se lanza sobre él y lo agarra del cuello.

—¡Que paréis, hostia! —grita Alexander, y los separa como puede.

—¿Queréis pasar las próximas setenta y dos horas en el calabozo? —les advierto, y pienso cumplir con mis amenazas si siguen así—. Déjale hablar —añado, mirando a Jean con dureza—. ¿Cómo te llamas?

—Gabriel Marchand. Soy el hermano mayor de Helena, la mejor amiga de Valerie —responde con los ojos fijos en sus propias manos.

Alexander y yo cruzamos una mirada rápida, pero no decimos nada.

—Fui el último que la vio con vida aquel día. Me aseguró que iba a marcharse de casa, que no volvería nunca. Quería que dijéramos la verdad, pero yo… no me veía capaz. Sabía que nos juzgarían, que…

—¡Lo que hacías con mi hija era una aberración, era una puta cría y tú estabas prometido! —repite Jean, y antes de que intente golpear a Gabriel de nuevo, mi hermano lo agarra de la ropa y lo levanta del sofá para dejarlo caer en una de las butacas.

—Como vuelvas a intentarlo, te llevo esposado. ¿Estamos? —le advierte.

Jean aprieta los labios y asiente apresuradamente.

—Él fue quien le metió ideas estúpidas en la cabeza, estoy seguro —añade ahora en voz baja.

—Yo no le metí ninguna idea en la cabeza. Ella tenía muy claro lo que quería. Estaba harta de ir a la iglesia, de que le controlarais hasta la comida. Nunca visteis su talento, lo maravillosa que era, y no me extraña que quisiera largarse de aquí —escupe Gabriel, y Jean está a punto de abalanzarse sobre él otra vez.

—Muy bien, se acabó. Nos vamos a comisaría —sentencio—. Seguro que allí habláis sin estar a la gresca.

Busco mi teléfono y marco el número de Claudia.

—¿Cómo va? —pregunta ella nada más descolgar.

—Pues no muy bien. El señor Benoit tenía visita y he presenciado un combate de boxeo. Nos los llevamos a comisaría. ¿Puedes enviar una unidad? —pido, odiando no poder saltarme esta parte del proceso.

—Claro, estará allí en diez minutos.

—Perfecto —respondo, y cuelgo el teléfono. El silencio se apodera del salón y miro a Jean y a Gabriel una y otra vez—. No quiero escuchar ni una palabra hasta que lleguemos a comisaría. ¿Queda claro?

Ninguno dice nada, pero puedo ver con claridad lo que sienten estando en la misma habitación, en este espacio roto del tiempo donde los recuerdos de un pasado doloroso se unen en formas distintas, pero con el mismo resultado. Todavía no sé qué veo exactamente en los ojos de Gabriel: si arrepentimiento, si miedo o rabia contra sí mismo por no haber dado un paso en su día, por no haber dicho la verdad.

Lo único que tengo claro es que tenemos que resolver esto cuanto antes.

. . .

—Muy bien, señor Marchand, ahora que estamos a solas. ¿Puede contarnos con detalle qué es lo que pasó? —pregunta Alexander mientras le ofrece un vaso de agua que Gabriel se bebe de un trago.

Está nervioso y puede que eso nos resulte muy útil en este momento. «Hay que apretarle, intentar sonsacarle algo útil», pienso, aunque decido dejar ese detalle para más adelante.

—¿Seguro que no necesito un abogado? —pregunta, bastante preocupado.

Niego con la cabeza y le ofrezco una sonrisa tranquilizadora.

—No le estamos acusando de nada. Solo le ofrecemos un espacio seguro para hablar. ¿Amelia Trahan era consciente de su relación con Valerie?

No pienso perder el tiempo con preguntas banales, no cuando el estado de ánimo de Gabriel puede llevarnos a conocer más respuestas.

—Sí, esa mujer era buena en su trabajo. Empezó a atar cabos después de entrevistar al grupo. No es que tenga una relación tan cercana con ellos… pero siempre nos reunimos para cosas importantes, en fechas señaladas… Cosas así.

—¿Y ha tenido contacto con sus padres durante todo este tiempo? —pregunto.

—Lo he intentado, sobre todo por ella. Al principio, toda la comunidad, la iglesia… Estábamos con ellos, intentamos seguir las pistas, pero todo nos llevaba a lo mismo. Valerie no quería saberse nada de nadie. —Gabriel pega la espalda al respaldo de la silla y se cruza de brazos. Una posición claramente a la defensiva.

—¿Cómo es posible que después de veintidós años y sin que ella se haya comunicado con la familia, una chica que decía querer mucho a sus padres a pesar de las diferencias que pudieran tener, no se sepa nada de ella? —interviene Alexander sin pensárselo dos

veces, y yo le dejo espacio para hablar—. ¿De verdad cree que Amelia murió por eso?

—No sé por qué murió esa mujer, pero está claro que no tenía razón —responde Gabriel, y se encoge de hombros. Se endereza y me doy cuenta de que el miedo desaparece poco a poco de su expresión—. Yo me pregunto por qué… si tienen la teoría de que Valerie murió, la policía no ha sido capaz de encontrar su cuerpo. Hay millones de casos de desaparición que no se resuelven nunca. Y está claro que el de Valerie es uno de ellos.

Lo observo con atención. Gabriel traga saliva, pero en ningún momento me mira fijamente. En silencio, da un sorbo al segundo vaso de agua y se aclara la garganta.

—¿Amenazó a la señorita Trahan? —insiste mi hermano—. ¿Le dio una paliza con la ayuda de Zacharia?

—¿Por quién me toman? ¿Por un matón? —La mandíbula de Gabriel se tensa y niega varias veces—. Han dicho que no necesito un abogado, pero me acusan de cosas que…

—Solo intentamos llenar huecos en una línea temporal que no está muy clara —intervengo con rapidez. Le ofrezco una sonrisa conciliadora a Gabriel y tamborileo los dedos sobre la mesa—. Mire, como le he dicho, no le estamos acusando de nada, pero comprenderá que tenemos que encontrar respuestas. Sabemos que a Zacharia no le hizo mucha gracia que Amelia indagara en el pasado de Valerie y, por consiguiente, en el vuestro. Él mismo ha confesado que aquella noche la amenazaron, pero dice no tener nada que ver con su muerte. De hecho, tiene una coartada bastante firme —explico, sin querer dejarme nada—. Por lo tanto… las únicas piezas que quedan en el tablero son usted… y el resto de sus amigos.

—De eso nada. No. No. Y no. Yo jamás le puse una mano encima a Amelia, solo…

—¿Fuiste tú quien salió corriendo de la casa de Zacharia? —le corta mi hermano. Apoya las manos en la mesa y se agacha para

quedar a su altura—. Porque ahora que lo pienso tienes la misma complexión que el hijo de puta al que perseguí… y yo nunca me equivoco en estas cosas.

—Su pasado militar no se lo permite —añado, cruzándome de brazos. Gabriel abre la boca, acaba de recibir un golpe inesperado.

Mira a Alexander y después a mí, así varias veces. Hasta que posa las manos en la mesa y se las acaricia con evidente nerviosismo.

No le estamos acusando de nada, pero sabe que, si nos miente, lo haremos.

—¡Vale, vale! Yo me llevé el ordenador de Amelia, pero les juro que no fue por lo que piensan. Solo estaba ayudando a Zacharia.

—¿Y qué se supone que había ahí dentro como para que él se sintiera amenazado? —insisto, echándome un poco hacia delante.

«Son muchos secretos los que ocultamos», pienso.

—Zacharia… Dios, es que cuando se entere me va a matar. ¿Son conscientes de lo peligroso que es?

—Me hago una idea —le respondo, enseñándole la sangre que ya ha manchado la venda de mi brazo—. Entiendo que sea tu amigo, Gabriel, pero las cosas podrían complicarse para ti, y… no creo que quieras eso.

—No, por favor. Tengo dos críos pequeños y mi mujer no se merece que un idiota como yo la acabe perjudicando. ¡Ni siquiera sé por qué soy amigo de ese imbécil, joder!

—¿Qué es lo que Zacharia intenta ocultarnos?

—Trafica con drogas —confiesa, más rápido de lo esperado. «Menuda información»—. Usa el bar de Lucas para sus chanchullos, aunque él no tiene ni puta idea de nada. Cree que solo hace compraventa de móviles y cosas así. —Gabriel se lleva las manos a la cara, niega con la cabeza y se echa a llorar—. Hace unos años él me sacó las castañas del fuego, le debía una y yo… les juro que no

tengo nada que ver con ese maldito negocio. Ni tampoco con la muerte de esa periodista, aquella noche…

—¿Aquella noche? —insisto con calma.

—La seguí. Sabía que se iba a reunir con alguien, pero cuando llegué ya era demasiado tarde. Ya estaba muerta. Dios, sus ojos… —Las manos le tiemblan y apenas es capaz de respirar—. Zacharia me había pedido que hablara con ella. Después de lo que hizo estaba claro que Amelia no se acercaría a él y…

—Te llevaste su bolsa, dejándola completamente indefensa —apunta Alexander.

Veo cómo los ojos le arden de rabia y le hago un pequeño gesto de negación con la cabeza.

—¡Les juro que ya estaba muerta cuando llegué! Había un charco de sangre alrededor de su cabeza y… No me acusarán de cómplice, ¿verdad? Por favor, díganme algo —añade, mirándome aterrorizado.

Alexander abre su libreta y la arrastra por la mesa, dejando un bolígrafo encima.

—¿Dónde esconde Zacharia el portátil de Amelia?

Gabriel sorbe los mocos, se limpia las lágrimas con el dorso de una mano y escribe la dirección. Ninguno decimos nada, y cuando salimos de la sala dejamos a Gabriel Marchand llorando en silencio.

18

«Estoy a punto de descubrir que lo mejor no es siempre lo más fácil.»
Maggie O'Farrell, *Sigo aquí*

KATHERINE

—Es imposible que Valerie siga viva. Totalmente imposible, estoy segura. Sé reconocer este tipo de casos cuando se me ponen por delante —afirma Marion mientras camina de un lado a otro por la sala de investigación, con los brazos en jarras y la mirada fija en sus propios pasos. Solo levanta la vista cuando se detiene frente al panel, donde las pistas sin conectar siguen siendo muchas más que las que ya tenemos casi cerradas.

—Seguro que en ese portátil encontramos algo, por mucho que Zacharia se empeñe en querer lo contrario. ¿Te apetece un café?

—No sé si me vendrá bien para los nervios, pero adelante.

Marion se deja caer en la silla y golpea varias veces su libreta de anotaciones con el bolígrafo. El sonido resuena en la sala casi vacía.

—Debe de ser muy duro llevar esta clase de casos —comento mientras me dirijo hacia la mesa del café. Le doy la espalda y preparo la cafetera, además de dos tazas limpias—. Y muy frustrante.

—Igual que un asesinato no resuelto —responde ella—. Pero una desaparición… El duelo perpetuo que una persona siente cuando espera cada día que ese ser querido entre por la puerta de su casa es… irreparable.

La forma en que lo dice provoca que me gire en cuanto el café empieza a caer en las tazas. Al mirarla a los ojos, comprendo por qué habla así.

—Tienes experiencia en ello —afirmo más que pregunto. Marion no lo niega.

—Mi hermano desapareció cuando yo era una cría. La policía está segura de que fue asesinado. Tenía… muchos problemas, pero nunca encontraron sus restos, ni tampoco regresó a casa —explica, y se encoge de hombros mientras intenta sonreír, aunque apenas se dibuja una curva leve en sus labios—. Desde entonces, nuestros padres ya no han sido los mismos. Estoy segura de que habrían preferido que encontraran el cadáver antes de tener que vivir con esta maldita incertidumbre.

—Por eso estás en la unidad de desapariciones y casos no resueltos —digo, y Marion asiente con la cabeza.

—Esas familias se merecen la oportunidad de conocer la verdad, Katherine. Por eso quiero, no… necesito saber qué le pasó a Valerie Benoit. Sé que al principio no os convencí, pero tengo muy claro que la muerte de Amelia tiene mucho que ver con la desaparición.

—Lo sé, yo también —respondo. Con el café ya listo, le doy la espalda otra vez y echo azúcar en la mía. Le entrego la suya y lo dejo sobre la mesa para que se eche el que quiera, aunque ya sé que apenas lo usa—. Como creo que eres una detective con mucho talento y muy necesaria para el departamento.

—Aunque al principio no te gustara la idea —bromea ella, y por fin se relaja echándose hacia atrás en la silla.

—No llevo bien los cambios drásticos. Me pasó con River cuando la asignaron para investigar a… —Las palabras se me atascan en la garganta.

—A *Ictero* —afirma Marion, y agradezco que no pronuncie su nombre real—. Cualquiera diría que alguna vez os llevasteis mal.

—Te sorprenderá la cantidad de secretos que nos rodeaban por aquel entonces. River es una mujer que ha vivido mucho, incluso antes de llegar aquí —explico, y le doy un sorbo al café—. Pero la visión que tiene hacia el mundo, no solo su trabajo, consiguió volver a enamorarme.

—Perdiste a una hija, ¿verdad? —El cambio de conversación tan repentino me golpea el pecho con fuerza y, de repente, el dolor latente se mueve por todo mi cuerpo.

A veces tengo la sensación de que estoy en paz con ese dolor, de que he sido capaz de transformarlo en algo bueno, pero la muerte de una hija es algo que nunca llegas a superar. Por mucho que aprendas a vivir con ello.

—Mila… tuvo la mala suerte de ser tan perspicaz y buena investigadora como su madre. Estoy segura de que, si viviera, también habría tenido que proteger su trasero, como con mi hermano —bromeo, y aunque soy capaz de sonreír, no puedo evitar el nudo que se forma en mi garganta.

—Yo también lo creo. Alexander tiene mucho ingenio y se le da bien el trabajo —confirma Marion—. Aunque a veces es un poco impulsivo.

—Sus años en el ejército lo hicieron así. Pero ya no sería capaz de prescindir de él.

Oculto mis labios tras la taza y me quedo mirándola un rato en silencio, intentando indagar qué hay más allá de sus ojos.

—También es un romántico —añade ella, y estoy a punto de atragantarme—. El otro día me dio un par de consejos para una cita.

Conocí a una chica increíble dando un paseo por la zona del río, y la verdad es que no se me dan muy bien los inicios.

—Ah… —Bajo la taza poco a poco y carraspeo, intentando prestar atención a cualquier cosa que no sean sus ojos.

—Espera, espera. ¿Creías que tenía algo con tu hermano? —Marion levanta las cejas y se echa a reír mientras niega enérgicamente con la cabeza—. Jamás cometería el error de enrollarme con alguien del trabajo. No es un reproche hacia ti y Milano. Tampoco para Anthony y Claudia —aclara, levantando las manos—. De hecho, creo que a veces es la única forma que tenemos de ligar, pero… no sé si podría vivir con la idea de que mi pareja esté constantemente en peligro.

La diversión se disuelve al instante en cuanto el recuerdo del fuego vuelve a mi cabeza.

—Es… complicado, sí.

Estoy a punto de añadir algo más cuando veo de reojo a Claudia, que le da un golpe cariñoso en el brazo a Anthony mientras ambos ríen a carcajadas y se dirigen hacia aquí. Los nervios me apretujan el estómago al verlo cargar con una mochila. Y antes de que abra la puerta y nos informe, ya sé qué contiene.

—Zacharia está en un buen lío —informa Anthony con una sonrisa satisfecha—. No se va a poder librar de la acusación de obstrucción. Eso como mínimo. —Deja la bolsa con cuidado sobre la mesa—. También hemos encontrado unos cuantos miles de dólares y un arma, aunque estoy seguro de que la tenía registrada.

—Dennise me ha dicho que en cuanto acabe con unos informes se pone a analizar el ordenador.

—¿El cuaderno del que hablaron sus padres estaba también?

El semblante de Claudia cambia.

—No, puede que sí lo quemase en el bidón, pero todavía no tenemos analizado todo el contenido. Llevará unos cuantos días.

—Al menos hemos avanzado en algo —apunta Marion.

—Y Alexander me acaba de decir que en el foro siguen publicando comentarios. Así que, en ese aspecto, podemos descartar al mismo Zacharia y a Gabriel.

—Las cámaras de seguridad de los comercios cercanos confirman que cuando llegó a la zona de Crescent Park, Amelia ya había sido asesinada —informo después de comprobar algunas anotaciones—. Tengo a otra unidad revisando el resto de material por si vieran a alguien sospechoso. Pero están tan saturados de trabajo que no sé si ha sido buena idea.

—Nosotros no podemos ocuparnos de más. Todavía estamos con el interrogatorio de los vecinos, de la gente que se cruzó con Amelia en el bar, en los supermercados, en la biblioteca… Y no tenemos nada —confirma Anthony con gesto cansado—. Hay muchos frentes abiertos que…

—Me gustaría hablar con el padre de Valerie —interrumpe Marion—. Ver su punto de vista con el tema de Gabriel. Porque está claro que no tenían ni idea. Y los de Amelia, según te contaron, tampoco sabían nada de eso.

—¿Vas con ella, Claudia? —pregunto—. Anthony y yo vamos a llevar todas las pruebas a Dennise y a hacer una visita a la casa de Amelia. Hay algo que quiero comprobar.

—Claro, sin problema —responde Claudia, y le guiña un ojo a su chico. Ambos se sonríen con complicidad—. Espero que tengáis más suerte esta vez.

—Y yo.

. . .

El silencio que nos acompaña en el ascensor tiene mucho que ver con lo que Anthony podría estar pensando. Así que, en cuanto las puertas se abren, no tardo en preguntar.

—¿Por qué ese ceño fruncido?

—¿Qué? —Alza una ceja sorprendido y no tarda mucho en negar con la cabeza.

Su tic nervioso siempre es el mismo, y cuando se rasca la barbilla… sé que me está mintiendo.

—Anthony… —insisto de camino a los laboratorios—. No seguirás pensando que Marion no tiene nada que hacer aquí, ¿verdad?

—No —afirma él—. Pero también sigo pensando que River debería… bueno, ya sé que no está bien, pero su ayuda es imprescindible. Lo está demostrando ahora mismo.

—No podemos obligarla a que regrese al servicio activo si no está segura, Anthony. Con Zacharia se volvió a bloquear —confieso, consciente de que no se lo había dicho a nadie. Ni siquiera a la familia—. Y temo que vaya a peor ahora que está más… tranquila. Sería más un estorbo que una ayuda.

—Pero no hace falta que salga ahí fuera. Podría hacer el trabajo de oficina. Seguir perfilando a los sospechosos, interrogarlos… Mira. —Anthony se para en seco y me obliga a mirarlo a los ojos—. El otro día la vi en una de sus charlas y creo que se muere de ganas por volver, pero tiene miedo. Y en eso podemos ayudarla. No encontraremos nunca a nadie con su talento. A nadie.

—Eso siempre lo he sabido, pero no va a ser sencillo. Aunque… tampoco me ha dicho nada de eso.

—Venga, eres el amor de su vida. ¿No te parece que es muy consciente del miedo que también tienes a que le vuelva a pasar algo? —Pone su mano en mi hombro y sonríe con calidez—. Siempre me has dicho que tengo talento, que sé ver más allá de lo que la gente revela. Y estoy seguro de que tampoco me equivoco con River. Deberíais hablarlo.

Miro hacia el final del pasillo y suspiro.

—Lo haré, no te preocupes. Pero vamos a llevarle esto a Dennise y a darle el café. Sería lo mínimo.

El laboratorio de Dennise parece un organismo vivo, un ente que jamás cede al reposo. Anthony irrumpe primero en el santuario tecnológico, sosteniendo la bolsa de Amelia con cuidado, como si temiera que un mero roce imprudente pudiera disipar los últimos vestigios de su esencia.

Dennise levanta la vista de su escritorio en el instante en que cruzamos el umbral. Lleva la bata desabrochada colgando con descuido sobre los hombros y el pelo recogido en una coleta improvisada, como si ambas emociones se hubiesen entretejido en una sola tela indisoluble.

—Decidme que eso no es café recalentado —comenta, señalando el vaso humeante al que Anthony se aferra.

—Esta vez es recién hecho —responde él, y los ojos de nuestra compañera se iluminan.

—Así que este es el santo grial que tanto habéis perseguido —murmura Dennise, observando la bolsa que Anthony todavía sostiene.

Este asiente y lo deja en la mesa metálica. Dennise se inclina, inspeccionándola con ojos expertos, y el silencio se prolonga un instante.

—Bien, antes de sumergirnos en sus entrañas, dejadme ser clara: no puedo prometer milagros, pero sí intentar averiguar la verdad.

—Necesitamos extraer todo lo que Amelia guardara sobre la desaparición de Valerie —le indico sin perder el tiempo—. Archivos, borradores, notas, posibles grabaciones de audio, historiales de navegación… lo que sea que pueda arrojarnos luz. Y cruza esa información con lo que sepamos de Zacharia y Gabriel: contactos fugaces, búsquedas en la red, mensajes, ubicaciones que se solapen en el tiempo. Absolutamente todo.

Anthony, apoyado contra la pared con los brazos cruzados sobre el pecho, añade su propia capa de profundidad a la conversación.

—Especialmente las comunicaciones que no saltan a la vista, Dennise. Ya sabes… Amelia era muy profesional, una maestra en el arte del disfraz; si estaba cerca de desentrañar algo, no lo habría dejado expuesto ante los ojos de nadie. Ya nos lo dijeron sus padres.

Dennise asiente, con la mirada ya perdida en el ordenador.

—Entendido. Empezaremos por lo básico.

Conecta el portátil a una estación aislada y la atmósfera se carga de expectación.

—Estoy segura de que podré recuperar archivos borrados. Los sistemas operativos son perezosos; nunca eliminan la verdad hasta que sobrescriben todo el espacio, así que puedo reconstruir fragmentos perdidos. Porque si le quitaron el portátil… es porque alguien no quería que conociéramos lo que había aquí dentro.

La pantalla principal se ilumina y líneas de código comienzan a desfilar en una danza hipnótica. Me cruzo de brazos con más fuerza, sintiendo un nudo en el estómago.

—Si Amelia investigó a Zacharia, su grupo de amigos y a Gabriel, quiero saber desde cuándo y qué la impulsó, qué la hizo persistir en ello. Así como cualquier persona que pueda estar implicada.

Dennise teclea con renovado vigor y la pantalla se fragmenta en múltiples ventanas.

—Haré búsquedas cruzadas. El software de análisis semántico es como un detective lingüístico; detecta patrones enseguida. Además… —añade sin pausar el flujo de trabajo—, revisaré el historial de ubicaciones del portátil. Incluso sin el GPS activo, las conexiones a cualquier red wifi dejan un rastro indeleble. Puedo

reconstruir sus últimos movimientos; cafeterías donde se reunió, bibliotecas, casas particulares… todo eso.

—¿Podrás averiguar si se reunió con ellos? ¿Si sus caminos se cruzaron en la realidad y cuándo lo hicieron?

Dennise no aparta la vista de la pantalla mientras sus dedos danzan por el teclado.

—Puedo superponer sus trayectorias en el tiempo y el espacio, saber si coincidieron en los mismos lugares durante ciertos rangos temporales, sobre todo si tengo la información de todos los dispositivos.

—No creo que Gabriel ponga problema —comenta Anthony—. Quizás Lucas tampoco si sabe que podría meterse en un lío por culpa de Zacharia. —Se frota la cara con gesto cansado, revelando el agotamiento que todos compartimos—. Amelia era meticulosa hasta la obsesión. Si sospechaba algo turbio, seguro que lo habría documentado ahí dentro.

—O escondido más allá de su portátil —añado.

Me apoyo en la mesa, observando las barras de progreso que avanzan con lentitud Dennise nos sonríe y nos guiña un ojo.

—En cuanto lo tenga todo, os llamo. Prometido —asegura sin levantar la vista de la pantalla.

—Te estaremos esperando.

19

«Sólo somos recipientes a través de los que pasan las identidades.»
Maggie O'Farrell,
La extraña desaparición de Esme Lennox

MARION

Camino junto a Claudia hacia las salas de interrogatorios y noto cómo el edificio parece jadear con esfuerzo, como si cada puerta cerrada custodiara un secreto distinto, aguardando el instante en que uno de ellos irrumpa y desate el caos. Un recordatorio de que en estos lugares la verdad no sale a la superficie con facilidad, sino que se arrastra a través de sombras y mentiras.

Claudia avanza en silencio a mi lado, aferrando una carpeta bajo el brazo, con la mirada clavada al frente. Como analista y detective, tiene una calma que muchos envidiarían, que yo misma envidio en realidad.

—Veamos qué tiene que contar el señor Benoit. ¿Crees que está preparado para esto? —me pregunta Claudia al llegar al ventanuco del pasillo.

—Nunca se está del todo listo para desenterrar esta clase de fantasmas —respondo, y un suspiro se me escapa pese a que intento contenerlo—. Pero sí, vamos a ello. Por desgracia, ya no hay marcha atrás.

El agente de guardia nos franquea el paso y el aire se transforma de inmediato: un frío más punzante se adueña del espacio, como si la sala absorbiera el calor vital de quienes la ocupan. Me ajusto la chaqueta con un gesto deliberado para reafirmar mi control sobre el cuerpo, un recordatorio táctil de que, en medio de este teatro, sigo siendo yo, la detective Marion Delacroix, alguien que busca respuestas por encima de todo.

El señor Benoit tiene los hombros hundidos hacia delante y las manos entrelazadas con una fuerza que delata su lucha interna por no desmoronarse. No lleva esposas y se acaricia los nudillos con nerviosismo. Solo cuando estamos a un par de metros delante de él levanta la mirada.

—Señor Benoit —saludo al cerrar la puerta tras nosotras, con una lentitud calculada que permite que el tiempo ejerza su propia presión—. Soy la detective Marion Delacroix y ella es la detective Callahan, mi compañera en esta investigación. Lamentamos haber tardado en venir a hablar con usted.

Ha sido algo deliberado, por supuesto.

Él alza la vista y sus ojos se clavan en mí con desconfianza.

—Vayan al grano, por favor —gruñe, teñido de resentimiento—. Me han arrastrado aquí por culpa de ese malnacido. ¿Para qué quieren remover la mierda otra vez?

—No pretendemos hacerle perder el tiempo, señor Benoit —replico sin adornos mientras me siento frente a él. Coloco mi libreta sobre la mesa, pero la dejo cerrada por ahora, permitiendo que el silencio se cuele como un cuarto participante en la conversación—. Sabemos que la discusión con Gabriel en su casa ha sido el detonante, pero estamos aquí por algo más importante.

Claudia se sienta a mi derecha y ella sí abre la libreta, aunque enseguida le ofrece una cálida sonrisa.

—¿Quiere un vaso de agua? ¿O quizá un café, aunque sea de máquina? —le ofrece.

El padre de Valerie niega con la cabeza sin apenas mirarla.

—No quiero nada. Solo deseo regresar a casa.

—Bien, entonces vayamos al grano —intervengo yo—. Hablemos de Valerie, de esa noche que lo cambió todo.

El nombre resuena en la sala y él parpadea con lentitud. Por un instante, su mandíbula tiembla, un signo sutil que he aprendido a detectar en rostros marcados por el luto eterno, un indicio de que he tocado una herida que todavía está abierta.

—Ya les dije todo lo que podríamos aportar —murmura, cierra los ojos unos segundos y nos vuelve a mirar—. ¿Por qué se empeñan en seguir torturándonos?

—Porque ha pasado mucho tiempo —preciso, inclinándome ligeramente hacia delante para acortar la distancia emocional—. Y con la muerte de Amelia Trahan, las piezas que no encajaban antes ahora gritan por atención. No podemos ignorarlas cuando eso supondría desenterrar la verdad. ¿Es que no quieren conocerla?

Al mencionar a Amelia, su mirada se endurece.

—Esa mujer… —empieza, deteniéndose para tragar saliva—. Esa mujer no debería haber metido las narices donde no la llamaban. Solo ha traído más dolor. Ya se lo dije a sus compañeras.

No lo contradigo; dejo que el silencio se expanda, obligándolo a llenarlo con sus propios pensamientos, una técnica que Claudia y yo conocemos muy bien.

—¿Por qué? —le pregunto un momento después—. ¿Por qué alguien que busca la verdad, que intenta arrojar luz sobre una desaparición nada normal, no debería hacer preguntas? ¿Qué teme que salga a la superficie?

Su pecho se infla y desinfla con fuerza, y desvía la mirada hacia la pared, hacia la esquina, hacia el espejo donde sus ojos se reflejan con claridad. Lleva la mirada de quien se siente acorralado por un

pasado que escapa a su control, un espectro que lo persigue en cada esquina.

—Porque estamos hartos, ¿vale? —responde elevando el tono de su voz—. Hartos de periodistas fisgones, de teorías locas, de gente señalándonos con el dedo como si fuéramos los culpables. Nos pintaban como monstruos, como si nuestra única labor en la vida hubiera sido arruinar a nuestra hija. ¿Sabe lo que es eso? Vivir bajo un microscopio constante.

Claudia baja la mirada por un instante, como si esas palabras resonaran en un rincón personal que prefiere mantener oculto, pero yo mantengo los ojos fijos en él.

—Aquí no pretendemos juzgar su dolor, señor Benoit —digo con cautela—. Pero sí buscamos comprenderlo en su totalidad. Y para eso necesitamos desenterrar lo que no se contó en su momento.

—Ya les dijimos todo, maldita sea —se defiende, demasiado rápido.

Está nervioso. La boca se le seca y vuelve a acariciarse las manos.

—No —replico, aunque esbozo una sonrisa tranquila—. Contaron una versión sencilla, la que pudieron soportar sin romperse por su pérdida. La que les permitió seguir adelante, aunque nunca hayan estado completos.

Los músculos de su rostro se tensan y sé que he dado en el clavo; en estos momentos, cuando alguien siente que le has leído el alma, puede estallar o romper a llorar. Ambas opciones duelen, abren heridas, y es en esas grietas donde reside la verdad que perseguimos.

—Hablemos de la relación con Valerie —continúo, navegando por el terreno fangoso—. Usted y su esposa declararon que lo de la música, tocar en otros ambientes, era solo una fase pasajera, un capricho juvenil que se disiparía con el tiempo.

Él aprieta los labios hasta que se le ponen blancos.

—Era una adolescente, por el amor de Dios. Todos pasan por eso.

—Precisamente porque era una adolescente —insisto, elevando ligeramente el tono para enfatizar el punto—. Una joven no se apaga así como así por una mera fase. No escribe una carta con esa claridad inicial y un desgarrador final si no está bajo una presión asfixiante.

Claudia abre la carpeta con cuidado y desliza una copia de la carta sobre la mesa. El papel, impoluto, contrasta con la violencia implícita en sus líneas. El padre la contempla como si fuera un cadáver desenterrado, un horror que preferiría volver a sepultar.

—Pues eso es lo que nos dejó —dice con los labios temblando —. Eso es lo único que nos permitió seguir respirando, aunque fuera a medias y nos sintiéramos culpables de algo que… —Niega con la cabeza—. Jamás, jamás la asfixiamos, todo lo contrario. Era una chica muy querida por todos. Lo que nos hizo fue…

—¿Y si no escribió la nota sola? —planteo, cortando sus palabras.

—¿Está insinuando que…? —balbucea, con los ojos dilatados por la incredulidad y el temor.

—Solo estoy barajando opciones, nada más —replico, manteniendo la calma mientras el pulso se me acelera—. Porque Amelia Trahan también se lo preguntó, y alguien decidió silenciarla para siempre. Así que sí, insinúo que hay un secreto enterrado aquí, que aquello no era solo una fase. Y que tal vez… su historia con Gabriel no fuera su único secreto.

Claudia interviene con una sonrisa tranquila en los labios:

—Señor Benoit, nadie quiere infligirle más dolor. Pero la señorita Trahan tenía muy claro que su hija nunca salió de Nueva Orleans, que guardaba muchos secretos y que hubo lealtades que la hicieron callar. Y usted sabe que eso no puede sostenerse

eternamente; al final, la verdad sale a la luz, aunque sea de la forma más cruenta y destructiva.

Él la mira por primera vez, con un resentimiento que se tiñe de sorpresa.

—¿Sabe lo que es vivir veintidós años aguardando una llamada que nunca llega? —pregunta, y la entonación se vuelve un cuchillo afilado hacia nosotras—. ¿Despertarse cada maldito día pensando que hoy sí, que hoy habrá una pista, un mensaje, o un cuerpo al menos… y terminar el día con las manos vacías?

Siento un pinchazo en el estómago; conozco muy bien ese duelo.

—Lo sé —contesto, y en cuanto me mira sabe que no miento—. Precisamente por eso estoy aquí, intentando buscar respuestas.

Él baja la mirada y sus dedos tamborilean nerviosos sobre la mesa.

—Entonces deje de hacerme esto —susurra a modo de súplica —. Deje de convertir a Valerie en un expediente más.

—No puedo —respondo—. Porque ya no es solo la desaparición de Valerie lo que está en juego. También estamos aquí por Amelia, una mujer asesinada por atreverse a buscar la verdad. Alguien ha decretado que ese nombre no debe pronunciarse, y no pararemos hasta averiguar por qué.

El silencio se instala entre nosotros, robando el oxígeno de la sala, un interludio donde las máscaras caen y las verdades empiezan a asomar.

—Amelia no nos contó nada de… eso —admite, escupiendo la última palabra.

—¿«Eso»? —inquiero, arqueando una ceja para invitarlo a profundizar.

Claudia permanece inmóvil, observándome de reojo.

—Sobre la relación que tenía… solo dijo que estaba enamorada. No que saliera con… —confiesa, y después niega rápidamente—. Con Gabriel Marchand. Esa mujer solo nos comentó que no íbamos a aprobarlo, que sería un escándalo. ¿Por qué si quería descubrir la verdad no nos lo contó? A lo mejor solo se está inventando historias con mi hija.

—¿Por qué cree que Amelia no le reveló ese dato? —insisto y observo cómo Claudia toma varias notas—. ¿Por qué, como usted dice, querría ocultarlo a sus padres?

Él se ríe sin ningún tipo de humor.

—¿Tal vez porque tenía razón?

—¿Sobre qué? —lo empujo, inclinándome un poco más hacia delante.

Sus ojos se humedecen, pero la rabia los seca antes de que las lágrimas surquen sus mejillas.

—Que fue culpa nuestra —admite y se encoge de hombros—. Que, si hubiéramos sido distintos, ella no habría… —No termina de hablar, a cambio aprieta los dientes—. Amelia era lista, joder. Sabía que esa noticia abriría otra guerra, y ya no nos quedaban fuerzas para pelear. Para dejar claro que nunca nos portamos mal con nuestra hija, que la queríamos por encima de todo.

—No me está respondiendo con la verdad —señalo.

—Sí lo es —replica él, elevando la voz por primera vez—. ¡No queríamos levantar más fantasmas! Bastante nos ha destrozado todo esto como para permitir que cualquiera se crea con derecho a juzgar cómo hicimos las cosas. Valerie no era perfecta, nosotros tampoco. Pero éramos su familia, joder.

La palabra «familia» vibra con una dualidad siniestra, porque a veces puede ser una jaula dentro de un refugio, el control disfrazado de amor.

—La familia también puede hacernos daño —confieso—. A veces sin intención.

Él me mira como si fuera a negarlo, pero las fuerzas lo abandonan; baja la cabeza y respira hondo.

—Le dijimos que solo era una fase… —admite y mira sus manos —. Porque… si lo aceptábamos como real, significaba admitir que no la conocíamos. Que quien teníamos delante no era la hija que tanto queríamos. Y eso… incluso lo de Gabriel… —traga saliva, visiblemente dolido—, es un sentimiento insoportable. No se lo desearía a nadie, ni tampoco que tu hija desaparezca.

Claudia se inclina ligeramente hacia delante.

—¿Y la discusión que tuvieron aquella noche?

El padre cierra los ojos un instante y, cuando los abre, parecen envejecidos una década más.

—Discutimos muchas veces ese mes, como ya informamos —confiesa, tragándose el remordimiento—. Valerie estaba distinta, más nerviosa, se arreglaba con esmero, salía con excusas que no terminaban de encajar. Venía a horas poco habituales. Yo lo achaqué a la rebeldía juvenil, pero está claro que fue por otra cosa… —Se ríe de nuevo y niega con la cabeza.

Siento que algo no encaja en mi mente, como la pieza de un puzle que escapa del patrón: la presión familiar, la carta con dos versiones distintas, la relación de Gabriel…

—¿En algún momento le dijo que tuviera miedo? —pregunto, con el pulso acelerado—. Porque si ustedes desconocían la verdad…

Él alza la mirada y ahí está la convicción.

—Deberían preguntarle a Gabriel, ¿no creen?

Claudia se queda inmóvil; yo no parpadeo.

—Dígame por qué —pido y me cruzo de brazos, apoyándome en el respaldo de la silla—. Le pido que no me dé suposiciones vagas, porque eso sería una acusación muy seria; necesito hechos.

El padre golpea la mesa con la yema de los dedos, una, dos veces, enumerando los pecados cometidos. Y la máscara dulce y rota que había mantenido hasta ahora se cae frente a nosotras.

—Porque él estaba con ella ¿le parece poco? —declara—. Nadie pudo acercarse tanto, invadir su mundo de esa manera. Porque esa relación… —escupe la palabra como si le diera asco—. Puede que nuestra hija nos engañara, pero Valerie era fuerte, terca como una mula. Podía soportarnos a nosotros, a la iglesia, al barrio entero chismorreando si hacía falta. Pero estaba claro que ese secreto… era lo que sí podía destruirla.

Claudia traga saliva.

—¿Cree que él la mató? —le pregunta sin cortarse un pelo.

El padre asiente y sus ojos se clavan en los míos.

—Si mi hija no se marchó. Entonces estoy convencido, detective. Ese hombre sabe más de lo que dice, siempre ha sido así. Lo veía en sus ojos. Si es verdad que Valerie está muerta…, no creo que nadie más tuviera un motivo tan sucio y retorcido. Igual que para acabar con Amelia Trahan.

Un escalofrío me recorre la espalda, sobre todo por la mezcla de odio y necesidad en su tono, como si culpar a Gabriel le permitiera amar a su hija sin confrontar sus propios demonios.

—Mire… La gente nos convirtió en caricaturas. En padres obsesivos, monstruos ignorantes. Nos atacaron sin piedad, nos hicieron creer que… —se rompe por un segundo, bajando la mirada —, …que quizá nos merecíamos este infierno eterno solo por ser fieles a nuestra iglesia. Pero si lo que usted asegura es verdad… A nuestra niña nos la quitaron. ¡Nos la quitaron, joder!

Claudia baja la voz.

—Nadie se merece perder a una hija, señor Benoit. Nadie.

Él la mira y, por primera vez, su expresión se ablanda, un atisbo de gratitud que rompe la armadura. Después cierra la libreta sin

anotar nada más.

—Gracias por hablar con nosotras —digo, poniéndome en pie—. No le prometo que esto sea fácil, pero sí que perseguiremos la verdad hasta el final.

Él asiente, derrotado, como si seguir viviendo ya fuera un castigo divino. Claudia y yo salimos al pasillo, donde el aire parece menos asfixiante. Avanzo unos pasos antes de hablar.

—Ha elegido a Gabriel como el villano porque le resulta lógico y soportable —comento, con un suspiro que libera parte de la tensión que hemos vivido ahí dentro.

Claudia me mira de soslayo.

—¿Y a ti te parece lógico? Porque yo no lo veo tan claro.

—Supongo que es lo que tendremos que averiguar.

Claudia no sonríe; asiente y sigue mis pasos. Eso es lo que admiro en ella: no maquilla la realidad para hacerla más llevadera.

—Si Amelia descubrió lo de Gabriel y no lo compartió con los Benoit… tuvo que ocultarlo por algo —reflexiona—. No para protegerlos a ellos, sino para protegerse a sí misma, o a Valerie, o quizás a alguien más enredado en esta telaraña.

Asiento, notando cómo la tensión regresa a mis hombros.

—Tenemos que hablar con el grupo entero —declaro—. Con todos.

—Y creo que sé por dónde podemos empezar —sugiere Claudia, como si ya lo tuviera trazado en su mente, incluso desde antes de entrar en la sala.

—En el bar de Lucas —confirmo.

Dejamos el departamento y vamos directas al coche de Claudia. Después arranca el motor y pone rumbo al Ballands.

—Repasa lo que tenemos mientras llegamos —indica—. Si Lucas intenta desviar la conversación, lo sacaremos del guion.

Paso las hojas sin profundizar demasiado en la información, intentando hacerme una idea del grupo de amigos, cuyos personajes… poco a poco van revelando la verdad.

—¿Crees que Helena sabía lo de su hermano? —pregunto, más para verbalizar mis dudas que para obtener una respuesta.

—La pregunta no es qué sabe… —replica Claudia, sin perder la atención de la carretera—. Sino qué no sabe, o qué finge ignorar.

Llegamos al bar y el ruido nos envuelve antes siquiera de cruzar la puerta: música baja, risas, vasos chocando en un ritual de falsa normalidad. Dentro, el aire está saturado de alcohol, perfume barato y calor humano, un microcosmos donde los secretos fermentan como el licor en barriles viejos. Me toma un segundo adaptar la vista a la penumbra, escudriñando la barra, buscando a Lucas entre las siluetas.

Y entonces la veo.

Una mujer se yergue en un taburete, con su mirada fija en un punto vacío ante ella, como si contemplara un abismo personal. Su pelo oscuro cae en ondas sobre sus hombros, cubriendo un gesto serio que sugiere que en cualquier momento podría levantarse y huir hacia las sombras.

Claudia también la reconoce al instante; lo noto por cómo se le tensa la mandíbula, un signo de alerta en su lenguaje corporal.

—Helena Marchand —murmuro, y el nombre me sabe eléctrico en la lengua, un relámpago que ilumina el siguiente acto de este caso interminable.

Mi corazón late acelerado mientras observamos cómo respira con dificultad, cómo aprieta el vaso con fuerza, como si el pasado ocupara el asiento vacío a su lado, susurrándole algo al oído que ya no va a poder ocultar.

20

«Sólo somos recipientes a través de los que pasan las identidades.»
Maggie O'Farrell*, La extraña desaparición de Esme Lennox*

KATHERINE

Al mismo tiempo.

—Amelia era muy ordenada.

La voz de Anthony resuena con cierto eco por la estancia. Asiento sin apartar la vista del recibidor. El aire está un poco cargado y, de repente, me invade una pequeña sensación de intrusión, como si estuviéramos profanando el santuario que Amelia Trahan creó mientras estuvo en Nueva Orleans.

—Sí… —murmuro, echando un vistazo a nuestro alrededor—. No tanto como nosotros, al parecer.

El piso exhala una limpieza casi obsesiva; los zapatos alineados junto al mueble del recibidor, un cuenco vacío donde deberían reposar las llaves, un perchero desnudo. Sin embargo, en medio de tanta pulcritud, algo desentona, una nota discordante que me eriza la piel. Los padres de Amelia todavía no han venido a llevarse sus cosas, aunque pronto este lugar tendrá un nuevo dueño.

Siento un nudo en el estómago, una mezcla de rabia y frustración que me aprieta. ¿Cómo hemos permitido esto?

Anthony resopla con fuerza y se pasa la mano por la nuca, un gesto habitual en él cuando la tensión lo atenaza. Está rígido,

aunque intente disimularlo.

—Se nota que la primera inspección fue… rápida, vaya —dice, dejando la frase en suspenso.

—Rápida y poco fina —remato yo, incapaz de contenerme.

Me duele admitirlo, porque tengo muy clara la razón por la que pasan estas cosas: falta de personal, falta de tiempo, falta de manos que hagan uno de los trabajos más importantes de una investigación.

Avanzo despacio, evitando pisar el borde levantado de una alfombra, como si no fuera casualidad, sino el reflejo de una mente metódica. Amelia debió de alinearla así, del mismo modo que estructuraba su investigación periodística. No era de las que se guiaban por intuiciones vagas o corazonadas efímeras, eso estaba claro; era de las que tejían redes invisibles, enlazando nombres con fechas y eventos hasta que la verdad surgía irremediable, incapaz de ocultarse por más tiempo.

Si no encontramos nada en su portátil, tendremos que excavar por otros medios, desenterrar lo que haya quedado enterrado.

Me obligo a inhalar profundamente, sintiendo cómo el aire frío del interior me cala los huesos.

—Empieza por la habitación —le pido a Anthony, girándome hacia él—. Quiero que revises armarios, cajones, bajo la cama… Pero sin destrozar nada, por favor. Ya tenemos bastante con el resto del departamento.

Anthony asiente con gesto serio, casi marcial. Me gusta que no necesite explicaciones redundantes; a veces chocamos, pero cuando se trata de trabajar, él responde con una eficiencia que vale su peso en oro en un departamento que se desmorona como un castillo de naipes bajo el viento huracanado de Nueva Orleans.

Lo veo alejarse por el pasillo, dejándome sola con mis pensamientos.

Me detengo un instante en el salón, escrutando el entorno. El mobiliario es austero, funcional hasta la frialdad: un sofá gris con cojines dispuestos en ángulos perfectos, una mesa baja sin una sola marca de vasos o huellas dactilares, una estantería escuálida que alberga apenas dos libros y una guía turística. No hay fotos personales, ni recuerdos que la anclen a este lugar efímero; era evidente que Amelia estaba de paso.

Siento una punzada de empatía, un lazo invisible con esa mujer que, como yo, se entregaba a la caza de sombras en una ciudad que devora a sus hijos.

Me acerco a la mesa del comedor. Sobre ella reposa un cuaderno de sudokus a medio resolver, con un bolígrafo azul encima. Por un momento, la imagino aquí, bajo la luz mortecina de la tarde, intentando sofocar la ansiedad, engañando a su mente para no obsesionarse con Valerie. Abro los cajones del aparador con los guantes puestos. No encuentro nada, pero sé, en lo más profundo de mis entrañas, que debía haber algo.

Me dirijo a la cocina. Solo hay un plato solitario en el escurridor, que sugiere que alguien lavó lo último antes de partir. El frigorífico tiene lo mínimo: leche a punto de caducar, fruta madura, un táper con ensalada. Un pósit adherido a la puerta anota una lista de compras anodina y una hora: «17:30». Sin fecha, ni contexto. Podría pertenecer a cualquier día antes de su muerte.

«¿Qué planeaba a las 17:30? ¿Una cita con el destino?»

El pensamiento se mueve dentro de mí, recordándome lo frágil que es la línea entre la vida y la muerte.

Abro la basura. Está casi vacía. Amelia no era de las que dejaban restos a simple vista, vulnerables a miradas ajenas. Y entonces me invade una oleada de admiración mezclada con pena: ¿cuánto esfuerzo invirtió en mantener esta fachada mientras por dentro la devoraba la búsqueda de justicia para Valerie?

En el baño, el espejo reluce. En el borde del lavabo, un cepillo de dientes y un tubo de pasta doblado descansan a la espera de

alguien. Me fijo en los detalles minúsculos. Todo grita orden, ausencia de caos, de improvisación… Y entonces lo detecto: el botiquín no está perfectamente recto. Es un desvío sutil, casi imperceptible, que podría atribuirse a un tornillo flojo o al asentamiento del edificio, pero mi instinto me alerta. Me acerco con cuidado, como si el armario pudiera percibir mi presencia y huir. Paso la yema de los dedos enguantados por el borde, notando una sombra distinta en la pintura, una marca fresca.

Abro el botiquín con el corazón latiendo en mis oídos. Todo parece en su sitio, demasiado perfecto. Cierro la puerta y me agacho, escudriñando bajo el lavabo. Una caja de cartón con productos de limpieza reposa allí, ligera al tacto, demasiado vacía para una mujer tan meticulosa. La aparto, revelando una placa atornillada que cubre una abertura de fontanería. Está bien colocada, pero uno de los tornillos tiene un arañazo, confirmando mis temores.

«Alguien ha estado aquí antes». El pensamiento me revuelve el estómago. Desatornillo con cuidado y la placa cede. Dentro solo hay un espacio estrecho y polvoriento, con tuberías oxidadas. El polvo está perturbado, como si algo hubiera sido extraído recientemente.

Me quedo inmóvil, con la placa en la mano, escuchando mi respiración mientras el ruido lejano de un coche en la calle se filtra al interior. «Amelia, ¿qué coño escondiste aquí?», me pregunto. La respuesta no llega y vuelvo a colocar la placa, obligándome a respirar con calma, a no dejar que el pánico me domine. Me incorporo y recorro el baño con la mirada, buscando pequeñas grietas en esta armadura de perfección.

Salgo al pasillo y me apoyo contra la pared, cerrando los ojos por un instante. A esta mujer la silenciaron porque, efectivamente, estaba a punto de declarar algo al mundo.

—Kat —la voz de Anthony irrumpe desde el dormitorio, rompiendo el hechizo de mis pensamientos—. Aquí no hay nada. Ni rastro.

Camino hacia él, deteniéndome en el marco de la puerta para absorber la escena. La habitación es otro bastión de orden. Anthony está arrodillado junto a la cama, iluminando bajo el somier con una linterna cuya luz fría acentúa las ojeras en su rostro.

—Creo que escondió algo en el baño —informo, poniendo los brazos en jarras—. ¿Has encontrado algo?

—He revisado cajones, el armario entero, hasta las fundas de las almohadas… —Se incorpora despacio, frotándose las rodillas—. Y no hay nada que nos dé una pista sólida.

Entro en la habitación, sintiendo el peso del aire estancado sobre mis hombros, y miro alrededor.

—No tiene ningún sentido —murmuro, sintiendo un vacío en el pecho que se expande en mi interior—. ¿Dónde cojones está el corazón de su trabajo? ¿Cómo es posible que no haya ni un poco de desorden en la casa?

Anthony me observa en silencio, esperando que verbalice lo que ambos intuimos.

—Está claro que alguien estuvo aquí, que conocía muy bien cada rincón.

—¿Estás segura? —pregunta él.

Camino hacia el escritorio pequeño junto a la ventana. Abro el cajón superior. Nada. En el segundo, solo hay una carpeta vacía, colocada con cuidado, como si alguien hubiera querido preservar una pequeña ilusión.

—Fue alguien que sabía exactamente dónde buscar —añado, sintiendo cómo la boca se me seca—. Alguien que entró con confianza, como si conociera el piso al dedillo. Quizá Amelia hiciera migas con la persona equivocada.

Anthony asiente.

—Puede que fuera el mismo Zacharia, y nos haya mentido otra vez.

—O alguien más que necesitara que la verdad se quede enterrada para siempre —digo y me obligo a tirar el aire de mis pulmones—. Lo que significa que vamos por buen camino. Si se toman la molestia de robar sus notas, es porque hay algo grande que temer. Y no solo el tráfico de drogas.

—Genial. Me encanta ir bien cuando lo que nos enfrenta es un fantasma con manos largas y secretos en todas partes.

Me giro hacia Anthony y lo observo un instante, captando la ironía. Somos dos almas errantes en esta ciudad que se nutre del caos, intentando aferrarnos a un hilo de cordura en medio del vendaval.

—No seas tan pesimista. Lo vamos a cazar. Pero primero vamos a revisar el resto —le digo, intentando convencernos—. Estoy segura de que hay más indicios que todavía no hemos visto.

Continuamos la búsqueda. Revisamos detrás de los cuadros colgados en las paredes, que revelan solo polvo acumulado; bajo la alfombra del salón; en todas partes. Yo regreso al baño y compruebo de nuevo la placa de la fontanería, palpando cada centímetro en busca de alguna anomalía más. Anthony escala a la parte alta de los armarios. Pasan más de treinta minutos —quizá cuarenta— y el resultado es un vacío ensordecedor. Solo una nota con una hora y evidencias de que alguien estuvo aquí.

Salimos al rellano y bajamos las escaleras hacia la calle en silencio, con mis pensamientos girando en espiral: Lucas Perillo, el grupo de amigos, Gabriel, Zacharia… y ahora este vacío donde debería latir el corazón de la investigación de Amelia. ¿Quién de ellos tiene las manos manchadas?

Al llegar al portal, el aire de la calle me azota la cara y entonces veo un destello de esperanza en la penumbra.

Una cámara discreta, fijada en una esquina del edificio contiguo, apuntando directamente a la entrada. Levanto la barbilla y sigo la línea visual: hay otra cámara al otro lado de la calle, probablemente de una tienda vecina.

—Anthony —hablo, señalando con un gesto de cabeza.

Él sigue mi mirada y sus ojos se abren ligeramente.

—Si alguien entró aquí tenemos una oportunidad de pillarlo —dice, y ya está sacando el teléfono de su bolsillo—. ¿Quieres que pida el registro a la comunidad de vecinos? ¿A los comercios cercanos?

—A quien haga falta —añado sin pensármelo dos veces—. Quiero las grabaciones de los últimos días antes de la muerte de Amelia y de las horas posteriores. Si el asesino vino a por el cuaderno, pudo hacerlo con prisas. —Le doy una palmada en el hombro—. Por ahora, seguiremos investigando a Lucas Perillo y el resto del grupo. Tenemos mucho trabajo que hacer.

Anthony guarda el teléfono.

—Y una ciudad entera que va a intentar impedirlo —añade, sin ningún tipo de dramatismo.

Una vez en el coche arranco el motor. Las calles se despliegan ante nosotros como un tablero familiar, salpicado de casillas donde hemos sangrado en batallas pasadas. Pero ahora tenemos una pista fresca. Y juro que no la soltaré hasta desentrañar el nudo de esta pesadilla.

21

«La obra, toda entera, de arriba a abajo, le llena la cabeza.»
Maggie O'Farrell, *Hamnet*

KATHERINE

27 de febrero

Nos encontramos sumidos en un auténtico pozo sin fondo, un abismo que parece tragarse cualquier avance con una facilidad implacable. Por primera vez en años, siento cómo mi cuerpo se hunde en un barro espeso e invisible, incapaz de dar un paso firme hacia delante. Cada esfuerzo por progresar en la investigación nos arrastra hacia direcciones opuestas, mientras los viejos espectros del pasado continúan acechándonos con su presencia insistente, susurrándonos dudas al oído en cada esquina que doblamos.

—¿En qué estás pensando? —pregunta Nick justo cuando me lanza uno de los guantes.

Lo atrapo al vuelo por puro instinto. El cuero impacta contra mi palma con un sonido seco y reconfortante que despierta recuerdos de los muchos entrenamientos que parecen haber quedado atrás. El garaje de Nick es un santuario austero y amplio que ha ido transformándose con el paso de los años y con cada caso que he resuelto después de *Ictero*. Las paredes están salpicadas de sacos de boxeo desgastados, colchonetas apiladas y marcas indelebles de impactos pasados; todo ello narra una historia de resiliencia, un

espacio donde las mentiras no tienen cabida y donde el cuerpo siempre revela su verdad más cruda.

—En nada que merezca la pena compartir —respondo mientras me calzo el guante y ajusto las cintas con los dientes, notando esa tensión familiar en los nudillos—. Aunque supongo que ya lo intuías antes de preguntar, ¿verdad?

Nick esboza una sonrisa pícara, cargada de esa complicidad que siempre nos ha unido y que le permite entenderme sin necesidad de palabras superfluas. Se coloca el otro guante y me escruta con atención profesional, analizando ya mi postura inicial y los leves desequilibrios que delatan el cansancio mental que arrastro desde hace días.

—Precisamente por eso es un día ideal para entrenar —comenta mi hermano mientras adopta su guardia—. Cuando la mente se convierte en caos, el cuerpo agradece que le impongan órdenes claras y directas, sin ambigüedades.

Asiento en silencio y me posiciono frente a él; separo los pies a la anchura de los hombros y flexiono un poco las rodillas para mantener el centro de gravedad. River está arriba, jugando a *League of Legends* con Ben, así que no tengo nada de lo que preocuparme en ese sentido.

Respiro profundamente. El silencio del garaje solo se interrumpe por el zumbido distante de una lámpara y el ritmo acompasado de nuestras respiraciones, un preludio a la danza violenta que está a punto de comenzar.

Nick inicia siempre el asalto, fiel a su estilo.

Avanza con un paso veloz, finge un ataque con el hombro izquierdo y descarga un directo potente con la derecha. Lo bloqueo elevando el antebrazo en un movimiento instintivo, cuidando de que la herida no se me abra de nuevo, giro el torso para amortiguar el impacto y contraataco con un golpe corto y seco al flanco. Él lo desvía en el último instante. Todo transcurre en una fracción de segundo; el krav maga nunca ha buscado la elegancia ni la

espectacularidad, sino la eficiencia y la supervivencia en su forma más primordial.

—Más rápido, Katherine —me exige Nick sin concesiones—. Deja de rumiar esos pensamientos y actúa.

Aprieto la mandíbula, reconociendo que tiene razón y que esa verdad me molesta más de lo que estoy dispuesta a admitir con la experiencia que tengo. Avanzo y lanzo una patada baja dirigida a su muslo externo. Nick la elude girando la cadera y aprovecha mi momentáneo desequilibrio para empujarme con el antebrazo contra el pecho, obligándome a retroceder dos pasos. Clavo el talón en el suelo, recupero la guardia y detengo su siguiente embestida justo a tiempo, absorbiendo el impacto que me sacude los hombros con fuerza.

El cuerpo reacciona antes que la mente, y eso es exactamente lo que busco en este refugio improvisado: un espacio donde el pensamiento ceda paso al instinto.

—El caso se nos está atragantando —confieso entre jadeos, sin detener el movimiento circular que mantenemos—. Da igual hacia dónde miremos o el esfuerzo que dediquemos, siempre regresamos al mismo punto muerto, como si alguien nos obligara a girar en círculos. —Intento respirar hondo, pero apenas puedo hacerlo con regularidad—. Alexander no avanza con la investigación del foro comunitario y el asesino se ha dedicado a borrar muy bien sus huellas.

Nick despliega una combinación rápida y letal: puño ascendente, codo lateral y rodilla ascendente. Bloqueo el puño con el antebrazo, me agacho bajo el codo y desvío la rodilla con un golpe que reverbera hasta mi hombro, una vibración que me recuerda la fragilidad controlada de esta disciplina.

—Incluso los círculos más perfectos terminan agotando a quien los diseña —responde él con una calma que contrasta con la intensidad del intercambio de golpes—. A veces basta con

mantenernos pacientes hasta que el adversario cometa el inevitable error.

—O hasta que se harte de vigilarnos tan de cerca —replico, y esta vez tomo la iniciativa con renovada agresividad.

Entro con decisión, lanzo un directo al rostro que Nick detiene con la palma abierta. Aprovecho el contacto para intentar un giro de muñeca, simulando un desarme. Él se libera con facilidad, engancha mi brazo y lo tuerce lo suficiente para recordarme que, por muy experta que sea, no puedo bajar la guardia ni un segundo.

—Estás descargando demasiada rabia a lo bruto —me corrige —. Y eso te descontrola los movimientos.

Resoplo con frustración, libero el brazo de un tirón y sigo moviéndome. El aire me arde en los pulmones, pero ni eso consigue detenerme. Cada impacto, cada bloqueo, sirve para acallar el torbellino mental que traigo lento. Las imágenes del despacho, las carpetas desparramadas, los nombres que se resisten a encajar en este maldito rompecabezas a pesar de todo lo que ya tenemos…

—Ya deberías saber que conmigo es complicado separar la técnica de la emoción —admito, esquivando un gancho—. Sobre todo, cuando intuyes que alguien, en algún lugar, se regocija con nuestra impotencia. Solo están corroborando lo ineptos que fuimos hace veintidós años.

Nick retrocede un paso y alza la mano abierta, pidiendo una leve pausa. Se quita un guante y se enjuga el sudor de la frente con el dorso de la mano, observándome con intensidad.

—Ven, repítelo —indica—. Pero esta vez enfócate únicamente en sobrevivir, nada más.

Se recoloca el guante y adopta de nuevo la guardia. Reanuda el ataque con mayor agresividad y velocidad, sin concederme un solo resquicio para pensar. Bloqueo, contraataco, retrocedo, avanzo: el cuerpo se mueve por memoria muscular, recordando cada lección y las correcciones recibidas a lo largo de los años. Un golpe roza mi

hombro, otro impacta en el antebrazo con un dolor agudo pero controlable, un ancla que me ata al aquí y ahora, lejos de las abstracciones del caso.

Mientras nos movemos en esta coreografía, la investigación sigue girando en mi mente como un mecanismo: Amelia, el cuaderno, las grabaciones, Lucas, su círculo de amigos, Zacharia, Gabriel… piezas dispersas que se niegan a formar un todo coherente por más que estén todas en el mismo tablero. Y, dominando cada detalle, también flota una conversación pendiente que todavía no me he atrevido a iniciar.

—He estado dándole vueltas a lo de River… —suelto de improviso, aprovechando un instante en que Nick reajusta la distancia.

Él arquea una ceja en un gesto mínimo pero revelador, captando al vuelo el peso de lo que quiero decir.

—¿Y te sigue pareciendo buena idea? —pregunta mientras lanza una patada frontal que detengo con la tibia.

—No estoy segura —respondo, interrumpiéndome para esquivar un gancho con su derecha—. Necesitamos una perspectiva fresca, alguien capaz de detectar lo que nosotros, cegados por la proximidad, ya no vemos. Y ella… siempre ha poseído esa visión única. Algo que no va a conseguir si no se mete de lleno en el caso.

Nick asiente mientras bloquea mi contraataque y me empuja hacia atrás con el hombro, obligándome a recalibrar la postura.

—Pero no se trata solo de esta investigación, ¿verdad? —insiste con gran perspicacia.

La pregunta me desestabiliza más que cualquiera de sus maniobras. Tardo una fracción de segundo en reaccionar y él aprovecha para conectar un golpe limpio en mi costado, un impacto que me deja sin aliento. No sé cómo se me ha ocurrido practicar krav magá cuando no estoy ni de lejos curada.

—No —admito, recuperando rápidamente la guardia. «Seguro que los moretones se ponen peor»—. No es solo por eso.

El sudor me resbala por la sien y empapa el cuello de la camiseta. En este garaje las decisiones parecen binarias: atacar o defender, avanzar o retroceder. Fuera, en el mundo real, las fronteras se diluyen en grises interminables que nunca consigo conquistar del todo.

—¿Te inquieta que vuelva a sumergirse hasta rozar el peligro? —pregunta Nick sin darme cuartel—. ¿O te inquieta más lo que eso podría implicar personalmente?

Lanzo un directo potente que él bloquea con esfuerzo; esta vez soy yo quien presiona sin piedad.

—Ambas cosas —confieso, manteniendo la ofensiva—. Conozco el precio que pagó para alejarse. Sé lo que dejó atrás y las cicatrices que aún lleva. Y no quiero ser yo quien la arrastre de nuevo al precipicio. Por mucho que sienta que tiene que volver.

Nick se mueve con rapidez, engancha mi brazo y me derriba en una proyección limpia. Caigo de espaldas sobre la colchoneta con un impacto que me vacía los pulmones momentáneamente. Su rodilla presiona mi costado sin fuerza real y su antebrazo simula un estrangulamiento.

—Y, aun así, intuyes que sin su intervención el caso podría quedarse estancado indefinidamente —apunta desde arriba, con una claridad incisiva.

—Exacto —respondo, contemplando el techo del garaje—. Y eso me hace sentir fatal.

Nick se aparta y me ofrece la mano; la acepto y me incorporo con un tirón firme. Por un instante permanecemos cerca, compartiendo el aire cargado por el esfuerzo.

—No eres responsable de las elecciones de River, hermanita —afirma con seriedad—. Ni de sus sombras internas, del mismo modo que no lo eres de las tuyas propias.

Me separo y me acerco al saco de boxeo suspendido en la esquina. Lo golpeo con el puño desnudo, sintiendo cómo el impacto reverbera en mis nudillos.

—Ojalá fuera tan sencillo —murmuro, descargando otro golpe seco—. Pero este caso… se parece demasiado a un pasado que se supone que ya hemos dejado atrás.

Nick se coloca a mi lado y observa el balanceo del saco con atención.

—Por eso estás aquí… —comenta, y ahora esboza una sonrisa de oreja a oreja—. Para recordar que aún tienes la capacidad de reaccionar y de contraatacar a esos fantasmas.

—Y porque necesito a alguien que me trate como una igual en el combate —añado sin mirarlo directamente—, no como algo… que puede romperse con facilidad.

Su gesto se estira en una sonrisa amplia. Después niega con la cabeza, convencido.

—Conmigo eso jamás ocurrirá —responde—. Nunca.

Regresamos al centro del garaje. El ritmo ahora es más pausado y técnico, enfocado en perfeccionar bloqueos, agarres y liberaciones. Cada movimiento tiene un propósito definido y cada corrección de Nick muy valiosa para mí.

Mientras practicamos, noto cómo algo se realinea en mi interior, un ajuste sutil pero palpable. No es una panacea, desde luego: el caso se mantiene ante mí como si fuera un abismo, los fantasmas siguen pisándonos los talones y no es algo que vaya a cambiar de la noche a la mañana. Pero el fango ya no me llega al pecho; ahora puedo moverme, aunque sea con dificultad.

—Cuando hables con River —interviene Nick de pronto, rompiendo el silencio—, no lo hagas desde tu posición de sargento. Háblale como Katherine, la persona, la mujer que sabe lo bien que hace su trabajo y que la conoce de verdad.

Me detengo, jadeando con intensidad.

—No estoy segura de saber cómo hacerlo —confieso.

—Sí que lo sabes —replica él con convicción—. Solo que te aterra más que cualquier asesino que se te pueda escapar.

Nos sostenemos la mirada durante un segundo. Luego alzo los puños y adopto de nuevo la posición de guardia.

—Venga —digo—. Una ronda más.

Nick asiente con una enorme sonrisa.

Y mientras reanudamos el intercambio, golpe contra bloqueo, siento que tal vez aún no hemos perdido esta batalla por completo.

22

«Es como como arrancar la luna del cielo y
decirle a las estrellas que la sustituyan.»
Maggie O'Farrell*, Hamnet*

KATHERINE

28 de febrero.

—¿Quién te ha hecho esto? —insisto.

La mirada de Helena desciende hacia su muñeca, donde los moretones se extienden como una sombra violácea más allá del puño de la camisa. Esas marcas inconfundibles contrastan con la palidez de su piel y dejan muy claro la violencia reciente que ha sufrido y que nadie podría disimular. Intenta cubrirlas con un gesto rápido, recolocándose la manga con torpeza, como si un simple movimiento bastara para borrar la evidencia. Sin embargo, ya es tarde; las he visto, y una vez que los ojos se posan en algo así, ninguna distracción consigue eclipsarlo.

«Tienes que venir conmigo, es importante», me había advertido Marion.

Ella sigue a mi lado. Está concentrada, con las manos metidas en los bolsillos de su abrigo, midiendo cada reacción de Helena como si en su mirada fuera a encontrar las respuestas que buscamos.

—No es nada —murmura Helena, esbozando una sonrisa que se resquebraja en las comisuras, un intento fallido de transmitir normalidad que no convence a nadie—. Me golpeé con una puerta, de verdad. Son cosas que pasan.

Me inclino ligeramente hacia delante, lo justo para que mis palabras lleguen claras por encima del estruendo del local sin necesidad de elevar el tono, consciente de que no deseo convertir esto en un espectáculo que atraiga miradas curiosas.

—Eso no lo provoca una puerta, Helena —replico, intentando convencerla para que hable—. Esas marcas tienen forma de dedos, de alguien que no te trata como mereces. ¿Quién fue?

Helena traga saliva con dificultad y sus ojos oscuros, se desvían por encima de mi hombro hacia la barra, hacia el epicentro del bullicio, buscando salidas invisibles o aliados que puedan echarle una mano. Su postura revela una inquietud profunda, la de quien ha aprendido a anticipar las consecuencias antes de pronunciar palabra.

—Dejadlo, por favor —susurra, y los labios le tiemblan de inmediato. Después, se aparta un mechón de la cara y agacha la mirada—. Os lo ruego, no es nada importante.

«Dejadlo». Una súplica para que el tema se disipe, el lenguaje de quien ha interiorizado que ciertas batallas nunca se pueden ganar.

Marion avanza medio paso y su intervención corta el ruido ambiental.

—Helena, fuiste tú quien me pidió el otro día hablar con la responsable de la investigación —le recuerda—. No hemos venido aquí para obligarte a hablar. Si has reconsiderado lo que querías decirnos, lo aceptaremos sin problema. Pero no nos tomes el pelo con mentiras que son más que evidentes.

Helena aprieta los labios hasta que se ponen blancos y baja la vista hacia el vaso que aferra con ambas manos. Enseguida advierto

cómo los dedos le tiemblan por el miedo, el tipo de temblor que se instala en los huesos tras repetidas experiencias de ese calibre.

—Yo solo quería hablar de lo que está pasando con Valerie —responde, utilizando el nombre como si fuera un escudo—. Nada más.

—Y hablaremos de ella, te lo aseguro —intervengo, sin alejarme ni un centímetro—. Pero antes, dime quién te ha dejado esas marcas. No podrás ocultarlo indefinidamente.

Helena abre la boca, pero las palabras se le atascan en la garganta. Su expresión muta de repente, los hombros se le tensan y su cuerpo se encoge de forma casi imperceptible. Sus ojos se clavan en un punto a mi izquierda, más allá de Marion, y esa reacción instintiva me pone en alerta máxima.

Me giro con rapidez, siguiendo su mirada.

Gabriel emerge entre la multitud. No destaca por su estatura, pero su movimiento denota una seguridad que desmiente la imagen de hombre inofensivo que algunos han intentado proyectar. Que él mismo ha intentado proyectar. Viste una chaqueta oscura y una camisa con el cuello desabrochado; sus ojos localizan primero a Helena con una intensidad posesiva y luego se posan en mí, provocándome un escalofrío repentino, como si la temperatura del local hubiera descendido varios grados de golpe.

Se acerca con una sonrisa, el tipo de gesto calculado para no atraer atención indebida y para transmitir una tranquilidad que claramente no está experimentando ahora mismo.

—Hermanita —la saluda con un tono que roza lo meloso—. Te he estado buscando por todas partes.

La mano de Helena se cierra con más fuerza alrededor del vaso. No aparto la mirada de Gabriel. Tiene la mandíbula tensa y, aunque su respiración parece controlada, se ha vuelto ligeramente acelerada.

Y en ese instante lo intuyo con claridad. No necesito pruebas ni testigos directos, me basta con la reacción corporal de Helena; que se encoge en su presencia, para saber que Gabriel está reclamando su territorio y que es él mismo quien le ha provocado esas marcas.

—Tu hermano no es tan inofensivo como pretende aparentar, ¿verdad? —comento sin miedo alguno.

Gabriel ladea la cabeza, fingiendo desconcierto ante un comentario fuera de lugar.

—No tengo ni idea de qué está hablando, sargento.

Helena interviene:

—Solo intenta protegerme, de verdad. Esto no ha sido por nada malo.

La excusa flota en el aire, frágil y poco convincente, una mentira que ni siquiera ella defiende con convicción.

—¿Protegerte de qué exactamente? —inquiero, dirigiéndome directamente a ella e ignorando la intervención de su hermano.

Helena abre la boca y la cierra de nuevo; sus ojos se humedecen, pero reprime las lágrimas con una voluntad que parece haber perfeccionado con el paso de los años.

—Sargento… —murmura Marion a mi lado, un aviso sutil para recordarme la delicadeza del terreno que pisamos.

Respiro profundamente, conteniendo el impulso de presionarla más de lo necesario.

—Helena, si hay algo que quieras contarnos, sabes que puedes hacerlo con total libertad —le digo, inclinándome un poco hacia ella —. Podemos ir a comisaría si lo prefieres. Allí estarás protegida.

Gabriel suelta una risotada, carente de humor, un intento fallido de restar importancia al asunto.

—¿Protegida? —repite con un matiz sarcástico—. ¿De veras vais a montar un escándalo por una nimiedad como esta? Vosotros sois

los que habéis provocado que la gente no pare de molestarnos, levantando viejos fantasmas que estaban bien enterrados.

Marion lo fulmina con la mirada.

—No es ninguna nimiedad cuando está claro que le has hecho daño —replica con sequedad—. Y mucho menos en el contexto de una investigación por asesinato.

Gabriel sostiene la sonrisa, pero sus ojos se oscurecen fugazmente.

—Helena no sabe nada relevante —afirma—. Si habéis venido por Amelia, estáis malgastando el tiempo. Mi hermana no tuvo ningún tipo de relación. Solo nos unía un pasado en común, nada más.

Helena asiente con vehemencia, ansiosa por cerrar el capítulo cuanto antes.

—Juro que no sé nada —insiste ella—. Solo quería confirmar que no hablé con Valerie aquella noche, tampoco por teléfono. Y lo de Zacharia… tampoco sabía nada de sus trapos sucios, ni de que estuviera amenazando a Amelia.

«Porque contigo están haciendo lo mismo», pienso, sintiendo cómo la idea se incrusta en mi cerebro. Nadie tolera marcas así por devoción; la protección hacia alguien a quien amas no deja huellas en la piel.

—Sé que mi hermano actuó mal, pero lo único que ha hecho durante todos estos años ha sido protegerme, protegernos a todos.

Frunzo el ceño. Marion y yo intercambiamos una mirada rápida. Desde detrás de la barra, Lucas Perillo nos observa disimuladamente; seca un vaso con un gesto que se congela momentáneamente. Sus ojos oscilan entre Gabriel y Helena, luego hacia mí, revelando una inquietud que no consigue disimular.

El círculo de amistades se resquebraja ante nuestros ojos, una certeza que me recorre todo el cuerpo. Si las grietas se amplían,

alguien podría confesar algo que todavía no se atreve a decir. O alguien podría colapsar bajo la presión. Y esto último, será muy importante.

—No te estamos acusando de nada, Helena —aclaro, moderando el tono para no ahuyentarla—. Solo intentamos comprender qué ocurrió realmente. Amelia perdió la vida por acercarse demasiado a la verdad sobre Valerie, y esa desaparición que alguien se encargó de que pareciera voluntaria. Nadie soporta veintidós años cargando un secreto de esta magnitud.

Helena me mira y en sus ojos veo una mezcla de ruego y pánico. Gabriel se aproxima más, interponiéndose entre nosotras con actitud protectora.

—Ya lo ha dejado claro —corta con sequedad—. No sabe nada. Mi historia con Valerie no fue lo correcto, pero no intenten buscar más.

—Deja que responda ella —le espeta Marion.

Gabriel aprieta los dientes visiblemente, conteniendo una réplica airada.

—Helena —insisto, pasando por alto su presencia—. No te pedimos una confesión. Solo confirma si alguien te ha presionado para mantener silencio, si te han advertido de alguna forma.

Ella traga saliva de nuevo y gira el vaso entre las manos con nerviosismo evidente.

—No… —susurra—. Todo está muy revuelto últimamente, y yo solo quiero evitar problemas.

—Los problemas ya han llegado —replico, dejándoselo muy claro.

Helena cierra los ojos un instante, como si mis palabras le provocaran un dolor físico.

—Por favor —suplica—. Dejadme en paz.

Marion posa una mano en mi brazo, y yo respiro hondo y asiento con la cabeza.

—De acuerdo —concedo—. Pero si cambias de opinión, si recuerdas algo o si necesitas ayuda, llámanos. No importa la hora.

Helena asiente sin alzar la vista. Gabriel, en cambio, me desafía con dureza.

—Vámonos —le ordena a su hermana.

Ella se incorpora con torpeza; nos apartamos lo justo para franquearles el paso. Antes de fundirse en la multitud, Helena me lanza una mirada fugaz, un destello ambiguo de culpa, temor y quizás una llamada silenciosa de socorro. Gabriel la guía entonces, con una mano firmemente apoyada en su espalda, como si fuera una posesión delicada que debe proteger.

Cuando desaparecen, el estruendo del bar recupera su dominio, como si nada hubiera alterado el equilibrio. Pero el ambiente se siente contaminado por las verdades que han quedado ocultas.

—Puede que el padre de Valerie tuviera razón —murmuro, sin levantar la voz por encima de la música—. Gabriel no es quien dice ser.

Marion asiente y fija la mirada en su dirección.

—Sin duda. Y Lucas es consciente.

Dirijo la mirada hacia la barra: Lucas finge continuar su labor, pero su rigidez corporal lo traiciona. No me hace falta ser una experta para advertir que, si le presionamos un poco más, terminará por contarnos todo lo que sabe.

—El grupo se está fracturando —comento—. Y si alguien maltrata así a Helena, no es por protección. Es por dominio, o por temor a que revele algo comprometedor.

«Pero ¿el qué?». Marion me observa en silencio.

—¿Quieres interrogar a Lucas ahora?

—No —respondo, negando con la cabeza—. Lo que quiero ahora es recabar información de todas las personas que nos rodean, saber qué han presenciado durante las últimas semanas. Al menos, hasta que las cámaras nos den una respuesta clara.

Marion accede con un gesto afirmativo. Nos desplazamos por el local con aparente desenvoltura, como clientas comunes en una noche animada, pero nuestros sentidos permanecen alerta mientras hacemos algunas preguntas.

Las respuestas llegan —como era de esperar— cargadas de evasivas: «No sé nada», «No me inmiscuyo en problemas ajenos», «Aquí todos tienen sus líos». Sin embargo, en los gestos subyace cierta información; miradas que se desvían al mencionar a Zacharia, silencios prolongados ante el nombre de Amelia…

Gabriel se mantiene a distancia, integrado en su corrillo, pero su presencia irradia una vigilancia constante, un punto fijo en mi periferia. En momentos susurra al oído de alguien; en otros, permanece inmóvil, observándonos con la paciencia de un depredador.

—Está claro que le molestamos y que se siente incómodo —comenta Marion, acercándose para que solo yo la oiga.

—Me parece bien —replico—. Si no le afectara, sería mucho más preocupante.

Continuamos nuestro recorrido y la inquietud se propaga como una onda por el local. Hasta que veo algo extraño en el otro extremo del local.

Hay un hombre de unos treinta y tantos años, con camiseta oscura, gorra tapando sus ojos, barba descuidada. Adosado a una columna, con atención excesiva por todo el bar. Sus ojos recorren la barra, a Lucas, las posibles salidas. En su muñeca izquierda lleva una pulsera de cuero; en la mano, un móvil que se ilumina intermitentemente, como a la espera de una orden.

Su rostro me resulta vagamente familiar, justo cuando Marion sigue mi línea visual.

—¿Lo conoces?

—Aún no —respondo—. Pero está claro que no ha venido a pasarlo bien.

Avanzo hacia él; Marion me secunda. El individuo nos detecta: se tensa, aprieta el móvil y busca la salida con urgencia.

—Policía —anuncio, mostrando la placa lo justo para que capte el mensaje.

Cuando levanta la cabeza, sus ojos se dilatan un segundo. Luego gira y emprende la huida.

—¡Eh! —exclama Marion.

Empuja a una pareja, se abre paso a codazos y derrama varias bebidas. La gente protesta, pero él acelera hacia la puerta. La adrenalina me inunda como un torrente y el corazón empieza a bombear con fuerza contra el pecho.

—¡Quieto! —ordeno, y al segundo siguiente, ya estoy corriendo.

Gabriel se gira; nuestras miradas se encuentran un instante y en sus ojos brilla reconocimiento, no sorpresa.

«Lo conoce», pienso mientras irrumpo en la calle.

El aire nocturno me azota el rostro y me doy cuenta de que el hombre ya nos aventaja varios metros, zigzagueando entre vehículos estacionados bajo las luces parpadeantes de las farolas.

—¡Katherine! —grita Marion a mi espalda.

Mis piernas responden por instinto y, al segundo, el mundo se contrae a un único objetivo: capturarlo antes de que se desvanezca en la oscuridad.

23

«En la superficie soy una cosa, pero por debajo estoy plagado de agujeros.»
Maggie O'Farrell, *Tiene que ser aquí*

KATHERINE

—¡Alto! ¡Policía! —mi voz rompe contra la noche cerrada, pero no reduzco ni un ápice la velocidad.

El sospechoso corre con una desesperación que parece alimentada por el pánico. Sus zancadas largas y descoordinadas lo impulsan hacia delante a una velocidad que espero poder mantener debido a mi estado. La calle todavía reverbera con el eco lejano de la música que se escapa del Ballands, mientras nos mezclamos con la risa estridente de un grupo de jóvenes ajenos al drama que se desarrolla a pocos metros de ellos, ignorantes de que en esa misma acera se está decidiendo el destino de alguien.

A mi lado, Marion mantiene el ritmo y, en ocasiones, da la impresión de que podría alcanzarlo incluso antes que yo. La miro de reojo mientras esquivamos a vecinos y transeúntes. Está claro que no es una mujer que se deje arrastrar por el caos.

—Joder, ¿por qué siempre tienen que echar a correr? —mascullo entre dientes, con la respiración cada vez más agitada.

Marion exhala con un atisbo de humor seco, sin perder el compás de sus zancadas.

—Porque saben perfectamente que, en cuanto abran la boca, se les acaba el chollo —responde sin resuello, como si estuviera comentando el tiempo en lugar de participar en una persecución.

Con el paso de los días, me he dado cuenta de que esta gente no solo huye de nosotras, sino de algo mucho mayor, de alguien que les ha prometido silencio y protección a cambio de que sigan guardando secretos. Viejos fantasmas que ahora les aprietan el cuello con la amenaza de verse atrapados en un callejón sin salida.

El tipo dobla bruscamente en una esquina y se interna en una callejuela angosta donde las farolas proyectan sombras alargadas y el asfalto reluce con varios charcos de agua estancada. El sudor se me pega a la piel mientras la sangre late con fuerza en mis sienes. Siento el pinchazo insistente en el brazo herido —todo el cuerpo en realidad—, un recordatorio incómodo de que no estoy en plena forma, a pesar de los entrenamientos con Nick. Sin embargo, lo aparto de mi mente rápido; ahora no es momento para debilidades.

—¡Eh! ¡Hijo de puta, detente! —bramo sin filtros ni cortesía, impulsada por la frustración de ver cómo estos individuos siempre se escabullen después de sembrar el caos.

Siento rabia por Amelia, por Valerie y también por Helena, que se ha convertido en una de las últimas víctimas de un control disfrazado de cariño. De eso estoy completamente segura.

El sospechoso no se inmuta, ni siquiera se gira; sigue adelante y su silueta se recorta contra la penumbra.

Nos lanzamos tras él y Nueva Orleans se despliega en sus capas más crudas. Tengo la sensación de que la ciudad entera nos escruta, de que cada recoveco es un escondite potencial para decenas de testigos mudos o aliados inesperados en este tablero entre el bien y el mal.

El hombre arrolla a dos jóvenes que caminan enlazados, empujándolos sin piedad y estampándolos contra la pared. Ellos protestan, pero al vernos llegar con las placas en alto se congelan en

el sitio; uno se tapa la boca en un gesto instintivo mientras la otra alza las manos como si temiera verse involucrada en este torbellino.

—¡Apartaos! —ordena Marion sin dar pie a réplicas.

Yo esquivo a una mujer que sale de un portal con un cigarrillo encendido entre los dedos. Ella retrocede con un sobresalto y el cigarro se le cae al suelo entre protestas.

—¡Pero qué coño…! —la escucho exclamar.

—¡Lo siento! —respondo al vuelo, más por reflejo que otra cosa.

La urgencia me impulsa a no detenerme ni un segundo.

El sospechoso gira de nuevo y se adentra en una vía más ancha donde el tráfico, aunque escaso, añade un nuevo riesgo; un coche pasa a toda velocidad y nos pita, mientras el conductor asoma la cabeza para gritar algo ininteligible. Marion eleva la placa sin romper el ritmo y el hombre se retrae de inmediato, silenciando su protesta.

El aire me quema en los pulmones con cada inhalación y la adrenalina empieza a ocultar el dolor; cada respiración lleva un regusto metálico que me recuerda el límite físico, pero un pensamiento obsesivo me impulsa: «no lo dejes escapar. Joder, no lo dejes escapar». Si se nos va de las manos, el mensaje será devastador, porque estoy convencida de que nos va a dar algunas respuestas. Podrán huir, manipular y seguir ejerciendo control sobre vidas ajenas, pero nosotras no nos vamos a rendir en la intención de atraparlos cuanto antes.

De reojo, capturo la mirada de Marion e intuyo que me va a decir a continuación.

—Va a buscar un callejón para despistarnos —anticipa ella, con la voz entrecortada.

—O un vehículo para darnos esquinazo —replico, y el temor a esa posibilidad se me anuda en el estómago.

El sospechoso echa un vistazo por encima del hombro por primera vez, una fracción de segundo que revela su rostro bajo la gorra. No me parece un delincuente curtido en fugas; es un hombre habituado a las sombras, pero no a esta presión, y su carrera lo demuestra.

—¡Te tengo, cabrón! —le grito, más para afirmarme a mí misma que para intimidarlo.

Gira abruptamente hacia un patio interior flanqueado por edificios vetustos, donde el eco amplifica mis pisadas. Distingo un contenedor oxidado, bicicletas encadenadas y un banco bajo una luz amarillenta que se filtra desde una ventana alta.

El sospechoso duda un instante y sus ojos barren a izquierda y a derecha; no hay salida evidente, solo un pasillo angosto al fondo. Lo toma sin vacilar.

Acelero, con la rabia y la adrenalina fusionándose en un torrente que me propulsa hacia delante; el brazo herido protesta de nuevo, pero lo ignoro centrada en lo que tengo que hacer.

—¡Para ya, coño! —le bramo—. ¡No te va a servir de una mierda correr!

Pero él sigue adelante, obstinado.

Entra en el callejón y, de pronto, se topa con Marion.

La veo materializarse como una barrera bajo la luz tenue de las farolas; ha rodeado la calle por una ruta alternativa y gracias a eso, ahora le corta el paso. Se planta ante él, distribuyendo el peso para absorber la posible embestida de su cuerpo.

El tipo se para en seco, con los ojos desorbitados; retrocede un paso y gira hacia mí. Está acorralado, y el pánico se refleja con claridad en su expresión.

Por un segundo, el mundo parece suspenderse en un silencio absoluto.

—Se te ha acabado la carrera —declara Marion con una sonrisa en los labios—. Al suelo, ya mismo.

El sospechoso alza las manos en un gesto aparente de rendición, pero enseguida cambia de opinión. Se gira hacia mí de nuevo, como un animal herido que ataca por instinto de supervivencia.

Y yo voy en su dirección por inercia.

Me lanzo contra él, impactando con el hombro en su pecho y estampándolo contra la pared en un choque seco que está a punto de tumbarme. Él se revuelve con fuerza y lanza un codazo que me roza la mandíbula; agarro su brazo, busco el control de la muñeca y giro la articulación en un movimiento fluido para derribarlo. Pero él contraataca sin pensárselo dos veces. Su rodilla asciende y me golpea el costado, obligándome a soltar el aire de golpe. Me tambaleo y, en ese instante, su puño conecta directamente con mi brazo herido.

El dolor estalla como un relámpago, un fuego que se expande caliente y viscoso, empapando el vendaje de inmediato. Lo noto en cada fibra de mi ser.

—¡Hijo de puta! —gruño entre dientes.

—¡Estate quieto! —grita Marion, enfundando ya su pistola.

Pero el tipo, aprovecha mi debilidad momentánea y me empuja con ambas manos, estrellándome contra el contenedor. Un zumbido resuena en mis oídos, pero me incorporo de inmediato, alzando la guardia pese al mareo. Porque si cedo ahora, el caso se irá a la mierda, y con él, la posibilidad de justicia para todas las sombras que hemos desenterrado.

El sospechoso intenta huir de nuevo, pero de repente Marion eleva su pierna en una patada limpia y directa que impacta en su rostro con un sonido contundente. La cabeza del hombre se ladea violentamente, su equilibrio se rompe y cae de rodillas con un gemido ahogado. Marion no vacila; se guarda la pistola y lo agarra

por el cuello de la camiseta, lo tira hacia atrás y lo inmoviliza contra el suelo, sin florituras innecesarias.

Este es el cierre de un capítulo en el lenguaje más elemental de la ley.

Me acerco a ellos jadeando, con el fuego del brazo compitiendo en una batalla directa contra el alivio de haberlo capturado, y observo cómo Marion le tuerce el brazo a la espalda, asegurándose de que no se mueva ni un centímetro.

El hombre gime, intenta soltarse, pero ya no le quedan fuerzas; su resistencia se evapora como el humo de un cigarrillo en mitad de la noche. Marion esboza una sonrisa tensa.

—Te vienes al calabozo, hijo de puta —le espeta, y lo pega de nuevo contra la pared.

El sospechoso la mira con una mezcla de odio y terror; su labio partido sangra y su ojo empieza a hincharse con rapidez. Marion le ajusta las esposas y comienza a caminar.

Me apoyo brevemente contra el contenedor, arremangándome la manga de la chaqueta para observar el vendaje empapado en rojo. Un leve mareo me asalta, no solo por la herida, sino por el cúmulo de la tensión, el dolor de mis heridas, la carrera agotadora y la sensación persistente de perseguir demonios que siempre parecen ir un paso por delante.

Marion se vuelve hacia mí.

—¿Estás bien?

Quiero restarle importancia y fingir que solo se trata de un rasguño, pero el pulso del dolor me obliga a ser honesta.

—He tenido noches mejores —admito con un suspiro que libera parte de la presión acumulada—. Ese cabrón ha dado justo en el clavo. Y ya es la tercera.

Marion examina el vendaje con el ceño fruncido.

—Que luego te lo miren bien. Vas a tener que llevar más cuidado a partir de ahora, sargento.

El hombre intenta volver a soltarse.

—Dejadme en paz… yo no he hecho nada —balbucea.

—Cállate la boca —le corta Marion, tirando de él para que siga caminando—. Tendrás tiempo de sobra para lloriquear durante el interrogatorio.

Lo miro fijamente y en esa cara magullada no veo a un monstruo, sino a un peón enredado en una telaraña de amenazas, alguien para quien el silencio representa la única forma de supervivencia. Eso despierta en mí una emoción compleja, como si no pudiera ver la maldad real en todo el mundo.

Marion lo empuja hacia la salida; yo la sigo, manteniendo el brazo pegado al cuerpo para minimizar el movimiento. La noche nos recibe de nuevo y un par de curiosos asoman desde las sombras, pero Marion los disuade con una mirada autoritaria.

Mientras avanzamos por la acera, intento recuperar la respiración al ritmo de nuestros pasos.

—Está claro que saben más de lo que dicen —comento entre dientes—. Gabriel lo miró como si le estuviera advirtiendo algo.

Marion asiente sin soltar al detenido.

—Eso lo convierte en un enlace directo, desde luego —responde—. Y si es un enlace, puede romper la cadena completa. Solo hay que presionar en los puntos justos.

El hombre traga saliva y sus ojos saltan de un lado a otro; escucha cada palabra y su tensión creciente confirma que hemos tocado una fibra expuesta. Satisfechas, le leemos sus derechos para hacerle sentir en un círculo de seguridad que, en realidad, solo lo deja más expuesto antes de meterlo en el coche.

. . .

Unos minutos después, la comisaría nos envuelve. El olor persistente a café recién hecho impregna los pasillos que conducen a las salas de interrogatorio, un trayecto que hoy se siente interminable, quizá por el agotamiento que se asienta en cada uno de mis músculos o por la sangre que aún palpita con fuerza en mi brazo.

Marion entrega al detenido a un agente para el registro rutinario; yo me detengo un momento, apoyada contra la pared, regulando la respiración. Un técnico médico examina el vendaje y lo refuerza con cinta fresca después de que Dennise termine de curarme; el dolor se atenúa ligeramente, aunque persiste dentro de mí.

—No vuelvas a hacer una locura así, menos cuando estás herida —me reprende Marion al entrar en la sala de interrogatorios, cerrando la puerta tras de sí—. No eres indestructible, Fortier.

Me dejo caer en la silla. El espejo refleja una versión fatigada de nosotras, pero eso me importa muy poco.

—No es que me vayan las heroicidades —replico, mirándola con franqueza—. Solo estaba harta y no quería dejar escapar otro cabo suelto.

Marion me sostiene la mirada un instante prolongado.

—Pues tendrás que aprender a canalizar esa frustración —sugiere—. Porque algo me dice que este tipo… —señala la silla vacía al otro lado—, no se va a desmoronar tan fácilmente.

La puerta se abre; el agente introduce al detenido, aún esposado, con el rostro magullado y la gorra confiscada. Ahora lo veo con claridad: la barba irregular, el hematoma y los ojos que evitan el contacto directo mientras respira con agitación, como si la carrera aún continuara en su interior.

James se sienta con torpeza y las esposas chocan contra la mesa; mira a Marion, luego a mí y finalmente al espejo. Su ansiedad se palpa en cada uno de sus gestos. Aquí no habrá nadie que pueda protegerlo.

Marion se inclina hacia delante y apoya los codos sobre la mesa.

—Bien, James —pronuncia su nombre con deliberada lentitud, como si estuviera trazando una jugada de ataque—. Ahora sí que vamos a charlar de verdad.

Yo observo mi brazo vendado, luego a él, sintiendo el peso del caso sobre mis hombros, pero por primera vez en días percibo una abertura, una fisura prometedora.

—Y esta vez… —añado, dejando que en mis ojos vea que está jodido, jodido de verdad—, …vas a poder correr mucho menos que en la calle.

24

«Solo oyes los ruidos de tu propio cuerpo,
así que hasta el último adquiere gran importancia.»
Maggie O'Farrell, *Sigo aquí*

MILANO

—Te han cosido esa herida tres veces. ¿Es que no tienes suficiente?

Mi voz se derrama sobre Katherine mientras intento contener el enfado. Ella se acomoda sobre la mesa de la sala de descanso, permitiendo que el vendaje aplicado por Dennise repose sobre su antebrazo. El dolor que percibo en su expresión recuerda al de un animal terco que se resiste al sueño, pero sé que lo que verdaderamente la aplasta está en las profundidades invisibles de su alma, en ese lugar donde las heridas físicas apenas arañan la superficie de un agotamiento mucho más antiguo.

La sala que nos envuelve dista mucho de esas estancias lúgubres y desangeladas que uno imagina en el corazón de una comisaría. Alguien se ha esforzado en convertirla en un pequeño santuario, un rincón que no apeste a los demonios que nos acechan a diario. Incluso hay una cesta con mantas primorosamente dobladas, como si el artífice de este oasis hubiera intuido que, en ocasiones, lo que un agente necesita de verdad es tomarse un buen descanso.

Katherine sigue sentada, con los ojos fijos en algún punto indefinido del suelo, mientras yo me mantengo erguida frente a ella,

con los brazos cruzados sobre el pecho y el peso del cuerpo inclinado hacia una cadera. Mi pelo está recogido en una coleta práctica, aunque algunos mechones rebeldes se han liberado y enmarcan mi rostro.

—Estoy bien —responde ella con esa mentira ensayada, la réplica automática que ha perfeccionado a lo largo de los años.

Suelto una risa, carente de toda alegría.

—No te atrevas a mentirme —replico, avanzando un paso hacia ella y señalando su brazo sin llegar a rozar la herida—. ¿Cuándo vas a decir basta a todo esto, Katherine? ¿Cuándo vas a reconocer que no eres invencible?

Inspiro profundamente y mis ojos se clavan en una caja de infusiones meticulosamente ordenada por aromas: manzanilla, té negro, rooibos… Todo está tan perfecto, tan controlado, que resulta casi sarcástico en contraste con el caos que nos rodea.

—Mi trabajo es proteger esta ciudad —declara, y percibo cómo su voz se endurece, como si pronunciar estas palabras la ayudara a mantener la compostura.

—¡No, tu trabajo es dirigir al equipo para que ellos asuman los riesgos! —exclamo, y mi voz retumba por toda la sala—. Eso implica ser sargento, Katherine. Y ya estoy cansada de que no te des cuenta. Porque ser sargento no significa arrojarte a primera línea en cada operación, como si fueras la única capaz de manejar la situación.

La observo con detenimiento y, en sus pupilas distingo algo más profundo que el mero enfado.

—No hay personal suficiente, River —contesta como si hubiera calculado ya esas palabras, intentando apaciguar las llamas que amenazan con devorarnos a las dos—. Lo sabes tan bien como yo. No puedo enviar a nadie a escenarios donde ni yo me atrevería a pisar sin pensarlo dos veces.

—Eso no es más que una excusa —la interrumpo, inclinándome ligeramente hacia delante—. Y en el fondo lo sabes. Llevas tres años… —Aprieto la mandíbula, conteniendo el enfado que pugna por desbordarse—, tres años valiéndote de esa escasez de efectivos para seguir actuando a tu antojo, para permanecer en las calles, para cortejar el peligro como si fuera el aire que respiras.

—No actúo a mi antojo —replica, y siento cómo la tensión asciende por mi nuca—. Hago lo que es necesario, lo que la situación demanda en cada momento.

—Al aceptar el ascenso a sargento, lo hiciste asumiendo todas sus implicaciones —insisto, apuntándola con el dedo—. No solo el despacho, la placa y el incremento salarial. También el hecho de que tu cuerpo ya no puede ser la ficha de cambio en cada partida que se juega contra el crimen. Por mucho que yo te haya dado pie en ocasiones.

Permanezco inmóvil durante unos segundos, sintiendo el pulso latiendo con fuerza en mi propia sien, como si mi sangre quisiera sumarse al debate que nos enfrenta.

—Pues es exactamente igual que tú cuando optaste por abandonar esto —contraataca ella, y sus palabras me pillan desprevenida.

Parpadeo, completamente atónita.

—¿Qué insinúas con eso? —quiero saber.

Katherine se incorpora y se acerca a mí sin prisa.

Cuando se detiene a un palmo, extiende las manos y acuna mi rostro entre ellas. Su piel irradia calidez y, bajo sus dedos, percibo la rigidez de mi mandíbula.

—Que sé que no eres feliz, River —susurra.

Trago saliva con dificultad y mis ojos vacilan por un instante, como si sus palabras hubieran acertado en el blanco exacto de mi desasosiego.

—Katherine… —murmuro, pero ella no me permite continuar.

—No, escúchame con atención —insiste, sosteniéndome la mirada—. Sé que te convences a ti misma todos los días de que esta vida es mejor. Ser consultora externa, aparecer cuando te lo pido, evaporarte cuando el panorama se complica, dar charlas a los nuevos agentes… Pero no lo es, no para alguien como tú. No cuando te despiertas con la mente llena de patrones criminales, de nombres que te persiguen, de heridas que no son tuyas pero que sientes como propias. No cuando te muerdes la lengua en las reuniones para no intervenir, alegando que «ya no es tu responsabilidad».

Mi respiración se acelera, un torrente de emociones que amenaza con desbordarse; noto cómo mis ojos se humedecen, pero me resisto a dejar que las lágrimas broten.

—Y también sabes lo que me pasa cuando me enfrento de lleno al… —comienzo a decir, pero la frase se queda pegada en mi garganta.

No le doy tiempo a añadir nada más.

La beso y siento cómo Katherine se tensa por un segundo. Luego, con una lentitud deliberada, se ablanda entre mis brazos. Sus manos se aferran a mi cintura con una fuerza que va de la mano con el miedo, como si yo fuera un tesoro efímero que puede perder en cualquier momento.

Me separo mínimamente, lo justo para inhalar, y esbozo una sonrisa a pesar de la opresión que siento en el pecho.

—No necesitas perseguir a nuestros enemigos para hacer el trabajo que tanto anhelas —me dice, casi en un susurro confidencial —. Es aquí donde te requerimos, donde *yo* te necesito.

Katherine cierra los ojos por un momento. Al abrirlos, una chispa de picardía ilumina su mirada.

—Estás desviando el tema —respondo, mientras ella esboza una sonrisa que no engaña a nadie.

—Mentira —dice ella, manteniendo mi rostro entre sus manos —. Esto se trata de esas cicatrices que siguen abiertas.

Katherine aparta sus manos con delicadeza, como si manejara un objeto de cristal. Retrocede un paso y ahora es ella quien se cruza de brazos.

—Vives con el miedo pegado a ti, ese pavor que te dejó el incendio, la convicción de que un descuido basta para que la vida te arrebate lo que más amas. Y yo… yo solo utilizo el trabajo como pretexto para no confrontar lo que pasa cuando regreso a casa y no logro encontrar paz en esa maldita quietud. Para no cuestionarme si estoy convirtiendo nuestra relación en una puta prolongación de esta comisaría.

—No vayas por ahí… —le aclaro, aunque he perdido por completo el sentimiento de enfado inicial—. Tú eres la que se abalanza sobre un sospechoso a pesar de estar herida. Tú eres la que… —Mi voz se rompe de nuevo—, la que no sabe poner freno a esta locura.

—Porque lo aborrezco —confiesa, y puedo recordar perfectamente la primera vez que la vi así—. Aborrezco sentirme expuesta, vulnerable. Aborrezco imaginar que, si bajo la guardia, alguien… —Se muerde el labio inferior—, alguien pueda pagar las consecuencias.

Levanto la cabeza bruscamente y mis ojos se encuentran con los suyos.

—¿Y crees que a mí no me asalta ese miedo? —susurro, transformando mi ira en algo más demoledor—. ¿Crees que no me atormenta la idea de que, si no estoy presente, si no trabajo con cada pista… te van a arrebatar de mi lado? ¿Que no llegaré a tiempo para salvarte?

Mi voz se rompe en esa palabra final: «tiempo». Como si el tiempo fuera de verdad un antagonista tangible.

—No podemos seguir enterrando secretos bajo capas de mentiras —le pido—. Actuar como si nada nos afectara cuando el fuego interior nos consume… Tú no puedes simular tus miedos. Y yo no puedo pretender que no anhelo una existencia más allá de esta guerra.

Katherine se ríe, pero su risa lleva un matiz melancólico que me duele en el pecho.

—River, la ciudad no se detiene porque nos apetezca una cena tranquila.

—No propongo que el mundo se paralice —replico—. Propongo que nosotras dejemos de tratarnos como si fuéramos inmortales. Nuestra relación ha evolucionado desde hace tres años. Antes… antes sobrevivíamos inmersas en el trabajo, a través de él. Ahora deseo… —trago saliva, armándome de valor—, …ahora deseo amarte al margen de todo esto, sin que cada encuentro esté teñido de sangre.

Me mira como si mis palabras la hirieran y la sanaran simultáneamente.

—Esa es una idea maravillosa —susurra—. Y aterradora a partes iguales.

—Lo sé —respondo—. Pero creo que es lo más auténtico que podría pasarnos.

Me siento en el borde del sofá, como si el peso de mis piernas me traicionara de repente. Paso una mano por mi rostro, arrastrando el agotamiento acumulado durante demasiadas noches en vela.

—Dejé el trabajo en primera línea porque creí que era la única vía para no desmoronarme —confieso—. Me marché porque el incendio y todo lo que pasó persistió en mi interior, latiendo en mi pecho, asfixiándome, abrasándome las manos. Y cada vez que te veía franquear esa puerta… sentía que las llamas renacían, devorándome desde dentro.

Katherine se acerca y se sienta a mi lado.

—Y yo lo acepté porque pensé que era lo que deseabas de verdad —me aclara—. Pero he comprendido que también lo era para mí, en un sentido egoísta. Porque si tú no estabas en la vanguardia, podía ilusionarme con la idea de que estaba haciendo lo correcto. Sin embargo… —Me mira con profundidad—, cada vez que te miro, me doy cuenta de que no eres plenamente feliz.

Cierro los ojos y una lágrima solitaria se desliza por mi mejilla, silenciosa y traicionera.

—Quiero regresar —admito.

La frase es tan modesta y a la vez tan colosal que deja a Katherine sin aliento por un instante.

—¿Segura? —pregunta.

Asiento, tragando el nudo que se me forma en la garganta.

—Quiero recuperar mi rol como perfiladora —declaro—. Ser la mujer que no temía confrontar las llamas, que podía escrutar los ojos de un asesino sin ver su propia condena reflejada. Pero… —La miro con una honestidad brutal—, también deseo dejar de verte como un blanco en la mira de un francotirador. Quiero poder respirar con tranquilidad cuando no estás a mi lado.

Siento cómo mi pecho se inunda de una calidez dolorosa, un remolino de esperanza y temor entretejidos.

—Entonces, hagámoslo como es debido —propone ella—. Regresa, poco a poco. Y yo… —Señala su brazo herido—, aprenderé a impartir órdenes y a delegar mucho más sin sentirme una inútil.

Arqueo una ceja y una chispa de picardía ilumina mi expresión por un segundo.

—¿Lo dices en serio? —inquiero.

—No digo que lo vaya a conseguir de la noche a la mañana —responde, provocándome una sonrisa—. Solo que lo intentaré. Por nosotras.

Giro mi cuerpo hacia ella.

—Te amo, Kat —declaro, apartando un mechón de su cara

Ella me observa un segundo más, y ahora soy yo quien acuna su rostro entre mis manos. Mis dedos tiemblan ligeramente, traicionados por la emoción.

—Prométeme que te cuidarás —susurro.

—Prométeme que dejarás de huir de tu esencia —responde.

Sonríe, y vuelvo a enamorarme de cómo me veo en sus ojos.

—Trato hecho.

La beso de nuevo. Siento su respiración entrelazándose con la mía, su mano en mi nuca, el modo en que se adhiere a mí como si hubiéramos malgastado demasiado tiempo en contenciones innecesarias. Como si por este efímero instante, en esta sala modesta, cálida y recóndita, la ciudad dejase de ser un infierno voraz.

25

«¿Cómo va a vivir sin ella? No puede.»
Maggie O'Farrell*, Hamnet*

KATHERINE

River me besa con una intensidad que me acelera el corazón, como si cada roce de sus labios constituyera al mismo tiempo una declaración de guerra y de paz, un equilibrio precario entre la furia de nuestra reciente discusión y la calma que solo el contacto físico puede otorgar. Sus manos, firmes en mi nuca, me anclan al presente sin dejar espacio para las dudas, y yo me entrego por entero a ese beso que sabe a promesas recién forjadas, a miedos que han sido desenterrados y expuestos a la luz, y a un deseo que ha estado latiendo justo bajo la superficie de nuestras palabras acaloradas.

La sala de descanso parece contraerse y transformarse en un refugio improvisado donde el bullicio de la comisaría queda relegado al otro lado de la puerta. Mi corazón late con fuerza desbocada, no solo por la adrenalina que aún circula por mis venas tras nuestra charla, sino por esta cercanía que me hace sentir viva de un modo que ni el ajetreo rutinario del trabajo consigue igualar jamás.

Me separo apenas unos centímetros, jadeando con el aliento entrecortado, y mis ojos se clavan en los suyos.

—River… —murmuro.

Ella sonríe con esa expresión ladina que me eriza la piel, mientras sus dedos descienden por mi cuello trazando un camino lento y deliberado que despierta un millón de sensaciones en mí.

—No digas nada —responde en un susurro que vibra contra mi piel—, solo quiero estar aquí… contigo.

Sus palabras me envuelven como una niebla que difumina los contornos de la realidad. Asiento en silencio siendo incapaz de resistirme a esa petición que suena más a invitación, y me dejo llevar a este juego íntimo donde no importa quién gane el día de hoy.

Mis manos, se posan sobre su chaqueta, deseando revelar a la mujer vulnerable y apasionada que se oculta debajo. Desabrocho los botones con lentitud, percibiendo el tacto del tejido bajo las yemas de los dedos. River no me detiene; al contrario, su respiración se acelera poco a poco y se sincroniza con la mía. La camisa blanca emerge gradualmente, y yo deslizo las palmas por debajo, rozando la calidez de su piel. Un gemido involuntario escapa de mis labios cuando sus manos responden al instante, aferrándose a mi cintura por encima de la camiseta ajustada que llevo puesta.

Nos movemos hacia el sofá casi sin darnos cuenta y cuando la empujo, ella se deja caer sobre los cojines desgastados atrayéndome consigo hasta que quedo a horcajadas sobre sus piernas, sintiendo el calor de su cuerpo irradiar a través de la tela. River me mira desde abajo con los ojos entornados. Me inclino y la beso de nuevo, mordisqueando su labio inferior, provocando que se arquee hacia mí.

—Espero que hayas cerrado la puerta con pestillo… —gruñe antes de morderse el labio inferior—. Porque si alguien nos interrumpe, te mato.

Mis dientes recorren su mandíbula con delicadeza, dejando marcas leves y efímeras. Sus manos ascienden por mi espalda, se cuelan bajo la camiseta y sus uñas arañan mi piel enviando ondas de placer a lo largo de mi cuerpo. Siento el calor del suyo a través del

pantalón. Me froto contra ella de manera instintiva, buscando esa fricción que intensifica el deseo, anhelando más en esta danza donde cada movimiento es una puta maravilla.

La atmósfera de la sala se carga de electricidad. Deslizo las manos por su camisa con impaciencia, desabotonándola por completo para revelar la curva suave de sus pechos bajo el sujetador de encaje. River arquea la espalda para facilitarme el acceso. Beso el hueco de su clavícula y después sonrío.

—Eres preciosa, una obra de arte en mitad de este caos —susurro contra su cuello, con cierta picardía—. ¿Te lo había dicho ya?

Ella ríe, y sus manos se cuelan bajo mi camiseta, acariciando mis costados.

—Y tú eres una loca imprudente, pero eso es precisamente lo que me enamoró de ti —replica con tono juguetón.

Sus dedos ascienden con osadía, rozando mis pechos, provocando una oleada de sensaciones que me recorre entera. Me quito la camiseta de un tirón y me quedo expuesta ante su mirada hambrienta, que devora cada detalle de mi cuerpo: las cicatrices, la forma de mis pechos, cómo reacciono a la intensidad de su mirada. El aire fresco de la sala me eriza la piel, pero el calor intenso de sus ojos me envuelve y protege del frío exterior. River se incorpora ligeramente y captura uno de mis pezones con la boca, arrancándome un gemido ahogado que resuena a nuestro alrededor. Su lengua lo rodea, succiona y luego lo mordisquea suavemente, enviando descargas directas a mi entrepierna. Mis manos se enredan en su pelo, le suelto la coleta y los mechones caen libres como una cascada que termina enredándose entre mis dedos mientras la guío.

Me muevo y desabrocho su pantalón. River jadea suavemente cuando deslizo la mano dentro y rozo la tela húmeda de sus bragas, sintiendo cómo está completamente empapada.

—Dios, River… —murmuro con la voz entrecortada mientras mis dedos exploran con lentitud, trazando círculos suaves sobre el tejido antes de apartarlo y tocar su piel caliente y resbaladiza.

Ella se arquea hacia mí, y su cadera empieza a moverse en un ritmo instintivo contra mi mano, buscando más. Sus manos responden con igual urgencia, desabrochando mis pantalones en una jugada rápida y bajándolos lo suficiente para tener acceso a mí.

—Impaciente, ¿verdad? —bromeo con la voz entrecortada, aunque mi risa se transforma en un suspiro profundo y largo cuando sus dedos se cuelan bajo mi ropa interior y me tocan. Sus yemas separan mis pliegues, rozan mi clítoris hinchado y luego descienden para penetrarme lentamente con dos dedos y empezar a movernos en sincronía.

Sus dientes se clavan con cuidado en mi hombro, dejando una marca que duele de la mejor forma posible. Yo respondo mordiendo su oreja, lamiendo el lóbulo antes de susurrar contra su piel caliente y sudorosa lo mucho que la necesito.

Sus ojos se oscurecen aún más por el deseo y sus dedos me penetran con una lentitud agonizante que me hace arquear la espalda, empujando la cadera hacia abajo para sentirla más adentro.

Siento cada roce con intensidad, cómo sus dedos alcanzan ese punto preciso que me hace ver estrellas danzando en la oscuridad, mientras su pulgar traza círculos perfectos sobre mi clítoris. Yo respondo con una oleada de caricias lentas al principio pero que se vuelven más firmes y rápidos con el paso de los minutos, y que me llevan de manera rápida a deslizar dos dedos en su interior, percibiendo cómo sus paredes se contraen alrededor de mí.

—Más fuerte, por favor —gime contra mi cuello, con la voz convertida en un ronroneo grave y desesperado que vibra sobre mi piel.

Obedezco sin dudarlo ni un segundo. Incremento el ritmo de mis dedos mientras mis labios recorren su pecho y mordisqueo sus pezones endurecidos con una pasión que nos consume a las dos. El sudor perla nuestras frentes, resbala por nuestros cuerpos y se mezcla con el aroma de su perfume y el mío, creando una sinfonía olfativa que me embriaga y afirma la vida en contrapunto a las

sombras de nuestro trabajo, donde la muerte y el peligro acechan en cada esquina.

River me gira, colocándome bajo ella en el sofá en una jugada maestra que invierte los roles. Yo me dejo hacer, disfrutando de esta dominancia. Me mira con una intensidad que me atraviesa el alma. Sus labios descienden por mi abdomen, besando cada centímetro de piel expuesta, mordisqueando el hueso de mi cadera, enviando ondas de placer que me hacen apretar el cuerpo contra el sofá. Sus manos separan mis piernas y, cuando su boca encuentra mi sexo, exploto en un mar de sensaciones: su lengua me lame con maestría desde abajo hacia arriba, succiona mi clítoris y luego lo rodea con movimientos rápidos, mientras vuelve a penetrarme, follándome con un ritmo constante y perfecto.

Gimo su nombre una y otra vez, con los dedos enredados en su pelo, guiándola con urgencia mientras el placer se acumula en espirales vertiginosas que me hacen temblar.

—River, por favor… —suplico.

Ella levanta la vista un instante, y sus ojos brillan con picardía y deseo, antes de murmurar:

—Dime qué quiere exactamente, sargento.

—Quiero correrme en tu boca —respondo entre jadeos.

Ella ríe contra mi sexo y continúa, mientras sus dedos se unen a la danza en una penetración más rápida y profunda que complementa su boca incansable, su lengua implacable. El clímax se acerca como una ola que arrasa todo a su paso. Me entrego por completo, arqueándome contra ella mientras el mundo se reduce a este sofá y a nosotras dos en esta burbuja de pasión.

Pero no quiero que termine de forma unilateral. Cuando estoy a punto de correrme, la acerco a mí con rapidez, la beso explorando mi sabor en su boca y busco su sexo con desesperación.

—Vamos, River —susurro contra su boca, con la voz entretejida de deseo y amor—. Córrete conmigo.

Ella asiente, y sus gemidos se mezclan con los míos en un coro íntimo que resuena solo para nosotras. Nuestros cuerpos se tensan al mismo tiempo, el placer nos golpea casi al unísono, un estallido de placer que nos deja temblando y abrazadas en el sofá, con los corazones latiendo como tambores de guerra.

Permanecemos así durante unos minutos eternos, con la respiración entrecortada, mientras la realidad se filtra de nuevo entre los recovecos de esta sala. River me besa la frente y sus dedos acarician mi espalda con ese amor que solo aparece después de la tormenta, haciéndome ver, una vez más, que después de todo lo que hemos pasado; en medio del caos, siempre nos podemos volver a encontrar.

26

«Hay que buscar lo que tenemos delante,
no lo que nos es inalcanzable ni lo que hemos perdido.»
Maggie O'Farrell, *Tiene que ser aquí*

KATHERINE

1 de marzo.

—Confirmado. James fue quien entró en la casa donde se quedaba Amelia Trahan y, además, el hijo de puta que no ha parado de meter cizaña en los foros —anuncia Claudia en cuanto abre la puerta, cortando de golpe el murmullo previo que llenaba la sala de investigación.

La luz del techo parpadea una fracción de segundo, lo justo para que una sensación de irrealidad se cuele por las grietas de mis pensamientos. Estoy de pie, apoyada en la mesa central con las manos extendidas sobre otro mapa impreso de Nueva Orleans —además del que cuelga en el panel—, salpicado de líneas de colores que marcan rutas, escenas del crimen y conexiones hipotéticas anotadas con rotulador negro.

—Sabe quién mató a Valerie, quién es el asesino de ambas. O al menos está muy cerca de él —concluyo, mientras la adrenalina se afianza definitivamente bajo mi piel y me pone los pelos de punta—. Muy bien. Antes de volver a interrogarlo quiero una orden de registro para su casa y pruebas suficientes para que no se nos

escape de las manos. ¿Está claro? El tiempo corre en nuestra contra y no podemos permitirnos un solo desliz que lo eche todo a perder.

Anthony asiente desde su silla con el ceño fruncido y los labios apretados en una línea tensa que refleja la gravedad del momento. Alexander, de brazos cruzados junto a la pared, cambia ligeramente el peso de un pie a otro, tan impaciente como en sus mejores años en el ejército. Marion sigue mirando la libreta abierta ante ella, mientras garabatea algunas notas; observo su mirada fija, y estoy segura de que está conectando las pistas.

Claudia se aclara la garganta y proyecta en la pantalla una serie de capturas digitales que Alexander ha estado recopilando durante todo este tiempo. La estancia se llena de nombres de usuario y de hilos de texto interminables que se entretejen como una telaraña virtual llena de veneno y medias verdades.

—Estos son todos los foros de conversación en los que ha participado —empieza Claudia mientras maneja el ratón para navegar por las imágenes—. Como ya sabéis, son espacios anónimos que supuestamente se dedican a debatir sobre el día a día de Nueva Orleans, pero que pronto se desviaron hacia el caso de Valerie Benoit y, después, hacia el asesinato de Amelia Trahan. En realidad, sirven de cloaca para vomitar rencores y mentiras. —Hace zoom en uno de los perfiles y amplía el alias hasta que ocupa casi toda la pantalla—. Este usuario aparece en más del ochenta por ciento de los hilos más activos, empujando siempre la conversación hacia el mismo sitio.

Me acerco un paso más e inclino el cuerpo ligeramente sobre la mesa para observar los detalles con mayor atención. El alias resulta vulgar, casi ridículo, del tipo que uno esperaría de un trol de internet sin mayor ambición, pero el patrón subyacente resulta claro incluso para quien no domina los entresijos de estos algoritmos. Sus palabras destilan odio; insulta, reescribe la historia y la convierte en una versión distorsionada que solo resulta reconocible para quien necesita aferrarse a ella con desesperación.

—La acusa de manejar a los hombres. De ser una puta… —murmuro mientras leo una de las publicaciones, con las palabras cargadas de un odio que me revuelve el estómago—. Dice que se largó porque estaba liada con Gabriel y no quería asumir las consecuencias de haber seducido a un adulto. —Aprieto la boca con fuerza y siento la mandíbula tensa bajo la piel—. Está convencido de que eso es verdad y lo defiende como si le fuera la vida en ello.

—Porque es la verdad que le han contado —añade Marion, levantando la vista de su libreta—. O la que ha elegido creer para no derrumbar el presente que conoce.

Claudia cambia de pantalla y revela otras líneas de tiempo, registros de IP y horarios que coinciden con una exactitud inquietante. El pulso se me acelera de inmediato.

—Entró en casa de Amelia dos noches después de que encontraran el cuerpo —explica Claudia mientras señala con el puntero láser los puntos clave en la cronología—. Las cámaras de la zona lo captan con claridad. Llevaba la misma gorra, una sudadera holgada y capucha para disimular, pero no se tapa la cara porque no cree que nadie esté mirando de verdad. —Hace una pausa para que la información se asiente en todos nosotros—. Sale treinta y siete minutos después, con las manos en los bolsillos y un andar bastante satisfecho, vamos.

—Tiempo suficiente para encontrar todo lo que quería y no improvisar a lo loco —interviene Anthony entrecerrando los ojos mientras se inclina hacia delante.

—O sabía exactamente qué quería destruir para que no saliera a la luz —corrijo yo, sintiendo cómo la rabia se enciende dentro de mí—. Ya no estoy tan segura de que ese cuaderno vaya a llegar a nuestras manos.

Me froto el puente de la nariz con los dedos, intentando ordenar la avalancha de datos que ya empiezan a formar una imagen demasiado nítida en mi mente.

—¿Qué hay del portátil de Amelia? —pregunta Alexander, rompiendo el silencio mientras se cruza de brazos con fuerza—. ¿James aparece conectado en algo de eso?

Claudia niega con la cabeza, frustrada, y pasa a otra diapositiva que ilumina de nuevo la sala.

—Nada que lo vincule directamente, al menos no de forma obvia —responde—. El portátil no muestra accesos suyos en los registros. Lo que sí encontramos en su móvil… —pasa a otra diapositiva—, …son búsquedas obsesivas sobre Valerie, sobre Gabriel, y la comunidad a la que pertenecían. Todos forman parte de una zona religiosa muy cerrada de Nueva Orleans. Dennise encontró fotografías, algunas de Gabriel y ella en actitud cariñosa —añade, mirándonos ahora—. Nada sospechoso, desde luego. Todavía hay que analizar las conexiones entre redes.

Marion se endereza un poco y cierra su libreta por un momento para intervenir.

—Este tío no es un troll cualquiera —comenta, como si hubiera visto este patrón antes—. Es alguien que ha crecido con esa narrativa metida en las venas, que la ha mamado desde pequeño, como si fuera el evangelio de su propia vida.

—Un evangelio que defiende con uñas y dientes —añade Claudia, cambiando de nuevo la imagen en la pantalla para enseñar una fotografía antigua que parece sacada de un álbum familiar olvidado.

En la imagen veo un grupo de niños delante de una iglesia modesta, con sonrisas forzadas y ropa demasiado formal para la edad que aparentan.

—James perdió a sus padres siendo muy joven —continúa Claudia mientras señala detalles en la foto con el puntero—. Fue un accidente de tráfico, una tragedia que lo dejó huérfano de golpe. La comunidad se hizo cargo, le tendió la mano en el peor momento. Y, especialmente, la madre de Gabriel. —Señala a una mujer en la imagen—. Fue su referente, su apoyo incondicional. Prácticamente lo

crio como a un hijo más, moldeándolo a imagen y semejanza de sus valores.

Siento un vuelco en el estómago, no porque no lo viera venir —el instinto policial me ha entrenado para anticipar este tipo de conexiones—, sino porque encaja de una forma incluso cruel.

—Lealtad, claro… —murmuro, mientras las imágenes se superponen unas sobre otras en mi cabeza—. Lealtad no solo a Gabriel, sino a su familia al completo. A lo que representan en esa red cerrada de creencias.

—Exacto —asiente Claudia, encogiéndose de hombros—. Para James, atacar a Amelia es proteger ese núcleo sagrado. Y ensuciar a Valerie… —hace una pausa, dejando que las palabras floten a nuestro alrededor—, …es más fácil que cuestionar las acciones de las personas que le rodean.

Anthony se pasa la mano por la cara, cansado, y se frota los ojos como si quisiera borrar la fatiga acumulada durante estas semanas.

—Está claro que, para James, Valerie era una guarra aprovechada que se acercó a Gabriel por interés, que jugó con él y luego se largó cuando ya no le servía —comenta Marion sin apartar sus ojos de la pantalla—. Él ve a Gabriel como el chico bueno al que una jovencita le destrozó la vida. Es una narrativa simple, cómoda, hecha para no mirar más allá. Y es profundamente violenta, porque convierte a la víctima en culpable y absuelve a quien nunca ha tenido que dar explicaciones.

Camino despacio alrededor de la mesa. La rabia sigue ahí, ardiendo bajo la piel, pero ahora se mezcla con algo más frío y más peligroso: la comprensión del mecanismo que nos rodea. Entender cómo alguien como James puede actuar convencido de estar haciendo lo correcto mientras destruye la verdad pieza a pieza resulta tan esclarecedor como inquietante.

—La comunidad —comento, y levanto la vista hacia ellos—. Todo vuelve siempre a eso. Valerie no solo quería irse por la música;

quería escapar de un entorno que decide quién merece respeto y quién puede ser señalado sin consecuencias. Para ellos, ella cruzó una línea. Y una vez cruzada, dejó de importar lo que le ocurriera. Sea cuál sea la verdad.

—Y cuando Amelia empezó a remover esa versión, a cuestionar el relato que todos habían aceptado, se convirtió en un problema —concluye Alexander mientras tamborilea los dedos sobre la mesa

—Para James, sí —respondo, deteniéndome en seco y dejando que el peso de la sala me atraviese—. Él no es de los tipos que aprietan el gatillo ni el que hunde las manos en el cuello de nadie. Es un perro fiel, alguien que obedece. Ensucia la verdad. Alimenta el ruido. Protege a Gabriel con una lealtad casi infantil, convencido de que está defendiendo a su hermano… sin darse cuenta de a quién está sirviendo realmente. Sobre todo, teniendo en cuenta la mierda que hay en ese círculo.

—¿Sigues creyendo que sabe quién es el asesino? —pregunta Anthony.

Me detengo frente a la pantalla, observo de nuevo el alias, y siento un escalofrío que me recorre toda la espalda.

—Puede que no sea el origen del mal —contesto, cruzándome de brazos—. Pero sí una pieza clave en este rompecabezas. Porque alguien como él no actúa solo; necesita sentir que forma parte de algo más grande, que su rol tiene sentido en una estructura mayor. Y alguien le ha dado ese lugar y le ha susurrado al oído qué debe hacer.

Marion cierra su libreta y su expresión se endurece visiblemente.

—Está claro que esa comunidad le protege, y viceversa —afirma, más que convencida—. Como una estructura organizada.

—Una red que decide qué verdades se mantienen y cuáles se entierran bajo las mentiras que nos están contando —añade Claudia mientras se ajusta las gafas y se coloca un mechón tras la oreja.

Me llevo la mano al cuello, donde aún siento, a veces, la memoria fantasmal de los casos que me han marcado la piel.

—Valerie fue marcada desde el principio —comprendo—. No por irse, sino por atreverse a ser distinta en un mundo que no tolera ningún tipo de desviación. —Miro a Marion, buscando su confirmación—. Y Amelia lo entendió a la perfección. Por eso empezó a mirar más allá.

Claudia asiente y pasa a otra diapositiva tras un segundo de silencio.

—En el ordenador de Amelia no hay nada que apunte a nadie del grupo de forma directa. Y Dennise y yo estamos seguras de que eso no es algo casual.

Hace una pausa breve, lo justo para que el vacío se note y entendamos que esa falta de datos también es información valiosa.

—Amelia no estaba mirando hacia los mismos sitios que nosotros al principio —continúa—. Estaba siguiendo un rastro más amplio, más incómodo. Quizá también tuviera que ver con la red a la que pertenece Zacharia.

Alexander se separa de la pared con un movimiento enérgico.

—Entonces… James entra en casa de Amelia para borrar cualquier cosa que pudiera señalar hacia arriba —dice mientras se mueve por la sala—. Hacia los mayores. Hacia quienes siempre han tenido el control. Hacia la comunidad.

—O hacia alguien concreto dentro de ella —añado yo, dejando que la sospecha quede suspendida en el aire.

El silencio vuelve a caer, esta vez con un peso mayor, como si la sala contuviera la respiración, mientras los sonidos lejanos de la ciudad se filtran a través de las ventanas, un recordatorio de que el mundo sigue girando fuera de estas cuatro paredes.

—Tenemos que ir con cuidado —comenta Anthony, rompiendo el hechizo con su pragmatismo habitual—. Si James siente que el

relato se le escapa de las manos, sabrá cómo desviar la atención.

—Por eso quiero la orden de registro ya mismo —respondo, clavando la mirada en cada uno de ellos—. Quiero ver con quién habla fuera de los foros, qué mensajes se cruzan en la sombra. —Me vuelvo hacia Claudia, con la expectativa clara en mis ojos—. ¿Puedes conseguirlo sin que nos pongan trabas?

—Ya estoy en ello, sargento —responde sin dudar, mientras teclea con rapidez en su portátil—. Con lo de las cámaras y la entrada en casa de Amelia tenemos base suficiente para que el juez nos dé luz verde.

Marion se acerca a mi lado y baja la voz hasta convertirla en un tono confidencial.

—Katherine —dice—. Esto va a remover a mucha gente, no solo a James. Va a ser como pinchar un avispero, y cuando la comunidad se vea atacada… se volverá peligroso.

—Lo sé —respondo, sintiendo cómo ese peso me pesa en los hombros—. Pero ya lo está haciendo. Y cada minuto que pasamos sin actuar es un minuto más para que alguien se adelante y tape los agujeros.

Alexander esboza una sonrisa tensa, una curva en los labios que no alcanza a sus ojos.

—Esperemos que James suelte la lengua como un loro.

—Hablará —afirmo, convencida—. No porque esté arrepentido, que eso sería como pedir peras al olmo. Lo hará por necesidad, porque su lealtad se basa en sentirse visto, en ser parte del engranaje. Y ahora mismo está a punto de dejar de serlo, de convertirse en el chivo expiatorio.

Claudia apaga el proyector y todos nos fijamos en las pruebas que tenemos puestas en el tablero y sobre la mesa.

—Valerie nunca encajó en el molde de esa comunidad, por eso Amelia no aceptó mirar hacia otro lado. Y James… —niego despacio,

sintiendo un nudo en la garganta—, …eligió el bando equivocado hace mucho tiempo. Es hora de que pague el pato.

Marion recoge su libreta y la guarda en su bolsillo.

—¿Cuál es el siguiente paso? —pregunta, con los ojos brillantes de determinación.

Respiro hondo e inhalo despacio.

—Registrar la casa de James en cuanto tengamos la orden —respondo, dejándoles claro cuál es el plan—. E interrogarlo de nuevo con pruebas en mano, sin dejarle resquicios para escabullirse. Y, en paralelo, seguiremos apretando a Lucas y al resto. —Aprieto los labios, conteniendo la impaciencia que me recorre por las venas—. La verdad está ahí fuera, repartida entre todos como migajas. Solo tenemos que obligarla a salir, y a la fuerza si es necesario.

—Entonces será mejor que nos movamos antes de que se nos eche la noche encima —comenta Anthony, ahora sí con una enorme sonrisa que ilumina su rostro cansado.

Asiento, observando cómo el equipo empieza a dispersarse, cada uno asumiendo su rol en esta coreografía de justicia. Me quedo un segundo más sola en la sala, contemplando el mapa extendido, las chinchetas que puntúan el caos y las líneas trazadas que convergen hacia un centro inevitable. Pienso en Valerie, en Amelia, en todas las verdades que han sido pisoteadas en nombre de una moral que nunca las incluyó y que las condenó por atreverse a cuestionar el relato oficial.

El tiempo corre en nuestra contra, sí, pero ahora mismo siento que el cerco empieza a cerrarse, inexorable, como las mandíbulas de una trampa bien puesta.

27

«Desde donde está podría ser que yo ni siquiera estuviera aquí.»
Maggie O'Farrell, *Tiene que ser aquí*

KATHERINE

La sala de interrogatorios se me antoja aún más angosta a esta hora del día, como si la oscuridad se hubiera pegado a las paredes y comprimiera el aire hasta hacerlo casi irrespirable. James está sentado al otro lado de la mesa, con la espalda curvada en una postura de derrota y con las manos esposadas delante de él. No ha pegado ojo en toda la noche, algo que se evidencia en la palidez mortecina de su piel, en las ojeras que sombrean sus ojos y en el parpadeo lento, casi doloroso, que parece exigirle un esfuerzo titánico.

Se que en la sala contigua el ajetreo es constante. Marion y Anthony, deben estar revisando los documentos que Claudia ha terminado de recopilar junto a Alexander. Pero en este cubículo reducido solo estamos tres: River, él y yo. Es como si hubiéramos iniciado un partido de béisbol en un estadio diminuto, donde cada pregunta se puede convertir en una bola que dicte la partida a nuestro favor.

River se sienta a mi lado con una serenidad que domina a la perfección. Noto que poco a poco vuelve a ser ella, la perfiladora que tanto me sacó de quicio en su día, y ese regreso me arranca una sonrisa interna. El traje le da una presencia imponente, como si

el espacio mismo se hubiera moldeado a su alrededor. Al dejar la carpeta sobre la mesa lo hace con una parsimonia y una calma que rozan lo sobrenatural; ni siquiera el papel osa crujir, consciente de que pisa su terreno.

James la observa fugazmente y desvía la mirada al instante. Está inquieto, como si reconociera en ella a alguien capaz de leer sus debilidades antes incluso de abrir la boca. Y no se equivoca. Ese titubeo me confirma que nos encontramos en el inicio del juego y que el misterio que envuelve su lealtad comienza a deshilacharse.

—Intentémoslo de nuevo —propongo, manteniendo un tono mesurado, sin la urgencia que dominó nuestro primer encuentro—. Has tenido toda la noche para reflexionar y sopesar las consecuencias del silencio que nos regalaste a la detective Delacroix y a mí.

James se humedece los labios, donde una pequeña fisura delata la ansiedad que ha debido de soportar. No responde de inmediato y el silencio se extiende como una niebla densa, cargada de una tensión que me hace cuestionar mis propias dudas: ¿y si su obstinación no es solo lealtad, sino un terror profundo a desmoronar un mundo construido sobre mentiras que ha compartido con otros durante años?

River apoya los codos sobre la mesa, entrelaza los dedos con elegancia y lo escruta con una intensidad que parece poner a la luz cada una de las capas que conforman su alma, como si vislumbrara los fantasmas que yo aún no distingo en su expresión.

—¿Cómo has pasado la noche? —indaga ella, tan tranquila que hasta yo misma me sorprendo.

James se ríe y niega enérgicamente.

—¿En serio? ¿Esto forma parte de su juego? —murmura, escéptico y casi burlándose de las circunstancias.

—Para nada —replica River sin parpadear—. Es una pregunta normal. Las noches en confinamiento suelen alargarse y, a menudo,

lo único que te acompaña es aquello que intentas eludir: recuerdos, remordimientos, sombras que se agigantan en la oscuridad —añade, y se encoge de hombros.

Joder. Sigue siendo buenísima en su trabajo.

James traga saliva con dificultad y sus ojos saltan hacia mí por un instante antes de descender nuevamente. Está exhausto, pero no doblegado; hay individuos que se rompen bajo el peso del cansancio, mientras otros se endurecen ante la presión. Él intenta lo segundo, aunque una grieta sutil se insinúa ya en su fachada.

—He pasado la noche sin problemas —afirma al cabo de unos segundos, con una franqueza que a mí me parece más que ensayada.

—Pues no lo aparentas —observo yo, permitiendo que una pizca de indignación se filtre en mi voz, lo justo para llamar su atención—. Y te voy a decir por qué —añado. Me echo un poco hacia delante y lo miro directamente—. Huiste como si el mismísimo diablo te pisara los talones, irrumpiste en la casa de una mujer que ha sido asesinada, inundaste foros con calumnias para manchar el nombre de Valerie y justificar el homicidio de Amelia. Y ahora pretendes hacernos creer que has descansado plácidamente, como si fueras un puto niño.

James aprieta los dientes con fuerza. Parece sorprendido, pero no nos lo va a dejar ver tan fácilmente.

—Os aseguro que no he matado a nadie —declara.

—Aún no te hemos preguntado sobre eso —respondo, sintiendo cómo el pulso ya empieza a acelerarse por mis venas—. Lo que me intriga es el porqué de tus acciones, el motor oculto que impulsa esta cadena de decisiones claramente erróneas. ¿A quién estás protegiendo?

River me roza la rodilla por debajo de la mesa, recordándome que este no debe ser un duelo de fuerza, sino un juego donde lo

llevemos al borde del abismo y cada palabra actúe como una estaca justa y calculada para desestabilizarlo.

Inspiro profundamente y calmo el torrente de emociones que me invade.

—Está bien —concedo, moderando el ritmo—. Comencemos por los fundamentos que ya tenemos claros.

Aprieto el botón de la grabadora y la coloco a solo unos centímetros de la carpeta que hemos traído con nosotras. Recito su nombre completo tal como figura en el expediente, me pongo recta en el asiento y continúo con voz clara y profesional.

—… en relación con el allanamiento de morada en el domicilio de Amelia Trahan y la difusión de información falsa con el propósito de obstaculizar una investigación en curso. Presentes: la sargento Katherine Fortier y la consultora externa River Milano. Fecha…

James exhala un suspiro de exasperación, pero no interviene. Su mirada permanece fija en la mesa, como si buscara alguna imperfección o una vía de escape que no existe.

—Muy bien, James —prosigo una vez concluidas las formalidades—. ¿Por qué irrumpiste en la casa de Amelia?

El sospechoso se encoge de hombros con fingida indiferencia, un gesto que no logra disimular la tensión que contrae sus músculos.

—Quería ver si había algo… algo que demostrara que todos os equivocabais —murmura, sin prestarnos demasiada atención—. Que ella exageraba las cosas, que solo estaba montando un drama innecesario.

—¿Exagerar en qué sentido? —interviene River.

James abre la boca, vacila y el silencio se estira durante unos segundos.

—Que… que Valerie no era ninguna santa, ninguna víctima inocente —balbucea—. Quería demostrar que simplemente se largó,

que nos jodió la vida a todos, que abandonó a su familia, a sus amigos… sin mirar atrás.

Siento el ardor subir por las venas, pero mantengo la compostura, consciente de que cualquier explosión podría concederle una ventaja en este partido psicológico.

—Y por eso Amelia merecía morir, ¿verdad? Por indagar en asuntos que no le concernían —lanzo sin pensármelo dos veces.

James alza la cabeza bruscamente y sus ojos se inyectan en sangre.

—¡Jamás he dicho tal cosa! —exclama y da un golpe contra la mesa.

—No hace falta que lo verbalices —replico, presionando los puntos débiles que él mismo está mostrando—. Lo has dejado por escrito, lo has repetido hasta la saciedad: «Se lo buscó». «Eso le pasó por inmiscuirse donde no debía». «La verdad siempre sale a la luz». ¿Acaso eso no equivale a justificar un crimen atroz?

James desvía la mirada hacia River, buscando en ella un atisbo de compasión que le sirva de escudo. Error garrafal, porque River no le regala nada.

—¿Qué sensaciones te invadían al teclear esas palabras? —indaga ella, sin perder ni un ápice de su postura—. No me refiero a tus pensamientos racionales, sino a las emociones que sentías, a lo que te impulsó a hacerlo.

James ríe nervioso.

—No sentía absolutamente nada —asegura, pero el temblor en sus manos traiciona esa mentira.

River ladea ligeramente la cabeza, como si detectara una nota disonante en esta maldita sinfonía.

—Lo dudo mucho —le contradice con total tranquilidad—. Nadie invierte noches enteras en verter tanta mierda sobre otra persona sin que una emoción profunda lo motive. La rabia es un sentimiento

visceral; la repulsión, un veneno capaz de corroer hasta a la más buena de las almas; la urgencia de castigar, un impulso que nace de viejas heridas. Como las que tú tienes, James.

Observo sus manos temblorosas sobre la mesa, un detalle que acentúa la tensión que nos rodea: ¿cuánto más podrá resistir antes de que cante?

—Valerie era una manipuladora, por mucho que os hayan dicho que era una niña buena —escupe de repente—. Jugó con todos: con Gabriel, con el vecindario, con sus padres, con la comunidad entera. Y luego desapareció. Seguramente estará disfrutando de la puta vida, mientras nosotros seguimos llevando a cuestas la humillación que nos hizo pasar.

La palabra «humillación» resuena en mi cabeza y revela un dolor personal camuflado bajo ese plural.

River permanece inmóvil.

—¿Fue tu propia humillación la que te impulsó a hacerlo? —le pregunta con cuidado.

James frunce el ceño.

—Era la de todos —responde, evasivo.

—No —insiste River—. La humillación siempre tiene un origen, aunque se reparta en varias personas para aligerar la carga. ¿De quién viene?

James respira agitadamente y su mirada errante va hacia la pared, al espejo, a la mesa…

—De la familia… —murmura, como si las palabras le escocieran en la garganta—. De Gabriel y los suyos…

—¿Y dónde encajabas tú en este tapiz de vergüenzas?

Sus hombros se tensan visiblemente, un gesto que me provoca un escalofrío.

—Yo… simplemente estaba allí, observando la verdad entre la oscuridad —se interrumpe, apretando los labios con fuerza.

—No. Sabes que eso no es verdad —intervengo yo—. Has dedicado años a tejer un relato distorsionado, a ser el engranaje de una maquinaria siniestra. ¿Qué te movía a ello?

James me sostiene la mirada por un instante y en sus ojos percibo algo infantil, no inocente, sino dependiente, como si desafiar el statu quo le resultara inconcebible.

—Porque era lo que se esperaba de mí —confiesa, totalmente resignado.

River asiente con lentitud, como si hubiera descifrado un código oculto.

—¿Quién te inculcó que ciertas acciones eran obligatorias e inevitables, James? —le pregunta ahora.

James se remueve en la silla y traga saliva con visible esfuerzo mientras lucha contra el impulso de nombrar al fantasma que lo acecha.

—Ya os lo he dicho —insiste—. Toda la comunidad.

—La comunidad solo es un conglomerado de individuos; alguien debe dar las órdenes. ¿Quién era esa voz?

Aparta la vista de River, con las venas del cuello hinchadas. «Estamos cerca, muy cerca».

—No arrastraré a nadie más —murmura, obstinado.

—Ya lo has hecho —le recuerdo yo—. Irrumpiste en la casa de Amelia, convertiste a Valerie en un blanco de escarnio virtual, utilizaste a Gabriel como pretexto para lanzar tu veneno.

James aprieta los puños, incapaz de mover las manos por culpa de las esposas.

—¡Gabriel es intachable! —exclama con vehemencia—. Siempre ha actuado con rectitud, protegiendo lo nuestro.

River lo observa con impasibilidad, como si hubiera anticipado ese estallido.

—¿Qué significa «lo correcto» para ti, James? —indaga—. ¿Tachar a una adolescente de puta solo para justificar que no encaja con el mundo? ¿Calificar de «buscarse problemas» el asesinato de una mujer? ¿Allanar un hogar para eliminar evidencias incómodas?

James se queda mudo de golpe. Escucho mi propio pulso martilleando en los oídos y la atmósfera se carga, como si el juego no hubiera hecho más que empezar.

—Hablemos de Amelia —propongo, intentando reconducir la conversación—. ¿Qué pretendías encontrar en su domicilio?

James se humedece los labios nuevamente.

—Nada en particular —miente.

—Yo creo que, si no buscabas algo concreto, no habrías ido —interviene River, sin alterar el volumen—. Si solo era curiosidad, no habrías tardado treinta y siete minutos en salir de allí. Si te fuera indiferente, no habrías huido en el Ballands.

James tiembla visiblemente y, poco a poco, su fachada se rompe ante la presión.

—¿Te ordenaron que entraras? —pregunto yo, lanzando una bola rápida.

—No —niega con rotundidad.

—¿Te lo insinuaron, tal vez? —insiste River.

James aprieta la mandíbula hasta que los músculos se marcan.

—No… —responde, forzado, como si tuvieran que extraerle las palabras.

River se inclina un ápice más hacia él.

—No necesitas proteger a nadie —murmura—. Has cargado con fardos ajenos durante años. Y eso no tiene nada de coraje, James.

Más bien de estupidez. ¿Quién te condicionó para que lo hicieras? —pregunta River de nuevo.

—Nadie —suplica él, casi implorante.

—Entonces explícame por qué te bloqueas al mencionar a esa comunidad. ¿Por qué te comportas como un chiquillo sorprendido?

—Porque… —comienza, y se detiene de golpe.

River aprovecha la brecha para intervenir.

—Porque ellos te salvaron en su día —afirma, revelando la información que sabemos—. Y ahora sientes que les debes la existencia. ¿Me equivoco?

James parpadea aceleradamente, con la respiración entrecortada.

—No oses decir eso —dice, pero su voz carece de convicción.

—Tuviste una pérdida devastadora —prosigue River—. Y alguien te recogió del abismo, te brindó un refugio, un rol en su comunidad. Te dieron un propósito, pero también te llenaron de cadenas invisibles: reglas estrictas, un precio enorme por esa salvación…

El detenido aprieta los labios hasta blanquearlos y yo siento un escalofrío que me recorre la espalda. Teme a dónde pueda llegar River.

—Tú no defiendes a Gabriel por ser supuestamente perfecto —continúa ella—. Lo haces porque representa el núcleo, la familia adoptiva que te amparó. La noción de que la obediencia garantiza seguridad. Por eso Amelia te enfurecía, porque ella amenazó esa fachada. Por eso Valerie era un estorbo: un fallo en el sistema que ponía en jaque el orden. Y si el orden colapsa… te quedas sin cimientos, expuesto al vacío.

James contiene un sollozo con violencia, tragándoselo como un veneno necesario mientras su cuerpo tiembla sobre la silla.

—No sé de qué hablas —susurra, pero la convicción ha desertado por completo de él.

—Me parece que sí —replico yo—. Llevas tanto tiempo recitando el mismo guion que has olvidado la verdad original.

James me mira, con los ojos empañados por las lágrimas, y aún así veo el muro ahí.

—Valerie se marchó por voluntad propia —insiste—. Se largó porque así lo decidió. Y si algo le pasó después… no recae sobre nosotros.

River se recuesta en la silla, permitiendo que el silencio respire y que la tensión se acumule sobre nosotros.

—¿Qué implica ese «nosotros»? —quiere saber.

James abre la boca y se percata del desliz. El pánico empieza a aflorar en su expresión. Ha cometido un error garrafal.

—Nada —se apresura a decir.

—Ya, claro… —digo, presionándole—. ¿Sabes qué pienso yo? Que aquí está la clave. Porque eres solo tú, James, quien está encadenado, exhausto, y aterrorizado.

Él baja la vista.

—Amelia se buscó sus propios problemas —repite, aferrándose a la frase como a un salvavidas—. Lo advertí a quien quisiera oírlo. Se inmiscuyó en asuntos prohibidos.

—¿Prohibidos por qué? —pregunta River, rompiendo de nuevo la calma—. ¿Por tratarse de una desaparición? ¿De un asesinato? ¿Del silencio hacia tus cómplices?

—¿O por una verdad que alguien ansiaba sepultar para siempre? —añado yo.

James alza la cabeza, clava sus ojos en los míos y por un instante creo que va a ceder, a pronunciar el nombre que lo liberará de todo esto.

Pero no lo hace.

—No puedo… —murmura, totalmente roto.

—Puedes, pero eliges no hacerlo —replica River.

James respira con dificultad y se frota las muñecas contra las esposas.

—¿Qué pretendéis que diga? —susurra, al borde del abismo.

—La verdad —respondo yo.

—¿La verdad? —repite, con una sonrisa amarga en sus labios —. Lo que buscáis es a un chivo expiatorio, un monstruo al que encadenar para que el mundo recupere su puta simplicidad.

Sus palabras me golpean en el pecho, porque encierran una verdad incómoda: a veces perseguimos monstruos para delimitar el caos, pero esta historia es un laberinto cuya salida resulta difícil de encontrar.

River, imperturbable, prosigue:

—No —corrige con firmeza—. Yo deseo conocer qué rol te asignaron en este juego.

James se inmoviliza.

Y entonces, con una voz que emerge de las profundidades, confiesa de nuevo:

—No hice nada… que no se esperara de mí.

28

«Ve que pierde la esperanza gota a gota, como agua en un caldero agujereado.»
Maggie O'Farrell, *Hamnet*

MARION

Minutos atrás.

La casa de James destila silencio. Cruzo el umbral junto a River con cautela, como si invadir este espacio supusiera adentrarnos en terreno peligroso. Ella se detiene un instante en el recibidor y su mirada recorre el entorno con intensidad, como si en las paredes pudiera descubrir las respuestas que buscamos sin necesidad de revolver cada rincón, como si poseyera la capacidad de ver más allá con solo un vistazo.

—Qué control… —murmura—. Parece que James no tolera el menor desequilibrio, como si cada objeto estuviera destinado a recordarle el precio de equivocarse —añade, señalando con la cabeza hacia el frente.

Asiento sin apartar la vista del pasillo que se extiende ante nosotras y siento cómo el pulso se me acelera ligeramente ante la inmovilidad absoluta del entorno. El suelo reluce con una pulcritud que roza lo obsesivo, libre de cualquier mota de polvo en los rodapiés, sin un solo papel extraviado ni un adorno desplazado; aquí hay una simetría calculada, casi patológica. Entro al salón, y rozo con las yemas de los dedos el respaldo del sofá, que se muestra frío

e inmaculado, un mueble utilizado, pero jamás habitado con verdadera calidez, como si la vida aquí se redujera a una serie de rituales vacíos y repetitivos.

—Creo que este orden le sirve de escudo —respondo mientras compruebo lo limpios que quedan mis dedos después de pasarlos por un mueble, donde tampoco hay una sola fotografía—. Como si se hubiera construido capa a capa para evitar que cualquiera pueda ver qué hay en su interior.

River se acerca a la estantería principal y examina los volúmenes con curiosidad. Los libros se alinean por tamaño y temática, formando una barrera visual de rectitud: biblias con encuadernaciones desgastadas por el uso repetido, manuales de moral cristiana y tomos de historia local que parecen haber sido consultados día tras día por miedo a olvidar algo esencial. Extrae uno con delicadeza, lo abre por el centro y sus ojos recorren las páginas subrayadas con una uniformidad enfermiza, siempre el mismo rotulador azul, el mismo trazo firme y sin titubeos.

—Obediencia, sacrificio, corrección… —lee River en voz baja, y su tono se impregna de una neutralidad que contrasta con el peso de sus palabras—. Parece que estos pilares son como su armadura.

Un escalofrío me recorre la espalda, junto a un presentimiento que se enreda en mis pensamientos y que me sugiere que no estamos ante meros hábitos, sino ante un dogma incrustado en las propias paredes de esta casa. Me dirijo al escritorio, una pieza austera y funcional junto a la ventana, y abro el primer cajón con extremo cuidado, como si temiera activar algún mecanismo oculto. Dentro descubro varias carpetas etiquetadas con fechas y dos nombres que me hacen levantar la vista hacia River de inmediato: Valerie Benoit y Amelia Trahan.

Mis manos se tensan al extraer la primera pila de documentos.

—Mira lo que hay aquí —le indico a River mientras extiendo los papeles sobre la mesa con sumo cuidado—. No son recortes

aleatorios; están clasificados cronológicamente, como si formaran parte de una investigación personal.

River se inclina a mi lado, y juntas escudriñamos titulares amarillentos de periódicos, fotografías en blanco y negro que capturan rostros congelados en el tiempo y artículos subrayados con anotaciones marginales que continúan demostrando el odio visceral que James sentía hacia Valerie: «Manipuladora», «Víctima», «Provocación». En otro montón aparecen impresiones de los foros en línea que reconozco de las sesiones con Claudia y Alexander, pero aquí se ven reforzadas con correcciones manuscritas, como si alguien hubiera pulido cada argumento hasta hacerlo irrefutable.

—Es Valerie retratada como la artífice de su propio destino —murmura River mientras busca entre los artículos—. Y Gabriel, reducido a un daño colateral inevitable.

—Más bien a una víctima que justifica el sacrificio que hicieron con Valerie —corrijo, sintiendo cómo un nudo se aprieta en mi garganta y un amargor se extiende lentamente por mi pecho. Me doy cuenta de que esta narrativa no es improvisada, sino que está construida con premeditación y una frialdad calculada.

Continúo rebuscando y mis dedos hurgan en el fondo del cajón bajo una carpeta más voluminosa hasta dar con una memoria USB, cuyo peso resulta inesperadamente sólido en mi palma, como si guardara secretos capaces de inclinar la balanza de toda la investigación. La contemplo unos segundos y la deposito con cuidado en la bolsa de pruebas.

—No hay ni rastro del cuaderno —observo, y me encojo de hombros con resignación.

River niega con la cabeza, cada vez más convencida de que es una prueba desaparecida.

—Esto no es obra exclusiva de James —añade River mientras comprueba una vez más que no se nos haya escapado nada en el salón—. Si una comunidad entera quería protegerse, dudo mucho

que Gabriel, Zacharia o el resto hayan dejado todo el peso sobre una sola persona.

La miro fijamente y siento cómo el aire se espesa a nuestro alrededor, transformando la casa en un escenario intervenido, un rompecabezas donde las piezas ausentes hablan tanto como las presentes.

—¿Por qué lo dices? —pregunto, aunque una parte de mí ya intuye la respuesta.

—Porque lo he visto en los ojos de James —explica River mientras señala los huecos evidentes en las carpetas—. A pesar de su orden, es un tipo compulsivo y visceral, y lo que tenemos nos habla de que alguien sabía muy bien de qué debía deshacerse y cuando.

Miro alrededor con otros ojos; ya no se trata meramente del refugio de un peón en un juego mayor, sino de un santuario profanado donde las sombras de intrusos invisibles se proyectan en cada esquina. Un escalofrío me recorre la espalda: ¿quién más habrá pisado este suelo, anticipando nuestros pasos?

—Entonces no fue el único en irrumpir en la casa de Amelia —concluyo mientras me pongo de pie—. O bien alguien actuó después, cubriendo las huellas.

River asiente y su expresión se ensombrece.

—Nos están vigilando —responde—. Y es alguien que tiene el control de la narrativa, que sabe cómo adelantarse, y que red tejer para proteger un secreto mayor.

Recojo el resto de los documentos, cierro el cajón y me enderezo, inhalando profundamente para disipar las sensaciones oscuras que me abrazan.

El móvil vibra en el bolsillo de mi chaqueta y leo el nombre de Claudia que parpadea en la pantalla.

—Dime —respondo.

Su voz llega tensa y contenida, como si las palabras lucharan por escapar.

—Tenéis que volver ahora mismo —urge—. Dennise ha encontrado algo.

Intercambio una mirada con River y mi pulso se acelera de inmediato.

. . .

La sala de investigación bulle con energía cuando irrumpimos, un hervidero de expectativas que electriza el aire como la antesala de una tormenta. Me quedo de pie, apoyada en la mesa central con los brazos cruzados, sintiendo el peso de la fatiga en los hombros pero impulsada por la adrenalina de la investigación. Anthony y Alexander ocupan las sillas más próximas a la pantalla, y sus posturas rígidas dejan muy claro lo impacientes que están. Claudia se yergue frente al ordenador, con Dennise y Katherine a su flanco, manipulando el teclado mientras el ambiente se carga de un suspense que me oprime el pecho, como si todos intuyéramos que estamos al borde de un precipicio revelador.

—¿Qué ha pasado? —pregunto mientras dejo las bolsas de pruebas sobre la mesa.

Claudia no responde de inmediato; en su lugar pulsa una tecla y el sonido de una grabación inunda el espacio, una voz femenina que emerge como un fantasma del pasado: cansada, pero impregnada de una firmeza inquebrantable.

«No estoy grabando esto para nadie más. Es solo para ordenar mis ideas. Porque si no las digo en voz alta, siento que me van a devorar.»

Reconozco al instante la voz de Amelia Trahan y un nudo se forma en mi estómago, un alma resucitada que me deja sin aliento,

como si sus palabras atravesaran el tiempo para clavarse en mi conciencia.

«He pasado semanas mirando a los mismos sospechosos, haciendo las mismas preguntas, pero sus respuestas nunca me han encajado.»

Me tenso visiblemente, mis músculos se contraen mientras River da un paso adelante, atraída hacia la pantalla como por un imán invisible, y pronto, su expresión se convierte en un tapiz de concentración y empatía.

«Valerie no huyó solo por amor. Eso es una mentira cómoda. Una versión que muchos han intentado blanquear. Pero la verdad es mucho más sucia. Valerie era diferente. Y no, no era una fase como me han querido hacer creer.»

Un silencio sepulcral se apodera de la sala, roto solo por el leve crepitar de la grabación; siento cómo esa frase se me incrusta en el pecho, un dardo envenenado que despierta ecos de prejuicios enterrados.

«Lo dijeron así. Con esas palabras, en una reunión poco después de que la noticia de la desaparición saliera a la luz. Hace veintidós años mataron a Valerie Benoit. Y recuerdo la fecha exacta porque la anoté tres veces después de investigar un poco por el Ballands. Una conversación en una noche en la que decidieron que era mejor corregir el «error» que comprender a un alma que se sentía libre.»

Dennise se lleva la mano a la boca, mientras Anthony baja la mirada y su rostro se oscurece por una sombra de culpa. Cierro los ojos por un instante y siento el impacto físico de esas palabras, como un puñetazo que reverbera en mis costillas. Por mucho que esta investigación ya nos haya hecho sospechar algo así.

«Cuando una comunidad decide quién merece ser salvado y quién debe ser eliminado, deja de ser un refugio y se convierte en tribunal. Y Valerie fue juzgada sin opción a defenderse.»

River inhala profundamente, y sus puños se cierran con tensión, como si luchara contra el impulso de intervenir en esa narración póstuma. Aunque no pueda.

«Valerie nunca se marchó. Fue castigada. Pero ni yo, ni Nueva Orleans vamos a mirar más hacia otro lado.»

La grabación se interrumpe, dejando un vacío que se extiende como una brecha en el tiempo. Nadie osa romper el silencio durante segundos que se dilatan en la eternidad; un zumbido resuena en mis oídos y el aire se densifica de repente, trayendo de nuevo la voz de Amelia Trahan.

—«Valerie era diferente, no era una fase» —murmuro, repitiendo las palabras con un temblor en la voz.

River se gira hacia mí —en realidad todos—, sus ojos brillan con una intensidad que deja muy claro la turbulencia interior.

—Amelia se dio cuenta de que no fue un crimen impulsivo —interviene—. Fue ideológico, un veredicto colectivo que la comunidad disfrazó de protección.

Claudia se frota las sienes con fatiga y su expresión se convierte en un mapa de agotamiento.

—Y por desentrañar ese patrón, ese secreto, la silenciaron —añade, agotada—. Vio el tapiz completo, las hebras que conectan décadas de este silencio.

—La grabación estaba oculta en un archivo encriptado de su ordenador portátil —explica Dennise—. Lo encontré revisando backups antiguos; Amelia la guardó con una clave muy concreta, como si previera que alguien la buscaría en caso de que le pasara algo.

Alexander asiente y su mirada permanece fija en la pantalla apagada.

—Esto cambia todo —comenta—. No es solo un asesinato; es la culminación de un sistema que castigó a Valerie. Y eso solo puede significar que los sospechosos acaban de multiplicarse. Joder.

Miro la pantalla en blanco, como si la voz de Amelia pudiera resurgir en cualquier momento de nuevo. No obstante, las piezas empiezan a encajar en mi cabeza; el orden obsesivo en la casa de James, su lealtad, la violencia moral camuflada bajo un manto de cuidado comunitario. Un escalofrío me recorre la espalda.

—No perseguimos a un asesino aislado —declaro, sintiendo el peso de mis propias palabras—. Estamos apuntando hacia alguien con más poder, con el control de esta comunidad. A alguien que no se defiende en solitario y que usa a las personas como peones. Igual que hicieron con James.

River apoya una mano en el respaldo de una silla y su postura se convierte en un bastión de calma en medio del torbellino.

—Amelia lo intuyó desde el principio —afirma—. Estoy segura de que grabó esto sabiendo el precio que podía pagar. Incluso con miedo de que alguien lo encontrara antes.

Siento un peso colosal aposentarse en mi pecho, y visualizo la imagen de Amelia sola en algún rincón oscuro, vertiendo sus verdades en una grabación.

—La mataron antes de que pudiera exponer esta verdad al mundo —concluyo, y siento cómo mi cuerpo empieza a temblar—. Y tenemos que averiguar quién fue.

29

«Desde donde está podría ser que yo ni siquiera estuviera aquí.»
Maggie O'Farrell, *Tiene que ser aquí*

KATHERINE

3 de marzo.

Últimamente siento que esta sala de interrogatorios se ha convertido en mi segunda casa, un lugar donde el tiempo queda expuesto a otro tipo de heridas. Cierro la puerta tras de mí y permito que el eco del pestillo se propague durante unos segundos. Gabriel ya ocupa su lugar al otro lado de la mesa, con las manos posadas sobre la superficie y los dedos entrelazados en un nudo que me deja ver su tensión. No se esperaba que lo llamáramos tan pronto de nuevo, y la rigidez de sus hombros lo demuestra con claridad. Al principio evita mi mirada y clava los ojos en un punto indefinido de la pared, como si en ese lugar buscara un resquicio por el que evadirse de la realidad que lo acorrala.

Alexander camina tras de mí. No se sienta, se recuesta contra la pared con los brazos cruzados sobre el pecho, escrutando a Gabriel con esa capacidad que tiene de poner nervioso a cualquiera sin siquiera abrir la boca. Tomo el control y dejo la carpeta sobre la mesa sin abrirla aún.

—Gracias por acudir una vez más, Gabriel —comienzo, sonando casi cortés, consciente de que fingir puede ser el anzuelo perfecto en esta nueva partida—. Sé que este tipo de conversaciones no son

sencillas, pero las circunstancias nos obligan a insistir en algunos puntos.

Gabriel entorna los ojos, delatando lo cansado que está de este tema.

—Tampoco me habéis dejado muchas alternativas, ¿no? —replica, marcando en su acento ese matiz de amargura—. Cada vez que creo que hemos zanjado el asunto, volvéis a molestar, como si tuviera todo el tiempo del mundo.

—Digamos que tenemos nuevas piezas que encajar —respondo, escrutando su mirada para ver más allá—. Además, hay algunas cosas que nos has contado que no cuadran del todo con lo que hemos desenterrado.

Se encoge de hombros en un gesto que pretende ser despreocupado, pero que resulta forzado, como si sus músculos se resistieran a seguir este interrogatorio con naturalidad.

—Ya os he contado todo lo que sé. Tenéis a Zacharia. Y el Ballands ya está siendo investigado por otra de vuestras unidades. ¿Qué más queréis saber? —pregunta con desdén.

Alexander se mueve con lentitud, se aparta de la pared para ocupar la silla adyacente y mantiene una distancia clave sin apartar la mirada de Gabriel.

—Veo que estás atento a lo que hace la policía —interviene, mientras esboza una sonrisa—. Pero no es eso lo que queremos comprobar.

El silencio se condensa a nuestro alrededor. Observo a Gabriel con atención, registro el modo en que traga saliva y el parpadeo acelerado que traiciona su compostura estudiada. Poco a poco aparecen espasmos fugaces que empiezan a romper esa fachada de control que ha presentado ante nosotros, dejándome claro que las ganas de saber qué ocurre palpitan incluso en su respiración.

—Comencemos por algo elemental —propongo—. Háblanos nuevamente de Valerie, pero esta vez detente en los detalles que

quizá hayas podido omitir por… las circunstancias.

Gabriel aprieta los labios en un gesto de contención y demora la respuesta como si necesitara pensarse bien qué decir y qué callar.

—Ya lo he dicho en innumerables ocasiones —responde, agitando la mano en un ademán vago—. Miren, he intentado honrar lo que tuvimos en su día, pero lo cierto es que Valerie era una chica complicada, inestable por naturaleza. Se aferró a mí con una intensidad que rayaba lo obsesivo, y cuando comprendió que no podía dominar la situación, optó por desaparecer. Ese es el resumen esencial.

—¿Aferrada a ti? —repito, ladeando la cabeza con fingida perplejidad—. En declaraciones previas afirmaste que la relación era recíproca, un amor mutuo.

—Lo fue, sin duda —contesta con excesiva rapidez, y parece que las palabras tropiezan contra sus labios—. Claro que lo era, al menos al principio.

Alexander se inclina hacia adelante, apoya los antebrazos sobre la mesa en un gesto que acorta la distancia psicológica con el interrogado y después, lo observa con fijeza.

—Me parece muy curioso… —observa sin elevar el volumen ni apartar la mirada de Gabriel—. Que cada vez que te refieres a ella como persona, la pintas como un inconveniente, nunca como alguien por quien sintieras… cariño.

Gabriel frunce el ceño.

—Lo que digo… más bien se ajusta a la realidad —protesta enseguida.

—¿En serio? —replica Alexander mientras vuelve a sonreír—. «Complicada». «Inestable». «Manipuladora». Son expresiones tuyas, no mías, que conste.

Gabriel abre la boca para rebatir lo que dice Alexander, pero la cierra de inmediato y se pasa la lengua por los labios resecos en un

gesto nervioso.

—Las relaciones no se reducen a blanco o negro —concede poco después, mientras estira la espalda en una postura defensiva—. Puedes amar a alguien y, al mismo tiempo, reconocer el daño que te hace, el caos que siembra a su alrededor.

Asiento con lentitud y permito que mis ojos se claven en los suyos para medir la profundidad de su sinceridad.

—Comparto esa visión —admito, mientras afirmo desinteresadamente con la cabeza—. Pero cabe la posibilidad que de tanto repetir un relato acabe convirtiéndose en tu verdad, pero no en la real. —Hago una pausa calculada y dejo que el silencio se instale entre nosotros—. Gabriel, te has encargado de contar la misma versión durante años. Me intriga saber si alguna vez te has detenido a cuestionar sus cimientos.

—Porque es lo que fue —responde, con un destello de irritación iluminando sus ojos—. Valerie simplificaba las cosas, evitaba las complicaciones.

La palabra «simplificaba» queda suspendida entre nosotros.

—Ya… —habla Alexander, mientras coloca las manos sobre la mesa y entrelaza sus dedos—. ¿Para beneficio de quién, exactamente?

Gabriel se remueve en la silla y el metal chirría ligeramente bajo su peso.

—Para todos los implicados —murmura, evasivo.

—Sé más concreto, por favor —insisto.

—Valerie no era la típica chica que encajara en el molde ¿vale? Siempre andaba al borde del abismo, empujando límites que no debían traspasarse. No era… sencilla de manejar.

—¿No encajaba en qué contexto? —indago, formulando la pregunta con una inocencia aparente y notando cómo sus hombros se endurecen de nuevo.

Gabriel vacila y una pausa se extiende como una sombra que lo rodea y lo abraza, dándole un sentimiento de seguridad que, en realidad, no tiene.

—En ninguno —responde al cabo de unos segundos—. Ni en la comunidad, ni en su hogar, ni en su propia existencia. En el día a día.

Alexander lo observa durante unos segundos.

—Abordemos la naturaleza de la relación —propone entonces —. ¿Valerie estaba enamorada de ti de verdad?

Gabriel parpadea repetidamente. Después sus ojos danzan brevemente por toda la sala antes de fijarse en un punto neutro.

—Sí —afirma, pero la palabra emerge sin vigor.

—No te he preguntado por tu percepción —replica Alexander, y su tono inalterable le hace suspirar—. Te he preguntado si lo estaba de verdad.

—Claro que sí, joder —insiste Gabriel, elevando ligeramente la voz—. ¿Qué sentido tendría mentir con algo así?

—Porque has tejido un tapiz de medias verdades durante veintidós años —intervengo yo, ahora sí, mientras abro la carpeta sobre la mesa—. Y más te vale que nos cuentes la verdad ahora, o esto va a tener unas consecuencias brutales para ti.

Noto cómo se tensa.

El golpe aterriza limpio; Gabriel me fulmina con la mirada y noto cómo un sentimiento de furia bulle en sus ojos, pero bajo esa superficie arde el pánico, lo veo con mucha claridad.

—No tenéis la menor idea de lo que estáis insinuando —espeta, y veo cómo los labios le tiemblan. Sabe que ya no tiene más salidas.

—Puede que no… —concedo, sosteniendo su mirada—. Y es precisamente por eso que te lo estoy preguntando. —Hago una pausa y dejo que la tensión se acumule a nuestro alrededor—. ¿Estaba enamorada de ti?

El silencio se estira y me oprime el pecho. Gabriel baja la mirada, y entrelaza sus dedos de nuevo, con tanta fuerza que los nudillos se le ponen blancos. Y aquí empieza el debate, las grietas que van abriéndose dentro de él. «Se acaba de chocar contra un muro».

Tarda veinte segundos en levantar la vista, fijar su atención en mí y decir:

—No ¿vale? No.

—Repítelo —le insisto, intentando no perder su atención.

—Que no —repite, esta vez con nitidez—. No estaba enamorada de mí.

Siento un vuelco en el estómago, y las piezas se reordenan con violencia y dejan que todo el relato construido se tambalee delante de nosotros.

—Entonces… —prosigo con deliberada parsimonia—, ¿de quién lo estaba?

Gabriel abre los ojos, su mirada salta del espejo a Alexander y finalmente a mí.

No responde.

—Gabriel —insiste Alexander, carraspea y golpea con un dedo las fotografías que hay dentro de la carpeta—. Callarte ahora no te va a dar ningún beneficio.

Aprieta los labios en un gesto de negación y sacude la cabeza con vehemencia.

—Vosotros no lo entendéis —balbucea Gabriel, y el temblor se extiende a sus manos—. Si os lo digo, estaremos jodidos. Todos.

—¿No te das cuenta de que ya lo estáis? —apunta Alexander, y el sospechoso aprieta los labios—. La cuestión es si permitirás que esto te arrastre en su caída o serás capaz de liberarte a tiempo.

Gabriel se inclina hacia adelante, apoya los codos en la mesa y se frota el rostro con las manos.

—Lo único que yo hice fue… —empieza, tragando saliva con esfuerzo—. Colaborar para que la narrativa se ajustara a esta versión. Nada más.

—¿Por qué razón? —indago, consciente de que apretándole no vamos a conseguir que diga un nombre.

Gabriel suelta una carcajada, carga de resignación.

—Porque alguien debía asumir ese rol —responde, alzando la vista hacia mí con ojos enrojecidos—. Porque de lo contrario el escándalo habría sido devastador. Porque no se trataba solo de su vida, sino de un equilibrio, del bienestar de esta comunidad.

Alexander ladea la cabeza.

—¿Quién lo orquestó? —le pregunta, y veo cómo mi hermano también se tensa un poco.

El silencio desciende nuevamente.

—Muy bien. Así que tú no eras el problema —continúa Alexander, reconduciendo de nuevo la conversación—. Eras la solución, el relato creado a la perfección, el muchacho intachable cuya vida fue trastocada por una chica problemática. —Hace una pausa deliberada—. Y has decidido cargar con ese peso durante mucho tiempo, pero ya va siendo hora de que lo dejes ir.

—¿Quién asesinó a Amelia? —lanzo de improviso.

Gabriel alza la mirada con brusquedad y el color abandona su rostro.

—No lo sé —responde.

—Mientes —afirmo.

—Que no —insiste con desesperación—. Conozco quién pudo sentirse presionado por ella, pero no quién la mató.

Un nudo se forma en mi garganta. Gabriel ha sostenido durante décadas una estructura que lo trasciende, persuadido de que su abnegación era indispensable.

—Amelia murió por desentrañar esta puta red. Por dejar claro que Valerie no huyó por capricho, sino que fue expulsada. Masacrada por la comunidad que debía protegerla.

Gabriel cierra los ojos, un gesto mínimo que destila devastación.

—Lo sé —admite, con la voz convertida en un eco de resignación.

—Entonces dime —apremio, inclinándome para acortar la brecha—. ¿Quién mató a Amelia?

Gabriel abre los ojos y los clava en los míos con una intensidad febril. En ese momento, Alexander se pone en pie, pasea por la sala unos segundos y regresa a su asiento, esta vez más próximo a la mesa.

—Gabriel —interviene—. Te has convertido en el escudo del mal. Y los escudos, tarde o temprano, se acaban rompiendo. ¿Entiendes?

—Yo ya lo he hecho —responde él, con una calma espectral que me eriza la piel.

Y le creo, porque en sus ojos veo el vacío de quien ha sacrificado su esencia por un secreto mayor.

El interrogatorio se prolonga en un ciclo agotador, regresa una y otra vez al mismo muro y las preguntas rebotan como ecos en un vacío. Gabriel se atrinchera en su silencio, no por carencia de palabras, sino porque intuye que liberarlas lo despojaría de toda identidad. Finalmente lo escoltan fuera, con la espalda encorvada y la mirada extraviada en un horizonte invisible.

Me quedo sentada unos instantes, contemplo la mesa desierta y siento el cansancio infiltrarse en mis músculos como un veneno

lento, pero con la claridad de que Gabriel no es el villano que perseguimos, sino la coraza que lo ha resguardado durante lustros, al igual que ha hecho James.

—Vamos con el siguiente —sugiere Alexander, rompiendo el silencio.

Estoy segura, de que pronto vamos a llegar al final.

30

«Desde donde está podría ser que yo ni siquiera estuviera aquí.»
Maggie O'Farrell, *Tiene que ser aquí*

MILANO

Al día siguiente.

Los teléfonos no han dejado de sonar desde primera hora de la mañana, con mensajes anónimos y quejas formales que han ido llegando de todas partes de la ciudad. Estoy sentada en mi despacho, con la mirada perdida en la pantalla del ordenador, mientras escucho los pasos en el pasillo y las voces que se apagan en cuanto alguien se cruza con Katherine o conmigo; una reacción en cadena después de los últimos avances de la investigación.

Alexander aparece de pronto en el umbral, sin anunciarse. Lleva la chaqueta colgando del hombro y una expresión que acentúa las ojeras bajo sus ojos.

—Tenemos otra queja —anuncia—. Esta vez de la asociación de vecinos del distrito este. Expresan «preocupación por la deriva ideológica de la investigación».

No puedo reprimir la sonrisa amarga que pinta mi rostro. «Odio la prensa sensacionalista».

—Siempre me ha sorprendido cómo la palabra «ideología» se convierte en un arma arrojadiza en cuanto los argumentos de los

vecinos se agotan —respondo, recostándome en la silla y dejando escapar un suspiro largo.

Alexander entra del todo y cierra la puerta, apoyando después la espalda contra esta, como si necesitara un punto de apoyo antes de continuar. Su postura deja entrever el cansancio que, prácticamente, se denota en cada uno de los miembros de esta unidad.

—Pues eso no se queda ahí —añade, pasándose la mano por la nuca en un gesto nervioso—. También han contactado con mi antiguo superior. Dos veces, como si el ejército tuviera algo que ver. Pero como es colega mío, ha querido que esté al tanto.

Levanto la vista de inmediato y siento un cosquilleo de alerta en la nuca.

—¿Y qué te ha dicho?

—Que «tenga cuidado» —contesta, marcando las comillas con los dedos—. Que estos asuntos escalan con rapidez cuando se tocan «pilares respetados» de la comunidad. Estaba claro que cuando Zacharia, Gabriel y James abrieran la boca, nos iban a joder la vida.

La palabra «pilares» se queda rondando por mis pensamientos. Es un término que he escuchado en muchos contextos, pero ahora parece cargar con un peso mucho mayor, como si insinuara una red de influencias que se extiende más allá de lo que hemos visto a simple vista.

—Eso significa que estamos pisando terreno muy delicado y que estamos más cerca de lo que ellos desearían —comento mientras me levanto y me acerco a la ventana. En la calle, la vida sigue con una normalidad falsa.

Alexander asiente, aunque su rostro no se relaja; al contrario, se ensombrece todavía más.

—O que ya se están preparando para contraatacar —murmura. Se acerca a la mesa, apoya las manos y se inclina para descansar un poco.

Me giro hacia él y cruzo de brazos.

—¿Has hablado con Katherine?

—Está con Marion en la sala de reuniones —responde, enderezándose—. Analizando los últimos movimientos de la comunidad. Han solicitado una reunión formal con la jefatura para «aclarar los malentendidos».

Cierro los ojos un instante, visualizando el patrón que se repite: siempre recurren a eufemismos cuando sienten que el control del relato se les escapa.

—Lo de James tampoco pinta bien —añade Alexander, bajando la voz, como si las paredes pudieran oírnos—. Ha pedido un abogado que no figura en los registros habituales. Insiste en que alguien iba a venir a sacarlo de aquí.

—¿Iba? —repito

—Sí, como si la protección que le prometieron se hubiera evaporado. Por eso necesita un nuevo abogado. He visto algo parecido en otras ocasiones —me confiesa, y se rasca la barbilla durante unos segundos—. Cuando un sistema empieza a resquebrajarse, sacrifica primero a los elementos prescindibles para salvar el núcleo.

—James siempre ha sido uno de esos elementos —afirmo sin rodeos—. Igual que Gabriel.

—Para mí… esto ya no se limita solo a resolver un caso —dice, caminando un poco por la sala.

—Creo que nunca se limitó a eso —replico, sosteniendo su mirada.

Salimos del despacho y recorremos el pasillo. Las miradas se desvían con una rapidez que algunos ya ni se molestan en simular. Nadie dice nada, pero el conocimiento colectivo late en el aire. Vamos a tener problemas y eso, no suele gustarle a la gente.

Ya en la sala de descanso, veo a Katherine junto a la máquina de café, sujetando la taza en el aire. Marion, por su parte, se apoya en la encimera con los brazos cruzados. Al percatarse de nuestra llegada, Katherine levanta la vista y su expresión se endurece.

—Acaban de llamar de la oficina del fiscal —anuncia sin preámbulos—. Preguntan si estamos seguras de la dirección que está tomando la investigación.

—¿Preguntan o amenazan?

—Ni ellos mismos lo saben —interviene Marion—. Aunque el matiz no era precisamente cordial.

Katherine da un sorbo al café sin ganas y deja la taza sobre la encimera.

—Esto confirma lo que ya sospechábamos —continúa—. No estamos luchando contra alguien aislado; se están poniendo nerviosos.

—Y a estas alturas, ya no van a necesitar esconderse —agrego, totalmente convenida—. Les bastará con generar el suficiente ruido para sembrar dudas entre los demás.

Alexander asiente y se coloca junto a la ventana.

—O para conseguir que alguien retroceda —comenta.

Nos observamos los cuatro durante unos segundos que parecen eternos.

—James ha solicitado un abogado externo —menciono—. Estoy segura de que ya no confía tanto en la gente que se supone debe de protegerle.

Katherine frunce el ceño.

—¿Y no será una estrategia para ganar tiempo?

—No —respondo, sintiendo un escalofrío recorrerme la espalda —. Creo que, por primera vez, percibe el abismo que se abre bajo sus pies. Que le han abandonado.

Marion exhala un suspiro largo y profundo.

—Eso lo volverá imprevisible —observa—. Y potencialmente peligroso, vamos a tener que apretarle para averiguar la verdad.

La conversación se interrumpe de pronto por un ruido metálico de un carrito lleno de archivadores que un agente mueve por el pasillo.

—Debemos actuar con la máxima cautela —advierte Katherine —. A partir de ahora, cada movimiento será observado con lupa. No podemos correr más riesgos.

—Quizás así, se vayan quitando las máscaras poco a poco —sentencio.

. . .

Paso el resto del día moviéndome entre despachos y atendiendo llamadas como si fuera una puñetera recepcionista. A última hora, Alexander y yo coincidimos en el aparcamiento, donde el silencio es capaz de dejarme sin aliento.

—Kat tiene que terminar algunos informes antes de regresar a casa. ¿Te llevo? —se ofrece, señalando su vehículo.

—Sí —acepto, y a los pocos segundos, ya estoy en el asiento del copiloto.

El trayecto transcurre en silencio. Las farolas se encienden poco a poco y el tráfico se vuelve más constante a medida que nos adentramos en la zona residencial

—¿Te has dado cuenta de un detalle? —pregunta Alexander de pronto, sin apartar la vista de la carretera.

—¿De cuál?

—El modo en que la gente parece haberse hecho eco de la noticia cuando se ha indagado un poco más en la comunidad religiosa.

—Como si lo demás no les importara una mierda —comento y me masajeo el puente de la nariz—. Parece que las vidas de Valerie y Amelia sean nada para ellos. —Me encojo de hombros y le dedico una sonrisa—. Pero no aguantarán mucho más. Y cuando esto se derrumbe, tendremos la verdad ante nuestras narices.

Cuando llegamos a casa, le ofrezco a Alexander una cerveza y nos sentamos en el sofá un rato. Y antes de que pueda llevarme la mía a los labios se oyen dos golpes secos contra la puerta.

Nos quedamos inmóviles durante un segundo, e intercambiamos las miradas.

—¿Esperas a alguien? —me susurra Alexander.

—No —respondo, y me acerco a la puerta.

Miro por la mirilla y siento cómo el corazón me golpea con fuerza contra el pecho.

—Es Helena —anuncio y veo cómo Alexander frunce el ceño.

—¿Qué demonios hace aquí a estas horas?

Helena aparece en el porche, con la chaqueta desabrochada, el pelo revuelto y los ojos enrojecidos por un llanto reciente. Tiembla visiblemente, pero estoy segura de que no es por el frío.

—Por favor… —balbucea entre sollozos, extendiendo una mano temblorosa hacia mí—. Tengo que contaros la verdad… antes de que sea demasiado tarde.

31

«Desde donde está podría ser que yo ni siquiera estuviera aquí.»
Maggie O'Farrell, *Tiene que ser aquí*

KATHERINE

Nunca pensé que la noche fuera a dar este giro inesperado. Cuando Helena empieza a hablar, está sentada en nuestro salón y Alexander hace unos minutos que se ha marchado. River está a mi lado, inmóvil, frotándose las manos con nerviosismo, consciente de que lo que puede escuchemos a continuación, podría dar un giro de ciento ochenta grados al caso.

—Es que… no podía seguir callada ni un segundo más —murmura Helena, y un sollozo quiebra esas palabras mientras tiembla de pies a cabeza—. Este secreto me está devorando viva, agentes. Ya no lo soporto.

Está pálida como un fantasma. Por un instante tengo la tentación de ir a buscarle un vaso de agua, pero River me detiene con una mirada rápida y significativa. El viento nocturno golpea las ramas de los árboles que se escuchan ahí fuera, y sin pensármelo dos veces, asiento despacio, dándole a Helena el espacio que necesita para que las palabras fluyan.

—Tranquila, aquí estás a salvo —la invito, sabiendo que en momentos como este una palabra fuera de lugar puede cerrar la puerta para siempre—. No estamos aquí para juzgarte, Helena. Solo queremos conocer la verdad.

Sus ojos enrojecidos y vidriosos saltan de los míos a los de River, buscando en nuestras expresiones un lugar donde aferrarse, como si necesitara confirmar que no va a saltar al vacío sin red. Traga saliva con dificultad y sus manos se sujetan con más fuerza a la ropa que lleva puesta, arrugando la tela entre los dedos.

—Valerie… —empieza, pero enseguida titubea y tiene que tragar saliva de nuevo para poder continuar—. Valerie y yo éramos novias. Lo fuimos en secreto durante meses enteros. Nos ocultábamos de todos porque sabíamos perfectamente lo que ocurriría si ese «pecado» salía a la luz.

El corazón me golpea con fuerza contra las costillas y siento cómo el aire abandona mis pulmones de golpe. Las palabras que Gabriel confesó días atrás se tejen de una forma distinta con esta revelación y le otorgan al caso un peso emocional que lo transforma por completo; y de una forma mucho más dolorosa de lo que había imaginado. River se inclina un poco hacia delante, invitándola a continuar hablando.

—Valerie era lesbiana, por eso… por eso se portaron de esa manera tan atroz con ella en cuanto se supo —prosigue Helena. Su voz gana un poco de fortaleza, aunque sigue sin ser capaz de mirarnos directamente a los ojos—. Cuando lo descubrieron, todo se torció de la peor forma posible. Sus padres, la comunidad entera… lo tomaron como una desviación que había que extirpar como si fuera un tumor maligno. Decían que debía acabar con esa fase, que no lo iban a tolerar bajo ningún concepto. Querían recluirla, vigilar cada uno de sus pasos y reconducirla por el camino de la rectitud, aunque fuera de la peor manera posible.

Cada palabra resulta más dura y dolorosa que la anterior. River aprieta los labios con fuerza y percibo la furia que siente en la tensión de sus hombros. Helena se lleva una mano al pecho, como si el mero recuerdo le oprimiera el corazón e impidiera que respirara con normalidad.

—La última noche que la vi… —continúa, inspirando de forma entrecortada—, me pidió que nos fugáramos, que dejáramos atrás este infierno y empezáramos de cero en algún lugar donde nadie nos juzgara. Valerie estaba decidida; sus ojos brillaban con una esperanza que me aterrorizaba y me emocionaba a partes iguales. Yo también lo deseaba con toda mi alma, pero… no encontré el coraje necesario para dar el paso. No… me vi capaz.

—¿Qué te detuvo exactamente? —pregunto.

Helena alza la mirada y en sus ojos destella un terror que tiene nombre y apellidos.

—Gabriel, creo que también nos vigilaba —confiesa, con los labios temblando de nuevo. Helena se limpia la nariz con el dorso de la mano antes de continuar—: Me dejó muy claro que, si seguíamos adelante, Valerie pagaría las consecuencias. Que la buscaría debajo de las piedras si hacía falta y que la destrozaría. Mi hermano puede parecer muchas cosas, pero desde luego siempre cumple su palabra, para bien o para mal.

Un nudo se forma en mi estómago y me aprieta con fuerza, mientras las piezas del rompecabezas que llevamos día se unen unas a otras en este entramado de control y violencia sistemática.

—¿Le contaste algo a Valerie sobre esas amenazas? —indago, notando cómo el pulso se me acelera.

Helena niega con la cabeza de forma vehemente y las lágrimas comienzan a surcar sus mejillas.

—No, no quise aterrorizarla más de lo que ya estaba —admite con la voz rota—. Pensé que, si aguantábamos un poco más, si yo me sometía a sus reglas y fingía obediencia, el temporal acabaría pasando y podríamos construir un futuro distinto —añade, casi con una sonrisa amarga que se le queda a medio camino—. Es irónico, porque esa palabra, «obedecer», acabó convirtiéndose en mi propia cárcel.

La obediencia, ese mantra enfermizo que ha aparecido una y otra vez en el resto de confesiones, resuena a nuestro alrededor como si fuera el eco de un monstruo siniestro.

—Al día siguiente —prosigue Helena a pesar del dolor evidente —, Valerie había desaparecido sin dejar rastro. Durante semanas me aferré a la ilusión de que había huido sola, que había reunido el valor que a mí me faltó. Pero cuando los meses se acumularon sin una sola llamada, sin una nota, sin el menor signo de vida… comprendí que no había sido así. Que Valerie no se había marchado por voluntad propia —añade, y exhala un suspiro desesperado—. Me di cuenta que ellos la habían callado para siempre, borrándola como si nunca hubiera existido.

El silencio desciende sobre las tres, interrumpido solo por el rumor distante de un coche que circula por la calle. Siento una oleada de náuseas ante la brutalidad de esa realidad que, en el fondo, ya conocíamos, pero que ahora se revela ante nosotras con una crueldad descarnada.

—Después de aquello —continúa Helena—, me desmoroné. Me convertí en una sombra de mí misma, sumisa hasta dar asco, al servicio de mi hermano, de la comunidad y de sus dictados invisibles. Dejé de cuestionar sus normas, dejé de amar, dejé de vivir. Solo existía para no llamar la atención.

—Helena —intervengo, sosteniendo su mirada—. Mírame bien. Nada de esto recae sobre ti; fuiste una víctima más dentro de esta red de control.

Se ríe, pero lo hace con un desprecio que puedo ver con claridad.

—Claro que recae sobre mí —replica, y tensa la postura—. Valerie perdió la vida porque yo no tuve las agallas para protegerla, para arrastrarla lejos de este veneno que nos rodeaba a diario.

—Valerie fue asesinada porque alguien decidió imponer un castigo —interviene River, dejándole claro la situación—. Ni tu miedo

ni tu amor la mataron; lo hizo un sistema autoritario que se rige bajo reglas asquerosas.

Helena sacude la cabeza y su cuerpo tiembla con mayor violencia, como si las palabras liberadas hubieran desatado por fin la tormenta interior que llevaba conteniendo tanto tiempo.

—No es solo eso —confiesa, respirando hondo para armarse de valor—. Hay capas mucho más oscuras, mucho más podridas, de las que no tenéis ni idea. Y el padre de Valerie… él es el epicentro, el cabecilla de una red de tráfico que se extiende más allá del Ballands y que da dinero a mucha gente. Zacharia opera bajo sus órdenes, y Gabriel… Gabriel es su sombra más leal. Incluso James, ya habéis visto cómo llenaba esos foros de odio. Aunque es un idiota al que siempre ha usado.

Siento el vértigo acechándome, un golpe seco en el estómago, mientras la investigación cobra de pronto una dimensión mucho más dura, donde los secretos se convierten en una red horrorosa.

—Por eso se cubrían las espaldas unos a otros —prosigue Helena, con mayor urgencia en la voz—. Por eso nadie se atrevía a hablar, porque temían el colapso de todo este maldito entramado. Y Amelia… —se interrumpe de golpe y se cubre la boca con la mano, como si las palabras quemaran.

—¿Qué pasa con Amelia? —presiono, notando cómo el pulso me martillea con fuerza en las sienes.

Helena vacila un instante, pero luego las palabras brotan con una crudeza devastadora.

—Fue él —balbucea—. Él la mató, igual que a su propia hija. Hace unos días lo oí hablar con mi hermano en casa; creían que yo no estaba cerca. Discutían como si el asunto estuviera zanjado, como si Amelia hubiera cruzado una línea invisible y hubiera pagado por ello, asegurándose de que nada saliera a la luz.

River se tensa a mi lado y la máscara de profesionalidad empieza a resquebrajarse poco a poco.

—Hablaban con una frialdad que me heló la sangre —continúa Helena—, planeando cómo atar todos los cabos sueltos para que el secreto no saliera a la luz. Nunca imaginé… nunca imaginé que ese hombre tuviera el valor de haber matado a su propia hija, solo por… solo por amarme… a mí.

Helena se levanta del sofá y se dirige hacia la puerta. Cuando abre, se lleva las manos a la cara, intentando contener el peso del dolor que lleva dentro.

—Helena —digo nada más llegar a su lado, y la agarro con fuerza, antes de que se pueda llegar a derrumbar—. Tenemos que ir a comisaría de inmediato para protegerte y formalizar tu declaración.

Se gira, nos observa y asiente, antes de echarse a llorar.

—Fue él, joder. Fue él —repite, clavando sus ojos en los míos con desesperación, como si todavía no se creyera sus propias palabras—. Y yo tuve la culpa.

—No —la contradigo, y la abrazo para anclarla con mi presencia —. Escúchame bien, no pienso permitir que cargues con esa culpa. Fuiste manipulada, como tantas otras personas. Ahora estás aquí y nosotras te respaldaremos hasta el final.

Por un instante mis palabras parecen perforar su armadura y sus hombros se relajan mínimamente, como si el peso que llevaba encima se aliviara un poco. Sin embargo, enseguida niega con la cabeza.

—No podéis protegerme —susurra, con la mirada teñida en pánico—. No comprendéis la envergadura real de esta red ni lo que hacen con quienes se atreven a hablar: los aplastan sin piedad.

River se planta frente a ella y esboza una sonrisa que hace de faro en mitad de la oscuridad.

—Claro que lo comprendemos —replica, colocando las manos con decisión sobre sus hombros—. Y precisamente por eso te escoltaremos. Solo necesito hacer una llamada rápida para coordinar a los equipos. Vamos a ir a por ellos. Te lo prometo.

Cuando busco las chaquetas y toda la documentación, cierro la puerta a mi espalda. Saco el móvil del bolsillo y mis dedos rozan la pantalla con urgencia, pero en ese preciso instante algo cambia en el ambiente: una tensión súbita que me pone en alerta.

—Katherine… —murmura River.

No alcanzo a responder. Miro hacia Helena, que nos espera en la acera, cuando un motor ruge con violencia desde el final de la calle. El coche acelera con ferocidad. Giro la cabeza justo a tiempo para ver los faros de un vehículo que no reduce la velocidad sino que embiste con un propósito letal.

—¡Helena! —grito con todas mis fuerzas.

Todo ocurre en una fracción de segundo, aunque mi mente lo procesa con una lentitud angustiosa: el chirrido agudo de los neumáticos contra el asfalto, el destello cegador de los faros iluminando el horror, el impacto sordo y brutal del cuerpo de Helena contra el capó. El sonido es visceral, un golpe seco que me revuelve las entrañas y la envía por los aires antes de que caiga al suelo con un impacto brutal.

El coche no frena. Gira con violencia y huye calle abajo, engullido rápidamente por las sombras.

—¡Hijo de puta! —rujo, lanzándome hacia ella con el corazón en la garganta.

River ya está arrodillada a su lado cuando llego. Intenta que la mirada de Helena siga enfocada en ella.

—Respira, tranquila, estoy aquí —le dice, aunque percibo el pánico en sus propios ojos—. Mírame fijamente, quédate con nosotras, no te rindas.

Helena gime de dolor y la sangre comienza a extenderse bajo su cuerpo en un charco oscuro. Tiene una pierna torcida en un ángulo imposible y cada vez respira con mayor dificultad.

—No cierres los ojos —insiste River, acariciándole las mejillas con ternura—. Aguanta un poco más, por favor.

Saco el móvil de nuevo y marco el número de Anthony con dedos temblorosos.

—Envía una ambulancia a mi casa ahora mismo —anuncio, con la voz entrecortada por la adrenalina.

River alza la vista hacia mí.

—Kat, persíguelo —ordena sin un atisbo de duda—. No dejes que escape.

La miro durante un segundo. Helena está destrozada en el suelo y la calle vacía donde el coche se ha desvanecido. Sé que voy a poner mi propia vida en riesgo, pero tengo que hacerlo.

—No la abandones —le imploro a River, prestando atención de nuevo al teléfono—. Anthony, te quiero en un coche, pero no vengas solo. Conecta tu GPS con el mío —le apremio, y regreso la mirada a River—. La ambulancia llegará enseguida.

—Tranquila, ve.

Asiento y la miro durante un segundo largo, grabando su imagen en mi mente. Pero no vacilo más.

Corro hacia mi Ford y el motor cobra vida con un rugido que me sacude el pecho. Las luces barren la calle desierta mientras acelero a fondo, siguiendo el rastro fantasma del que ha intentado borrar a la última testigo. El volante vibra bajo mis palmas sudorosas y la adrenalina me quema las venas. Sé quién conduce ese coche.

Y no permitiré que se salga con la suya.

32

«Desde donde está podría ser que yo ni siquiera estuviera aquí.»
Maggie O'Farrell, *Tiene que ser aquí*

KATHERINE

El motor ruge cuando piso el acelerador a fondo, y el Ford responde con un tirón violento que me aplasta contra el asiento y me lanza hacia delante como una bala disparada en la oscuridad. Activo las sirenas y las luces empiezan a cortar la noche en pedazos, rebotando contra las fachadas de las casas. Delante de mí, el coche oscuro se aleja a toda velocidad. En mi mente aparece Helena tendida sobre el asfalto, y esa imagen borra cualquier duda. No tengo tiempo para vacilar; solo me centro en la carretera que se despliega ante mí como una serpiente negra.

—Central, aquí Fortier —hablo al intercomunicador sin apartar la vista de la calzada—. Persecución en curso: vehículo implicado en atropello con fuga. Dirección noreste, saliendo de Garden District hacia la avenida Claiborne.

El coche oscuro acelera bruscamente e ignora un semáforo en rojo. Yo lo imito sin pensarlo dos veces y esquivo por milímetros un taxi que frena en seco, dejando atrás el sonido furioso de su claxon. El corazón me late con fuerza en las sienes y noto cómo el volante se vuelve resbaladizo bajo mis manos.

—Kat —la voz de Anthony irrumpe en el auricular—. Te tengo localizada en el GPS. ¿Cuál es el estado de la víctima?

—Grave, posiblemente crítica —respondo entre dientes mientras giro el volante para evitar a un peatón que cruza imprudentemente—. River se ha quedado con ella, esperando la ambulancia. Este cabrón no va a salirse con la suya, Anthony. Lo tengo en el punto de mira.

El vehículo fugitivo toma la rampa de acceso a la I-59 con una maniobra agresiva y yo lo sigo de cerca. La ciudad comienza a diluirse a nuestra espalda. La carretera se ensancha, pero la velocidad convierte todo en un borrón de luces y sombras donde el menor error podría resultar fatal.

—Se dirige a la I-59 norte —informo, luchando por mantener el control—. Parece que apunta hacia Mississippi; quiere ganar terreno.

—Entendido —replica Anthony, y oigo un frenazo al otro lado—. Estoy en ruta, a tres minutos de unirme a ti. Marion viene conmigo. Aguanta la posición, Kat; no lo dejes escapar.

Acelero todavía más. El velocímetro escala cifras que me obligan a apretar la mandíbula, mientras la ciudad se transforma en un paisaje industrial salpicado de naves abandonadas. Cada curva es una prueba para mis nervios; cada recta, una oportunidad para acortar distancias. No pienso en el cansancio acumulado tras días interminables; solo en esa silueta oscura que tengo delante, en el responsable de tanto dolor, en el hombre que ha tejido durante años una red de silencio y muerte.

—No te me vas a escapar, maldito cabrón —murmuro entre dientes, y mis nudillos se ponen blancos alrededor del volante.

El coche zigzaguea entre dos camiones pesados con una maniobra suicida que obliga a uno de ellos a dar un volantazo. Yo replico la jugada y paso por un hueco mínimo que hace que el Ford roce ligeramente el guardarraíl. Aprieto la mandíbula con más fuerza. El mundo se reduce a esta persecución visceral; el sudor me resbala por la espalda y mi respiración se vuelve entrecortada, pero la determinación me mantiene enfocada, como un depredador en la fase final de su caza.

—Te veo por el retrovisor —anuncio cuando distingo otro destello azul—. Cierra el cerco, Anthony.

—Confirmado —responde él—. ¿Crees que seguirá por la interestatal?

—Afirmativo, pero está nervioso; acaba de salir hacia la 43, y es una zona boscosa con carreteras secundarias estrechas —contesto, virando con brusquedad para seguirlo mientras el coche del sospechoso patina ligeramente en la salida—. Esto se pone feo; el terreno es muy irregular, tiene un montón de curvas cerradas y vegetación, así que tened cuidado.

—Recibido. Tranquila, que estaremos bien —informa Anthony—. No te expongas demasiado, Kat; espera a que le cerremos el paso.

La carretera se angosta de repente y se convierte en una cinta asfaltada flanqueada por árboles altos que nos engullen, creando un túnel de oscuridad donde los faros luchan por perforar la niebla que nos rodea. El fugitivo acelera como un poseído, pero las curvas traicioneras lo obligan a frenar. Noto el olor acre de los frenos calientes que se filtra en el habitáculo. Bajo una marcha y el motor gruñe en respuesta. Acorto la brecha y siento la vibración del asfalto.

De pronto, el coche oscuro derrapa en una curva pronunciada y pierde tracción durante un instante que se me antoja eterno, pero el conductor corrige la trayectoria con torpeza.

—Estás acabado —siseo, pisando el acelerador para pegarme a su parachoques.

El vehículo vira hacia una pista secundaria de grava que asciende una colina y levanta una nube de polvo que nubla mi visión. Las ramas azotan la carrocería del Ford. El terreno se vuelve hostil e irregular, y mi coche rebota con fuerza, pero no levanto el pie del acelerador en ningún momento.

—Kat, ten cuidado; esa zona es un laberinto sin asfaltar —advierte Anthony, que no pierde la estela.

—Lo sé —replico, y mis dientes castañetean con cada bache—. Pero no se me va a escapar.

El coche oscuro frena en seco al final de la pista, donde la pendiente se vuelve impracticable, y de repente el motor se apaga. La puerta del conductor se abre de golpe y una figura emerge corriendo colina arriba, tropezando con raíces y piedras en la penumbra. Clavo los frenos y el Ford se detiene con un golpe abrupto que levanta gravilla. Salto fuera con el arma en la mano antes de echar a correr.

—¡Alto, policía! —bramo—. ¡No hagas ninguna gilipollez!

La figura se detiene un instante y gira sobre sí misma. Un segundo después, mi linterna ilumina su rostro desencajado. Está bañado en sudor y sus ojos reflejan una mezcla de ira y locura. El padre de Valerie, se yergue a pocos metros de mí, convertido en el arquitecto de tanto sufrimiento.

—¿Pensabas que me atraparías tan fácilmente? —escupe, y su risa áspera corta el silencio de la noche—. No me pudriré en ninguna celda, no después de todo lo que he construido.

Anthony aparece a mi lado con el arma en ristre y la respiración controlada pese a la carrera. Segundos después, Marion se nos une por la izquierda y cierra el semicírculo que lo atrapa. Detrás de él, la pendiente se precipita en un vacío negro que no ofrece ninguna escapatoria.

—Detente ahora mismo —ordeno, rozando el gatillo de mi pistola con el índice—. Estás rodeado; no tienes salida.

El hombre suelta una carcajada rota que reverbera entre los árboles.

—¿Rodeado? —replica con un tono impregnado de desprecio—. Siempre he estado rodeado de traidores e hipócritas como vosotros.

Da un paso atrás y una piedra rueda bajo su pie, desestabilizándolo por un momento. Pronto recupera el equilibrio

con esfuerzo, pero su postura delata el pánico que lo corroe por dentro.

—No des un paso más —advierte Marion, avanzando con lentitud.

—Siempre hay una salida —contraataca él, con los ojos desorbitados brillando en la penumbra—. Y la mía no incluye rendirme ante vosotros.

—¿Dónde enterraste el cuerpo? —exijo, notando cómo la rabia bulle en mi interior—. ¿Dónde está Valerie? ¡Dímelo!

El nombre lo golpea como un puñetazo. Su risa se extingue y su expresión se convierte en una máscara de odio.

—¿El cuerpo? —repite—. ¿Tanto te obsesiona saberlo? Era un pecado andante, una aberración. Yo solo hice lo que cualquier padre con principios habría hecho: corregirla antes de que contaminara a los demás.

—¡La mataste! —acuso sin rodeos, y le vuelvo a apuntar con el arma.

—No la maté —corrige, y vuelve a reír con amargura—. La salvé de una vida errada, de esa desviación que la consumía. Le di todo y ella me lo escupió en la cara. ¿Sabes lo que se siente al ver a tu propia hija convertirse en algo tan… impuro?

La bilis me sube por la garganta, pero mantengo el control, aunque la verdad es que me cuesta todo el esfuerzo del mundo.

—No hables de salvación —interviene Anthony—. Eres un asesino, punto final. Y vas a decirnos dónde está su cuerpo ahora mismo.

—¡No! —ruge él, con el rostro congestionado de horror—. La purifiqué, como hice con esa entrometida de Amelia. Se inmiscuyó donde no debía, removiendo el pasado como si tuviera derecho a sacar a la luz ese maldito pecado y jodernos a todos. Nadie es intocable cuando amenaza el orden.

Da otro paso atrás y el abismo acecha a su espalda.

—¡Que te pongas de rodillas! —ordeno. La tensión se pega como una segunda piel a cada uno de mis músculos—. ¡No empeores esto!

De repente, hace un movimiento y empuña un arma. Un movimiento desesperado que acelera el tiempo. Su brazo se levanta con torpeza, y cuando está a punto de apretar el gatillo, mi grito queda ahogado en el estruendo.

El disparo de Anthony rompe la noche como un trueno y el impacto alcanza al padre de Valerie en el pecho. Su cuerpo retrocede con un espasmo violento y la sorpresa se graba en su rostro como una máscara final. La pistola se le escapa de los dedos, rueda pendiente abajo y él da un paso atrás, hasta que el terreno cede bajo su peso.

Durante una fracción eterna lo observo caer, y el silencio que sigue es ensordecedor, solo roto por el eco distante del disparo que rebota entre las colinas.

Bajo el arma con lentitud y mis piernas flaquean por culpa de la adrenalina. Marion se acerca sin decir nada y coloca una mano firme en mi hombro. Anthony se queda quieto, respirando hondo, con el arma aún humeante en la mano.

Me aproximo al borde con pasos vacilantes, me arrodillo en la tierra húmeda y el corazón me golpea el pecho como un martillo. Miro hacia el vacío donde Benoit ha desaparecido y una mezcla de alivio y vacío me invade. Hemos dado justicia, cerrado un duro y negro capítulo, pero las cicatrices que deja, tardarán en sanar.

Y consciente de ello, suelto todo el aire de mis pulmones antes de decir:

—Pide que vengan a por él.

33

«Desde donde está podría ser que yo ni siquiera estuviera aquí.»
Maggie O'Farrell, *Tiene que ser aquí*

KATHERINE

5 de marzo.

«La policía de Nueva Orleans ha sumado a las detenciones de esta madrugada a Gabriel Marchand como presunto cómplice en los asesinatos de Amelia Trahan y Valerie Benoit, dos casos separados por más de dos décadas y unidos por una trama de silencios, fanatismo y encubrimiento dentro de una comunidad religiosa cerrada. Según fuentes policiales, la detención se ha producido tras una investigación que apunta a una red de protección y manipulación sostenida durante años. Las autoridades no descartan nuevas imputaciones mientras continúa el análisis de las pruebas halladas en las últimas horas. El arresto se produce después de que se confirmara la localización del cuerpo de Valerie Benoit, desaparecida en 2003, y de que salieran a la luz vínculos directos entre su entorno familiar y actividades criminales organizadas.»

Las imágenes que acompañan la noticia muestran a Marchand esposado, con el rostro desencajado, escoltado por dos agentes que lo sacan de un edificio anodino bajo el parpadeo nervioso de las cámaras. En segundo plano, mi silueta y la de Marion permanecen firmes e inmóviles, como si con esa quietud bastara para contener el dolor de todo lo que hemos desenterrado. Apago la televisión con un movimiento cansado y dejo el mando sobre la mesa de la sala de

investigación, que ahora queda sumida en un silencio que acompaña al duelo del caso.

El equipo se reúne alrededor de la mesa central. Cada uno adopta su postura habitual, pero todos llevan el mismo cansancio grabado en los rasgos. Anthony se apoya en la pared con los brazos cruzados, como si necesitara esa distancia para procesar lo que acaba de terminar. Alexander se sienta con la espalda recta y las manos entrelazadas sobre la mesa, conteniendo la energía que siempre lo define. Claudia pasa los dedos por unos papeles que, después de esto, se quedarán para siempre encerrados en un cajón. Clyde ocupa una silla al fondo y observa la escena con calma. Y River, que está a mi lado, consigue mantenerme serena incluso en medio de este huracán que ha dejado la investigación.

—La verdad ha salido a la luz —digo unos segundos después, aunque ni siquiera lo siento como un triunfo, solo como un hecho desnudo y habitual.

Nadie me responde de inmediato. Hay verdades que generan un hueco extraño, como si el estruendo de años de mentiras se apagara de golpe y nos dejara sin saber qué hacer con lo que queda después.

—Ha sido un camino demasiado largo a pesar del poco tiempo que ha pasado en realidad —comenta Anthony, rompiendo la quietud—. No sé vosotros, pero yo siento que me han arrancado una parte de mí.

—A todos —añade Marion con una claridad cortante—. Estos casos tienen un diagnóstico común, y no lo olvidaremos por más años que pasen.

Asiento y miro el panel que todavía conserva las fotografías, las líneas rojas que conectan nombres y fechas, las anotaciones que ya no hacen falta pero que nadie se ha atrevido a retirar. Valerie sonríe desde una imagen amarillenta tomada hace veintidós años, una sonrisa que ahora me duele en lo más profundo, como si yo hubiera formado parte de su existencia. Amelia aparece en otra fotografía,

seria y concentrada, como si intuyera que su empeño la conduciría hasta este final.

—Es tan triste… —comento, sintiendo cómo las palabras se me atascan un instante en la garganta—. Valerie murió porque no encajaba en el molde que otros habían decidido para ella. No solo por amar a quien no debía según sus reglas, sino porque alguien consideró que su mera existencia era una amenaza para este mundo.

Alexander alza la vista hacia mí y en sus ojos veo reflejada la misma fatiga que todos llevamos encima.

—Y Amelia murió por atreverse a sacar esa verdad a la luz, por exponer a esta sociedad podrida —completa, dejando escapar un pesado suspiro—. Por negarse a mirar hacia otro lado cuando todo el mundo prefería seguir fingiendo.

Clyde asiente y cruza los brazos sobre el pecho.

—He visto muchos casos en los que la motivación era el dinero, el poder o la venganza… —dice—. Pero pocos en los que el asesino estuviera tan convencido de que hacía lo correcto. Eso es lo que más me revuelve el estómago: quienes matan por esas convicciones, como si en realidad, no fueran unos monstruos.

—Tenía una convicción ciega —precisa River, y es ella quien empieza a recoger los informes de la mesa—. Cuando alguien cree de verdad que está salvando un orden superior, no necesita justificarse ante nadie. Ni siquiera ante sí mismo —añade sin levantar la mirada—. Por suerte, ese malnacido ha quedado sepultado bajo tierra.

Me llevo una mano al cuello y masajeo la tensión que lleva días instalada ahí. Respiro hondo antes de continuar, recordando el momento exacto en que recuperaron el cuerpo de Benoit.

—Y Gabriel se convirtió en el escudo perfecto —afirmo—. Un tipo que sabía cuidar de los suyos, que incluso ejerció de hermano de James. La sonrisa perfecta, el chico bueno que cargaba con la

culpa para que los verdaderos responsables pudieran seguir respirando tranquilos.

—Y aun así tendrá que responder —interviene Claudia, levantándose para ayudar a River—. Por lo que eligió callar durante todos estos años.

—Callarse y demostrar esa lealtad hacia quien no debes también te convierte en un asesino —remata Marion, con la mirada fija en el panel.

—¿Cómo está la madre de Valerie? —pregunta Alexander.

Cierro los ojos un segundo y el recuerdo se impone sin permiso, llevándome a horas atrás, a la tierra húmeda bajo la antigua casa de los Benoit en Gentilly, un barrio de fachadas impecables y jardines perfectamente cuidados que nunca levantaron sospechas. Veo mi propia sombra mientras bajamos los escalones del sótano para dar con una trampilla donde la verdad había esperado veintidós años para ser descubierta.

Cuando levantaron los restos, sentí algo romperse dentro de mí, acompañado de una tristeza densa y antigua que me hizo pensar en Mila. Valerie no se había marchado. La habían enterrado allí, bajo el silencio que su padre construyó a su alrededor, obligándola momentos antes a terminar de escribir una carta que lo protegió durante todos estos años. La madre, al verla, se derrumbó y dejó escapar un llanto prolongado que todavía resuena en mi cabeza.

—Solo el tiempo dirá si podrá sobrevivir a esta pérdida —confirmo, y noto la mano de Clyde sobre mi hombro.

Anthony exhala despacio.

—Durante años se habló de esa chica como si hubiera elegido desaparecer, como si su ausencia fuera una elección libre, un castigo para toda su familia y amigos —comenta, pasándose una mano por el pelo—. Y lo más doloroso es que eso también formó parte de su condena: negarle el derecho a ser llorada.

Clyde se aclara la garganta y rompe el silencio que vuelve a instalarse a nuestro alrededor.

—Habrá consecuencias —advierte, con los ojos brillando—. Para muchos. Esta comunidad no saldrá indemne.

—Lo sé —respondo—. Pero ya no nos corresponde a nosotros llevar ese peso. Hemos hecho lo que teníamos que hacer.

Me levanto de la silla y el movimiento parece romper la inercia; los demás empiezan a moverse también, recogiendo carpetas, cerrando ordenadores y guardando notas que ya no servirán para nada más. No hay prisa, pero tampoco hay razón para quedarse. Al menos, hasta que el próximo caso llame a nuestra puerta.

—Habéis hecho un trabajo impecable —les digo, mirándolos uno a uno—. No solo resolviendo el caso, sino sosteniéndolo cuando las cosas se volvieron incómodas, cuando la presión llegó por todas partes. Así que gracias. Os merecéis un par de días de descanso.

Marion se acerca, ya con la chaqueta puesta y la libreta guardada en el bolsillo.

—Ha sido un honor trabajar con vosotras —dice, mirándome primero a mí y luego a River—. También con vosotros —añade, dirigiendo la atención a los demás—. De verdad, si no llega a ser por vosotros, Valerie nunca podría haber descansado.

—El departamento es mejor gracias a ti —le respondo, y lo digo con total sinceridad—. Espero que nos volvamos a ver, en mejores circunstancias.

Marion esboza una sonrisa, asiente y se dirige a la puerta. La vemos marcharse en silencio. Y después, el resto hace lo mismo. Anthony nos dedica un gesto breve con la mano, Claudia recoge su portátil, Alexander se detiene un instante frente al panel antes de apagar una de las luces. Clyde es el último en salir y cierra la puerta, dejando la sala sumida en un intenso silencio.

River y yo nos quedamos solas. La luz restante es tenue, casi íntima. Nos miramos sin necesidad de pronunciar palabra; hay cosas

que se entienden mejor cuando no se dicen. Camino hacia el interruptor y apago la última lámpara. La oscuridad nos envuelve y disipa la tormenta que se ha desatado a nuestro alrededor. Hemos cerrado otro caso, pero el eco de lo que hemos destapado nos acompañará mucho tiempo.

Sin embargo, antes de cruzar el umbral, River se detiene y me pone una mano en el antebrazo.

—Kat —comenta en voz baja—, ¿crees que algún día dejarán de protegerse entre ellos? ¿Que alguien más hablará?

La miro fijamente. La pregunta no tiene respuesta fácil.

—Algunos lo harán —respondo al cabo de unos segundos—. Otros se llevarán el secreto a la tumba. Pero lo importante es que ya no pueden fingir que no pasó nada, que Valerie se marchó. Eso ya no es posible.

Ella asiente despacio, como si necesitara convencerse a sí misma.

—Espero que Helena pueda reconstruirse después de esto.

—Ella sobrevivió —digo, y siento un nudo en la garganta—. Eso ya es más de lo que muchos consiguieron. El resto… supongo que llegará con el tiempo. Y con ayuda.

River exhala una larga bocanada que parece soltar el último resto de tensión que todavía le quedaba en el cuerpo.

—Entonces ya hemos ganado algo —murmura—. Aunque sea solo eso.

—Hemos ganado mucho más que eso —corrijo—. Hemos devuelto nombres a quienes los habían borrado. Los secretos enterrados han visto la luz.

Ella me aprieta el brazo un instante antes de soltarlo. El pasillo está vacío a estas horas. Al llegar al final, River se detiene de nuevo.

—¿Sabes? —dice, girándose hacia mí—. Durante todo este tiempo pensé que el peor enemigo era el silencio. Pero ahora creo

que eso es lo que ha hecho que ganemos esta batalla.

La miro y siento una sonrisa cansada asomarse en mis labios.

—Desde luego que sí.

River asiente una vez más y poco después salimos juntas al aparcamiento. El cielo está despejado y las sombras que nos perseguían, se han marchado lejos, muy lejos. Al menos, hasta que haya nuevos secretos que desenterrar.

EPíLOGO

«Desde donde está podría ser que yo ni siquiera estuviera aquí.»
Maggie O'Farrell, *Tiene que ser aquí*

KATHERINE

Dos semanas después.

La casa de Nick y Bethany se convierte de nuevo en nuestro refugio habitual, engalanado con el aroma del bizcocho recién horneado que impregna toda la vivienda, un contraste bienvenido con el mundo que he dejado atrás durante estas semanas. Me quito los zapatos en la entrada y me pongo las zapatillas de estar por casa, como si ese simple gesto trazara una frontera clara entre la sargento que he sido durante los últimos años y la mujer que intento recuperar hoy, aunque solo sea por unas horas. Pienso en cómo estos pequeños rituales domésticos me anclan a la realidad y me recuerdan que existe vida más allá de las muertes y las sombras que suelen rodearme.

—¡Tía Kat! —exclama Ben desde el salón antes siquiera de que pueda asomarme, y su voz rebosante de alegría ilumina todo a su paso—. Has venido.

Tiene once años recién cumplidos y una energía desbordante que parece capaz de disipar cualquier nube oscura. Sale disparado hacia mí y me abraza con una fuerza que me pilla por sorpresa, rodeándome con sus brazos sin reservas, como si todavía creyera que los adultos somos indestructibles. Siento un calor reconfortante

en el pecho, un recordatorio de que no todo en mi vida se reduce a pérdidas y dolor.

—Pues claro, ¿qué te creías, renacuajo? —le respondo, devolviéndole el abrazo con más calidez de la que suelo permitirme y enredando los dedos en su pelo revuelto—. No me lo perdería por nada del mundo, chaval. ¿Estás listo para soplar las velas?

Nick aparece tras él, con una sonrisa relajada que curva sus labios y una cerveza en la mano. Está relajado, libre de la tensión que suele acompañarlo en el trabajo o durante los entrenamientos. Hoy es simplemente Nick, el hermano que se preocupa porque su familia sea feliz, y eso me alivia en profundidad.

—Pensé que llegarías tarde —comenta, inclinándose para darme un beso en la mejilla—. Es un milagro que vengas puntual.

—Estoy aprendiendo a gestionar mejor mi tiempo —replico, medio en serio y medio en broma, mientras me separo de Ben y cuelgo la chaqueta en el perchero—. O al menos lo intento. No todos los días se celebra un cumpleaños como este.

River entra en ese momento desde la cocina, acompañada por Bethany, que lleva una bandeja de refrescos en las manos y la equilibra con maestría mientras charla animadamente. Al verme, la expresión de River se suaviza de esa manera que todavía me altera el corazón. Lleva el pelo recogido, una camiseta sencilla que resalta sus curvas y esa calma que es capaz de colarse por cada recoveco de mi ser.

—La sargento ejemplar ha llegado —dice, arqueando una ceja con un toque juguetón, dejando la bandeja sobre la mesa antes de acercarse—. ¿Todo bajo control por ahí fuera?

—Hoy sí —le contesto, sintiendo cómo su cercanía me relaja los hombros de inmediato—. Ya no pienso dar órdenes a nadie. Solo voy a disfrutar.

Bethany ríe con ganas y coloca los vasos uno a uno.

—Dad gracias por eso —comenta, guiñándome un ojo mientras se alisa el delantal—. Es el cumpleaños de mi hijo, no una reunión del departamento. Así que, nada de hablar de casos aquí.

Alexander llega unos minutos después, puntual como un reloj suizo, con un regalo envuelto en papel que sostiene con cuidado. Ben lo mira con adoración y salta alrededor de él como un cachorro excitado.

—¿Qué es? ¿Qué es? —pregunta, tirando de su manga con impaciencia.

—Algo que necesitará paciencia para montarlo —responde Alexander, agachándose a su altura para entregárselo—. Así que puede que no te guste tanto al principio, pero te prometo que valdrá la pena.

—¡Me encanta! —replica Ben sin abrirlo siquiera, abrazando el paquete contra su pecho como si fuera un tesoro—. ¡Gracias, tío Alex!

Nos reunimos todos en el salón, donde globos mal inflados cuelgan de las lámparas y una guirnalda torcida adorna la pared, junto a una tarta enorme sobre la mesa baja que parece desafiar la gravedad con su glaseado. Bethany se disculpa por el desorden con una risa nerviosa, pero nadie le presta atención a eso; el caos forma parte del encanto y el ruido de las risas y los comentarios cruzados llena el espacio convirtiéndose en un bálsamo. Pienso en cómo estos momentos me recuerdan que la vida sigue, incluso después de desenterrar horrores que parecen interminables.

Me siento en el sofá y estiro las piernas con cuidado, notando un leve tirón en las heridas que ya han ido curando, aunque mi cuerpo insista en recordarme que la recuperación no es lineal. River se acomoda a mi lado y me roba un beso de los labios.

—¿Cómo llevas la vuelta oficial al trabajo? —le pregunto en voz baja, inclinándome ligeramente hacia ella para que nuestras palabras queden solo entre nosotras.

Parece mentira, pero no hemos tenido mucho tiempo para hablar de su regreso al departamento, hace solo veinticuatro horas.

—Extraña, como si hubiera regresado a una casa familiar pero con los muebles cambiados de sitio —responde, con la mirada fija en Ben, que juega en el suelo—. Aunque esta vez no pienso esconderme. Quiero afrontarlo de frente.

Asiento, comprendiendo demasiado bien esa sensación; yo misma lucho por no caer en viejos patrones.

—Yo también estoy intentando trabajar diferente —confieso, bajando aún más la voz—. Escuchar más antes de decidir, esas cosas… —añado con una sonrisa—. Será un cambio grande, pero necesario.

—Eso sí que es un giro argumental digno de una novela —bromea Alexander desde la otra punta del salón, alzando su cerveza.

—No te acostumbres demasiado —le respondo con una sonrisa, lanzándole una servilleta arrugada que él esquiva entre risas.

El tiempo transcurre sin que me dé cuenta, envuelto en esta calidez. Comemos trozos de tarta que Ben reparte con entusiasmo, discutimos sobre películas absurdas que vimos de niños, sobre el colegio de mi sobrino y sus anécdotas divertidas, sobre tonterías que no importan y que precisamente por eso lo significan todo. River suelta una carcajada e inclina la cabeza hacia atrás, sin consultar el reloj por una vez. Nick se levanta a ayudar en la cocina sin que nadie se lo pida y lleva los platos junto a Bethany mientras charlan en voz baja.

Y yo observo, dejando que los pensamientos fluyan con libertad. Me centro en cómo Bethany mira a su hijo con orgullo y ese miedo sutil propio de las madres, cómo Ben sopla las velas con los ojos cerrados y pide un deseo que guarda para él mismo, cómo River se lleva la mano al cuello cuando se emociona, un tic precioso que no quiero dejar de ver nunca, cómo Alexander baja la guardia progresivamente y sonríe más de lo habitual, cómo Nick me echa ojeadas ocasionales para comprobar si estoy bien.

Pienso en Valerie y en Amelia, en las vidas truncadas que no llegaron a disfrutar de momentos como este. Y por primera vez en mucho tiempo el pensamiento no me paraliza; me duele, sí, pero me impulsa a valorar lo que tengo delante sin arrastrarme al abismo.

—Tía Kat —dice Ben, acercándose con otro trozo de tarta en un plato desechable y dándome con cuidado—. Mamá dice que tú eres quien se merece el extra de dulce.

—¿Es que quieres que no pueda dormir? —respondo, aceptando el plato y dando un mordisco exagerado para hacerlo reír.

Bethany asoma desde la cocina, secándose las manos con un trapo.

River me observa mientras mastico, y después, sus ojos se iluminan con una preciosa sonrisa.

—¿Sabes qué es esto? —me pregunta, señalando el ambiente con un gesto sutil de la mano.

—Azúcar puro —respondo, limpiándome los labios con una servilleta—. Mucho azúcar y algo de caos familiar.

—Normalidad —corrige ella—. Aunque nos cueste reconocerla después de tanto tiempo en el frente.

La palabra se queda flotando entre nosotras. «Normalidad», me repito. No como ausencia de dolor, sino como equilibrio con otras cosas que lo compensan.

Cuando empieza a anochecer, el ambiente se vuelve más tranquilo. Ben juega en el suelo con sus nuevos regalos y manipula las piezas con concentración, ajeno al mundo adulto. Bethany recoge los platos y los apila en la encimera mientras tararea una melodía. Alexander se une a ella y la ayuda a lavarlos. Nick se sienta a mi lado en el sofá y suspira, estirando las piernas.

—Ha sido un buen día, ¿verdad? —dice, mirándome de reojo.

—Sí —respondo, apoyando la cabeza en el respaldo—. Lo ha sido. Ben parece feliz, y eso es lo que cuenta.

Mi móvil vibra en el bolsillo y explota la burbuja de repente. Conozco demasiado bien ese lenguaje.

Me levanto despacio y me excuso con un gesto vago.

—Ahora vuelvo —digo, dirigiéndome al porche.

Cuando salgo, el aire fresco me recibe y me refresca las ideas mientras miro la pantalla sin desbloquearla todavía. Respiro hondo y me preparo para lo inevitable. Luego contesto.

—Fortier —digo, y mi voz vuelve al tono profesional sin esfuerzo.

No añado más; escucho con atención mientras mi espalda se tensa casi de inmediato, como si el cuerpo reaccionara antes que la mente a las palabras que llegan del otro lado. Las noticias no son buenas, pero las proceso con la serenidad que he cultivado durante años.

—Entendido —respondo—. Ya me encargo yo. Mantenme informada.

Cuelgo y me quedo un momento quieta, observando la calle tranquila, las luces de las casas vecinas que parpadean como estrellas terrenales y la calma aparente que ignora esta interrupción. El mal no duerme, nunca lo ha hecho; solo espera su turno, acechando entre las sombras.

Vuelvo a entrar con una sonrisa ensayada y guardo el teléfono en el bolsillo. River me mira al instante y su intuición capta el cambio sutil en mi postura.

Me acerco a ella y le apoyo la mano en el hombro, inclinándome para susurrar:

—Luego te cuento los detalles —murmuro, sintiendo cómo su mano cubre la mía en un gesto de solidaridad—. No rompamos esta felicidad por ahora.

Asiente y se levanta a mi lado con naturalidad.

Seguimos adelante. Porque eso es lo único que sabemos hacer, paso a paso, incluso cuando el mundo nos recuerda lo frágil que puede ser la paz.

AGRADECIMIENTOS

Regresar a los personajes de Fortier y Milano ha sido, como poco, un placer y una alegría inmersa. Suelen comentar que hay historias que hay que dejarlas estar, no «alargar el chicle», pero siento que con ellas podría explorar decenas de casos sin aburrirme. Al menos, hasta que mis lectoras y lectoras digan «basta».

El thriller siempre ha sido mi pasión, y aunque es cierto que no lo toco demasiado, cuando lo hago, siento que estoy totalmente en mi elemento. Espero que, a partir de ahora, pueda brindaros con dos historias —mínimo— al año de este género.

Como siempre, gracias a ti, lectora —y lector—, por disfrutar de cada una de mis novelas escritas, por compartir tu voz conmigo, por los agradecimientos y las muestras de cariño. Gracias por no abandonar nunca mis sueños.

SOBRE LA AUTORA

Lorena Murién (1987). Devoradora de series, persona en proceso; empezó a juntar letras con 13 años y desde entonces lo ha combinado con su afición por el diseño y la maquetación. Su primera novela, *Verde entre las flores* (2021) es la consecución de un sueño que ha continuado con varias obras enfocadas al público general, con temática LGBTQI+ y representación lésbica en cada una de sus historias.

Puedes leer todas mis novelas publicadas hasta ahora a través de mi página de autora en **Amazon**.

ÍNDICE

PRÓLOGO
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26

27

28

29

30

31

32

33

EPíLOGO

AGRADECIMIENTOS

SOBRE LA AUTORA